

Sharpe



y la fortaleza india

Bernard Cornwell

Lectulandia

En esta ocasión, el conflicto al que se enfrenta el oficial Richard Sharpe nace de un aburrido empleo que le mantiene alejado de la acción, pero el robo del mítico tesoro del sultán Tipoo le da la oportunidad de reivindicarse ante sus superiores como uno de los oficiales más intrépidos de que disponen.

De nuevo se verá las caras con su inefable contendiente, el pérfido espía Obadiah Hakeswill, y sobre todo con el escurridizo desertor William Dodd, que ya se le escapó de entre las manos en el último momento en *El triunfo de Sharpe*. Sin embargo, el más temible de sus rivales será ahora la en apariencia inexpugnable fortaleza de Gawilghur, el último refugio de un enemigo desesperado dispuesto a luchar hasta el final.

Con *Sharpe y la fortaleza india*, situada en diciembre de 1803, se completa el tríptico de las aventuras del valeroso fusilero en la India que forma con *Sharpe y el tigre de Bengala* y *El triunfo de Sharpe*.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y la fortaleza india

Richard Sharpe - 3

ePub r1.0

viejo_oso 21.06.13

Título original: *Sharpe's Fortress*

Bernard Cornwell, 1999

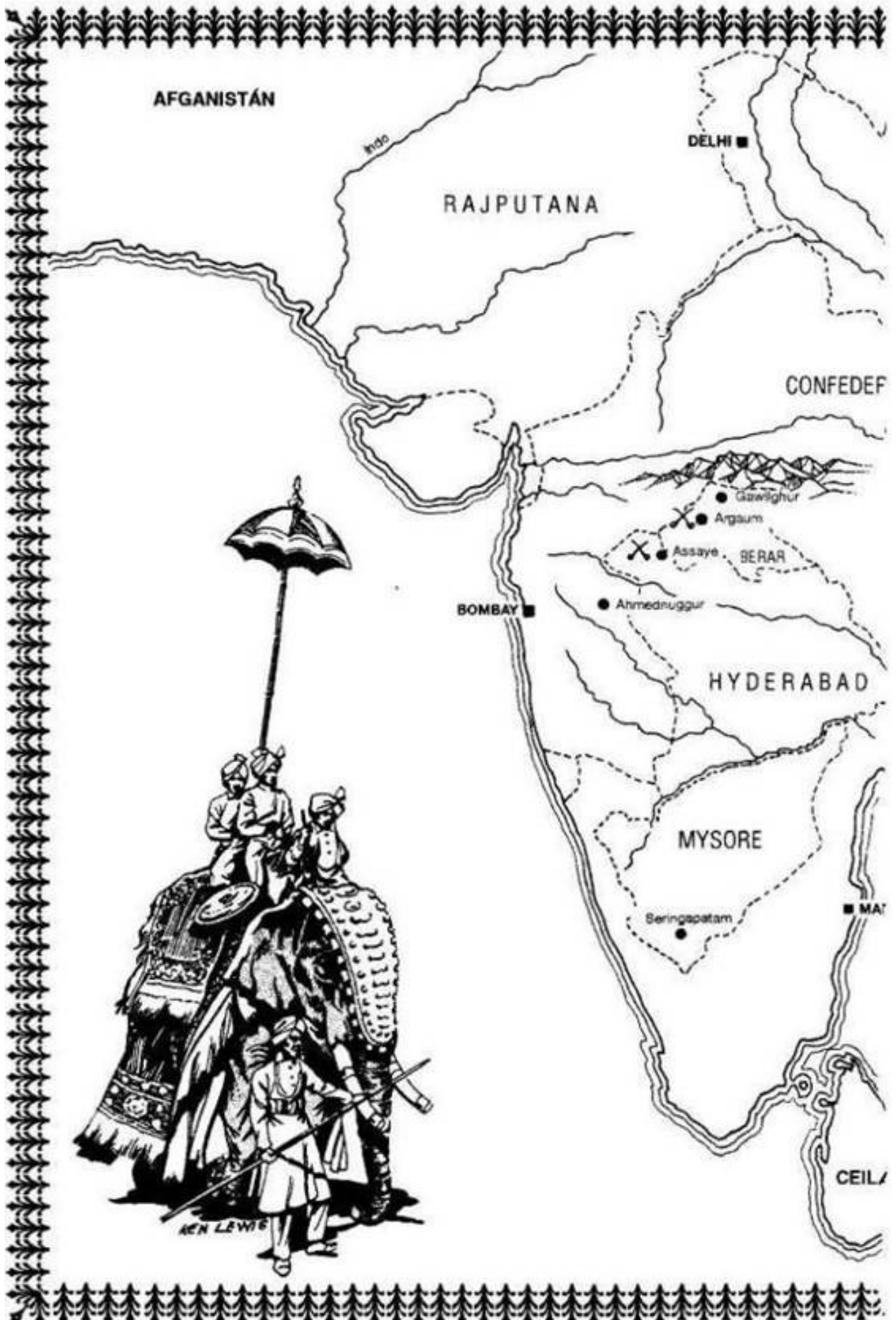
Traducción: Montse Batista

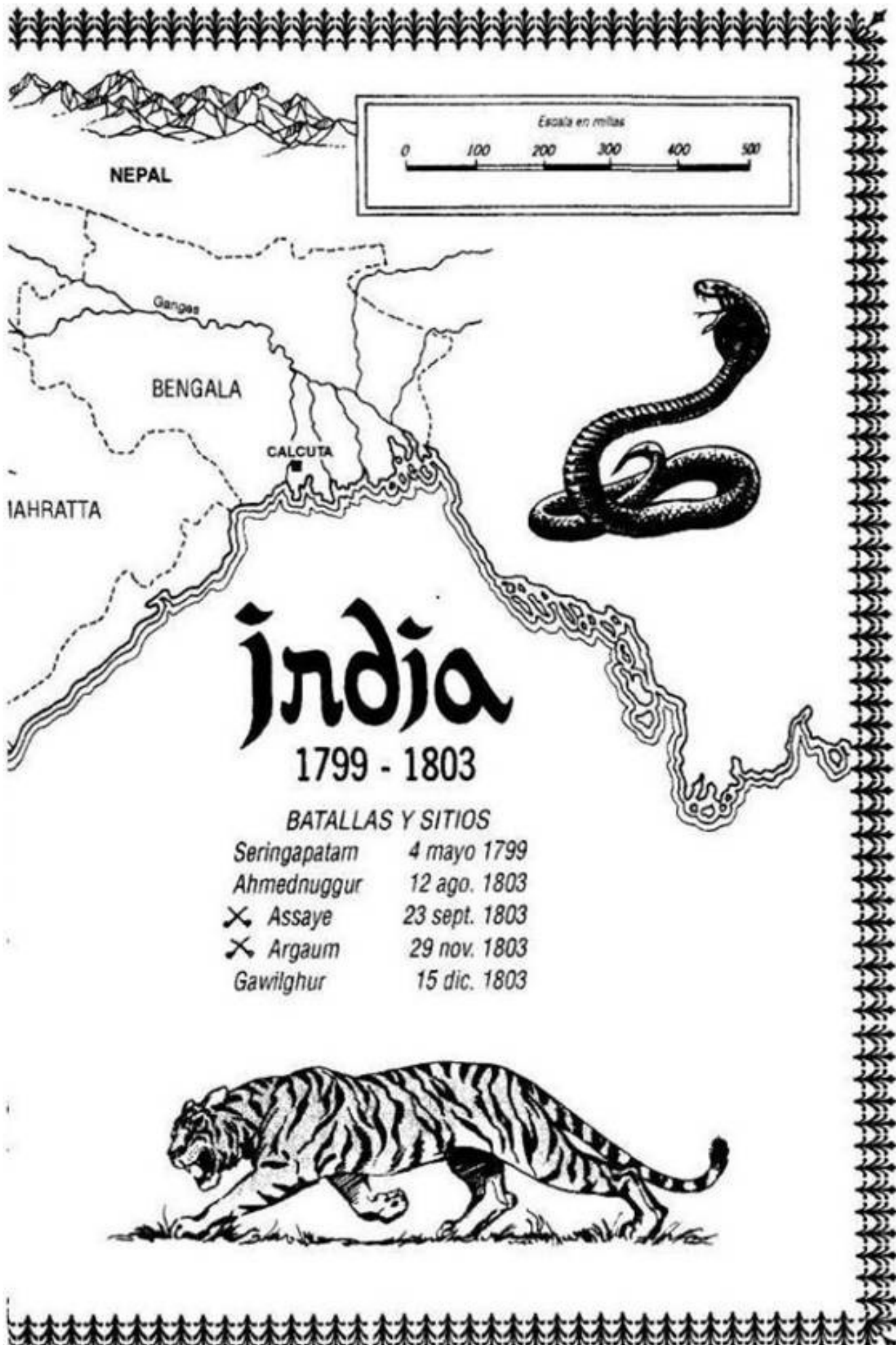
Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

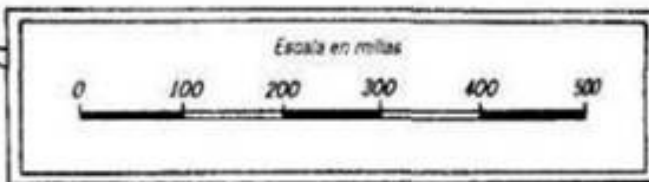
más libros en lectulandia.com

Sharpe y la fortaleza india
es para Christine Clarke,
con mi agradecimiento.





NEPAL



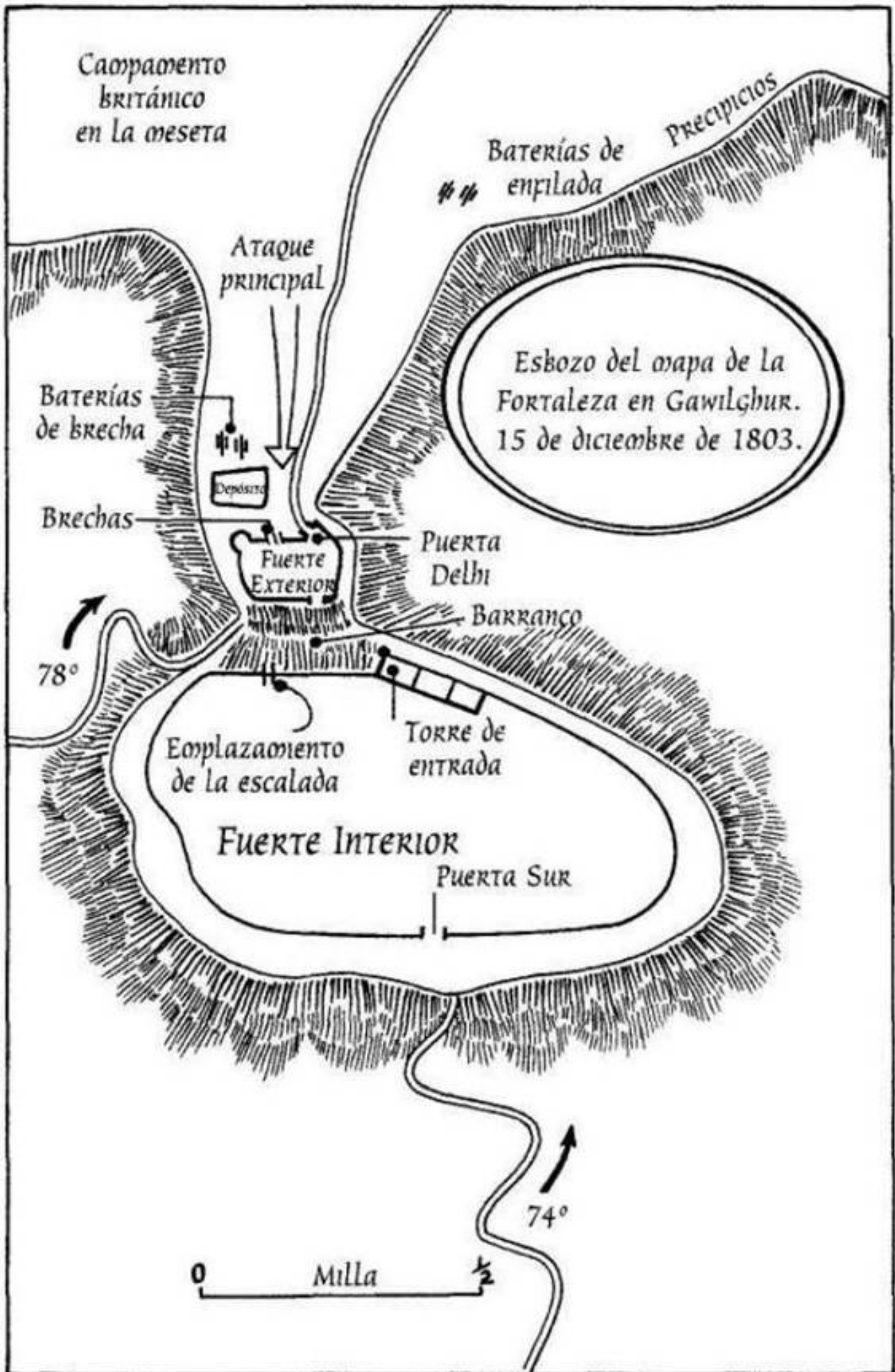
India

1799 - 1803

BATALLAS Y SITIOS

<i>Seringapatam</i>	4 mayo 1799
<i>Ahmednuggur</i>	12 ago. 1803
✕ <i>Assaye</i>	23 sept. 1803
✕ <i>Argaum</i>	29 nov. 1803
<i>Gawilghur</i>	15 dic. 1803





Capítulo 1

Richard Sharpe quería ser un buen oficial. Lo quería de verdad. Lo deseaba más que cualquier otra cosa, pero por alguna razón era demasiado difícil, como tratar de prender una caja de yesca en medio de un lluvioso vendaval. Los soldados o le profesaban antipatía, o no le hacían caso o se tomaban demasiadas confianzas, y él no estaba seguro de cómo hacer frente a ninguna de las tres actitudes, y era evidente que los demás oficiales del batallón no tenían un buen concepto de su persona. «Puedes ponerle una silla de carreras a un caballo de tiro —había dicho el capitán Urquhart una noche en la andrajosa tienda que hacía de comedor de oficiales—, pero eso no hará que la bestia corra más.» No estaba hablando de Sharpe, al menos no de forma directa, pero todos los demás oficiales lo miraron a él.

El batallón se había detenido en medio de la nada. Hacía un calor de mil demonios, sin viento que aliviara ese bochorno que te empapaba. Se hallaban rodeados de crecidos campos de cultivo que lo ocultaban todo menos el cielo. Una pieza de artillería disparó desde algún lugar hacia el norte, pero Sharpe no tenía modo de saber si se trataba de un cañón británico o de uno enemigo.

Los soldados de la compañía se habían sentado en el borde de una acequia sin agua que atravesaba las altas cosechas y aguardaban órdenes. Uno o dos de ellos se habían recostado y dormían con la boca abierta, mientras que el sargento Colquhoun hojeaba su destrozada Biblia. El sargento era corto de vista, de modo que tenía que sujetar el libro casi pegado a la nariz, las gotas de sudor se deslizaban y caían sobre las páginas. Por regla general el sargento leía en voz baja, moviendo los labios y frunciendo a veces el ceño, cuando se encontraba con un nombre difícil, pero aquel día sólo pasaba lentamente las páginas con el dedo humedecido.

—¿Está buscando inspiración, sargento? —le preguntó Sharpe.

—No, señor. —Colquhoun respondió respetuosamente, pero de algún modo logró transmitir que, en todo caso, la pregunta era impertinente. Se mojó el dedo con la lengua y volvió otra página con cuidado.

«Y aquí se acaba la maldita conversación», pensó Sharpe. Frente a él, desde algún lugar más allá de las crecidas plantas cuya altura superaba la de una persona, disparó otro cañón. Los gruesos tallos amortiguaron la descarga. Un caballo relinchó, pero Sharpe no podía ver al animal. No podía ver nada a través de las descollantes mieses.

—¿Nos va a leer una historia, sargento? —preguntó el cabo McCallum. Habló en inglés y no en gaélico, lo cual significaba que quería que Sharpe lo oyera.

—No, John, no voy a hacerlo.

—Vamos, sargento —dijo McCallum—. Léanos uno de esos sucios cuentos de tetas.

Los soldados se rieron al tiempo que miraban a Sharpe para ver si se había

ofendido. Uno de los hombres que dormía se despertó con una sacudida y miró a su alrededor, sobresaltado, luego masculló una maldición, le propinó un manotazo a una mosca y volvió a recostarse. El resto de soldados de la compañía hacían oscilar sus botas por encima del agrietado barro del lecho de la acequia, decorado con una filigrana de verdín seco. Un lagarto muerto yacía en una de las áridas fisuras. Sharpe se extrañó de que los pájaros carroñeros no lo hubieran visto.

—La risa del necio, John McCallum —dijo el sargento Colquhoun—, es como el estrépito de las espinas debajo de la olla.

—¡Quite, quite, sargento! —replicó McCallum—. Una vez, cuando era muy pequeño, en la iglesia, oí la historia de una mujer que tenía unas tetas como racimos de uva. —McCallum se giró para mirar a Sharpe—. ¿Usted ha visto alguna vez unas tetas como uvas, señor Sharpe?

—No conozco a su madre, cabo —repuso Sharpe.

Los hombres se rieron de nuevo. McCallum puso cara de pocos amigos. El sargento Colquhoun bajó su Biblia y miró al cabo con ojos de miope.

—La Canción de Salomón, John McCallum —dijo Colquhoun—, compara el pecho de una mujer con racimos de uvas, y no tengo ninguna duda de que se refiere a los adornos que las mujeres pudorosas llevaban en Tierra Santa. Tal vez sus corpiños tuvieran unas bolas hechas de nudos de lana a modo de decoración. No veo que esto sea motivo de risa. —Otro cañón disparó, y esta vez una bala atravesó a toda velocidad las altas plantas cercanas a la acequia. Los tallos se sacudieron de forma violenta y despidieron una nube de polvo y de pájaros pequeños hacia el cielo despejado. Los pájaros revolotearon en el aire unos segundos, presas del pánico, y luego regresaron a las oscilantes panojas.

—Yo conocí a una mujer que tenía unas tetas llenas de bultos —dijo el soldado Hollister. Era un hombre violento, de expresión hosca y que rara vez hablaba—. Eran abultadas como un saco de carbón. —Frunció el ceño al recordarlo, luego sacudió la cabeza—. Murió.

—Esta conversación no es apropiada —terció Colquhoun en voz baja, y los soldados se encogieron de hombros y se quedaron callados.

Sharpe quiso preguntarle al sargento sobre los racimos de uvas, pero sabía que con semejante cuestión sólo suscitaría procacidades entre los hombres y, como oficial que era, no podía arriesgarse a quedar como un idiota. De todas formas, le sonaba raro. ¿Por qué alguien iba a decir que una mujer tenía unas tetas como racimos de uva? Las uvas le hicieron pensar en perdigones y se preguntó si los cabrones que había más adelante estaban equipados con botes de metralla. Bueno, por supuesto que lo estaban, pero no tenía sentido desperdiciarlos contra un campo de espadaña. ¿Era espadaña? Daba la impresión de que era un cultivo extraño para un agricultor, pero la India estaba repleta de rarezas. Había cabrones desnudos que afirmaban ser hombres

sagrados, encantadores de serpientes que con un silbido llamaban a unos monstruos encapuchados, osos bailarines cubiertos de campanillas que tintineaban y contorsionistas que no llevaban encima ni un jodido trapo... todo un maldito circo. Y los payasos de ahí delante tendrían botes de metralla. Esperarían hasta tener a los casacas rojas a la vista, luego cargarían los botes de hojalata que estallarían por el tubo del cañón como una descarga múltiple. «Por lo que estamos a punto de recibir entre la espadaña —pensó Sharpe—, que el señor nos haga estar verdaderamente agradecidos.»

—Ya lo he encontrado —dijo Colquhoun en tono grave.

—¿Ha encontrado el qué? —preguntó Sharpe.

—Estaba casi convencido, señor, de que el buen libro mencionaba el mijo. Y así es. Ezequiel, capítulo cuarto, versículo noveno. —El sargento se acercó el libro a la cara y entrecerró los ojos para escudriñar el texto. Tenía un rostro redondo, afectado de quistes sebáceos, como un pudín de riñones salpicado de pasas—. «Y tú toma para ti trigo, cebada —leyó con dificultad—, habas, lentejas, mijo y algarrobas y ponlos en una vasija y hazte pan de ellos.» —Colquhoun cerró su Biblia con cuidado, la envolvió en un pedazo de lona impermeabilizada y se la guardó en la bolsa—. Me complace, señor —explicó—, encontrar cosas cotidianas en las escrituras. Me gusta ver las cosas e imaginarme que mi Señor y Salvador está viendo lo mismo.

—Pero, ¿por qué mijo? —preguntó Sharpe.

—Estos campos, señor —respondió Colquhoun al tiempo que señalaba los altos tallos que los rodeaban—, son de mijo. Los nativos lo llaman *jowari*, pero nosotros le damos el nombre de mijo. —Se limpió el sudor de la frente con la manga. El tinte rojo de su casaca se había desteñido hasta alcanzar un apagado color púrpura—. Esto, claro está —siguió diciendo—, es mijo perlado, pero dudo que en las escrituras mencionen el mijo perlado. No específicamente.

—Así que mijo, ¿eh? —se interesó Sharpe. De modo que aquellas crecidas plantas no eran espadaña, después de todo. Se parecían mucho, sólo que aquéllas eran más altas. Dos metros y medio o tres de altura—. La recolección debe de ser muy jodida —comentó, pero no obtuvo respuesta. El sargento Colquhoun trataba siempre de hacer caso omiso de las palabras soeces.

—¿Qué son algarrobas? —preguntó McCallum.

—Un cultivo de Tierra Santa —respondió. Estaba claro que no lo sabía.

—Suenan a enfermedad, sargento —dijo McCallum—. Unas algarrobas graves. Apunta a un tratamiento con mercurio. —Hubo uno o dos soldados que se rieron por lo bajo ante la referencia a la sífilis, pero Colquhoun no hizo caso de la frivolidad.

—¿Cultivan mijo en Escocia? —le preguntó Sharpe al sargento.

—No que yo sepa, señor —contestó Colquhoun con actitud meditabunda tras reflexionar sobre la cuestión durante unos segundos—, aunque me atrevería a decir

que podría encontrarse mijo en las Lowlands. Allí cultivan cosas extrañas. Cosas inglesas. —Se volvió de forma harto significativa.

«A la mierda tú también —pensó Sharpe—. ¿Y dónde demonios está el capitán Urquhart? Y ya puestos a preguntar, ¿dónde demonios está todo el mundo?» El batallón había iniciado la marcha mucho antes del amanecer y habían calculado acampar al mediodía, pero entonces llegó el rumor de que el enemigo los aguardaba más adelante, de modo que el general sir Arthur Wellesley había ordenado amontonar el bagaje y que prosiguiera el avance. El 74.º del Rey se había adentrado en el mijo, diez minutos más tarde se les ordenó detenerse junto a la acequia seca mientras el capitán Urquhart se adelantaba a caballo para hablar con el comandante del batallón, y a Sharpe lo habían dejado para que sudara y esperara con la compañía.

Y, aparte de sudar, allí no tenía absolutamente nada que hacer. Nada de nada. Era una buena compañía y no necesitaban a Sharpe. Urquhart llevaba bien el mando, Colquhoun era un sargento magnífico, los hombres estaban tan satisfechos como podían llegar a estarlo los soldados y lo último que le hacía falta a la compañía era un nuevo oficial, especialmente un inglés que, tan sólo dos meses antes, era sargento.

Los hombres hablaban en gaélico y Sharpe, como siempre, se preguntó si estarían hablando de él. Tal vez no. Lo más probable es que estuvieran hablando de las bailarinas de Ferdapoor, donde no habían visto simples racimos de uvas, sino unos melones condenadamente grandes. Se celebraba algún tipo de festividad y el batallón había marchado en una dirección en tanto que las chicas medio desnudas pasaban contorsionándose en dirección contraria, el sargento Colquhoun se había puesto más rojo que una casaca sin desteñir y les había gritado a los soldados que mantuvieran la vista al frente. Lo cual era una orden inútil cuando una veintena de *bibbis* despojadas de sus ropas avanzaban meneándose por la carretera con unas campanillas plateadas atadas a las muñecas y hasta los oficiales las estaban mirando fijamente como hombres hambrientos que hubieran visto un plato de ternera asada. Y si los soldados no estaban hablando de mujeres, probablemente se estarían quejando de todas las marchas que habían realizado en las últimas semanas, zigzagueando por la campiña mahratta bajo un sol de justicia sin ver ni oler al enemigo. Pero, fuera cual fuera su tema de conversación, se estaban asegurando de que el alférez Richard Sharpe quedara excluido.

Lo cual ya estaba bien, opinaba Sharpe. Él había marchado con la tropa el tiempo suficiente para saber que uno no hablaba con los oficiales, no a menos que ellos te hablaran a ti o a menos que fueras un cabrón rastrero que buscara favores. Los oficiales eran distintos, sólo que Sharpe no se sentía distinto. Únicamente se sentía excluido. «Tendría que haber continuado siendo sargento», pensó. Durante las últimas semanas había pensado eso cada vez más a menudo, lamentando no estar otra vez en el arsenal de Seringapatam con el comandante Stokes. ¡Aquello sí que era

vida! Y Simone Joubert, la francesa que se había aferrado a Sharpe tras la batalla en Assaye, había regresado a Seringapatam para esperarlo. Prefería estar allí como sargento que estar donde estaba como un oficial al que no se necesita.

Hacía un rato que ya no disparaba ningún cañón. ¿Acaso el enemigo había recogido los bártulos y se había marchado? ¿Acaso habían enganchado su cañón pintado a sus tiros de bueyes, habían guardado los botes de metralla en los armones y se habían largado hacia el norte? De ser así, supondría dar una rápida media vuelta, volver al pueblo donde estaba almacenado el bagaje y luego pasar otra tarde incómoda en el comedor de oficiales. El teniente Cahill observaría a Sharpe como un halcón y sumaría dos peniques a su cuenta del comedor por cada vaso de vino, y Sharpe, como oficial de menor jerarquía, tendría que proponer el brindis leal y fingir que no se daba cuenta cuando la mitad de esos cabrones levantaban sus jarras por encima de sus cantimploras. Por el rey al otro lado del agua. El brindis por un Estuardo muerto aspirante al trono que había fallecido exiliado en Roma. Los jacobitas que pretendían que Jorge III no era el rey legítimo. No es que ninguno de ellos fuera realmente desleal, y el gesto secreto de pasar el vino por encima del agua ya ni siquiera era un auténtico secreto, sino que más bien iba dirigido a provocar la indignación inglesa en Sharpe. Sólo que a Sharpe le importaba un comino. Hasta el Viejo Rey Colé podía haber sido soberano de Gran Bretaña por lo que a él concernía.

De pronto Colquhoun gritó unas órdenes en gaélico y los soldados cogieron sus mosquetes, saltaron a la zanja y allí formaron en cuatro filas y empezaron a caminar con dificultad en dirección norte. Sharpe, a quien habían pillado desprevenido, los siguió mansamente. Suponía que debía de haberle preguntado a Colquhoun qué ocurría, pero no le gustaba demostrar ignorancia, y entonces vio que el resto del batallón también marchaba, por lo que estaba claro que Colquhoun había decidido que la compañía número seis también debía moverse. El sargento ni siquiera había fingido pedirle permiso a Sharpe para avanzar. ¿Por qué tendría que haberlo hecho? Si hasta cuando Sharpe daba una orden los soldados automáticamente buscaban con la mirada el gesto de asentimiento de Colquhoun antes de obedecer. Así era como funcionaba la compañía; Urquhart estaba al mando, Colquhoun iba después, y el alférez Sharpe los seguía como si fuera uno de los perros desaliñados que adoptaban los soldados.

El capitán Urquhart espoleó a su caballo y regresó a la zanja.

—Bien hecho, sargento —le dijo a Colquhoun, que no se inmutó con la alabanza. El capitán hizo dar la vuelta a su caballo, cuyos cascos rompían la costra de la acequia y hacían salir despedidos grumos de barro seco—. Esos granujas están esperando más adelante —le dijo Urquhart a Sharpe.

—Pensé que tal vez se habían ido —repuso Sharpe.

—Están preparados y en formación —dijo Urquhart—, preparados y en

formación. —El capitán era un hombre apuesto, de facciones severas, espalda recta y sereno coraje. Los soldados confiaban en él. En otros tiempos Sharpe habría estado orgulloso de servir a las órdenes de un hombre como Urquhart, pero al capitán parecía irritarle su presencia—. Pronto vamos a hacer conversión derecha —le gritó Urquhart a Colquhoun—, nos alinearemos a la derecha en dos filas.

—Sí, señor.

Urquhart levantó la vista al cielo.

—Quedarán unas tres horas de luz —calculó—. Suficientes para hacer el trabajo. Usted tomará el mando de las filas de la izquierda, alférez.

—Sí, señor —respondió Sharpe, y supo que allí no tendría nada que hacer. Los soldados sabían cuál era su deber, los cabos cerrarían las filas y Sharpe simplemente caminaría tras ellos como un perro atado a una carreta.

Se oyó un repentino estrépito de cañones cuando una batería entera de artillería enemiga abrió fuego. Sharpe oyó como las balas azotaban el mijo, pero ninguno de los proyectiles fue a parar cerca del 74.º. Los gaiteros del batallón habían empezado a tocar y los soldados reanudaron la marcha y levantaron los mosquetes en preparación de la dura tarea que tenían por delante. Dispararon otros dos cañones y en esa ocasión Sharpe vio alzarse una voluta de humo por encima de las panojas y supo que una granada volaba por encima de sus cabezas. La estela de humo que dejaba la mecha ardiendo se deshizo bajo aquel calor sin viento, mientras que Sharpe esperaba la explosión, pero no se oyó ninguna.

—Cortaron la mecha demasiado larga —dijo Urquhart. Su caballo estaba nervioso, o tal vez no le gustaba el terreno traicionero del fondo de la zanja. Urquhart espoleó a su montura para que subiera hasta el borde de la zanja y allí pudiera pisotear el mijo—. ¿Qué es esto? —le preguntó a Sharpe—. ¿Maíz?

—Colquhoun dice que es mijo —respondió Sharpe—. Mijo perlado.

Urquhart lanzó un gruñido y clavó los talones en su caballo para avanzar hacia el frente de la compañía. Sharpe se limpió el sudor de los ojos con la manga. Llevaba una levita de oficial de color rojo con las vueltas blancas del 74.º. La casaca había pertenecido a un tal teniente Blaine que había muerto en Assaye y Sharpe la había comprado por un chelín en la subasta de los objetos personales del oficial. Había cosido torpemente el agujero de bala que tenía en el pecho izquierdo pero, por más que frotó, no había conseguido quitar la sangre de Blaine que manchaba de negro el descolorido tejido rojo. Llevaba puestos sus viejos pantalones, los que le dieron cuando era sargento, unas botas de montar de cuero rojo que le había quitado al cadáver de un árabe en Ahmednuggur y un fajín de oficial rojo y con borlas que le sacó a otro muerto en Assaye. Como espada llevaba un sable de la caballería ligera, la misma arma que había utilizado para salvarle la vida a Wellesley en la batalla de Assaye. Los sables no le gustaban mucho. Eran difíciles de manejar y su hoja curva

nunca estaba donde tú pensabas. Arremetías con la espada y cuando creías que ya habría alcanzado el objetivo te encontrabas con que todavía le faltaban quince centímetros para llegar a él. Los demás oficiales llevaban *claymores*, grandes, de hoja recta, pesados y mortales, y Sharpe tendría que haberse equipado con uno de ellos, pero no quiso aceptar el precio que pedían en la subasta.

Podía haberse comprado todos los *claymores* de la subasta si se le hubiese antojado, pero no quería dar la impresión de ser rico. Que lo era. Pero se suponía que un hombre como Sharpe no tenía dinero. Él había ascendido de la tropa, era un soldado común y corriente, nacido y criado en los bajos fondos, pero había abatido a unos cuantos hombres a golpe de espada para salvarle la vida a Wellesley y el general había recompensado al sargento Sharpe convirtiéndolo en oficial, y el alférez Sharpe era demasiado astuto como para permitir que su nuevo batallón supiera que poseía la fortuna de un rey. La fortuna de un rey muerto: las joyas que le había quitado al sultán Tippoo en la Compuerta de Seringapatam que apestaba a sangre y a humo.

¿Sería más popular si se sabía que era rico? Tenía sus dudas al respecto. La riqueza no proporcionaba respetabilidad, no a menos que fuera heredada. Por otra parte, no era la pobreza lo que excluía a Sharpe tanto del comedor de oficiales como del de las tropas, más bien era el hecho de ser un forastero. Al 74.º le habían dado una paliza en Assaye. No había quedado un solo oficial ileso y las compañías que habían formado con setenta u ochenta hombres antes de la batalla ahora sólo tenían cuarenta o cincuenta. El batallón había sufrido un verdadero infierno en sus carnes y ahora sus supervivientes se aferraban los unos a los otros. Puede que Sharpe hubiera estado en Assaye, incluso podía haberse distinguido en el campo de batalla, pero él no había pasado por la mortífera experiencia del 74.º y por lo tanto era un intruso.

—¡Alineación derecha! —gritó el sargento Colquhoun, y la compañía realizó una conversión derecha y formó una línea de dos filas. La zanja había salido de entre el mijo para unirse al lecho ancho y seco de un río y Sharpe miró hacia el norte y vio una franja de humo blanco de cañón en el horizonte. Artillería mahratta. En cualquier caso, se hallaban a un buen trecho de distancia. Ahora que el batallón había salido de las altas cosechas, Sharpe percibió que soplaba un suave viento. No era lo bastante fuerte como para refrescar el caluroso ambiente, pero poco a poco se llevaría el humo de los cañones.

—¡Alto! —gritó Urquhart—. ¡Vista al frente!

La artillería enemiga tal vez estuviera lejos, pero parecía que el batallón marcharía siguiendo el lecho del río, directamente hacia las bocas de esos cañones. Al menos el 74.º no estaba solo. El 78.º, otro batallón de las Highlands, se encontraba a su derecha, y a cada lado de aquellos dos batallones escoceses había largas líneas de cipayos de Madras.

Urquhart volvió cabalgando al lugar donde se encontraba Sharpe.

—Stevenson se ha unido a nosotros. —El capitán lo dijo en una voz lo bastante alta para que lo oyera el resto de la compañía. Urquhart los estaba animando haciéndoles saber que los dos pequeños ejércitos británicos se habían combinado. El general Wellesley estaba al mando de ambos, pero casi todo el tiempo dividía sus fuerzas en dos partes, la más pequeña de las cuales se hallaba bajo las órdenes del coronel Stevenson, sin embargo, aquel día las dos pequeñas facciones se habían unido de manera que doce mil soldados de infantería podían atacar a la vez. Pero, ¿contra cuántos? Sharpe no veía al ejército mahratta detrás de sus cañones, pero sin duda esos cabrones estaban allí en masa.

—Lo cual significa que el 94.º está en algún lugar a nuestra izquierda —añadió Urquhart en voz alta, y algunos soldados mascullaron su aprobación ante aquella noticia. El 94.º era otro regimiento escocés, de modo que ese día había tres batallones escoceses atacando a los mahratta. Tres batallones escoceses y tres cipayos, y los escoceses, en su mayoría, consideraban que podían haber hecho el trabajo solos. Sharpe también lo creía así. Aunque no le tuvieran mucha simpatía, sabía que eran unos buenos soldados. Tipos duros. A veces intentaba imaginarse cómo debía de ser para los mahratta luchar contra los escoceses. Suponía que un infierno. Un verdadero infierno. «La cuestión es —le había dicho a Sharpe el coronel McCandless en una ocasión— que cuesta el doble matar a un escocés que liquidar a un inglés.»

¡Pobre McCandless! A él sí que lo habían liquidado, le habían disparado en las postrimerías de Assaye. Al coronel podía haberlo matado cualquier enemigo, pero Sharpe se había convencido de que ese inglés traidor, William Dodd, había sido el autor del disparo mortal. Dodd seguía libre, seguía luchando junto a los mahratta, y Sharpe había jurado sobre la tumba de McCandless que se vengaría en nombre del escocés. Había hecho el juramento cuando cavó la tumba del coronel, y le habían salido ampollas de golpear la tierra dura. McCandless había sido un buen amigo para Sharpe y ahora, con el coronel enterrado en una fosa profunda para que ni pájaro ni bestia alguna pudieran darse un festín con su cadáver, Sharpe tenía la sensación de carecer de amigos en aquel ejército.

—¡Cañones! —se oyó gritar por detrás del 74.º—. ¡Abran paso!

Dos baterías de cañones de campaña de seis libras eran conducidos por el lecho del río para formar una línea de artillería por delante de la infantería. Se llamaban cañones de campaña porque eran ligeros y normalmente iban tirados por caballos, pero en aquella ocasión iban todos enganchados a unos tiros de diez bueyes, por lo que en vez de galopar avanzaban lenta y pesadamente. Los bueyes tenían los cuernos pintados y algunos de ellos llevaban cencerros colgados del cuello. Los cañones pesados iban todos a la zaga en algún lugar del camino, tan lejos que probablemente llegarían tarde a la fiesta de aquella jornada.

Se encontraban ya en un terreno más abierto. Más adelante había unas cuantas

parcelas de alto mijo, pero en dirección este había campos arables y Sharpe observó los cañones mientras se dirigían hacia esas secas tierras de pastos. El enemigo también estaba observando, y las primeras balas de cañón cayeron en la hierba y rebotaron por encima de las piezas de artillería británicas.

—Me da la impresión de que quedan unos cuantos minutos antes de que los artilleros se preocupen por nosotros —comentó Urquhart, y acto seguido sacó el pie derecho del estribo y se deslizó del caballo al lado de Sharpe—. ¡Jock! —llamó a un soldado—. No se separe de mi caballo, ¿quiere? —El soldado condujo al animal hacia una zona herbosa y Urquhart hizo un movimiento con la cabeza, invitando a Sharpe a que lo siguiera, y se alejaron para que el resto de la compañía no pudiera oírles. El capitán parecía sentirse incómodo, lo mismo que Sharpe, que no estaba acostumbrado a semejante intimidad con Urquhart—. ¿Fuma usted puros, Sharpe? —preguntó el capitán.

—A veces, señor.

—Tenga. —Urquhart le ofreció a Sharpe un cigarro toscamente enrollado y luego prendió una llama en su caja de yesca. Encendió primero su cigarro y luego le sostuvo la caja con su parpadeante llama a Sharpe—. El comandante me ha dicho que ha llegado un nuevo cupo a Madras.

—Eso es bueno, señor.

—No restituirá todos los efectivos que nos faltan, claro está, pero será de ayuda —dijo Urquhart. No estaba mirando a Sharpe, sino que tenía la vista clavada en los cañones británicos que avanzaban sin parar por la pradera. Sólo había una docena de cañones, muchos menos que los mahatta. Una granada explotó junto a uno de los tiros de bueyes lanzando humo y terrones de tierra sobre las bestias, y Sharpe esperó ver detenerse al cañón cuando las agonizantes bestias enredaran los tirantes, pero los bueyes siguieron marchando pesadamente, pues por algún milagro no habían resultado heridos—. Si van demasiado lejos —murmuró Urquhart—, van a acabar convertidos en chatarra por lo menos. Sharpe, ¿usted está contento aquí?

—¿Contento, señor? —Sharpe quedó desconcertado ante aquella pregunta repentina.

Urquhart frunció el ceño, como si la respuesta de Sharpe no le sirviera de nada.

—Contento —volvió a decir—. Satisfecho.

—No estoy seguro de que un solado tenga que estar contento, señor.

—Eso no es verdad, no es verdad —replicó Urquhart con desaprobación. Era igual de alto que Sharpe. Se rumoreaba que Urquhart era un hombre muy rico, pero el único indicio de ello era su uniforme, cuyo elegante corte contrastaba con la casaca raída de Sharpe. Urquhart rara vez sonreía, cosa que hacía difícil encontrarse cómodo en su compañía. Sharpe se preguntaba por qué el capitán había dado pie a esa conversación que no parecía propia del inflexible Urquhart. ¿Acaso estaba nervioso

por la batalla que se preparaba? Sharpe lo consideraba poco probable después de que Urquhart hubiera soportado el infierno de Assaye, pero no se le ocurría ninguna otra explicación—. Uno tiene que estar satisfecho con su trabajo —dijo Urquhart haciendo un floreo con su puro—, y si no lo está, probablemente es señal de que se ha equivocado de profesión.

—No tengo mucho que hacer, señor —dijo Sharpe, que esperó que su tono no hubiera sonado muy hosco.

—Ya me lo imagino —repuso lentamente Urquhart—. Entiendo lo que quiere decir. Ya lo creo que lo entiendo. —Movi6 los pies, arrastrándolos por el polvo—. La compañía se dirige sola, supongo. Colquhoun es un buen tipo, y el sargento Craig lo está haciendo bien, ¿no cree?

—Sí, señor. —Sharpe sabía que no había necesidad de que llamara «señor» a Urquhart continuamente, pero costaba erradicar las viejas costumbres.

—Los dos son unos buenos calvinistas, ¿sabe? —dijo Urquhart—. Eso los hace dignos de confianza.

—Sí, señor —contestó Sharpe. No estaba muy seguro de lo que era un calvinista, y no iba a preguntarlo. Tal vez fuera lo mismo que un francmasón, y de esos había muchos entre los oficiales del 74.º, aunque tampoco sabía qué eran exactamente. Sólo sabía que él no era uno de ellos.

—La cuestión es, Sharpe —prosiguió Urquhart, aunque no miraba a Sharpe al hablar—, que está usted sentado sobre una fortuna, no sé si me entiende.

—¿Una fortuna, señor? —preguntó Sharpe con cierta alarma. ¿Acaso Urquhart se había olido de algún modo que Sharpe escondía esmeraldas, rubíes, diamantes y zafiros?

—Usted es alférez —explicó Urquhart—, y si no está contento siempre puede vender su oficialía. En Escocia hay un montón de tipos excelentes que le comprarían el rango. Incluso algunos de los de aquí. Según tengo entendido, en la Brigada Escocesa hay unos cuantos caballeros oficiales que empezaron como soldados rasos.

Por lo visto Urquhart no estaba nervioso a causa de la inminente batalla, sino más bien por la reacción de Sharpe frente a aquella conversación. El capitán quería quitarse de encima a Sharpe, y éste, al darse cuenta de ello, se sintió aún más incómodo. Había deseado muchísimo ser oficial y ahora pensaba que ojalá no hubiera soñado nunca con el ascenso. ¿Qué se esperaba? ¿Que le dieran palmaditas en la espalda y lo recibieran como a un hermano al que no veían hacía tiempo? ¿Que le concedieran una compañía de soldados? Urquhart lo observaba expectante, aguardando una respuesta, pero Sharpe no dijo nada.

—Cuatrocientas libras, Sharpe —dijo Urquhart—. Es la tarifa oficial por el rango de alférez, pero, entre usted y yo, puede sacar al menos otras cincuenta. ¡O quizás incluso cien! Y en guineas. Pero si se lo vende a uno de aquí, sobre todo asegúrese de

que su pagaré sea válido.

Sharpe no dijo nada. ¿De verdad había caballeros que habían ascendido de la tropa en el 94? Esos hombres podían permitirse el lujo de ser oficiales y poseían la clase de un oficial, pero hasta que no quedaba una oficialía vacante servían con la tropa, si bien comían en el comedor de oficiales. No eran ni carne ni pescado. Lo mismo que Sharpe. Y ninguno de ellos dejaría escapar la oportunidad de comprar una oficialía en el 74.º. Pero a Sharpe no le hacía falta el dinero precisamente. Ya poseía una fortuna, y si quería abandonar el ejército lo único que tenía que hacer era renunciar a su rango y marcharse. Marcharse siendo un hombre rico.

—Claro que —siguió diciendo Urquhart, ajeno a los pensamientos de Sharpe—, si el pagaré lo ha extendido un agente militar como Dios manda, entonces no tiene por qué preocuparse. La mayor parte de nuestros compañeros utiliza los servicios de John Borrey de Edimburgo, de modo que si ve uno de sus pagarés puede depositar en él toda su confianza. Borrey es un tipo honesto. Otro calvinista, ¿sabe?

—¿Y francmasón, señor? —preguntó Sharpe. No estaba del todo seguro de por qué lo había hecho, pero había soltado la pregunta sin más. Supuso que quería saber si era lo mismo que un calvinista.

—La verdad es que no sabría decirle. —Urquhart miró a Sharpe con el ceño fruncido y su tono de voz se volvió más frío—. Lo importante, Sharpe, es que es de fiar.

«Cuatrocientas cincuenta guineas», pensó Sharpe. No era moco de pavo. Era otra pequeña fortuna que sumar a sus joyas y sintió la tentación de aceptar el consejo de Urquhart. Nunca iba a ser bien recibido en el 74.º y con el botín que había conseguido podría establecerse en Inglaterra.

—Está sobre el tapete —dijo Urquhart—. Piense en ello, Sharpe, piense en ello. ¡Jock, mi caballo!

Sharpe tiró el cigarro. Tenía la boca seca a causa del polvo y el humo era muy fuerte, pero cuando Urquhart montó en su caballo vio en el suelo el puro apenas consumido y miró a Sharpe con cara de pocos amigos. Por un segundo dio la impresión de que el capitán iba a decir algo, pero tiró de las riendas, picó a su montura y se alejó. «¡Joder! —pensó Sharpe—. ¡Últimamente no hago nada del derecho!»

En aquellos momentos el cañón mahratta ya tenía a tiro a las piezas de artillería de campaña británicas y una de sus balas le dio de lleno a una cureña. Una de las ruedas se hizo astillas y el cañón de seis libras se inclinó de lado. Los artilleros bajaron del armón de un salto, pero antes de que pudieran sacar la rueda de recambio el tiro de bueyes se desbocó. Los animales arrastraron el cañón de nuevo hacia los cipayos dejando una vasta columna de humo allí donde el muñón se deslizaba por la tierra seca. Los artilleros corrieron para atajar a los bueyes, pero entonces le entró el

pánico a un segundo tiro. Las bestias tenían sus cuernos pintados hacia abajo y se alejaban al galope del bombardeo. En aquellos momentos los cañones maharatta estaban disparando con rapidez. Una bala golpeó contra otro de los tiros de los cañones y lanzó hacia el cielo unos brillantes chorros de sangre de buey. Los cañones enemigos eran brutales y poseían mucho más alcance que los pequeños seis libras británicos. Un par de granadas estallaron por detrás de los aterrados bueyes provocando que éstos corrieran aún más deprisa hacia los batallones cipayos situados a la derecha de la línea de Wellesley. Los armones iban dando frenéticos tumbos sobre el terreno desigual y con cada sacudida las balas salían rodando o la pólvora se derramaba. Sharpe vio que el general Wellesley hacía girar a su caballo y se dirigía hacia los cipayos. Sin duda les gritaba que abrieran filas y dejaran que los bueyes desbocados atravesaran la línea, pero en lugar de eso, y de forma totalmente repentina, fueron los soldados quienes se dieron la vuelta y echaron a correr.

—¡Por Dios! —exclamó Sharpe en voz alta, con lo que se ganó una mirada recriminatoria por parte del sargento Colquhoun.

Dos batallones de cipayos estaban huyendo. Sharpe vio al general cabalgando entre los fugitivos e imaginó que estaría gritando a los asustados hombres que se detuvieran y formaran de nuevo, pero ellos siguieron corriendo hacia el mijo. Les había entrado el pánico al ver los bueyes y el peso de los proyectiles enemigos que batían los pastizales con polvo y humo. Los soldados desaparecieron entre los altos tallos dejando tras de sí nada más que a unos avergonzados oficiales dispersos y, asombrosamente, a los dos tiros de asustados animales que, de forma inexplicable, se habían detenido antes de llegar al mijo y que aguardaban pacientemente a que los artilleros fueran a buscarlos.

—¡Siéntense! —les gritó Urquhart a sus soldados, y los miembros de la compañía se agacharon en el seco lecho del río. Uno de ellos sacó de su bolsa una pipa de cerámica con restos de tabaco y la encendió con una caja de yesca. El humo del tabaco se movía lentamente empujado por la suave brisa. Unos cuantos soldados echaron un trago de sus cantimploras, pero la mayoría se reservaba el agua para la sequedad que producía morder los cartuchos. Sharpe miró hacia atrás con la esperanza de ver a los *puckalees* que traían agua al batallón, pero no había ni rastro de ellos. Al volverse de nuevo hacia el norte vio que unos cuantos soldados de caballería enemigos habían aparecido en la cima y que sus largas lanzas formaban un puntiagudo matorral que se recortaba contra el cielo. No había duda de que los jinetes enemigos estaban tentados de atacar la rota línea británica para así hacer salir en estampida a más de aquellos nerviosos cipayos, pero un escuadrón de caballería británica salió de un bosque con los sables desenvainados para amenazar el flanco de los jinetes enemigos. No cargó ninguno de los dos bandos, sino que se limitaron a observarse los unos a los otros. Los gaiteros del 74.º habían dejado de tocar. Los

cañones de campaña británicos que quedaban se estaban desplegando en aquellos momentos y se colocaban de cara a la extensa y poco empinada ladera en la que los cañones enemigos se alineaban en el horizonte—. ¿Están cargados todos los mosquetes? —le preguntó Urquhart a Colquhoun.

—Mejor será que sí lo estén, señor, o querré saber por qué.

Urquhart desmontó. Llevaba una docena de cantimploras llenas atadas a su silla, soltó seis de ellas y se las dio a la compañía.

—Compártanlas —ordenó, y Sharpe lamentó no haber pensado en traerse un poco de agua extra. Uno de los soldados recogió un poco de agua con las manos ahuecadas y dejó que su perro se la bebiera a lengüetazos. Luego el can se sentó y se rascó las pulgas en tanto que su amo se recostaba y se echaba el chacó sobre los ojos.

«Lo que tendría que hacer el enemigo —pensó Sharpe— es acometer con su infantería. Con toda. Lanzar un ataque masivo a lo largo de la línea del horizonte y bajar hacia el mijo. Inundar el lecho del río con una horda de guerreros que profieran alaridos y que puedan aumentar el pánico y hacerse así con la victoria.»

Pero en la línea del horizonte seguía sin verse nada más que los cañones y los inmóviles lanceros enemigos.

Así pues, los casacas rojas aguardaron.

El coronel William Dodd, oficial al mando de las Cobras de Dodd, espoleó a su caballo y se dirigió hacia el horizonte, desde donde miró ladera abajo y vio las desorganizadas líneas británicas. Le dio la impresión de que dos o más batallones habían huido presa del pánico dejando un enorme hueco a la derecha de la línea de casacas rojas. Hizo dar la vuelta a su caballo y clavó los talones para dirigirse al lugar donde el caudillo mahratta esperaba bajo sus banderas. Dodd se abrió paso a la fuerza con su caballo entre los ayudantes de campo hasta llegar junto al príncipe Manu Bappoo.

—Lance una acometida frontal con todas las tropas, *sahib* —le aconsejó a Bappoo—. ¡Ahora!

Manu Bappoo no dio muestras de haber oído a Dodd. El comandante mahratta era un hombre alto y delgado; con el rostro alargado y lleno de cicatrices y una corta barba negra. Sus vestiduras eran de color amarillo, llevaba un casco de plata con un largo penacho de crin y sujetaba una espada que afirmaba haberle quitado a un oficial de caballería británico tras un combate singular. Dodd dudaba de dicha afirmación, puesto que la espada no era de ningún modelo que él conociera, pero no estaba dispuesto a cuestionar directamente a Bappoo sobre el asunto. Bappoo no era como la mayoría de dirigentes mahratta que Dodd conocía. Bappoo podía ser un príncipe y el hermano pequeño del cobarde raja de Berar, pero también era un guerrero.

—¡Ataque ahora! —insistió Dodd. Mucho antes, aquel mismo día, había

aconsejado no combatir contra los británicos, pero ahora parecía que su consejo había resultado erróneo, puesto que la acometida británica se había disuelto a causa del pánico mucho antes de situarse al alcance de los mosquetes—. Ataque con todo lo que tenemos, *sahib* —exhortó Dodd a Bappoo.

—Si arremeto con todo lo que tengo, coronel Dodd —dijo Bappoo con su voz extrañamente sibilante—, entonces mis cañones tendrán que dejar de disparar. Dejemos que los británicos caigan bajo el fuego de la artillería y después soltaremos a la infantería. —Bappoo había perdido los dientes delanteros a causa de un golpe de lanza y silbaba las palabras de una manera que a Dodd le daba la impresión de estar oyendo a una serpiente. Incluso su aspecto era de reptil. Tal vez fueran sus ojos de párpados caídos, o quizá fuera simplemente su aire de silenciosa amenaza. Pero al menos sabía combatir. El hermano de Bappoo, el raja de Berar, había huido antes de la batalla en Assaye, pero Bappoo, que no se encontraba presente en Assaye, no era ningún cobarde. En realidad, podía morder como una serpiente.

—Los británicos avanzaron bajo el fuego de la artillería en Assaye —gruñó Dodd —, eran menos numerosos que ahora, nosotros teníamos más cañones y aun así nos ganaron.

Bappoo le dio unas palmaditas a su caballo, que había dado un respingo con el sonido de un cañón cercano. Era un gran semental árabe de color negro y su silla tenía incrustaciones de plata. Tanto el caballo como la silla habían sido un regalo de un jeque árabe, los miembros de cuya tribu habían navegado hasta la India para servir en el regimiento de Bappoo. Eran mercenarios provenientes del implacable desierto que se hacían llamar los Leones de Alá y se les consideraba el regimiento más salvaje de toda la India. Los Leones de Alá se hallaban en formación detrás de Bappoo; una falange de guerreros de rostro moreno y blancas vestiduras armados con mosquetes y cimitarras largas y curvas.

—¿De verdad cree que deberíamos enfrentarnos a ellos delante de nuestros cañones? —le preguntó Bappoo a Dodd.

—Los mosquetes matarán a más soldados que los cañones —dijo Dodd. Una de las cosas que le gustaban de Bappoo era que el hombre estaba dispuesto a escuchar consejos—. Hágalos frente a medio camino, *sahib*, merme a esos cabrones con fuego de mosquete y luego retírese para dejar que los cañones terminen con ellos con botes de metralla. O mejor aún, *sahib*, coloque la artillería en el flanco para barrerlos.

—Es demasiado tarde para hacer eso —replicó Bappoo.

—Sí, bueno. Tal vez. —Dodd dio un resoplido. No sabía por qué los indios se empeñaban tercamente en situar los cañones delante de la infantería. Era una chifladura, sí, pero ellos lo hacían. Él no paraba de decirles que colocaran los cañones entre los regimientos de manera que los artilleros pudieran disparar oblicuamente por delante de la infantería, pero los comandantes indios consideraban que la visión de

los cañones justo delante animaba a sus soldados—. Pero sitúe a unos cuantos efectivos de infantería al frente, *sahib* —le instó.

Bappoo consideró la propuesta de Dodd. No le caía muy bien aquel inglés, que era un hombre alto, desgarbado y huraño, con unos largos dientes amarillos y una actitud sarcástica, pero Bappoo pensaba que su consejo era bueno. El príncipe no había combatido nunca contra los británicos, pero era consciente de que de algún modo eran distintos de los demás enemigos que había masacrado en una veintena de campos de batalla a lo largo de la India occidental. Él creía que en aquellas filas rojas existía una imperturbable indiferencia ante la muerte que les permitía marchar con calma hacia el más violento de los cañoneos. No lo había visto personalmente, pero lo había oído de boca de suficientes personas como para dar crédito a la información. Con todo le resultaba difícil abandonar unos métodos de batalla de probada eficacia. No parecería normal hacer avanzar a su infantería por delante de los cañones y ocasionar con ello que la artillería resultara inútil. Tenía treinta y ocho cañones, todos ellos más pesados que cualquiera de las piezas que los británicos habían desplegado hasta el momento, y sus artilleros estaban tan bien entrenados como cualesquiera otros en el mundo. Treinta y ocho cañones pesados podían causar una buena matanza en una infantería que avanzara, sin embargo, si lo que Dodd decía era cierto, las filas de casacas rojas soportarían el castigo con estoicismo y no cesarían su avance. Sólo que algunos ya habían huido, lo cual sugería que estaban nerviosos, por lo que quizás aquél era el día en el que finalmente los dioses se volverían contra los británicos.

—Esta mañana —le dijo Bappoo a Dodd— he visto dos águilas recortadas contra el sol.

«¡Yeso qué!», pensó Dodd. Los indios eran unos fanáticos de los augurios, siempre estaban mirando dentro de vasijas de aceite, consultando a los santos varones o preocupándose por la errante caída de una hoja temblorosa, pero no había mejor augurio de victoria que ver a un enemigo que huye antes incluso de entablar combate.

—Supongo que las águilas significan victoria, ¿no? —preguntó Dodd educadamente.

—Así es —asintió Bappoo. Y el augurio indicaba que la victoria iba a ser suya fuera cual fuera la táctica que utilizara, cosa que hacía que se inclinara en contra de probar nada nuevo. Además, aunque el príncipe Manu Bappoo nunca había combatido contra los británicos, tampoco éstos se habían enfrentado nunca a los Leones de Alá en batalla. Y el aspecto numérico favorecía a Bappoo. Bloqueaba el avance británico con cuarenta mil hombres, en tanto que los casacas rojas no sumaban ni un tercio de dicha cantidad—. Esperaremos —decidió Bappoo— y dejaremos que el enemigo se acerque más. —Los aplastaría primero con fuego de cañón y luego con los mosquetes—. Quizá podría soltar a los Leones de Alá cuando los británicos estén más cerca, coronel —dijo para apaciguar a Dodd.

—No bastará con un regimiento —replicó Dodd—, ni siquiera con sus árabes, *sahib*. Haga avanzar a todos sus hombres. La línea entera.

—Tal vez —comentó Bappoo con vaguedad, aunque no tenía intención de hacer avanzar a toda su infantería por delante de los preciosos cañones. No tenía ninguna necesidad de hacerlo. La visión de las águilas lo había persuadido de que vería la victoria, y creía que los artilleros la harían posible. Se imaginaba los cadáveres con casaca roja entre las cosechas. Se vengaría por lo de Assaye y demostraría que los casacas rojas podían morir igual que cualquier otro enemigo—. Vaya con sus soldados, coronel Dodd —dijo con severidad.

Dodd hizo dar la vuelta a su caballo y cabalgó hacia la derecha de la línea donde sus Cobras aguardaban en cuatro filas. Era un regimiento magnífico, maravillosamente entrenado, al que Dodd había sacado del asedio de Ahmednuggur y luego del despavorido caos de la derrota en Assaye. Dos desastres, pero los hombres de Dodd no habían dejado de cumplir con su obligación en ningún momento. El regimiento había formado parte del ejército de Scindia, pero después de Assaye las Cobras se habían retirado con la infantería del raja de Berar, y el príncipe Manu Bappoo, al que habían hecho volver del norte del país para que tomara el mando de las maltrechas fuerzas de Berar, había convencido a Dodd para que abandonara su lealtad a Scindia y la depositara en el raja de Berar. Dodd habría cambiado de lealtades igualmente, puesto que el abatido Scindia buscaba hacer la paz con los británicos, pero Bappoo había añadido un incentivo de oro, plata y un ascenso a coronel. A los soldados de Dodd, todos ellos mercenarios, no les importaba a qué amo servían siempre y cuando éste tuviera bien llena la bolsa.

Gopal, el segundo al mando de Dodd, acogió el regreso del coronel con una mirada atribulada.

—¿No va a avanzar?

—Quiere que los cañones hagan el trabajo.

Gopal detectó la duda en la voz de Dodd.

—¿Y no lo harán?

—No lo hicieron en Assaye —respondió Dodd agriamente—. ¡Maldita sea! ¡Ni siquiera tendríamos que combatir con ellos aquí! A los casacas rojas no se les debe dar nunca un terreno abierto. A esos cabrones tendríamos que hacerles escalar muros o cruzar ríos. —Dodd temía a la derrota, y tenía motivos para ello, puesto que los británicos habían puesto precio a su cabeza. En aquellos momentos el precio era de setecientas guineas, casi seis mil rupias, cantidad con la que se había prometido recompensar en oro a quienquiera que entregara a William Dodd, vivo o muerto, a la Compañía de las Indias Orientales. Dodd había sido un teniente del ejército de la Compañía, pero había animado a sus hombres a matar a un orfebre y, enfrentado a una acusación, Dodd había desertado y se había llevado a más de un centenar de

cipayos con él. Aquello había bastado para poner precio a su cabeza, pero el precio aumentó después de que Dodd y sus cipayos traidores asesinaran a la guarnición de la Compañía en Chasalgao. Ahora su cuerpo valía una fortuna y William Dodd comprendía demasiado bien la codicia como para no estar temeroso. Si aquel día el ejército de Bappoo se venía abajo igual que el ejército maharatta se había desintegrado en Assaye, Dodd sería un fugitivo en una llanura abierta dominada por caballería enemiga—. Deberíamos luchar contra ellos en las colinas —dijo en tono grave.

—Entonces tendríamos que enfrentarnos a ellos en Gawilghur —comentó Gopal.

—¿Gawilghur? —preguntó Dodd.

—Es la mayor de todas las fortalezas maharatta, *sahib*. Ni todos los ejércitos europeos juntos podrían tomar Gawilghur. —Gopal se dio cuenta de que Dodd se mostraba escéptico ante aquella afirmación—. Ni todos los ejércitos del mundo podrían tomarla, —añadió con seriedad—. Se alza sobre unos precipicios que rozan el cielo, y desde sus muros los hombres se ven reducidos al tamaño de piojos.

—Pero hay una entrada —dijo Dodd—, siempre hay una entrada.

—La hay, *sahib*, pero para entrar en Gawilghur hay que atravesar un cuello de altas rocas que sólo conduce a una fortaleza exterior. Podría ser que alguien se abriera camino a la fuerza a través de esos muros exteriores, pero entonces llegaría a un barranco profundo y se encontraría con que el verdadero bastión se halla al otro lado del mismo. ¡Allí hay más muros, más cañones, un camino estrecho y unos enormes portones que bloquean el paso! —Gopal suspiró—. Lo vi una vez, hace años, y rogué para no tener nunca que luchar contra un enemigo que se hubiera refugiado allí.

Dodd no dijo nada. Miraba fijamente hacia el pie de la poco empinada ladera donde aguardaba la infantería de casacas rojas. Cada pocos segundos una bocanada de humo mostraba el lugar en el que una bala de cañón había golpeado contra el suelo.

—Si hoy las cosas salen mal —dijo Gopal en voz baja—, podemos ir a Gawilghur y allí estaremos seguros. Los británicos podrán seguirnos, pero no podrán alcanzarnos. Caerán destrozados en las tocas de Gawilghur mientras nosotros nos tomamos un descanso a orillas de los lagos de la fortaleza. Nosotros estaremos en el cielo y ellos morirán abajo como perros.

Si Gopal estaba en lo cierto, entonces ni todos los caballos ni todos los soldados del rey podrían tocar a William Dodd en Gawilghur. Pero primero tenía que llegar a la fortaleza, y tal vez ni siquiera fuera necesario, puesto que aún podía ser que el príncipe Manu Bappoo derrotara a los británicos allí. Bappoo creía que no había infantería en toda la India que pudiera oponerse a sus mercenarios árabes.

A lo lejos, en la llanura, Dodd vio que los dos batallones que habían huido hacia las altas cosechas eran conducidos de nuevo a la línea. Supo que dentro de un momento esa línea empezaría a avanzar otra vez.

—Dígales a nuestros cañones que dejen de disparar —le ordenó a Gopal. Las Cobras de Dodd poseían cinco pequeños cañones propios destinados a prestar apoyo cercano al regimiento. Los cañones de Dodd no se hallaban delante de sus hombres de casaca blanca, sino a cierta distancia en el flanco derecho desde donde podían azotar el frente del enemigo, que avanzaba con un mortífero fuego oblicuo—. Que carguen botes de metralla —ordenó— y que esperen hasta que estén cerca. —Lo importante era ganar, pero si el destino quería lo contrario Dodd debía seguir con vida para volver a combatir en un lugar donde no pudieran vencerlo. En Gawilghur.

La línea británica avanzó al fin. Se extendía de este a oeste a lo largo de casi cinco kilómetros, entrando y saliendo de los campos de mijo con un serpenteo, atravesando los pastos y cruzando el ancho y seco lecho del río. Componía el centro de la línea una formación de trece batallones de infantería de casacas rojas, tres de ellos escoceses y el resto cipayos, en tanto que dos regimientos de caballería avanzaban por el flanco izquierdo y cuatro por el derecho. Por detrás de la caballería regular había dos concentraciones de jinetes mercenarios que se habían aliado con los británicos con la esperanza de conseguir botín. Los tambores redoblaban y sonaban las gaitas. Las banderas colgaban por encima de los chicos. Una gran franja de cosechas quedó totalmente pisoteada cuando la línea marchó pesadamente hacia el norte. Los cañones británicos abrieron fuego, sus pequeños proyectiles de seis libras apuntaban a la artillería mahratta.

La susodicha artillería mahratta disparaba constantemente. Sharpe, que iba andando detrás del flanco izquierdo de la compañía número seis, observaba un cañón en concreto situado justo detrás de un brillante grupo de banderas en el horizonte ocupado por el enemigo. Contó mentalmente y despacio hasta sesenta, luego volvió a contar y calculó que el cañón había conseguido realizar cinco disparos en dos minutos. No estaba seguro de la cantidad de cañones que había en el horizonte, pues la enorme nube de humo de pólvora los ocultaba, pero intentó contar los destellos de sus bocas que aparecían como fulgurantes llamas momentáneas entre aquel vaho gris blanquecino y, por lo que podía adivinar, calculó que allí había casi cuarenta cañones. ¿Cuánto era cuarenta veces cinco? Doscientos. Así pues se estaban realizando cien disparos por minuto, y si se apuntaba bien cada uno de ellos podía matar a dos soldados, a uno en la primera fila y a otro detrás. Claro que, cuando el ataque fuera a más corta distancia, esos cabrones cambiarían a botes de metralla y entonces cada disparo podría arrancar de la línea a una docena de hombres, pero por el momento, a medida que los casacas rojas iban avanzando penosamente y en silencio, el enemigo seguía lanzando balas de cañón por la poco empinada ladera. Muchas de esas balas no alcanzaron su objetivo. Algunas de ellas pasaron por encima de las cabezas con un aullido y unas cuantas rebotaron detrás de la línea, pero los artilleros enemigos eran

buenos y estaban bajando los tubos de sus cañones para que las balas golpearan en el suelo muy por delante de la línea de casacas rojas, y para que así el proyectil hubiera rebotado ya una docena de veces antes de alcanzar el objetivo y de esta forma causara impacto a la altura de la cadera o por debajo. Los artilleros lo llamaban arañazo, y requería habilidad. Si el primer arañazo tenía lugar demasiado cerca del cañón, la bala perdería su impulso y no haría más que suscitar las burlas de los casacas rojas, ya que rodaría hasta detenerse sin causar daños, en tanto que si el primer arañazo ocurría demasiado cerca de la línea de atacantes entonces la bala rebotaría y pasaría limpiamente por encima de los casacas rojas. La técnica consistía en lanzar la bala lo suficientemente baja como para asegurarse de que alcanzaba su objetivo, y los proyectiles se estaban cobrando víctimas a todo lo largo de la línea. Los soldados salían despedidos hacia atrás con caderas y piernas destrozadas. Sharpe pasó junto a una bala de cañón pegajosa de sangre y llena de moscas que se había detenido a unos veinte pasos de distancia del hombre al que había destripado. «¡Cierren filas!», gritaban los sargentos, y los encargados de hacerlo tiraban de los soldados para que llenaran los huecos. Los cañones británicos disparaban hacia la nube de humo enemiga, pero sus disparos parecían no causar ningún efecto, de modo que se les ordenó que avanzaran más. Se trajeron los tiros de bueyes, los cañones se engancharon a los arzones y los seis libras avanzaron lentamente cuesta arriba.

—Como bolos. —El alférez Venables había aparecido al lado de Sharpe. Roderick Venables tenía diecisiete años y estaba asignado a la compañía número siete. Había sido el oficial de menor categoría del batallón hasta que Sharpe se había incorporado al mismo, y Venables había asumido el papel de profesor de Sharpe en cuanto a cómo debían comportarse los oficiales—. Nos están derribando como si fuéramos bolos, ¿eh, Richard?

Antes de que Sharpe pudiera responderle, una media docena de soldados de la compañía número seis se echaron a un lado cuando una bala de cañón dio un bajo y fuerte bote y se dirigió hacia ellos. Pasó rápidamente y sin causar daño por el hueco que habían abierto. Los soldados se rieron por haberla evitado y entonces el sargento Colquhoun les ordenó que volvieran a formar sus dos filas.

—¿No se supone que debería estar a la izquierda de su compañía? —le preguntó Sharpe a Venables.

—Sigue pensando como un sargento, Richard —repuso Venables—. A *Orejas de Cerdo* le da igual donde esté. —*Orejas de Cerdo* era el capitán Lomax, que se había ganado el mote no por algún rasgo singular de sus orejas, sino porque le apasionaban las orejas de cerdo fritas y crujientes. Lomax era una persona de trato fácil, a diferencia de Urquhart, a quien le gustaba que todo se hiciera estrictamente según el reglamento—. Además —agregó Venables—, no hay nada más que hacer. Los muchachos conocen su trabajo.

—Ser alférez es una pérdida de tiempo —dijo Sharpe.

—¡Tonterías! Un alférez no es más que un coronel en ciernes —replicó Venables—. Nuestro deber, Sharpe, es ser decorativos y seguir vivos el tiempo suficiente para ascender. ¡Pero nadie espera que resultemos útiles! ¡Por Dios! ¿Un oficial subalterno que es útil? Cuando las ranas críen cola. —Venables soltó una carcajada. Era un joven vano y engreído, pero era uno de los pocos oficiales del 74.º que le ofrecía compañía a Sharpe—. ¿Se ha enterado de que ha llegado un nuevo cupo a Madras? —preguntó.

—Me lo dijo Urquhart.

—Soldados de refresco. Nuevos oficiales. Ya no será usted el de menor categoría. Sharpe sacudió la cabeza.

—Eso depende de la fecha en que los nuevos asumieron su oficialía, ¿no es así?

—Supongo que sí. Tiene toda la razón. Y debieron de haber zarpado de Gran Bretaña mucho antes de que usted diera el salto, ¿no? De modo que seguirá siendo el benjamín del comedor de oficiales. Mala suerte, viejo amigo.

«¿Viejo amigo? Pues sí», pensó Sharpe. Era viejo. Probablemente diez años mayor que Venables, aunque no estaba seguro, puesto que nunca nadie se había molestado en anotar su fecha de nacimiento. Los alféreces eran jóvenes y Sharpe era un hombre hecho y derecho.

—¡Caramba! —gritó Venables con deleite, y Sharpe levantó la vista y vio que una bala de cañón había golpeado en el borde de un canal de irrigación y rebotaba hacia lo alto en vertical provocando una lluvia de tierra—. Orejas de Cerdo dice que una vez vio como dos balas de cañón chocaban en el aire —dijo Venables—. Bueno, en realidad no lo vio, claro, pero lo oyó. Dice que aparecieron en el cielo de pronto. ¡Bum! Luego cayeron con un golpe seco.

—Tendrían que haberse roto en mil pedazos —observó Sharpe.

—Según Orejas de Cerdo, no —insistió Venables—. Él dice que se tumbaron la una a la otra. —Una granada estalló por delante de la compañía y los pedazos de hierro de la carcasa pasaron silbando por encima. Nadie resultó herido y las filas sortearon los fragmentos humeantes. Venables se agachó y recogió uno de los pedazos haciendo malabarismos para no quemarse—. Me gusta tener recuerdos —explicó, al tiempo que metía el pedazo de hierro en una bolsa—. Lo mandaré a casa para mis hermanas. ¿Por qué nuestros cañones no se detienen y disparan?

—Todavía están demasiado lejos —respondió Sharpe. A la línea que avanzaba aún le quedaban unos ochocientos metros por recorrer y, aunque los seis libras podían disparar desde esa distancia, los artilleros debían de haber decidido acercarse más para no fallar sus disparos. Acercarse, eso es lo que el coronel McCandless siempre le había dicho a Sharpe. Era el secreto de la batalla. Acercarse antes de empezar a masacrar.

Una bala de cañón alcanzó a una fila de la compañía número siete. Lo hizo en su primer arañazo y siguió su camino a una velocidad de vértigo tras impeler hacia atrás a los dos soldados de la fila en medio de una rociada de sangre cuyas gotas se fundían.

—¡Dios mío! —exclamó Venables con sobrecogimiento—. ¡Dios mío! —Los cadáveres se mezclaban en un revoltijo de huesos astillados, entrañas enredadas y armas rotas. Un cabo, uno de los encargados de cerrar las filas, se agachó para sacar de en medio de las vísceras esparcidas las bolsas y mochilas de aquellos soldados—. Dos nombres más en el porche de la iglesia —comentó Venables—. ¿Quiénes eran, cabo?

—Los hermanos McFadden, señor. —El cabo tuvo que gritar para que se le oyera por encima del estruendo de los cañones mahratta.

—Pobres desgraciados —dijo Venables—. Aun así, todavía quedan seis. Una dama fecunda, Rosie McFadden.

Sharpe se preguntó qué significaba «fecunda», luego decidió que podía imaginárselo. Venables, a pesar de todos sus aires de despreocupación, tenía un aspecto ligeramente pálido, como si al ver los cadáveres hechos picadillo le hubieran venido náuseas. Aquélla era su primera batalla, puesto que durante Assaye había estado enfermo de urticaria malabar, pero el alférez siempre estaba diciendo que la visión de la sangre no podía afectarlo porque desde muy pequeño había ayudado a su padre, que era cirujano en Edimburgo, pero entonces, de pronto, se volvió hacia un lado, se inclinó y vomitó. Sharpe siguió andando, impasible. Algunos soldados se dieron la vuelta al oír las arcadas de Venables.

—¡Vista al frente! —gruñó Sharpe.

El sargento Colquhoun le dirigió una mirada de resentimiento a Sharpe. El sargento creía que cualquier orden que no proviniera de él mismo o del capitán Urquhart era una orden innecesaria.

Venables alcanzó a Sharpe.

—Algo que he comido.

—La India tiene estas cosas —dijo Sharpe en tono comprensivo.

—A usted no le pasa.

—Todavía —repuso Sharpe, y lamentó no llevar un mosquete para así poder tocar la culata de madera para que le trajera suerte.

El capitán Urquhart desvió su caballo hacia la izquierda.

—A su compañía, señor Venables.

Venables se escabulló rápidamente y Urquhart regresó al flanco derecho de la compañía sin hacer ni caso de la presencia de Sharpe. El comandante Swinton, que estaba al mando del batallón mientras que el coronel Wallace era responsable de la brigada, hizo galopar a su caballo para situarse detrás de las filas. Los cascos

golpeaban la tierra seca con un ruido sordo.

—¿Todo bien? —le preguntó Swinton a Urquhart a voz en grito.

—Todo bien.

—¡Buen chico! —Swinton espoleó a su caballo y siguió adelante.

En aquellos momentos el sonido de los cañones enemigos era constante, como un trueno sin fin. Un trueno que aporreaba los oídos y casi ahogaba el son de las gaitas. Allí donde golpeaba una bala de cañón la tierra caía como de un surtidor. Sharpe miró hacia la izquierda y vio que la línea había dejado unos cuantos cadáveres dispersos a su paso. Allí había un pueblo. ¿Cómo demonios había pasado justo por delante de un pueblo sin ni siquiera verlo? El lugar no era gran cosa, tan sólo un grupo de casuchas con tejado de juncos y unos cuantos huertos hechos como de retazos protegidos por setos de cactus espinosos, pero aun así había pasado por delante sin darse cuenta de su existencia. No vio a nadie. Los habitantes habían tenido demasiado sentido común. Habrían empaquetado sus pocos cacharros y se habrían largado de allí en cuanto el primer soldado apareció cerca de sus campos. Una bala de cañón mahratta cayó en una de las chozas y esparció juncos y madera seca, dejando el tejado hundido.

Sharpe miró hacia el otro lado y vio caballería enemiga avanzando en la distancia, luego divisó los uniformes azules y amarillos del 19.º de Dragones Británicos que se dirigían al trote a su encuentro. La luz del sol de media tarde relumbraba en los sables desenvainados. Le pareció oír el toque de una trompeta, pero tal vez lo había imaginado por encima del martilleo de los cañones. Los jinetes desaparecieron detrás de un grupo de árboles. Una bala de cañón pasó con un bramido por encima, una granada estalló a su izquierda y entonces la Compañía Ligera del 74.º se desplazó hacia el interior para dejar espacio a un tiro de bueyes que regresaba en dirección sur. Los cañones británicos habían sido conducidos muy por delante de la línea de ataque, donde para entonces ya habían dado la vuelta y se habían desplegado. Los artilleros atacaron los proyectiles, introdujeron el cebo en los fogones y retrocedieron. El ruido de los cañones retumbó por la campiña manchando el paisaje más inmediato con un humo gris blanquecino y llenando la atmósfera del nauseabundo hedor a huevos podridos.

Los tambores seguían redoblando, marcando el paso de la larga marcha hacia el norte. Por el momento era una batalla de artilleros y los enclenques seis libras británicos disparaban hacia la nube de humo, donde las más grandes piezas de artillería mahratta bombardeaban el avance de los casacas rojas. A Sharpe le corría el sudor por el vientre, le escocía en los ojos y le goteaba por la nariz. Las moscas le zumbaban en la cara. Sacó el sable y se encontró con que el mango se le resbalaba por la transpiración, de modo que limpió tanto éste como su mano derecha en el dobladillo de su casaca roja. De pronto le entraron unas terribles ganas de orinar, pero no era el momento de pararse y desabrocharse los bombachos. «Aguántate hasta que

derrotemos a esos cabrones —dijo para sus adentros—, o méate en los pantalones.» Con semejante calor nadie lo distinguiría del sudor y se secaría muy deprisa. Aunque podría oler. Lo mejor era esperar. Además, si alguno de los soldados se enteraba de que se había meado en los pantalones no podría librarse de eso en toda su vida. Sharpe *el Meón*. Una bala pasó ruidosamente por encima, tan cerca que en su trayectoria le movió el chacó a Sharpe. A su izquierda pasó como un torbellino un fragmento de algo. En el suelo había un hombre que vomitaba sangre. Un perro ladraba, en tanto que otro tiraba de las tripas azules de un vientre abierto. El animal tenía las dos patas apoyadas en el cadáver para poder tirar con más fuerza. Uno de los encargados de cerrar las filas apartó al perro de un puntapié, pero en cuanto se alejó el animal volvió corriendo junto al cadáver. Sharpe pensó que le gustaría lavarse bien. Sabía que iba hecho un guarro, pero en aquellos momentos todo el mundo iba igual. Probablemente incluso el general Wellesley iba hecho un guarro. Sharpe miró hacia el este y vio que el general ascendía a caballo por detrás de los hombres del 78.º, ataviados con faldas escocesas. Sharpe había sido el ordenanza de Wellesley en Assaye y como resultado conocía a todos los oficiales de estado mayor que cabalgaban detrás del general. Se habían mostrado mucho más amigables que los oficiales del 74.º, pero la verdad es que no se suponía que tuvieran que tratar a Sharpe como a un igual.

«¡A la mierda!», pensó. Quizá debería seguir el consejo de Urquhart. Irse a casa, cobrar el dinero, comprar una posada y colgar el sable sobre la ventanilla que comunicaría el comedor con la cocina. ¿Se iría con él a Inglaterra Simone Joubert? Tal vez le gustara llevar una posada. «El Sueño que se Jodió», podía llamarla, y a los oficiales del ejército les cobraría el doble del precio real por cualquier bebida.

De repente los cañones mahratta enmudecieron, al menos los que estaban justo delante del 74.º, y el cambio en el ruido de la batalla hizo que Sharpe escudriñara la nube de humo que se cernía sobre la cima a tan sólo unos cuatrocientos metros de distancia. El 74.º también quedó envuelto en humo, pero éste provenía de los cañones británicos. La humareda de la artillería enemiga se disipaba, la suave brisa se la llevaba hacia el norte, pero allí no había nada que indicara el motivo por el que los cañones situados en el centro de la línea mahratta habían dejado de disparar. Tal vez esos cabrones se habían quedado sin munición. «Ni en sueños —pensó—, eso ni en sueños.» ¿O quizás estaban todos recargando con botes de metralla para brindarles a los casacas rojas que se aproximaban una bienvenida digna de un raja?

¡Dios, qué ganas de mear que tenía! Así pues, se detuvo, se colocó el sable debajo de la axila e intentó torpemente desabrocharse los botones. Uno de ellos se cayó. Sharpe soltó una maldición, se agachó para recogerlo, luego se puso de pie y vació la vejiga sobre el árido suelo. Entonces Urquhart hizo dar media vuelta a su caballo.

—¿Tiene que hacer esto precisamente ahora, señor Sharpe? —preguntó de mal

talante.

«Sí, señor, tres vejigas llenas, señor, y malditos sean sus putos ojos, señor», deseó contestar.

—Lo siento, señor —respondió en cambio Sharpe. ¿Es que acaso los auténticos oficiales no meaban? Se dio cuenta de que la compañía se reía de él y echó a correr para alcanzarlos, al tiempo que trataba de abrocharse los botones a tientas. Seguía sin haber fuego de artillería desde el centro maharatta. ¿Por qué no? Pero entonces un cañón de uno de los flancos enemigos realizó un disparo oblicuo hacia el otro lado del campo y la bala rozó el suelo justo por en medio de la compañía número seis, le arrancó los pies a un soldado de la primera fila y le cortó las piernas por debajo de las rodillas al de detrás. Había otro soldado que cojeaba, tenía profundamente clavada en la pierna una astilla del hueso de su vecino. El cabo McCallum, uno de los encargados de cerrar filas, tiró de los soldados para que llenaran el hueco en tanto que un gaitero corría a vendar a los heridos. A los heridos se les dejaría allí donde cayeran hasta que terminara la batalla, en cuyo momento, si aún seguían con vida, serían llevados a los cirujanos. Y si sobrevivían a los cuchillos y las sierras los embarcarían rumbo a casa, donde no servirían para nada excepto para convertirse en una carga para la parroquia. O quizá los escoceses no tenían parroquias; Sharpe no lo sabía con seguridad, pero sí estaba seguro de que esos cabrones tenían asilos para pobres. Todo el mundo tiene asilos y fosas comunes. Era mejor estar enterrado por ahí en la tierra negra de la enemiga India que estar condenado a la caridad de un asilo para pobres.

Entonces vio por qué los cañones del centro de la línea maharatta habían dejado de disparar. El espacio entre las piezas de artillería se llenó de pronto de soldados que avanzaban a todo correr. Soldados ataviados con túnicas largas y tocados. Atravesaron los huecos en tropel y luego se reunieron delante de los cañones, bajo unas largas banderas verdes que colgaban de unos mástiles con remate de plata. «Árabes», pensó Sharpe. Ya había visto algunos en Ahmednuggur, pero la mayoría estaban muertos. Se acordó de Sevajee, el maharatta que combatió junto al coronel McCandless, que decía que los mercenarios árabes eran los mejores de todas las tropas enemigas.

En aquellos momentos había una horda de guerreros del desierto que se dirigía directamente hacia el 74.º y sus vecinos de falda escocesa.

Los árabes se acercaban en formación poco rígida. Sus fusiles tenían unas culatas decoradas que brillaban bajo la luz del sol en tanto que las espadas curvas iban envainadas en sus cinturas. Se acercaban casi con garbo, como si confiaran plenamente en su capacidad. ¿Cuántos había? ¿Un millar? Sharpe calculó que al menos eran mil. Sus oficiales iban a caballo. No avanzaban formando filas y líneas sino en masa, y algunos de ellos, los más valientes, corrían por delante como si estuvieran ansiosos por iniciar la matanza. Aquella gran concentración de túnicas

entonaba un estridente grito de guerra, mientras que en su centro los tambores golpeaban unos instrumentos enormes cuyos rítmicos redobles te retumbaban en las entrañas y resonaban por todo el campo. Sharpe vio que cargaban el cañón británico más próximo con botes de metralla. Las banderas verdes se agitaban de un lado a otro de modo que los pendones de seda ondulaban por encima de las cabezas de los guerreros. Había algo escrito en las banderas, pero era una caligrafía que Sharpe no reconoció.

—¡Setenta y cuatro! —gritó el comandante Swinton—. ¡Alto!

El 78.º también se había detenido. La carga árabe iba a recaer de lleno en los dos batallones de las Highlands, ambos cortos de efectivos tras las pérdidas sufridas en Assaye. El resto del campo de batalla pareció desvanecerse. Lo único que veía Sharpe era a los hombres con túnicas que tan ansiosamente se acercaban a él.

—¡Preparados! —gritó Swinton.

—¡Preparados! —repitió Urquhart.

—¡Preparados! —bramó el sargento Colquhoun. Los soldados levantaron los mosquetes a la altura del pecho y echaron hacia atrás los pesados martillos.

Sharpe se abrió camino hasta el hueco entre la compañía número seis y su vecina de la izquierda, la número siete. Lamentó no tener un mosquete. Daba la sensación de que el sable era endeble.

—¡Apunten! —gritó Swinton.

—¡Apunten! —repitió Colquhoun, y los mosquetes se desplazaron a los hombros de los soldados. Las cabezas se inclinaron para atisbar a lo largo de la longitud de los cañones de las armas.

—Disparen bajo, muchachos —dijo Urquhart desde detrás de la línea—, disparen bajo. Ocupe su puesto, señor Sharpe.

«¡Mierda! —pensó Sharpe—, otro maldito error.» Retrocedió y se situó detrás de la compañía, donde se suponía que debía asegurarse de que nadie intentara salir corriendo.

Los árabes estaban cerca. Ya se encontraban a menos de un centenar de pasos. Algunos de ellos habían desenvainado las espadas. La atmósfera, milagrosamente libre de humo, se hallaba inundada por su grito de guerra, un extraño ululato que helaba la sangre. Ya no estaban lejos, nada lejos. Los mosquetes de los escoceses estaban ligeramente inclinados hacia abajo. El culatazo empujaba el cañón hacia arriba y las tropas inexpertas, que no estaban preparadas para el fuerte retroceso, solían disparar alto. Pero aquella descarga sería fatal.

—Esperen, muchachos, esperen —gritó Orejas de Cerdo a la compañía número siete. El alférez Venables cortaba las malas hierbas con su *claymore*. Parecía nervioso.

Urquhart había desenfundado una pistola. Amartilló el arma y el caballo sacudió

las orejas hacia atrás cuando el muelle de la pistola hizo un ruido seco.

Los rostros árabes bramaban odio. Sus enormes tambores redoblaban. La línea de casacas rojas, con tan sólo dos filas de fondo, tenía un aspecto frágil frente a aquella carga salvaje.

El comandante Swinton inspiró profundamente. Sharpe se fue acercando al hueco otra vez. Él quería estar en primera línea, donde pudiera matar, ¡qué carajo! Quedarse tras la línea destroza demasiado los nervios.

—¡Setenta y cuatro! —bramó Swinton, y acto seguido hizo una pausa. Los soldados colocaron los dedos alrededor de sus gatillos.

«Dejad que se acerquen —estaba pensando Swinton—, que se acerquen... Y entonces matadlos.»

El hermano del príncipe Manu Bappoo, el raja de Berar, no se encontraba en la aldea de Argaum donde en aquellos momentos los Leones de Alá cargaban para destruir el corazón del ataque británico. Al raja no le gustaban las batallas. Le gustaba la idea de la conquista, le encantaba ver formados a los prisioneros y ansiaba el botín que llenaba sus almacenes, pero no tenía estómago para combatir.

Manu Bappoo no era tan escrupuloso. Tenía treinta y cinco años, llevaba luchando desde los quince y lo único que pedía era la oportunidad de seguir combatiendo durante otros veinte o cuarenta años. Se consideraba un verdadero mahratta; un pirata, un bribón, un ladrón con armadura, un saqueador, una epidemia, un sucesor para las generaciones de mahrattas que habían dominado la India occidental saliendo en tropel de sus refugios en las montañas para aterrorizar a los nutridos principados y los lujosos reinos de las llanuras. Una espada rápida, un caballo veloz y una víctima rica, ¿qué más puede querer un hombre? De modo que Bappoo había cabalgado por todo lo largo y ancho para regresar al pequeño reino de Berar con el fruto del saqueo y los rescates.

Pero ahora todo el territorio mahratta se hallaba amenazado. Uno de los ejércitos británicos estaba conquistando sus tierras del norte y otro estaba allí, en el sur. Era esta fuerza de casacas rojas del sur la que había vencido a las tropas de Scindia y Berar en Assaye, y el raja de Berar había pedido a su hermano que trajera a sus Leones de Alá para que con sus garras destrozaran y mataran al invasor. Aquélla no era una tarea para los jinetes, el raja se lo había advertido a Bappoo, sino para la infantería. Era una tarea para los árabes.

Pero Bappoo sabía que era una tarea para los jinetes. Sus árabes ganarían, de eso estaba seguro, pero sólo podían derrotar al enemigo en el campo de batalla inmediato. Había pensado en dejar que los británicos avanzaran hasta sus cañones y luego soltar a los árabes, pero un capricho, un presentimiento de triunfo, lo había decidido a hacer avanzar a los árabes por delante de la artillería. Los Leones de Alá se lanzarían contra

el centro enemigo y, cuando dicho centro estuviera roto, el resto de la línea británica se dispersaría y saldría corriendo presa del pánico. Entonces sería cuando los jinetes maharatta efectuarían su matanza. Ya era última hora de la tarde y el sol se ponía por el enrojecido oeste, pero el cielo estaba despejado y Bappoo preveía el placer de una cacería a la luz de la luna por la plana Meseta Deccan.

—Cabalgaremos a través de la sangre —dijo en voz alta, y luego condujo a sus edecanes hacia el flanco derecho de su ejército para así poder salir a la carga y adelantar a sus árabes cuando éstos hubieran terminado su combate. Llevaría a sus victoriosos Leones de Alá a saquear el campamento enemigo e iría a la cabeza de sus jinetes en un desenfrenado y victorioso galope a través de la oscuridad teñida por la luna.

Y los británicos saldrían corriendo. Correrían como las cabras cuando huyen del tigre. Pero el tigre era inteligente. Sólo había dejado a un pequeño número de jinetes con el ejército, apenas unos quince mil, en tanto que había enviado a la mayor parte de su caballería hacia el sur para asaltar las largas rutas de abastecimiento británicas. Los británicos huirían directamente hacia los sables de aquellos soldados.

Bappoo condujo su caballo al trote para situarse justo detrás del flanco derecho de los Leones de Alá. Los cañones británicos disparaban botes de metralla y Bappoo vio que los fragmentos se estrellaban contra el suelo junto a sus árabes, vio caer a los hombres con túnica, pero también vio que los demás no vacilaban, sino que se apresuraban a seguir adelante hacia la línea, lastimosamente delgada, de casacas rojas. Los árabes lanzaban gritos de desafío, los cañones retumbaban y el alma de Bappoo se elevaba con la música. No había nada mejor en la vida, pensó, que aquella sensación de inminente victoria. Era como una droga que alimentaba la mente con nobles visiones.

Podría haberse parado a pensar un momento y preguntarse por qué los británicos no utilizaban sus mosquetes. Estaban reservándose el fuego, esperando hasta que todos sus disparos pudieran matar, pero al príncipe no le preocupaban semejantes nimiedades. En sus sueños él estaba dispersando a un ejército derrotado, acuchillándolos con su *tulwar*, abriendo un camino de sangre hacia el sur. Una espada rápida, un caballo veloz y un enemigo vencido. Aquél era el paraíso maharatta, y los Leones de Alá estaban abriendo sus puertas para que aquella noche Manu Bappoo, príncipe, guerrero y soñador, pudiera cabalgar hacia la leyenda.

Capítulo 2

—¡Fuego! —gritó Swinton.

Los dos regimientos de las Highlands dispararon al unísono, cerca de un millar de mosquetes refulgieron para formar una barrera instantánea de espeso humo frente a los batallones. Los árabes desaparecieron detrás de la humareda y los casacas rojas recargaron. Los soldados mordieron los engrasados cartuchos, tiraron de las baquetas y las hicieron girar en el aire antes de introducir las rápidamente en los cañones. El arremolinado humo empezó a disiparse y dejó al descubierto unas diminutas fogatas allí donde el relleno de los mosquetes ardía sobre la hierba seca.

—¡Abran fuego por secciones! —bramó el comandante Swinton—. ¡Desde los flancos!

—¡Compañía Ligera! —exclamó el capitán Peters en el flanco izquierdo—. ¡Primera sección, fuego!

—¡Mátenlos! ¡Sus madres les están observando! —gritó el coronel Harness. El coronel del 78.º estaba como un cencerro y medio delirante a causa de la fiebre, pero se había empeñado en avanzar detrás de sus Highlanders de falda escocesa. Lo llevaban en palanquín y, cuando se inició el fuego por secciones, bajó como pudo de la litera para unirse a la batalla sin más armas que una fusta rota. Lo habían sangrado hacía poco y de la manga de la casaca le sobresalía un vendaje manchado—. ¡Denles unos buenos azotes, muchachos! Denles unos buenos azotes.

En aquellos momentos los batallones disparaban por medias compañías, cada una de ellas abriendo fuego dos o tres segundos después de la sección vecina para que así las descargas se iniciaran en las alas exteriores de cada batallón, coincidieran en el centro y luego empezaran de nuevo por los flancos. Fuego mecánico, lo llamaba Sharpe, y era el resultado de horas de tediosa práctica. Por detrás de los flancos de los batallones los seis libras retrocedían con cada disparo, sus ruedas se levantaban de la hierba de una sacudida cuando los botes de metralla estallaban en las bocas. Bajo el humo de cañón se extendían unas amplias franjas de hierba ardiendo. Los artilleros efectuaban su trabajo en mangas de camisa aplicando la lanada, atacando el proyectil y escondiéndose rápidamente en tanto que los cañones volvían a retroceder de un salto. Sólo los comandantes de pieza, sargentos en su mayor parte, parecían mirar al enemigo, y sólo cuando comprobaban que el cañón estuviera bien alineado. Los demás artilleros iban a buscar munición y pólvora, a veces hacían fuerza con un espeque o empujaban las ruedas para volver a colocar la pieza, luego limpiaban el ánima y volvían a cargar.

—¡Agua! —exclamó un cabo que sostenía un cubo en alto para indicar que se había terminado el agua para mojar la lanada.

—¡Disparen bajo! ¡No malgasten la pólvora! —gritó el comandante Swinton, al

tiempo que conducía su caballo hacia el espacio que había entre las compañías centrales. Miró detenidamente a través del humo para ver al enemigo. Tras él, junto a las banderas gemelas del 74.º, el general Wellesley y sus ayudantes de campo también tenían los ojos clavados en los árabes que se hallaban al otro lado de las nubes de humo. El coronel Wallace, comandante de la brigada, condujo su caballo al trote hacia el flanco del batallón. Al pasar le gritó algo a Sharpe, pero sus palabras se perdieron en la barahúnda del fuego de artillería. Su caballo casi se dio la vuelta cuando una bala le alcanzó en la grupa. Wallace tranquilizó al animal y miró hacia atrás para examinar la herida, pero el caballo no parecía estar herido de gravedad. El coronel Harness estaba golpeando a uno de los nativos que portaban el palanquín y que había empujado al coronel para intentar que volviera a meterse en el vehículo encortinado. Uno de los ayudantes de campo de Wellesley cabalgó hasta allí para apaciguar al coronel y convencerlo de que fuera hacia el sur.

—¡Cuidado ahora! —gritó el sargento Colquhoun—. ¡Apunten bajo!

Habían contenido el ataque de los árabes, pero no los habían vencido. La primera descarga debió de haber alcanzado duramente a los atacantes, puesto que Sharpe vio una hilera de cadáveres tendidos en la hierba. Los cuerpos eran rojos y blancos, la sangre contra las túnicas, pero por detrás de ese montón que se sacudía, los árabes devolvieron los disparos para crear sus propios jirones de nubes de humo de mosquete. Disparaban al azar, carentes de la formación para realizar descargas por secciones, pero recargaban con rapidez y sus balas estaban alcanzando su objetivo. Sharpe oyó el ruido de metal contra metal del carnicero, vio a soldados arrojados hacia atrás, vio caer a algunos. Los encargados de cerrar las filas arrastraban a los muertos para sacarlos de la línea e iba tirando de los vivos para que no se separaran. «¡Cierren filas! ¡Cierren filas!» Las gaitas seguían tocando, sumando su desafiante música al ruido de las armas. El soldado Hollister fue alcanzado en la cabeza y Sharpe vio una nube de harina blanca que se alzaba del cabello empolvado de aquel hombre cuando se le cayó el sombrero. Entonces la sangre empapó el pelo blanqueado y Hollister cayó de espaldas con los ojos vidriosos.

—¡Primera sección, fuego! —bramó el sargento Colquhoun. Era tan corto de vista que casi no podía ver al enemigo, pero eso apenas importaba. Nadie veía muy bien en medio de la humareda, lo único que hacía falta era saber mantener la calma y Colquhoun no era de los que se dejan llevar por el pánico.

—¡Segunda sección, fuego! —gritó Urquhart.

—¡Por Dios bendito! —exclamó un hombre cerca de Sharpe. Retrocedió tambaleándose y se le cayó el mosquete, entonces se retorció y se desplomó de rodillas—. ¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios! —gimió al tiempo que se agarraba la garganta. Sharpe no vio que tuviera allí ninguna herida, pero entonces vio la sangre que estaba calando los pantalones grises del soldado. El moribundo levantó la vista y

miró a Sharpe, las lágrimas afluyeron a sus ojos y se fue de bruces.

Sharpe cogió el mosquete del suelo y le dio la vuelta al soldado para desatarle la cartuchera. El pobre hombre estaba muerto, o tan próximo a la muerte que ya daba lo mismo.

—¡Pedernal! —gritó un soldado de primera fila—. ¡Necesito un pedernal!

El sargento Colquhoun se abrió paso a codazos entre las filas mostrando un pedernal de repuesto.

—¿Y dónde está su pedernal de repuesto, John Hammond?

—Sabe Dios, sargento.

—Entonces pregúntele a El, porque ha incurrido usted en una falta.

Un soldado soltó una maldición cuando una bala le desgarró el brazo izquierdo. Retrocedió y rompió filas con el brazo colgando, inútil, y goteando sangre.

Sharpe se abrió camino a empujones hasta el hueco entre las compañías, se llevó el mosquete al hombro y disparó. El culatazo le golpeó el hombro, pero era una buena sensación. Por fin tenía algo que hacer. Dejó caer la culata al suelo, rebuscó en la bolsa, sacó un cartucho y mordió la punta, notando el sabor salado de la pólvora. Atacó y disparó de nuevo, volvió a cargar. Una bala le pasó junto al oído con un extraño ruido de revoloteo, luego otra le pasó silbando por encima. Esperó a que se fueran realizando las sucesivas descargas a lo largo del frente del batallón y luego disparó con los demás soldados de la primera sección de la sexta compañía. Dejar caer la culata, cartucho nuevo, morderlo, cebar, vaciar el cartucho, atacar, volver a poner la baqueta en los aros, levantar el arma, apoyar la culata en el hombro amoratado y echar hacia atrás el martillo, todo eso Sharpe lo hacía con la misma eficiencia que cualquier otro soldado, pues lo habían entrenado para ello. Ahí estaba la diferencia, pensó con gravedad. Lo habían entrenado, pero nadie entrenaba a los oficiales. No tenían nada que hacer, así que, ¿para qué entrenarlos? El alférez VENABLE tenía razón, el único deber de un oficial subalterno era seguir con vida, pero Sharpe no podía resistirse a un combate. Además, era mejor permanecer en las filas y disparar hacia el humo enemigo que quedarse detrás de la compañía sin hacer nada.

Los árabes estaban luchando bien. Condenadamente bien. Sharpe no recordaba ningún otro enemigo que hubiera soportado y recibido tamaña concentración de fuego por secciones. En realidad, los hombres con túnicas intentaban avanzar, pero se lo impedía el montón de cuerpos hechos jirones que habían formado sus primeras filas. ¿Cuántas de esas puñeteras filas tenían? ¿Una docena? Vio caer una bandera verde, luego la recogieron y la hicieron ondear en el aire. Sus enormes tambores seguían redoblando, emitiendo un sonido amenazador que estuviera a la altura de los gaiteros de los casacas rojas. Los fusiles árabes tenían unos cañones anormalmente largos que escupían un humo sucio y vomitaban lenguas de fuego. Otra bala pasó volando tan cerca de Sharpe que una ráfaga de aire caliente le golpeó en la cara. El

volvió a disparar, luego una mano lo agarró por el cuello de la casaca y tiró de él hacia atrás de forma violenta.

—¡Su sitio, alférez Sharpe —dijo el capitán Urquhart con vehemencia—, está aquí! ¡Detrás de la línea! —El capitán iba montado y cuando agarró a Sharpe por el cuello su caballo retrocedió, lo que hizo que el tirón del capitán fuera mucho más violento de lo que él había pretendido—. Ya no es un soldado raso —dijo al tiempo que sujetaba a Sharpe, al que casi había tirado al suelo.

—Por supuesto, señor —respondió Sharpe, y no cruzó la mirada con Urquhart, sino que clavó la vista al frente con amargura. Se ruborizó, consciente de que lo habían reprendido delante de los soldados. «¡Por todos los demonios!», pensó.

—¡Prepárense para cargar enseguida! —gritó el comandante Swinton.

—¡Prepárense para cargar! —repitió el capitán Urquhart, que picó a su caballo y se alejó de Sharpe.

Los escoceses sacaron las bayonetas y las enroscaron en los encastres de los cañones de sus mosquetes.

—¡Descarguen sus armas! —clamó Swinton, y los soldados que aún iban cargados alzaron sus mosquetes y dispararon una última descarga.

—¡Setenta y cuatro! —gritó Swinton—. ¡Adelante! ¡Quiero oír gaitas! ¡Déjenme oír las gaitas!

—¡Vamos, Swinton, vamos! —exclamó Wallace. No había necesidad de animar al batallón para que avanzara, pues ya lo hacía de buen grado, pero el coronel estaba nervioso. Desenvainó su *claymore* y dirigió a su caballo hacia la última fila de la compañía número siete—. ¡A por ellos, muchachos! ¡A por ellos! —Los casacas rojas marcharon hacia delante, pisoteando las pequeñas fogatas dispersas provocadas por el relleno de los mosquetes.

Los árabes parecieron quedarse asombrados de que los casacas rojas avanzaran. Algunos desenvainaron sus propias bayonetas, en tanto que otros extraían unas largas espadas curvas de sus vainas.

—¡No van a oponer resistencia! —gritó Wellesley—. No resistirán.

—Ya lo creo que lo harán, maldita sea —gruñó un soldado.

—¡Adelante! —bramó Swinton—. ¡Adelante! —Y el 74.º, desatado para la matanza, corrió los últimos metros y saltó por encima de los montones de muertos antes de arremeter con sus bayonetas. A cierta distancia por la derecha el 78.º también cargaba contra su objetivo. El cañón británico soltó una última y violenta descarga de metralla y luego quedó en silencio cuando los escoceses les bloquearon la puntería a los artilleros.

Algunos de los árabes querían combatir, otros querían retirarse, pero la carga los había pillado desprevenidos y las filas posteriores aún no se habían dado cuenta del peligro, por lo que empujaban hacia delante obligando con ello a los renuentes

soldados del frente a acercarse a las bayonetas escocesas. Los Highlanders gritaban al matar. Sharpe seguía llevando el mosquete descargado cuando se situó junto a la última fila. No tenía bayoneta y se estaba preguntando si debía desenvainar el sable cuando de pronto un árabe alto acuchilló a un soldado de la primera fila con una cimitarra y luego avanzó para arremeter con la hoja teñida de rojo contra el segundo soldado de la fila. Sharpe le dio la vuelta al mosquete, lo blandió por el cañón y golpeó la pesada culata contra la cabeza de aquel espadachín. El árabe se desplomó y una bayoneta se le clavó en la espina dorsal, con lo que empezó a retorcerse como una anguila ensartada. Sharpe volvió a golpearle en la cabeza, le dio un puntapié por si acaso y siguió adelante a empujones. Los soldados gritaban, bramaban, acuchillaban, escupían y, justo delante de la compañía número seis, había un puñado de hombres con túnicas que arremetían con sus cimitarras como si ellos solos pudieran derrotar al 74.º. Urquhart se abrió paso con su caballo hacia la última fila y disparó su pistola. Uno de los árabes salió despedido hacia atrás y finalmente los demás retrocedieron, todos menos un hombre bajito que profería unos gritos furiosos y arremetía con su larga espada curva. La fila delantera se separó para dejar que la cimitarra cortara el aire entre dos líneas, luego la segunda fila también se dividió y permitió que el hombre bajito pasara por en medio gritando solo hasta que únicamente tuvo delante a Sharpe.

—¡No es más que un muchacho! —exclamó una voz escocesa a modo de advertencia cuando las filas volvían a cerrarse.

No era un hombre bajito sino un niño. Quizá no tuviera más de doce o trece años, calculó Sharpe, al tiempo que desviaba la cimitarra con el cañón del mosquete. El chico creía que podía ganar la batalla sin la ayuda de nadie y se abalanzó sobre Sharpe, que paró el golpe y retrocedió para darle a entender que no quería pelear.

—Baja la espada, muchacho —dijo.

El chico escupió, se abalanzó de nuevo y volvió a arremeter. Sharpe paró el golpe por tercera vez, le dio la vuelta al mosquete y golpeó al chico con la culata a un lado de la cabeza. Por un segundo el muchacho se quedó mirando a Sharpe con cara de asombro, luego se derrumbó sobre la hierba.

—¡Están rompiendo filas! —gritó Wellesley desde algún punto cercano—. ¡Están rompiendo filas!

En aquellos momentos el coronel Wallace se hallaba en la primera fila, repartiendo cuchilladas con su *claymore*. Propinaba los tajos como si fuera un granjero, golpe a golpe. Había perdido su sombrero bicornio y la calva le relucía bajo los últimos rayos de sol. Su caballo tenía sangre en la ijada y las vueltas blancas de los faldones de su casaca también estaban salpicadas de ella. Entonces la presión que ejercía el enemigo se desmoronó, el caballo giró en el hueco y Wallace lo espoleó para que avanzara.

—¡Vamos, muchachos! ¡Vamos! —Un soldado se agachó para rescatar el sombrero bicornio de Wallace. El penacho estaba manchado de sangre.

Los árabes estaban huyendo.

—¡Adelante! —gritó Swinton—. ¡Adelante! ¡Que no dejen de correr! ¡Adelante!

Un soldado se detuvo para registrar la túnica de un cadáver y el sargento Colquhoun tiró de él para que se levantara y lo empujó para que siguiera adelante. Los encargados de cerrar las filas se cercioraban de que ninguno de los cuerpos enemigos que el avance escocés dejaba a su paso supusiera algún peligro. De una patada les quitaban de las manos las espadas y los mosquetes a los heridos, pinchaban los cuerpos aparentemente ilesos con las bayonetas y mataban a cualquiera que mostrara la más mínima resistencia. Los gaiteros tocaban su música feroz que conducía a los escoceses cuesta arriba por la suave ladera, al lugar donde se habían dejado abandonados los grandes tambores árabes. Uno tras otro, los soldados atravesaron los parches de piel con las bayonetas al pasar.

—¡Sigán avanzando! ¡Sigán avanzando! —bramó Urquhart, como si estuviera en un terreno de caza.

—¡A los cañones! —gritó Wellesley.

—¡Sigán adelante! —les dijo Sharpe a voz en cuello a unos cuantos rezagados—. ¡Vamos, cabrones, vamos!

La línea de artillería enemiga se hallaba en la cima de la poco elevada colina, pero los artilleros mahratta no osaban disparar porque los restos de los Leones de Alá se encontraban entre ellos y los casacas rojas. Los artilleros dudaron unos segundos, luego decidieron que todo estaba perdido y huyeron.

—¡Tomen los cañones! —exclamó Wellesley.

El coronel Wallace espoleó a su caballo y cabalgó entre el enemigo que se daba a la fuga asestando golpes con su *claymore*, luego frenó junto a un dieciocho libras pintado de colores chillones.

—¡Vamos, muchachos! ¡Vamos! ¡Vengan aquí!

Los escoceses llegaron junto a los cañones. La mayoría llevaban las bayonetas teñidas de rojo y unas vetas de sudor surcaban sus rostros manchados de pólvora. Algunos empezaron a desvalijar los armones, en los que los artilleros guardaban comida y objetos de valor.

—¡Carguen! —gritó Urquhart—. ¡Carguen!

—¡Formen filas! —chilló el sargento Colquhoun. Avanzó a todo correr y arrastró a los soldados para alejarlos de los armones—. ¡Dejen tranquilos esos carros, muchachos! ¡Formen filas! ¡Venga, rápido!

Por primera vez Sharpe pudo mirar por la larga ladera opuesta. A unos trescientos pasos de distancia había más infantería, una prolongada línea formada por una concentración de soldados en una docena de filas y tras ella había algunos huertos

tapiados y los tejados de una aldea. Las sombras eran muy largas porque el sol resplandecía justo por encima del horizonte. Los árabes corrían hacia la infantería, que permanecía inmóvil.

—¿Dónde están los cañones de campaña? —rugió Wallace, y un ayuda de campo cabalgó cuesta abajo para ir a buscar a los artilleros.

—¡Déles una descarga, Swinton! —gritó Wellesley.

La distancia hasta el objetivo era mucha para un mosquete, pero Swinton dirigió el fuego del batallón hacia el pie de la colina y tal vez fuera esa descarga, o quizás el hecho de ver a los árabes derrotados, lo que provocó el pánico en la gran concentración de infantería. Durante unos segundos permanecieron bajo sus grandes y brillantes banderas y luego, como la arena que barren las olas, se disolvieron en masa.

Atronaron las trompetas de la caballería. Los jinetes británicos y cipayos salieron a la carga con los sables, en tanto que la caballería irregular, esos mercenarios que se habían unido a los británicos por la oportunidad de conseguir un buen botín, bajaron las lanzas y clavaron las espuelas.

Era el paraíso de un soldado de caballería, un enemigo roto sin ningún lugar en el que esconderse. Algunos maharatta buscaron refugio en la aldea, pero la mayoría la pasaron de largo a todo correr, arrojando sus armas cuando aquellos terribles jinetes cayeron como un torrente sobre la horda que huía con sables y lanzas que repartían cortes y estocadas.

—¡*Puckalees!* —gritó Urquhart, al tiempo que se ponía de pie en los estribos para buscar con la mirada los hombres y niños que les traían agua a las tropas. No había ninguno a la vista y el 74.º estaba sediento, la sed de los soldados agudizada por el salitre de la pólvora que les había entrado en la boca—. ¿Dónde demonios...? —maldijo Urquhart, luego miró a Sharpe con el ceño fruncido—. ¿Señor Sharpe? Voy a molestarlo pidiéndole que encuentre a nuestros *puckalees*.

—Sí, señor —dijo Sharpe sin preocuparse por ocultar su desilusión ante aquella orden. Había tenido la esperanza de hacerse con algún botín cuando el 74.º registrara la aldea, pero en lugar de eso iba a ser el que fuera a buscar el agua. Arrojó el mosquete al suelo y se fue andando entre el desparrame de muertos y moribundos que gemían y se movían lentamente. Los perros escarbaban entre los cuerpos.

—¡Ahora, avancen! —gritó Wellesley por detrás de Sharpe, y toda la larga línea de soldados de infantería británicos avanzó bajo sus banderas hacia la aldea. La caballería ya se encontraba mucho más allá de las casas, matando con abandono y conduciendo a los fugitivos mucho más hacia el norte.

Sharpe siguió andando en dirección sur. Tenía la impresión de que los *puckalees* todavía estaban detrás con el bagaje, lo cual significaría una caminata de más de tres kilómetros y, para cuando los hubiera encontrado, el batallón ya habría apaciguado su

sed en los pozos del pueblo. «¡Vaya mierda!», pensó. Una tarea que le asignaban y era un mandado inútil.

Un grito hizo que mirara a la derecha, donde una veintena de soldados de caballería nativos cortaban las túnicas de los árabes muertos en busca de monedas y baratijas. Aquellos carroñeros eran mahrattas que habían vendido sus servicios a los británicos y Sharpe supuso que los jinetes no se habían unido a la persecución por miedo a que los confundieran con el enemigo derrotado. Uno de los árabes sólo había fingido estar muerto y, a pesar de que lo superaban ampliamente en número, desafiaba a sus enemigos con una pistola que se había sacado de debajo de la túnica. Los provocadores jinetes habían formado un círculo y el árabe no hacía más que girar sobre sí mismo para encontrarse con que su hostigador se había escabullido antes de que él pudiera apuntar su pequeña pistola.

El árabe era un hombre bajo, volvió a girarse y entonces Sharpe vio su magullado y ensangrentado rostro y reconoció al niño que con tanto coraje había cargado contra el 74.º. El chico estaba condenado, puesto que el círculo de soldados de caballería se estrechaba poco a poco aprestándose para caer sobre su presa. Probablemente uno de los mahrattas moriría, o al menos quedaría horriblemente herido por la bala de la pistola, pero eso formaba parte del juego. El muchacho tenía un disparo, ellos tenían veinte. Uno de los jinetes pinchó al chico en la espalda con la punta de su lanza, lo cual hizo que se diera la vuelta de golpe, pero el hombre de la lanza había retrocedido con rapidez. Otro golpeó el tocado del muchacho con un *tulwar*. El resto de jinetes se rieron.

Sharpe consideraba que el chico no merecía que lo trataran así. Era un niño, nada más, pero valiente como un tigre, de modo que se acercó a donde estaban los soldados de caballería.

—¡Déjenle en paz! —gritó.

El chico se volvió hacia Sharpe. Si se dio cuenta de que el oficial británico intentaba salvarle la vida no mostró señal alguna de gratitud; en lugar de eso levantó la pistola de manera que el cañón apuntó al rostro de Sharpe. Los soldados de caballería, a quienes aquello les pareció una diversión aún mejor, le instaron a que disparara y uno de ellos se aproximó al chico con un *tulwar* alzado, pero no asestó el golpe. Dejaría que el muchacho le disparara a Sharpe y luego lo mataría.

—Déjenle —dijo Sharpe—. ¡No se acerquen! —Los mahratta esbozaron unas sonrisas burlonas, pero no se movieron. Sharpe podía recibir esa única bala, luego ellos convertirían al muchacho en pedazos de carne destrozada por los sables.

El chico dio un paso hacia Sharpe.

—No seas idiota, muchacho —dijo Sharpe. Estaba visto que el niño no hablaba inglés, pero el tono de Sharpe era tranquilizador. No sirvió de nada. Al muchacho le temblaba la mano y tenía cara de estar asustado, pero le habían inculcado la rebeldía.

Sabía que iba a morir, pero iba a llevarse con él el alma de un enemigo, así pues se armó de valor para morir bien—. Baja el arma —le dijo Sharpe con dulzura. Ahora lamentaba haber intervenido. El muchacho estaba lo bastante consternado y furioso como para disparar y Sharpe sabía que no podía hacer nada por evitarlo salvo salir corriendo y exponerse así a las burlas de los maharatta. Se encontraba ya tan cerca que podía ver los arañazos en la ennegrecida boca de la pistola allí donde la baqueta había raspado el metal—. No seas idiota, muchacho —repitió. El chico seguía apuntándole con la pistola. Sharpe sabía que debía darse la vuelta y echar a correr, pero en lugar de eso dio otro paso adelante. Uno más y le parecía que estaría lo bastante cerca como para apartar el arma de un manotazo.

Entonces el chico gritó algo en árabe, algo sobre Alá, y apretó el gatillo.

El martillo no se movió. El muchacho puso cara de susto y volvió a apretar el gatillo.

Sharpe se empezó a reír. La expresión acongojada del rostro del chico fue tan repentina y genuina que Sharpe no pudo hacer otra cosa que reírse. El muchacho parecía estar al borde de las lágrimas.

El maharatta que estaba detrás del niño balanceó su *tulwar*. Le pareció que podía atravesar el mugriento tocado del chico de un corte limpio y decapitarlo, pero Sharpe ya había dado el paso de más y agarró al muchacho de la mano y de un tirón lo atrajo hacia sí. La espada pasó con un silbido a un par de centímetros de la nuca del chico.

—¡He dicho que lo dejen en paz! —dijo Sharpe—. ¿O es que quieren luchar conmigo en su lugar?

—Ninguno de nosotros —replicó una voz calmada por detrás de él— quiere luchar con el alférez Sharpe.

Sharpe se dio la vuelta. Uno de los jinetes aún se hallaba sobre su montura, y era aquel hombre el que había hablado. Llevaba puesta una andrajosa casaca de uniforme europeo de tela verde de la que pendían unas pequeñas cadenas de plata, tenía un rostro enjuto y lleno de cicatrices y una nariz igual de aguileña que la de sir Arthur Wellesley. Miraba a Sharpe con una sonrisa.

—Syud Sevajee —dijo Sharpe.

—No llegué a felicitarlo por su ascenso —contestó Sevajee, y se inclinó para tenderle la mano a Sharpe.

Sharpe se la estrechó.

—Fue cosa de McCandless —dijo.

—No —discrepó Sevajee—, fue cosa suya. —Sevajee, que capitaneaba aquella banda de jinetes, hizo un gesto con la mano para que sus hombres se alejaran de Sharpe y luego bajó la vista hacia el muchacho que forcejeaba para zafarse de Sharpe—. ¿De verdad quiere salvarle la vida a este sinvergüenza?

—¿Por qué no?

—Un cachorro de tigre juega como un gatito —dijo Sevajee—, pero se convierte en tigre de todos modos y un día te come.

—Éste no es ningún gatito —comentó Sharpe, y le propinó un mamporro en la cabeza al muchacho para que cesara en sus esfuerzos por liberarse.

Sevajee habló en un rápido árabe y el chico se quedó quieto.

—Le he dicho que usted le salvó la vida —le explicó Sevajee a Sharpe— y que ahora está en deuda con usted. —Sevajee volvió a hablarle al chico, quien, tras dirigir una vergonzosa mirada a Sharpe, respondió—: Se llama Ahmed —dijo Sevajee— y le he dicho que usted es un gran lord inglés que dirige las vidas y las muertes de un millar de hombres.

—¿Que le ha dicho qué?

—Le he dicho que le va a dar una paliza de muerte si le desobedece —respondió Sevajee, al tiempo que miraba a sus hombres que, privados de su entretenimiento, habían vuelto al saqueo de los cadáveres—. ¿Le gusta ser oficial? —le preguntó a Sharpe.

—Lo detesto.

Sevajee sonrió, dejando al descubierto unos dientes manchados de rojo.

—McCandless ya se lo imaginaba, pero no sabía cómo refrenar su ambición. —Sevajee se deslizó de la silla—. Lamento la muerte de McCandless —dijo el indio.

—Yo también.

—¿Sabe quién lo mató?

—Creo que fue Dodd.

Sevajee asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo también lo creo. —Syud Sevajee era un mahratta de alta alcurnia, el primogénito de uno de los caudillos del raja de Berar, pero un rival al servicio del raja había asesinado a su padre y Sevajee había querido vengarse desde entonces. Si la venganza suponía marchar con el enemigo británico, bien valía la pena ese sacrificio por el orgullo familiar. Sevajee había cabalgado con el coronel McCandless cuando el escocés perseguía a Dodd y así había conocido a Sharpe—. Hoy Beny Singh no estaba con el enemigo —le dijo a Sharpe.

Sharpe tuvo que pensar unos segundos antes de recordar que Beny Singh era el hombre que había envenenado al padre de Sevajee.

—¿Cómo lo sabe?

—Su bandera no estaba entre las mahratta. Hoy nos hemos enfrentado a Manu Bappoo, hermano del raja. Es mejor persona que el raja, pero se niega a hacerse con el trono. También es mejor soldado que el resto, pero no lo bastante bueno, según parece. Dodd estaba allí.

—¿Ah, sí?

—Se escapó. —Sevajee se dio la vuelta y miró hacia el norte—. Y sé adonde van.

—¿Adonde?

—A Gawilghur —respondió Sevajee en voz baja—, al fuerte del cielo.

—¿Gawilghur?

—Yo crecí allí. —Sevajee habló en tono suave sin dejar de mirar al brumoso horizonte septentrional—. Mi padre era *killadar* en Gawilghur. Era un cargo de honor, Sharpe, pues es nuestra mayor plaza fuerte. Es la fortaleza que está en el cielo, el refugio inexpugnable, el lugar que nunca ha caído en manos de nuestros enemigos, y ahora Beny Singh es *killadar*. Tendremos que entrar de alguna manera, usted y yo. Yo mataré a Singh y usted matará a Dodd.

—Por eso estoy aquí —dijo Sharpe.

—No. —Sevajee le lanzó una agria mirada a Sharpe—. Está aquí, alférez Sharpe, porque ustedes los británicos son codiciosos. —Miró al chico árabe y le hizo una pregunta. Tuvo lugar una breve conversación y luego Sevajee volvió a mirar a Sharpe—. Le he dicho que va a ser su criado y que usted le dará una paliza de muerte si le roba.

—¡Yo no haría eso! —protestó Sharpe.

—Yo sí —replicó Sevajee—, y él cree que usted también, pero eso no impedirá que le robe. Será mejor que lo mate ahora. —Esbozó una sonrisa burlona y se encaramó a la silla—. Lo buscaré en Gawilghur, señor Sharpe.

—Y yo le buscaré a usted —repuso Sharpe.

Sevajee espoleó a su caballo y se alejó. Sharpe se agachó para mirar a su nuevo criado. Ahmed era delgado como un gato medio ahogado. Llevaba una túnica sucia y un tocado andrajoso sujeto con una lazada de cuerda deshilachada que estaba manchada de sangre, al parecer allí donde Sharpe le había dado el golpe de mosquete durante la batalla. Pero tenía unos ojos brillantes, un rostro desafiante y, aunque aún no había mudado la voz, era más valiente que muchos adultos hechos y derechos. Sharpe se desató la cantimplora y se la puso en la mano al muchacho, no sin antes quitarle la pistola rota, que tiró.

—Bebe, granuja —dijo Sharpe—, luego vamos a dar un paseo.

El chico miró colina arriba, pero ya hacía rato que su ejército se había marchado. Había desaparecido en el atardecer al otro lado de la cima y en aquellos momentos lo perseguía una caballería vengativa. Dijo algo en árabe, se bebió el agua que le quedaba a Sharpe y luego, a regañadientes, hizo un gesto con la cabeza a modo de agradecimiento.

Así pues, se había ganado una batalla, Sharpe tenía un criado y ahora caminaba hacia el sur en busca de *puckalees*.

El coronel William Dodd vio romper filas a los Leones de Alá y escupió con indignación. Para empezar, combatir allí había sido una estupidez, y ahora la

estupidez se estaba convirtiendo en desastre.

—¡*Jemadar!* —llamó.

—¿*Sahib?*

—Formaremos en cuadro. Sitúe nuestros cañones en el centro. Y el bagaje.

—¿Y las familias, *sahib?*

—Las familias también.

Dodd vio que Manu Bappoo y sus ayudantes de campo se alejaban al galope del avance británico. Los artilleros ya habían huido, lo cual significaba que la artillería pesada mahratta sería capturada, todas y cada una de las piezas. Dodd estuvo tentado de abandonar la pequeña batería de cinco libras de su regimiento, la cual tenía casi la misma utilidad que unos tirachinas, pero un orgullo de soldado lo convenció para arrastrar los cañones fuera del campo. Bappoo podía perder todos sus cañones, pero William Dodd no rendiría la artillería a un enemigo, antes se helaría el infierno.

Sus Cobras estaban situados en el flanco derecho mahratta y allí, de momento, se hallaban apartados del avance británico. Si el resto de la infantería mahratta se mantenía firme y luchaba, entonces Dodd permanecería con ellos, pero vio que la derrota de los árabes había desmoralizado al ejército de Bappoo. Las filas empezaron a disolverse, los primeros fugitivos empezaron a correr hacia el norte y Dodd supo que aquel ejército estaba perdido. Primero Assaye, ahora esto. ¡Un maldito desastre! Hizo dar la vuelta a su caballo y les sonrió a sus soldados de casaca blanca.

—¡No han perdido una batalla! —les gritó—. ¡Hoy ni siquiera han combatido, de modo que no han perdido el orgullo! ¡Pero ahora van a tener que luchar! Si no lo hacen, si rompen filas, morirán. ¡Si luchan, vivirán! ¡*Jemadar!* ¡*Marchen!*

Las Cobras iban a intentar una de las más difíciles de todas las hazañas militares, la retirada en combate. Marcharon en un cuadro poco compacto cuyo centro se fue llenando gradualmente con sus mujeres y niños. Algunos soldados de otras unidades de infantería intentaron unirse a las familias, pero Dodd les gruñó a sus hombres que los alejaran a golpes.

—¡Si no se van, dispárenles! —gritó. Lo último que quería era que a sus hombres se les contagiara el pánico.

Dodd iba a la zaga del cuadro. Oyó trompetas de caballería y se dio la vuelta en la silla para ver que una concentración de jinetes ligeros irregulares aparecía por encima de la colina.

—¡Alto! —gritó—. ¡Cierren filas! ¡Calen las bayonetas!

Las Cobras de casaca blanca cerraron el cuadro hasta que no quedó ni un solo resquicio. Dodd se abrió camino a empujones por el lado frontal del cuadro y dio la vuelta a su caballo para observar la aproximación de la caballería. Dudaba que se acercaran, sobre todo cuando había presas más fáciles hacia el este y, en efecto, en cuanto los jinetes que iban en cabeza vieron que el cuadro aguardaba con los

mosquetes apuntando, se desviaron.

Dodd enfundó su pistola.

—¡Prosiga la marcha, *jemadar*!

Dodd tuvo que detenerse y formar filas dos veces más, pero en ambas ocasiones los jinetes que los amenazaban se marcharon temerosos de la calmada disciplina de sus soldados de casaca blanca. La infantería de casacas rojas no los perseguía. Habían llegado a la aldea de Argaum y se contentaron con quedarse allí, dejando la persecución a los jinetes, y dichos jinetes fueron a la caza de la rota muchedumbre que se dirigía en tropel hacia el norte, pero ninguno optó por morir cargando contra las formadas filas de Dodd.

Dodd optó por dirigirse hacia el oeste, alejándose de los perseguidores. Al caer la noche ya se sintió lo bastante seguro como para formar el batallón en una columna de compañías y a media noche, bajo una luna clara, ya ni siquiera oía las trompetas británicas. Sabía que los soldados estarían muriendo, atropellados por la caballería, atravesados por las lanzas o rajados por los sables, pero Dodd había escapado sin problemas. Sus hombres estaban cansados, pero se hallaban a salvo en una oscura campiña de campos de mijo, zanjas de irrigación que la sequía había vaciado y aldeas dispersas en las que los perros ladraban frenéticamente cuando olfateaban a la columna en marcha.

Dodd no molestó a los lugareños. Tenía comida suficiente y aquella misma noche habían encontrado un depósito de riego que había proporcionado bastante agua para hombres y bestias.

—¿Sabe dónde estamos, *jemadar*? —preguntó.

—No, *sahib*. —Gopal sonrió, mostrando unos dientes blancos en la oscuridad.

—Yo tampoco. Pero sé adonde nos dirigimos.

—¿Adonde, *sahib*?

—A Gawilghur, Gopal. A Gawilghur.

—Entonces debemos marchar hacia el norte, *sahib*. —Gopal señaló hacia las montañas que aparecían como una línea oscura contra las estrellas septentrionales—. Está allí, *sahib*.

Dodd marchaba hacia la fortaleza que nunca había conocido la derrota. Hacia el inexpugnable refugio del precipicio. Hacia Gawilghur.

Amaneció en los campos de mijo. Los pájaros de alas desgredadas se abalanzaron sobre los cadáveres. El olor de la muerte ya era repugnante y no haría sino empeorar a medida que el sol se alzara para convertirse en un horno sobre el cielo despejado. Las cornetas tocaron diana y los piquetes que habían vigilado al ejército que dormía por los alrededores de Argaum dispararon sus mosquetes para descargarlos. Los disparos asustaron a los pájaros, que se alzaron de encima de los muertos y

provocaron unos gruñidos por parte de los perros que se daban un festín entre los cadáveres.

Los regimientos cavaron las fosas para sus muertos. No había muchos para enterrar, puesto que no habían muerto más que cincuenta casacas rojas, pero había cientos de cadáveres árabes y mahratta y los *lascars* encargados de ir a buscar y traer los cuerpos empezaron su tarea de reunirlos a todos. Había algunos enemigos que aún vivían, aunque a duras penas, y los más afortunados fueron despachados de un golpe de azadón antes de que les registraran las túnicas. A los menos afortunados los llevaron a las tiendas de los cirujanos.

Se inspeccionaron los cañones enemigos capturados y una docena de ellos se seleccionaron como adecuados para el servicio británico. Todos estaban bien contruidos, forjados en Agrá por armeros aleccionados por los franceses, pero algunos no eran del calibre adecuado y había unos cuantos que estaban tan recargadamente decorados con dioses y diosas serpenteantes que ningún artillero que se preciara los podía soportar. A los veintiséis cañones rechazados les introducirían una doble carga y los harían estallar.

—Un asunto peligroso —le comentó a Sharpe el teniente coronel William Wallace.

—Sin duda, señor.

—¿Vio el accidente que hubo en Assaye? —preguntó Wallace. El coronel se sacó el sombrero bicornio y se abanicó la cara con él. El blanco penacho del sombrero todavía estaba manchado de sangre, que se había vuelto negra al secarse.

—Oí hablar de ello, señor. No lo vi —dijo Sharpe. El accidente había ocurrido tras la batalla de Assaye cuando se estaban destruyendo los cañones enemigos capturados y una pieza monstruosa, un enorme cañón de asedio, había estallado antes de tiempo y había matado a dos ingenieros.

—Nos deja escasos de buenos ingenieros —señaló Wallace— y los necesitaremos si vamos a ir a Gawilghur.

—¿Gawilghur, señor?

—Una fortaleza horrible, Sharpe, absolutamente espantosa. —El coronel se dio la vuelta y señaló hacia el norte—. A tan sólo unos treinta kilómetros de distancia, y si los mahratta tienen un poco de sentido común, es allí adonde se dirigirán. —Wallace suspiró—. Nunca he visto ese lugar, de modo que quizá no sea tan malo como dicen, pero recuerdo que el pobre McCandless lo describía como un lugar atroz. Una verdadera atrocidad. Como el castillo Stirling, dijo, sólo que mucho más grande y con un precipicio veinte veces mayor.

Sharpe no había visto nunca el castillo Stirling, así que en realidad no tenía idea de a qué se refería el coronel. No dijo nada. Se había pasado la mañana matando el tiempo cuando el coronel Wallace mandó a buscarle y en aquellos momentos iban los

dos andando entre los despojos de la batalla. El chico árabe los seguía a una docena de pasos.

—Es suyo, ¿no? —preguntó Wallace.

—Eso creo, señor. Ayer lo recogí o algo parecido.

—Necesita un criado, ¿no? Urquhart me ha dicho que no tiene ninguno.

De modo que Urquhart había estado hablando de Sharpe con el coronel. Nada bueno podía salir de ello, pensó Sharpe. Urquhart le había estado dando la lata a Sharpe para que encontrara un criado, dando a entender con ello que a su ropa le hacía falta un lavado y planchado, lo cual era cierto, pero como sólo tenía la ropa que llevaba puesta, la verdad es que Sharpe no veía qué sentido tenía ser demasiado remilgado.

—Lo cierto es que aún no he pensado qué hacer con el muchacho, señor —admitió Sharpe.

Wallace se dio la vuelta y le habló al muchacho en un idioma indio, Ahmed miró fijamente al coronel y asintió moviendo la cabeza con aire de gravedad, como si comprendiera lo que le había dicho. Tal vez lo entendió, no así Sharpe.

—Le he dicho que le sirva como es debido —dijo Wallace— y usted le remunerará como es debido. —El coronel no parecía tener un buen concepto de Ahmed, o tal vez sólo era que desaprobaba todo lo que tenía que ver con Sharpe, aunque hacía lo posible para mostrarse amistoso. Wallace era quien le había concedido a Sharpe la oficialía en el 74.º y, además, había sido amigo íntimo del coronel McCandless, de modo que Sharpe suponía que el coronel era, a su manera, un aliado. Aun así Sharpe se sentía incómodo en compañía del escocés. Se preguntaba si algún día llegaría a sentirse relajado entre oficiales—. ¿Cómo está esa mujer que tiene, Sharpe? —preguntó Wallace alegremente.

—¿Mi mujer, señor? —inquirió Sharpe, sonrojándose un poco.

—La francesa, no recuerdo su nombre. Se quedó realmente prendada de usted, ¿no es cierto?

—¿Simone, señor? Está en Seringapatam, señor. Parecía el mejor lugar para ella, señor.

—Sin duda, sin duda.

Simone Joubert se había quedado viuda en Assaye, donde su marido, que había servido a Scindia, había muerto. Había sido la amante de Sharpe y, tras la batalla, se había quedado con él. «¿Adonde iba a ir si no?», había preguntado ella. Pero Wellesley había prohibido a sus oficiales que llevaran a sus esposas en la campaña, y aunque Simone no era la mujer de Sharpe, era blanca, así que había accedido a ir a Seringapatam y esperarlo allí. Llevaba con ella una carta de presentación para el comandante Stokes, el amigo de Sharpe que estaba a cargo del arsenal, y Sharpe le había dado algunas de las joyas del Tippoo para que pudiera encontrar criados y vivir

cómodamente. A veces le preocupaba haberle dado demasiadas de esas piedras preciosas, pero se consolaba al pensar que Simone guardaría el excedente en lugar seguro hasta que él regresara.

—Y bien, ¿está contento, Sharpe? —preguntó Wallace en tono campechano.

—Sí, señor —respondió Sharpe sin alegría.

—¿Lo mantienen ocupado?

—Lo cierto es que no, señor.

—Es difícil, ¿verdad? —comentó Wallace distraídamente. Se había detenido para observar a los artilleros que cargaban uno de los cañones capturados, una bestia enorme que tenía aspecto de albergar una bala de veinte libras o más. El tubo lo habían moldeado con un intrincado diseño de flores de loto y bailarinas y luego lo habían pintado en tonos chillones. Los artilleros habían cargado el colorido tubo con una doble carga de pólvora y estaban atacando dos balas de cañón por la ennegrecida boca. Un ingeniero había traído algunas cuñas y un sargento artillero metió una de ellas por el tubo y la golpeó con la baqueta para atacarla y que la bala quedara obstruida cuando se disparara el cañón. El ingeniero se sacó un rollo de mecha del bolsillo, metió un extremo en el oído y luego retrocedió a medida que iba desenrollando la pálida cuerda—. Será mejor que les dejemos un poco de espacio —dijo Wallace con un gesto para indicar que debían caminar un poco más hacia el sur—. ¿No querrá que un pedazo de cañón le arranque la cabeza?, ¿no?

—No, señor.

—Muy difícil —dijo Wallace, retomando el hilo de su pensamiento—. ¿Ascender desde la tropa? Es admirable, Sharpe, admirable, pero difícil, ¿verdad?

—Supongo que sí, señor —respondió Sharpe sin que su respuesta fuera de mucha ayuda.

Wallace suspiró, como si el hecho de mantener aquella conversación le estuviera suponiendo un esfuerzo inesperado.

—Urquhart me ha dicho que parece estar... —el coronel hizo una pausa mientras buscaba una palabra diplomática— descontento.

—Lleva su tiempo, señor.

—Claro, claro. Es lo que pasa con estas cosas. Sin duda. —El coronel se pasó la mano por la calva y luego volvió a colocarse el sombrero manchado de sudor—. Recuerdo cuando yo me alisté. De eso ya hace años, por supuesto, yo no era más que un pobre tipo. ¡No sabía qué estaba pasando! Primero decían hacia la izquierda y luego hacia la derecha. A mí me parecía todo condenadamente extraño. Estuve meses sin dar pie con bola, se lo aseguro. —Al coronel se le fue apagando la voz—. Hace un calor de mil demonios —dijo al cabo de un momento—. Un calor de mil demonios. ¿Alguna vez ha oído hablar del 95.º, Sharpe?

—¿El 95.º, señor? ¿Otro regimiento escocés?

—No, por Dios. El 95.º de Rifles. Tiene un par de años. ¡Solían llamarlo el Cuerpo Experimental de Fusileros! —Wallace se desternilló de risa ante aquel burdo nombre—. Un amigo mío está al mando de esos granujas. Willie Stewart, se llama. El honorable William Stewart. ¡Un tipo estupendo! Lo que pasa es que Willie tiene algunas ideas un tanto extrañas. Sus muchachos visten casacas verdes. ¡Verdes! Y me cuenta que sus fusileros no son tan rígidos como al parecer cree que somos nosotros. —Wallace sonrió para demostrar que había hecho alguna especie de chiste—. La cuestión es, Sharpe, que me estaba preguntando si a usted no le sentaría mejor el atuendo de Stewart. Me refiero a sus ideas. Me escribió preguntando si disponía de algunos jóvenes oficiales que pudieran llevar a Shorncliffe algo de experiencia de la India. Iba a responderle y decirle que aquí llevamos a cabo muy pocas escaramuzas, que es precisamente para lo que han sido entrenados esos bribones de Willie, pero entonces pensé en usted, Sharpe.

Sharpe no dijo nada. Se lo presentara como se lo presentara, la cuestión es que lo estaba despidiendo del 74.º, aunque suponía que era un detalle por parte de Wallace hacer que el 95.º pareciera un regimiento interesante. Sharpe imaginó que se trataría de uno de esos habituales batallones caóticos creados precipitadamente en tiempos de guerra que habían engrosado sus filas con los restos de otros regimientos y que estaba compuesto por delincuentes de los bajos fondos que habían sido rechazados por todos los demás sargentos reclutadores. El propio hecho de que llevaran casacas verdes ya sonaba mal, como si el ejército no pudiera molestarse en malgastar una buena tela roja con ellos. Probablemente se disolverían en medio de un caos provocado por el pánico en su primera batalla.

—He escrito a Willie hablándole de usted —siguió diciendo Wallace— y sé que tendrá un puesto que ofrecerle. —Lo cual significaba, pensó Sharpe, que el honorable William Stewart le debía un favor a Wallace—. Y nuestro problema, francamente —prosiguió Wallace—, es que un nuevo cupo ha llegado a Madras. No se les esperaba hasta la primavera, pero ya están aquí, de modo que en cuestión de un mes volveremos a tener todos nuestros efectivos. —Wallace hizo una pausa, al parecer preguntándose si había suavizado el golpe lo suficiente—. El hecho es, Sharpe —resumió al cabo de unos instantes—, que los regimientos escoceses son más bien como... bueno, ¡como familias! Familias, eso es, eso precisamente. Mi madre siempre lo dijo, y ella era muy perspicaz para estas cosas. ¡Igual que familias! Más que los regimientos ingleses, creo yo. ¿No le parece?

—Sí, señor —contestó Sharpe tratando de ocultar su amargura.

—Pero no puedo dejar que se vaya mientras estemos en guerra —prosiguió Wallace efusivamente. El coronel se había dado la vuelta para mirar otra vez el cañón. El ingeniero había terminado de desenrollar la mecha y los artilleros gritaron a todo aquel que pudiera oírles que se apartara—. Disfruto mucho con esto —comentó

el coronel con entusiasmo—. No hay nada como un poco de destrucción gratuita para que circulen los fluidos, ¿eh?

El ingeniero se agachó sobre la mecha con su caja de yesca. Sharpe vio que golpeaba el pedernal y prendía una llama en el chamuscado lino. Hubo una pausa, luego puso el extremo de la mecha en la pequeña fogata y el humo se alzó con un silbido.

La mecha ardía deprisa y el humo y las chispas serpentearon por la hierba seca y provocaron pequeñas hogueras, luego aquel reguero al rojo vivo subió como una centella por la parte trasera del cañón y penetró en el oído.

Durante un segundo no ocurrió nada, pero al instante el cañón entero pareció desintegrarse. La carga había intentado propulsar las dos balas por el tubo obstruido por la cuña, pero la resistencia fue suficiente para contener la explosión. Primero salió disparado el oído y la moldeada pieza metálica arrancó un pedazo de la parte superior de la recámara, luego reventó toda la parte trasera del tubo pintado produciendo humo y llamas y lanzando trozos de metal mal cortado que silbaban en el aire. La parte delantera del tubo, que con la explosión había quedado destrozada, cayó sobre la hierba y las ruedas del cañón se separaron. Los artilleros prorrumpieron en gritos de entusiasmo.

—Un cañón mahratta menos —dijo Wallace. Ahmed sonreía de oreja a oreja.

—¿Conocía usted a Mackay? —le preguntó Wallace a Sharpe.

—No, señor.

—El capitán Mackay. Hugh Mackay. Oficial de la Compañía de las Indias Orientales. Cuarto regimiento de la Caballería Nativa. La verdad es que era muy buen tipo, Sharpe. Conocí bien a su padre. Aunque la cuestión es que al joven Hugh lo pusieron a cargo del convoy de bueyes antes de Assaye. Le hizo un trabajo estupendo. Estupendo. Pero se empeñó en unirse a sus soldados de caballería en la batalla. Desobedeció órdenes, ¿se da cuenta? Wellesley fue categórico en cuanto a que Mackay debía quedarse con sus bueyes, pero el joven Hugh quería estar en la pista de baile, y con toda la razón, salvo que al pobre diablo lo mataron. ¡Una bala de cañón lo partió por la mitad! —Wallace parecía estar indignado, como si semejante cosa fuera un ultraje—. Eso ha dejado al tiro de bueyes sin una mano que los guíe, Sharpe.

«¡Por Dios —pensó Sharpe—, pero si me van a hacer mayoral!»

—No es justo decir que no tienen una mano que los guíe —continuó diciendo Wallace—, porque sí que la tienen, pero el tipo nuevo no posee ninguna experiencia con bueyes. Torrance, se llama, y estoy seguro de que es un buen muchacho, pero es probable que a partir de ahora las cosas se agilicen un poco. Vamos a adentrarnos más en territorio enemigo, ¿sabe? Hay montones de sus malditos jinetes que todavía andan sueltos y Torrance dice que necesita un segundo oficial. Alguien que le ayude.

Pensé que usted podría ser la persona indicada para el trabajo, Sharpe. —Wallace sonrió como si le estuviera haciendo un enorme favor a Sharpe.

—Yo no sé nada sobre bueyes, señor —dijo Sharpe con obstinación.

—¡Ya me lo imagino! ¿Quién sabe algo de ellos? Y hay dromedarios, y elefantes. Toda una colección de animales salvajes, ¿eh? Pero la experiencia, Sharpe, le hará bien. Piense en ello como una alternativa.

Sharpe se dio cuenta de que no serviría de nada seguir protestando, de modo que movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, señor —dijo.

—¡Bien! ¡Bien! Espléndido. —Wallace no pudo ocultar su alivio—. No será por mucho tiempo, Sharpe. Scindia ya está haciendo un llamamiento a la paz y seguro que el raja de Berar hará lo mismo. Tal vez ni siquiera tengamos que combatir en Gawilghur, si es que es allí donde se han refugiado esos granujas. Así pues, vaya a ayudar a Torrance, después podrá poner rumbo a Inglaterra, ¿eh? ¡Convertirse en un Casaca Verde!

De modo que el alférez Sharpe había fracasado. Había fracasado estrepitosamente. Había sido oficial durante dos meses y ahora lo echaban a patadas de un regimiento. Lo mandaban con los bueyes y los dromedarios, que no tenía ni idea de qué demonios eran, y después de eso con la escoria del ejército que vestía casacas verdes. «Una jodida mierda —pensó Sharpe—, una jodida mierda.»

Los británicos y su caballería aliada cabalgaron toda la noche y al amanecer descansaron brevemente, dieron de beber a los caballos, se encaramaron a las sillas y volvieron a cabalgar. Cabalgaron hasta que sus monturas se tambaleaban del agotamiento y estaban blancas de sudor, y sólo entonces cesaron en su salvaje persecución de los fugitivos mahratta. Tenían cansado el brazo con el que blandían el sable, la hoja del arma estaba desafilada y sus ansias se habían aplacado. La noche había sido una salvaje cacería de victoria, una carnicería a la luz de la luna que había dejado la llanura apestando a sangre, y el sol trajo más muerte y trajo a los buitres, que con el batir de sus amplias alas descendieron para darse un festín.

La persecución finalizó cerca de una inesperada cadena de montañas que señalaba el límite septentrional de la Meseta Deccan. Los cerros eran empinados y estaban densamente poblados de árboles, no era lugar para la caballería. Por encima de las colinas se alzaban unos enormes precipicios, unos precipicios vertiginosamente altos que se extendían de este a oeste por el horizonte como las murallas de una tribu de gigantes. En algunos puntos del gran precipicio había unos ángulos entrantes cortados y algunos de los perseguidores británicos, que miraban boquiabiertos la vasta pared de roca que bloqueaba su camino, supusieron que las grietas boscosas proporcionarían un sendero para ascender hacia la cumbre del despeñadero, aunque

nadie veía la manera de llegar a la zona elevada en caso de que un enemigo optara por defenderla.

Entre dos de aquellas profundas simas había un gran promontorio de roca que sobresalía de la pared del precipicio como si fuera la proa de un monstruoso barco de piedra. La cima de la prominente roca se hallaba unos seiscientos metros por encima de los jinetes de la llanura y uno de ellos, mientras limpiaba la sangre de la hoja de su sable con un puñado de hierba, miró hacia el alto pico y vio que de su cúspide se alzaba una diminuta bocanada blanca. Creyó que era una pequeña nube, pero entonces oyó un débil disparo y al cabo de un segundo una bala de cañón cayó verticalmente en una parcela de mijo cercana. Su capitán sacó un anteojo y lo enfocó hacia las alturas. Estuvo mirando un largo rato y a continuación soltó un suave silbido.

—¿Qué es, señor?

—Es una fortaleza —dijo el capitán. Sólo podía ver unos negros muros de piedra, empequeñecidos por la distancia, asentados sobre la roca de color gris blanquecino—. Es el infierno en el maldito cielo —dijo con gravedad—, eso es lo que es. Es Gawilghur.

Desde la fortaleza dispararon más cañones, pero estaban tan altos que sus proyectiles perdían todo su impulso mucho antes de alcanzar el suelo. Las balas parecían la lluvia de una pesadilla y el capitán les gritó a sus hombres que condujeran a sus caballos fuera de su alcance.

—Su último refugio —comentó, y se rió—, ¡pero no tiene nada que ver con nosotros, muchachos! La infantería es la que tendrá que ocuparse de ese enorme cabrón.

Los soldados de caballería se dirigieron poco a poco hacia el sur. Algunos de sus caballos habían perdido herraduras, lo cual significaba que tenían que regresar al paso, pero habían hecho un buen trabajo aquella noche. Habían hecho estragos en un enemigo desbaratado y ahora la infantería debía hacer frente al último refugio mahratra.

Un sargento gritó desde el flanco derecho y el capitán se volvió hacia el oeste y vio aparecer a una columna de infantería enemiga de una arboleda que había a poco más de kilómetro y medio de distancia. El batallón de casacas blancas todavía contaba con su artillería, pero no daban señales de querer combatir. Una multitud de civiles y varias compañías de fugitivos mahratra se habían unido al regimiento, el cual se dirigía hacia un camino que se adentraba en las montañas serpenteando, por debajo del fuerte, y luego ascendía en zigzag por la pared del promontorio de roca. Si aquel camino era la única manera de entrar en el fuerte, que Dios ayudara a los casacas rojas que tuvieran que atacar Gawilghur, pensó el capitán de caballería. Se

quedó mirando a la infantería a través de su anteojo. Las tropas de casaca blanca apenas mostraron interés en la caballería británica, aun así parecía prudente apretar el paso hacia el sur.

Al cabo de un momento la caballería quedó oculta tras los campos de mijo. El capitán se dio la vuelta una última vez y volvió a mirar hacia la fortaleza situada en los elevados precipicios. Daba la impresión de rozar el cielo, tan alta se alzaba sobre toda la India.

—Es un lugar muy jodido —comentó sorprendido el capitán, luego se dio la vuelta y se fue. Él ya había hecho su trabajo, ahora la infantería tenía que trepar hacia las nubes para hacer el suyo.

El coronel William Dodd observó a los soldados de caballería de casacas azules conducir a sus caballos hacia el sur hasta que se perdieron de vista tras un campo de mijo que aún quedaba en pie. El *subadar* al mando de la pequeña artillería del regimiento había querido desenganchar los arzones y abrir fuego sobre los jinetes, pero Dodd le había denegado el permiso. Atacar no habría tenido ningún sentido, puesto que cuando los cañones hubieran estado cargados los soldados de caballería ya se habrían alejado fuera de su alcance. Vio que una última salva de proyectiles procedentes de los cañones del elevado fuerte caían en picado. Dichos cañones no servían de mucho, pensó Dodd, excepto para intimidar a la gente en la llanura.

El regimiento tardó más de siete horas en trepar hasta el fuerte de Gawilghur y cuando llegaron a la cima a Dodd le ardían los pulmones, le dolían los músculos y llevaba el uniforme empapado de sudor. Había ido todo el camino andando, negándose a montar en su caballo porque la bestia estaba cansada. Además, si esperaba que sus soldados ascendieran el largo camino a pie, él también tenía que recorrerlo de la misma manera. William Dodd era un hombre alto, de rostro cetrino, voz disonante y toscos modales, pero sabía cómo ganarse la admiración de sus hombres. Ellos vieron que caminaba cuando podía haber ido a caballo, de modo que no se quejaron cuando la empinada subida dificultó su respiración y les robó las fuerzas. Las familias del regimiento, el bagaje y la batería de cañones aún estaban mucho más abajo, en el sendero tortuoso y traicionero que, en sus últimos kilómetros, era poco más que un saliente cortado en el precipicio.

Dodd formó a sus Cobras en cuatro filas al acercarse a la entrada sur de Gawilghur, donde las grandes puertas tachonadas de metal se abrían para recibirlos.

—¡Ahora caminen con brío! —les gritó Dodd a sus soldados—. ¡No tienen nada de lo que avergonzarse! ¡No han perdido ninguna batalla! —Se subió a la silla y desenvainó su espada de empuñadura dorada para saludar a la bandera de Berar, que ondeaba por encima de la alta torre de entrada. Entonces rozó los ijares de la yegua con los talones y condujo a sus invictos soldados hacia el largo túnel de entrada a la

torre.

Salió al sol de la tarde para encontrarse frente a una pequeña ciudad que se había construido en el interior de las murallas de la fortaleza y en la cima del promontorio de Gawilghur. Los callejones de la ciudad se hallaban abarrotados de soldados, la mayoría de ellos jinetes de caballería mahratta que habían huido de la persecución británica, pero, al darse la vuelta en la silla, Dodd vio a algunos soldados de infantería de la guarnición de Gawilghur de pie en la banqueta. También vio a Manu Bappoo, que había dejado atrás a los perseguidores británicos y que ahora le hacía señas a Dodd desde la torreta de la torre de entrada.

Dodd le dijo a uno de sus hombres que le sujetara el caballo, luego subió por los negros muros hasta la banqueta superior de la torre y allí se detuvo, sobrecogido de asombro ante aquella vista. Era como estar en el borde del mundo. La llanura se hallaba tan por debajo de ellos y el horizonte meridional tan lejos que ante sus ojos no había nada más que cielo infinito. Aquélla era la vista de la tierra que tenía un dios, pensó Dodd. La vista del águila. Se asomó al parapeto y vio sus cañones subiendo penosamente por el camino estrecho. No llegarían al fuerte hasta mucho después de caer la noche.

—Tenía usted razón, coronel —dijo Manu Bappoo compungido.

Dodd se puso derecho y miró al príncipe mahratta.

—Es peligroso combatir a los británicos en campo abierto —afirmó Dodd—, ¿pero aquí...? —Hizo un gesto hacia el camino de acceso—. Aquí van a morir, *sahib*.

—La entrada principal del fuerte —dijo Bappoo con su voz sibilante— está en el otro lado. Al norte.

Dodd se dio la vuelta y miró por encima del tejado del palacio central. No pudo ver gran cosa de las defensas septentrionales de la gran fortaleza, aunque sí que distinguió muy a lo lejos otra torre igual que aquélla en la que se encontraba.

—¿La entrada principal tiene un acceso tan difícil como éste? —preguntó.

—No, pero tampoco es fácil. El enemigo tiene que acercarse por una estrecha franja de roca y luego abrirse camino a la fuerza a través del Fuerte Exterior. Después tiene un barranco y luego el Fuerte Interior. Quiero que vigile la puerta interior.

Dodd miró a Bappoo con recelo.

—¿Y no el Fuerte Exterior? —Dodd consideraba que sus Cobras debían vigilar el lugar por el que atacarían los británicos. De ese modo serían derrotados.

—El Fuerte Exterior es una trampa —explicó Bappoo. Parecía cansado, pero la derrota en Argaum no había quebrantado su espíritu, simplemente había agudizado sus ansias de venganza—. Si los británicos capturan el Fuerte Exterior creerán que han ganado. No sabrán que al otro lado del barranco les aguarda una barrera aún peor. Esa barrera tiene que aguantar. No me importa si cae el Fuerte Exterior, pero debemos mantener el Interior. Eso significa que nuestras mejores tropas tienen que

estar allí.

—Aguantará —dijo Dodd.

Bappoo se dio la vuelta y miró hacia el sur. En algún punto de la calimosa distancia las fuerzas británicas se estaban preparando para marchar hacia Gawilghur.

—Creí que podríamos detenerlos en Argaum —admitió en voz baja.

Dodd, que había aconsejado no combatir en Argaum, no dijo nada.

—Pero aquí —prosiguió Bappoo— los detendremos.

Allí, pensó Dodd, tendrían que detenerlos. Había desertado del ejército de la Compañía de las Indias Orientales porque se enfrentaba a un juicio y a una ejecución, pero también porque creía que podía hacer una fortuna como mercenario al servicio de los maharatta. Hasta entonces había soportado tres derrotas y en cada una había puesto a salvo del desastre a sus hombres, pero de Gawilghur no habría escapatoria. Los británicos bloquearían todos los accesos, así pues debían detenerlos. En aquel lugar las fuerzas británicas tenían que fracasar, y lo harían, se consoló Dodd. Era inimaginable que pudieran tomar aquel fuerte. Dodd se encontraba en el borde del mundo, elevado hacia el cielo, y para los casacas rojas sería como escalar a las mismísimas alturas celestiales.

De modo que allí, por fin, en lo profundo de la India, los casacas rojas serían derrotados.

Seis soldados de caballería ataviados con las casacas azules y amarillas del 19.º de Dragones Ligeros esperaban frente a la casa donde se alojaba el capitán Torrance. Estaban a las órdenes de un sargento de piernas largas que holgazaneaba sentado en un banco junto a la puerta. El sargento levantó la mirada cuando Sharpe se acercó.

—Espero que no quiera nada útil de esos cabrones —dijo con acritud, luego se dio cuenta de que el pobremente vestido Sharpe, a pesar de que llevaba una mochila como cualquier soldado raso, también iba equipado con un fajín y un sable. Se puso en pie apresuradamente—. Lo siento, señor.

Sharpe le indicó con un gesto que volviera a sentarse en el banco.

—¿Útil? —preguntó.

—Herraduras, señor, es lo único que necesitamos, maldita sea. ¡Herraduras! Se suponía que había cuatrocientas almacenadas, pero, ¿acaso son capaces de encontrarlas? —El sargento escupió—. ¡Me dicen que se han perdido! ¡Tengo que ir y comprárselas a los *bhinjarries*! ¿Quieren que le diga eso a mi capitán? De modo que ahora tenemos que quedarnos aquí sentados hasta que regrese el capitán Torrance. Tal vez él sepa dónde están. Ese mono de ahí adentro —agitó el dedo en dirección a la puerta de entrada a la casa— no sabe una mierda.

Sharpe empujó la puerta y al abrirla se encontró en una amplia estancia donde una media docena de hombres discutían con un administrativo atribulado. El

administrativo, un indio, estaba sentado detrás de una mesa llena de libros de contabilidad de hojas onduladas.

—¡El capitán Torrance está enfermo! —le dijo el administrativo a Sharpe con brusquedad, sin esperar a descubrir cuál era el asunto que había traído hasta allí al recién llegado—. Y saque de aquí a ese sucio árabe —añadió el administrativo, al tiempo que levantaba la barbilla en dirección a Ahmed, que había entrado en la casa detrás de Sharpe, armado con un mosquete que le había quitado a un cadáver en el campo de batalla.

—¡Mosquetes! —uno de los hombres intentó llamar la atención del administrativo.

—¡Herraduras! —gritó un teniente de la Compañía de las Indias Orientales.

—Cubos —dijo un artillero.

—Vuelvan mañana —dijo el administrativo—. ¡He dicho mañana!

—Ayer ya dijo lo mismo —replicó el artillero— y he vuelto hoy.

—¿Dónde se encuentra el capitán Torrance? —preguntó Sharpe.

—Está enfermo —respondió el administrativo con desaprobación, como si Sharpe hubiera puesto en peligro la frágil salud del capitán por el simple hecho de haber preguntado—. No se le puede molestar. ¿Y por qué está aquí este niño? ¡Es un árabe!

—Porque yo le dije que estuviera —contestó Sharpe. Rodeó la mesa y se quedó mirando los libros de contabilidad—. ¡Vaya un puñetero desastre!

—¡*Sahib!* —El administrativo se había dado cuenta entonces de que Sharpe era un oficial—. Póngase al otro lado de la mesa, *sahib*, ¡por favor, *sahib!* Aquí tenemos un sistema, *sahib*. Yo me quedo en este lado de la mesa y usted permanece en el otro. Por favor, *sahib*.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Sharpe.

El administrativo pareció sentirse ofendido por la pregunta.

—Soy el ayudante del capitán Torrance —dijo con aire presuntuoso.

—¿Y Torrance está enfermo?

—El capitán está muy enfermo.

—Entonces, ¿quién está al mando?

—Yo —respondió el administrativo.

—Ya no —dijo Sharpe. Levantó la mirada hacia el teniente de la Compañía de las Indias Orientales—. ¿Qué es lo que quería?

—Herraduras.

—A ver, ¿dónde están las malditas herraduras? —le preguntó Sharpe al administrativo.

—Ya se lo he explicado, *sahib*, ya se lo he explicado —dijo el administrativo. Era un hombre de mediana edad con un rostro lúgubre y unos dedos regordetes manchados de tinta que en aquellos momentos intentaron cerrar apresuradamente

todos los libros de contabilidad para que Sharpe no pudiera leerlos—. Y ahora, por favor, *sahib*, póngase a la cola.

—¿Dónde están las herraduras? —insistió Sharpe al tiempo que se inclinaba para acercarse al administrativo sudoroso.

—¡Esta oficina está cerrada! —gritó el administrativo—. ¡Está cerrada hasta mañana! Todos los asuntos se llevarán a cabo mañana. ¡Son órdenes del capitán Torrance!

—¡Ahmed! —dijo Sharpe—. Dispárale a este cabrón.

Ahmed no hablaba inglés, pero el administrativo no lo sabía. Tendió las manos.

—¡Voy a cerrar la oficina! ¡No se puede trabajar de esta manera! ¡Me quejaré al capitán Torrance! ¡Habrá problemas! ¡Grandes problemas! —El administrativo echó un vistazo hacia la puerta que conducía al interior de la casa.

—¿Es ahí donde está Torrance? —preguntó Sharpe con un gesto hacia la puerta.

—No, *sahib*, y no puede entrar ahí dentro. El capitán está enfermo.

Sharpe fue hacia la puerta y la abrió. El administrativo soltó un gañido de protesta, pero Sharpe no le hizo caso. Al otro lado de la puerta pendía una cortina de muselina en la que Sharpe se enredó al entrar en una habitación de cuyas vigas colgaba una hamaca de marinero. La estancia parecía estar vacía, pero entonces un quejido hizo que mirara hacia un rincón ensombrecido. Allí había una joven agachada. Iba vestida con un sari pero tenía un aspecto igual de europeo que Sharpe. Estaba cosiendo un galón dorado en las costuras exteriores de un par de bombachos, pero en aquel momento miró fijamente al intruso con los ojos muy abiertos.

—¿Quién es usted, señora? —le preguntó Sharpe.

La mujer sacudió la cabeza. Tenía el cabello muy negro y la tez muy blanca. Su terror era palpable.

—¿Está aquí el capitán Torrance? —inquirió Sharpe.

—No —susurró ella.

—Está enfermo, ¿no?

—Si él lo dice, señor —respondió en voz baja—. Su acento de Londres confirmó que era inglesa.

—No voy a hacerle ningún daño, señora —dijo Sharpe, pues estaba temblando de miedo—. ¿Es usted la señora Torrance?

—¡No!

—¿Entonces trabaja para él?

—Sí, señor.

—¿Y no sabe dónde está?

—No, señor —contestó con suavidad mirando a Sharpe con unos ojos enormes. Le pareció que estaba mintiendo, pero supuso que tenía un buen motivo para hacerlo, tal vez el temor a que Torrance la castigara si decía la verdad. Consideró disipar sus

temores para sacarle la verdad, pero le pareció que tardaría demasiado. Se preguntó quién sería. Era guapa, a pesar de lo aterrorizada que estaba, y se imaginó que sería la *bibbi* de Torrance. Era afortunado ese Torrance, pensó con arrepentimiento—. Lamento haberla molestado, señora —dijo, luego sorteó la cortina de muselina y volvió a la habitación delantera.

El administrativo sacudió la cabeza con ferocidad.

—¡No debería haber entrado ahí, *sahib*! ¡Es una estancia privada! ¡Privada! Me veré obligado a decírselo al capitán Torrance.

Sharpe agarró la silla del administrativo y la volcó, forzando con ello a que el hombre se levantara. Los que estaban en la habitación gritaron con entusiasmo. Sharpe les hizo caso omiso, se sentó en la silla y atrajo hacia sí la maraña de libros.

—Me da igual que se lo cuente al capitán Torrance —dijo— siempre que antes me hable de esas herraduras.

—¡Se han perdido! —protestó el administrativo.

—¿Cómo se perdieron? —preguntó Sharpe.

El administrativo se encogió de hombros.

—Las cosas se pierden —respondió. El sudor caía por su cara regordeta cuando con cautela intentó apartar de Sharpe algunos de los libros de cuentas, pero retrocedió al ver la mirada en el rostro del alférez—. Las cosas se pierden —repitió débilmente—. Se pierden por naturaleza.

—¿Mosquetes? —preguntó Sharpe.

—Perdidos —admitió el administrativo.

—¿Cubos?

—Perdidos —dijo el administrativo.

—Papeles —dijo Sharpe.

El administrativo puso mala cara.

—¿Papeles, *sahib*?

—Si algo se pierde —explicó Sharpe pacientemente— hay un registro de ello. Estamos en el maldito ejército. No puedes ni ir a mear sin que nadie tome nota de ello. De modo que enséñeme los registros de lo que se ha perdido.

El administrativo suspiró y abrió uno de los grandes libros.

—Aquí lo tiene, *sahib* —dijo al tiempo que señalaba con un dedo manchado de tinta—. Un barril de herraduras, ¿lo ve? Lo traían en un buey desde Jamkandhi, se perdió en el Godavery el doce de noviembre.

—¿Cuántas herraduras hay en un barril? —quiso saber Sharpe.

—Ciento veinte. —El sargento de caballería de piernas largas había entrado en la oficina y en aquellos momentos se hallaba apoyado contra la jamba de la puerta.

—¿Y se supone que hay cuatro mil herraduras de reserva? —preguntó Sharpe.

—¡Aquí! —El administrativo pasó una página—. Otro barril, ¿lo ve?

Sharpe miró detenidamente la entrada mal escrita.

—Perdido en el Godavery —leyó en voz alta.

—Y aquí. —El administrativo volvió a clavar el dedo.

—Robado —leyó Sharpe. Una gota de sudor cayó sobre la página cuando el administrativo le dio la vuelta—. ¿Y quién lo robó?

—El enemigo, *sahib* —respondió el administrativo—. Sus jinetes están por todas partes.

—Sus malditos jinetes echan a correr sólo con mirarlos —terció agriamente el alto sargento de caballería—. No le robarían ni un huevo a una gallina.

—Los convoyes sufren emboscadas, *sahib* —insistió el administrativo—, y se roban cosas.

Sharpe le apartó la mano al administrativo y pasó las páginas hacia atrás, buscando la fecha en que había tenido lugar la batalla en Assaye. La encontró y descubrió que las entradas previas estaban escritas con diferente caligrafía. Supuso que el capitán Mackay debía de llevar el libro en persona, y las pulcras entradas de Mackay incluían muchas menos anotaciones en las que se leía «robado» o «perdido». Mackay había marcado ocho balas de cañón como perdidas al cruzar un río y dos barriles de pólvora se habían señalado como robados, pero en las semanas posteriores a Assaye nada menos que sesenta y seis bueyes habían perdido su carga ya fuera a causa de algún accidente o a manos de los ladrones. Y lo que era más revelador aún, todos y cada uno de esos bueyes llevaban artículos que escaseaban. El ejército no echaría de menos una carga de balas de cañón, pero sufriría gravemente si desaparecía la última reserva de herraduras.

—¿De quién es esta letra? —Sharpe había dado la vuelta a la página de fecha más reciente.

—Mía, *sahib*. —El administrativo tenía cara de estar asustado.

—¿Usted cómo sabe que han robado algo?

El administrativo se encogió de hombros.

—El capitán me lo dice. O me lo dice el sargento.

—¿El sargento?

—No está —dijo el administrativo—. Está llevando un convoy de bueyes hacia el norte.

—¿Cómo se llama el sargento? —preguntó Sharpe, pues no vio que su nombre constara en el libro de contabilidad.

—Hakeswill —respondió el sargento de caballería lacónicamente—. Él es el cabrón con el que tratamos habitualmente debido a que el capitán Torrance siempre está enfermo.

—Por todos los demonios —dijo Sharpe, y echó la silla hacia atrás. ¡Hakeswill! ¡El maldito Obadiah Hakeswill!—. ¿Por qué no lo mandaron de vuelta con su

regimiento? —preguntó Sharpe—. ¿Se supone que no tendría por qué estar aquí!

—El conoce el sistema —explicó el administrativo—. El capitán Torrance quiso que se quedara, *sahib*.

«No es de extrañar, joder», pensó Sharpe. ¡Hakeswill había conseguido introducirse en el alojamiento más provechoso del ejército! Estaba sacando tajada, pero cuidándose mucho de que fuera la caligrafía del administrativo la que constara en los libros. Obadiah no tenía ni un pelo de tonto.

—¿Cómo funciona el sistema? —le preguntó al administrativo.

—Recibos —respondió éste.

—¿Recibos?

—Al arriero de los bueyes se le entrega un recibo, *sahib*, y cuando ha entregado su carga se firma el recibo y se trae aquí. Entonces se le paga. Si no hay recibo no hay dinero. Son las normas, *sahib*. Sin recibo, no hay dinero.

—Ni tampoco las jodidas herraduras —comentó el flaco sargento del 19.º.

—¿Y el sargento Hakeswill es quien paga el dinero? —quiso saber Sharpe.

—Si está aquí sí, *sahib* —respondió el administrativo.

—Eso no me proporciona las malditas herraduras —protestó el teniente de la Compañía.

—Ni mis cubos —terció el artillero.

—Los *bhinjarries* tienen todo lo imprescindible —insistió el administrativo. Hizo gestos como para ahuyentarlos—. ¡Vayan a ver a los *bhinjarries*! ¡Ellos tienen lo que hace falta! Esta oficina está cerrada hasta mañana.

—¿Y de dónde sacan los *bhinjarries* sus artículos imprescindibles, eh? Contésteme a eso —exigió Sharpe, pero el administrativo se limitó a encogerse de hombros. Los *bhinjarries* eran mercaderes que viajaban con el ejército y que aportaban sus propias grandes manadas de bueyes de carga. Vendían comida, licores, mujeres y artículos de lujo y ahora, por lo visto, también ofrecían suministros militares, cosa que significaba que el ejército pagaría por cosas que normalmente se le proporcionaban de forma gratuita y no había duda de que, si el maldito Hakeswill estaba metido en el ajo, esas cosas serían, para empezar, las que le habían robado al ejército—. ¿Dónde puedo conseguir herraduras? —le preguntó Sharpe al administrativo.

El hombre era renuente a dar una respuesta, pero al final extendió las manos y le sugirió a Sharpe que preguntara en el campamento de los mercaderes.

—Alguien se lo dirá, *sahib*.

—Dígame usted —insistió Sharpe.

—¡No lo sé!

—¿Y cómo es que sabe que tienen herraduras?

—¡Yo me entero de estas cosas! —protestó el administrativo.

Sharpe se puso en pie y acosó al administrativo, que retrocedió hasta quedarse con la espalda pegada a la pared.

—Usted no se entera de las cosas y ya está —dijo al tiempo que apoyaba el antebrazo contra el cuello del administrativo—, usted sabe cosas. De modo que ya me las está contando o haré que mi árabe le corte las pelotas y se las coma para desayunar. Ese pequeño cabrón tiene mucho apetito.

El administrativo apenas podía respirar bajo la presión del brazo de Sharpe.

—Naig —fue el nombre que le proporcionó de forma lastimera cuando Sharpe relajó el brazo.

—¿Naig? —preguntó Sharpe. Aquel nombre le sonaba vagamente. Le sonaba de tiempo atrás. ¿Naig? Entonces se acordó de un mercader que se llamaba así y que había seguido al ejército hacia Seringapatam—. ¿Naig? —volvió a preguntar Sharpe—. ¿Un tipo con unas tiendas verdes?

—El mismo, *sahib*. —El administrativo movió la cabeza en señal de asentimiento—. ¡Pero yo no le he dicho nada! Estos caballeros son testigos, ¡yo no se lo dije!

—¡Pero si dirige un burdel! —exclamó Sharpe al acordarse, y recordó también que, hacía cuatro años, Naig era amigo del sargento Obadiah Hakeswill. En aquel entonces Sharpe era un soldado raso y Hakeswill había realizado acusaciones falsas contra Sharpe que le habían supuesto sufrir unos azotes. El mote de aquel tipo había sido Naig *el Asqueroso*, y en aquella época vendía a putas de piel pálida que viajaban en carromatos de cortinas verdes—. ¡Muy bien! —dijo Sharpe—. ¡Esta oficina está cerrada! —El artillero protestó y el sargento de caballería pareció decepcionado—. Vamos a ver a Naig —anunció Sharpe.

—¡No! —dijo el administrativo en voz demasiado alta.

—¿No? —preguntó Sharpe.

—Se enfadará, *sahib*.

—¿Por qué iba a enfadarse? —quiso saber Sharpe—. Soy un cliente, ¿no es cierto? Él tiene herraduras y nosotros queremos herraduras. Estará encantado de vernos.

—Se le debe tratar con respeto, *sahib* —dijo el administrativo, nervioso—. Naig es un hombre poderoso. ¿Tiene dinero que darle?

—Sólo quiero echar un vistazo a sus herraduras —dijo Sharpe—, y si resulta que son artículos del ejército le meteré una por su jodida garganta.

El administrativo movió la cabeza.

—Tiene guardias, *sahib*. ¡Tiene *jettis*!

—Creo que dejaré que vaya usted solo —dijo el teniente de la Compañía de las Indias Orientales, al tiempo que retrocedía.

—¿*Jettis*? —preguntó sorprendido el sargento de los dragones ligeros.

—Forzudos —explicó Sharpe—. Unos hijos de puta enormes que te matan

retorciéndote el cuello como a un pollo. —Se volvió de nuevo al administrativo—. ¿De dónde sacó Naig a los *jettis*? ¿De Seringapatam?

—Sí, *sahib*.

—Ya he matado a muchos de esos cabrones —dijo Sharpe—, de modo que no me importa matar a unos cuantos más. ¿Usted viene? —le preguntó al sargento de caballería.

—¿Por qué no? —el hombre sonrió.

—¿Alguien más? —preguntó, pero nadie más parecía querer pelea aquella tarde.

—Por favor, *sahib* —dijo el administrativo con voz débil.

Sharpe no le hizo caso y, seguido por Ahmed y el soldado de caballería, volvió a salir a la luz del sol.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Sharpe al sargento.

—Lockhart, señor. Eli Lockhart.

—Yo soy Dick Sharpe, Eli, y no hace falta que me llame «señor». No soy un jodido oficial como es debido. Me ascendieron en Assaye, y ojalá esos cabrones me hubieran dejado como sargento. Me mandaron aquí para ser un maldito arriero de bueyes porque no soy apto para nada más. —Miró a los seis soldados de caballería de Lockhart que todavía estaban esperando—. ¿Qué están haciendo aquí?

—No supondrá que iba a llevar las malditas herraduras yo solo, ¿no? —replicó Lockhart, y a continuación les hizo un gesto a los soldados—. Vamos, chicos. Vamos a tener una pelea.

—¿Quién ha dicho nada sobre una pelea? —preguntó Sharpe.

—Él tiene herraduras —explicó Lockhart—, pero nosotros no tenemos dinero. Por lo tanto, es la única manera de quitárselas.

—Cierto —repuso Sharpe, y sonrió.

De pronto Lockhart adoptó un aspecto extrañamente tímido.

—¿Estuvo en las dependencias del capitán, señor?

—Sí, ¿por qué?

El sargento de dura apariencia estaba empezando a ruborizarse.

—Y no vería allí a una mujer, ¿no, señor?

—¿Una chica de cabello oscuro? ¿Guapa?

—Es ella.

—¿Quién es?

—La criada de Torrance. Una viuda. Torrance los trajo a ella y a su marido de Inglaterra, pero el tipo murió y la dejó sola. Torrance no la dejará ir.

—Y a usted le gustaría arrebatársela de las manos, ¿no es eso?

—Sólo la he visto de lejos —admitió el sargento—. Torrance estaba en otro regimiento, uno de los de Madras, pero acampábamos juntos con mucha frecuencia.

—Sigue ahí —dijo Sharpe—, sigue viva.

—Él no se separa de ella —dijo Lockhart, y le propinó un puntapié a un perro para que se apartara de su camino. Los ocho hombres habían abandonado el pueblo y habían entrado en el descontrolado campamento que ocupaban los mercaderes con sus manadas, carros y familias. Unos grandes bueyes blancos con los cuernos pintados estaban maneados a unas estaquillas y los niños correteaban entre las bestias recogiendo su estiércol, el cual moldeaban en forma de tortas que se dejarían secar para obtener así combustible—. Bueno, hábleme de esos *jettis* —le pidió Lockhart.

—Son como forzudos de circo —dijo Sharpe—, sólo que se trata de una especie de cosa religiosa. No me pregunte. Yo no le encuentro sentido a nada de eso. Tienen unos músculos como montañas, se lo aseguro, pero son lentos. Maté a cuatro de esos hijos de puta en Seringapatam.

—¿Y conoce usted a Hakeswill?

—Conozco al maldito Hakeswill. Fue él quien me reclutó, y ha estado persiguiéndome desde entonces. Ni siquiera debería estar con este ejército, se supone que tendría que estar en el sur con los Havercakes, pero vino aquí con una orden para arrestarme. Como no lo consiguió, debió de quedarse. ¡Y ahora está manipulando el maldito sistema! Puede apostar su último chelín a que el cabrón que aprovisiona a Naig es él y a que se reparten los beneficios. —Sharpe se detuvo para buscar las tiendas verdes con la mirada—. ¿Cómo es que no tienen sus propias herraduras de repuesto?

—Sí que las tenemos. Pero cuando se acaban hay que recurrir a los suministros. Así es como se supone que funciona el sistema. Y la persecución de ayer nos dejó los cascos destrozados. Necesitamos herraduras.

Sharpe había visto un grupo de tiendas de un desvaído color verde.

—Allí está ese cabrón —dijo, y miró a Lockhart—. La cosa podría ponerse fea.

Lockhart sonrió. Era igual de alto que Sharpe y su rostro tenía el aspecto de haber sobrevivido a toda una vida de reyertas de taberna.

—He venido hasta aquí, ¿no es cierto?

—¿Está cargada esa cosa? —Sharpe señaló con un movimiento de la cabeza la pistola que Lockhart llevaba en el cinturón. De él pendía también un sable, igualito al que Sharpe llevaba en la cadera.

—Lo estará. —Lockhart desenfundó la pistola y Sharpe se volvió hacia Ahmed e hizo la mímica de las acciones de cargar el mosquete. Ahmed sonrió y señaló la llave, indicando así que su arma ya estaba cargada.

—¿Cuántos hijos de puta de esos nos esperan? —preguntó Lockhart.

—¿Una docena? —imaginó Sharpe.

Lockhart volvió la vista hacia sus hombres.

—Podemos encargarnos de una docena de cabrones.

—Bien —dijo Sharpe—, pues vamos a armar un poco de follón. —Esbozó una

sonrisa. Por primera vez desde que lo habían hecho oficial estaba disfrutando.

Y eso significaba que alguien estaba a punto de recibir unos cuantos puñetazos.

Capítulo 3

El general de división Arthur Wellesley galopaba hacia el norte en medio de una cabalgata de oficiales cuyas monturas levantaban una ancha estela de polvo que persistía en el aire hasta mucho después de que los jinetes hubieran pasado. Dos escuadrones de caballería de la Compañía de las Indias Orientales proporcionaban la escolta al general. Puede que el ejército de Manu Bappoo hubiese sufrido una aplastante derrota y que sus supervivientes hubieran salido en desbandada para refugiarse en Gawilghur, pero la Meseta Deccan seguía infestada de caballería mahratta lista para saltar sobre los convoyes de suministros, los grupos de leñadores o los forrajeadores que proporcionaban alimento a los animales, de modo que los dos escuadrones cabalgaban con los sables desenvainados. Wellesley marcaba un paso rápido y se deleitaba con la libertad de cabalgar por el extenso campo abierto.

—¿Visitó al coronel Stevenson esta mañana? —le gritó a un ayudante de campo que iba detrás.

—Sí, señor, y no está mejor de lo que estaba.

—¿Pero puede desplazarse?

—En su elefante, señor.

Wellesley soltó un gruñido. Stevenson era el comandante del más pequeño de sus ejércitos, pero al viejo coronel los años comenzaban a pasarle factura. Lo mismo le ocurría a Harness, el comandante de una de las dos brigadas de Wellesley, pero no tenía sentido preguntar por Harness. No era tan sólo la enfermedad física lo que atacaba a Harness, pues el escocés había perdido también el juicio. Los médicos afirmaban que se trataba del calor, que le había secado el cerebro, pero Wellesley dudaba de aquel diagnóstico. El calor y el ron, quizá, pero el calor sólo no, aunque estaba claro que el clima de la India era malo para la salud de un europeo. Pocos eran los que vivían mucho tiempo sin caer presa de alguna fiebre que los consumiera y Wellesley pensaba que ya era hora de irse de allí. Era el momento de volver a casa antes de que su salud se resintiera y, lo más importante, antes de que en Londres se olvidaran de su existencia. Los ejércitos franceses estaban desestabilizando toda Europa y no pasaría mucho tiempo antes de que Londres enviara a un ejército para combatir al viejo enemigo, y Wellesley quería formar parte de dicho ejército. Tenía más de treinta años y una reputación que forjarse, pero primero tenía que acabar con los mahratta y eso significaba tomar Gawilghur. Con ese fin se hallaba entonces cabalgando hacia la gran muralla de precipicios que acordonaba el extremo septentrional de la llanura.

Una hora de cabalgata lo llevó a la cima de un pequeño altozano que ofrecía una buena vista en dirección norte. La llanura, privada de agua por el fallido monzón, tenía un aspecto parduzco, aunque aquí y allá había parcelas de crecido mijo.

Wellesley calculó que en un buen año el mijo cubriría la llanura de horizonte a horizonte, un mar de grano delimitado por los precipicios de Gawilghur. Desmontó en el pequeño montículo y sacó un anteojo que apoyó sobre la silla de su caballo. Era un catalejo nuevo, un regalo de los mercaderes de Madras para celebrar la pacificación de Mysore por parte de Wellesley. Ahora el comercio circulaba libremente por el flanco izquierdo de la India y el anteojo, que había sido encargado especialmente a Matthew Berge de Londres, era una generosa prueba del aprecio de los mercaderes, pero Wellesley no acababa de acostumbrarse a él. La forma del ocular era menos cóncava que la de aquel que solía utilizar, por lo que, al cabo de un momento, cerró de golpe el anteojo nuevo y sacó su viejo catalejo, no tan potente pero mucho más cómodo. Estuvo observando un buen rato, mirando el fuerte que coronaba el promontorio rocoso. La piedra negra de las murallas de la fortaleza tenía un aspecto particularmente siniestro incluso a plena luz del día.

—Santo cielo —murmuró el general después de un rato. Si fracasaba allí arriba ya no tendría sentido volver a casa, pensó. Podía volver a Londres con unas cuantas victorias a sus espaldas y la gente le respetaría aun cuando dichas victorias no hubieran sido contra los franceses, pero si regresaba con una derrota lo despreciarían. Gawilghur, pensó con amargura, tenía pinta de destruir carreras.

El coronel Wallace, el saludable comandante de brigada de Wellesley, también había desmontado y estaba inspeccionando la fortaleza con su propio catalejo.

—Ese lugar es un infierno, sir Arthur —dijo Wallace.

—¿A qué altura está, Blackiston? —preguntó Wellesley a uno de sus ayudantes de campo, un ingeniero.

—Ayer hice una triangulación, señor, y descubrí que los muros de la fortaleza están a unos quinientos cincuenta metros por encima de la llanura.

—¿Hay agua allí arriba? —preguntó el coronel Butters, el jefe de ingenieros.

—Por lo que hemos oído sí la hay, señor —respondió Blackiston—. En el fuerte hay depósitos; unas cosas enormes como lagos.

—Pero este año el nivel del agua debe de ser bajo, ¿no? —sugirió Butters.

—Dudo que sea lo bastante bajo, señor —murmuró Blackiston, pues sabía que Butters había albergado la esperanza de que la sed pudiera vencer a la guarnición.

—Y los granujas tendrán comida, sin duda —comentó Wellesley.

—Sin duda —coincidió Wallace con sequedad.

—Lo cual significa que tendremos que sacarlos a la fuerza —dijo el general; entonces volvió a inclinarse sobre el catalejo y bajó la lente para mirar hacia las estribaciones bajo los riscos. Justo al sur del fuerte había una colina cónica que se alzaba hasta casi la mitad de la falda del gran promontorio—. ¿Podemos acercar los cañones a esa colina? —preguntó.

Se hizo una pausa mientras los demás oficiales decidían a qué colina se refería. El

coronel Butters hizo una mueca.

—Podemos llevarlos hasta allí, señor, pero dudo que tengan la elevación para alcanzar el fuerte.

—Allí no podría llevarse nada más grande que un doce libras —dijo Wallace en tono dudoso, y acto seguido fue deslizándose la visión del antejo por encima del risco hacia las murallas—. Y para echar abajo ese muro se necesitarían balas más grandes que las de doce libras.

—¡Sir Arthur! —El grito de advertencia provenía del oficial al mando de la caballería de la Compañía de las Indias Orientales que señalaba hacia el sur, al lugar en el que había aparecido un grupo de jinetes maharatta. Era evidente que habían seguido la persistente nube de polvo dejada por el grupo del general y, aunque los jinetes que se acercaban tan sólo ascendían a unos veinte hombres, la caballería cipaya se dio la vuelta para hacerles frente y se desplegó en línea.

—No pasa nada —dijo Wellesley en voz alta—, son de los nuestros. Yo les pedí que se reunieran con nosotros aquí. —Había examinado a los jinetes que se aproximaban a través de su antejo y entonces, tras indicar a la caballería cipaya que se retirara con un gesto de la mano, fue andando a dar la bienvenida a los *killadars*—. Syud Sevajee —Wellesley saludó al hombre de la raída casaca verde y plata que estaba al frente de aquellos soldados de caballería—, gracias por venir.

Syud Sevajee le dirigió un brusco movimiento de la cabeza a Wellesley y luego levantó la vista hacia Gawilghur.

—¿Cree que podrán entrar?

—Creo que debemos hacerlo —repuso Wellesley.

—No lo ha hecho nunca nadie —dijo Sevajee con una sonrisa astuta.

Wellesley le devolvió la sonrisa, pero lentamente, como si aceptara el desafío implícito, y cuando Sevajee se deslizó de la silla, el general se volvió hacia Wallace.

—¿Conoce a Syud Sevajee, Wallace?

—No he tenido el placer, señor.

Wellesley hizo las presentaciones y luego añadió que el padre de Syud Sevajee había sido uno de los generales del raja de Berar.

—¿Y ya no lo es? —le preguntó Wallace a Sevajee.

—Beny Singh lo asesinó —respondió Sevajee en tono grave—; así, lucho con ustedes, coronel, para tener la oportunidad de matar a Beny Singh. Y ahora Beny Singh está al mando de esa fortaleza —señaló hacia el distante promontorio con un gesto de la cabeza.

—Bueno, ¿y cómo entramos? —preguntó Wellesley.

Los oficiales se reunieron en torno a Sevajee cuando el indio desenvainó su *tulwar* y con la punta trazó un número ocho en el polvo. Dio unos golpecitos en el círculo inferior del ocho, que había dibujado mucho más grande que el superior.

—Esto es lo que ven desde aquí —dijo—, el Fuerte Interior. Y sólo existen dos entradas. Hay un camino que asciende desde la llanura y que va a la puerta Sur. —Trazó una línea serpenteante que partía de la parte inferior del número ocho—. Pero ese camino es imposible. Se subiría directo a sus cañones. Un niño con un montón de piedras podría evitar que un ejército ascendiera por ese camino. La única ruta posible para entrar en el Fuerte Interior es a través de la entrada principal. —Marcó una corta línea que atravesaba la intersección de los dos círculos.

—Que no será fácil, ¿no? —preguntó Wellesley con sequedad.

Sevajee le ofreció al general una sonrisa adusta.

—La entrada principal es un largo corredor bloqueado por cuatro puertas y flanqueado por altos muros. Pero además, para llegar hasta ella hay que tomar el Fuerte Exterior. —Dio unos golpecitos en el círculo superior del número ocho.

Wellesley asintió con un movimiento de la cabeza.

—¿Y eso también es difícil?

—De nuevo hay dos entradas —dijo Sevajee—. Una es un camino que asciende desde la llanura. No se ve desde aquí, pero trepa por las colinas de forma tortuosa hacia el oeste y llega al fuerte por aquí. —Dio unos toques en la parte estrecha del número ocho—. El ascenso es más fácil que por el camino del sur, pero en el último kilómetro y medio de viaje sus hombres estarán bajo los cañones del Fuerte Exterior. Y los últimos ochocientos metros, general, son empinados. —Puso énfasis en la última palabra—. A un lado del camino hay precipicios, al otro lado un despeñadero, y los cañones del Fuerte Exterior pueden disparar directamente sobre ese último tramo del camino.

El coronel Butters sacudió la cabeza mientras reflexionaba con pesimismo sobre la información de Sevajee.

—¿Cómo es que sabe todo esto? —preguntó.

—Crecí en Gawilghur —respondió Sevajee—. Mi padre, antes de que lo asesinaran, fue *killadar* de la fortaleza.

—Él lo conoce —terció Wellesley de manera cortante—. ¿Y la entrada principal del Fuerte Exterior?

—Ese —dijo Sevajee— es el punto débil de la fortaleza. —Garabateó una línea que atravesaba la curva superior del círculo pequeño—. Es el único acceso llano a la fortaleza, pero es muy estrecho. A un lado —dio unos golpecitos en el flanco este de la línea—, el terreno cae en abrupto declive. Al otro lado hay un depósito de agua. De modo que para llegar al fuerte hay que arriesgarse por una estrecha franja de terreno que se halla al alcance de los cañones que guarnecen dos muros, uno encima de otro.

—¿Dos murallas? —preguntó Wallace.

—Enclavadas en una empinada colina —respondió Sevajee, al tiempo que asentía con la cabeza—. Hay que abrirse camino a la fuerza colina arriba y atravesar los dos

muros. Allí hay una entrada, pero es como la del Fuerte Interior: una serie de puertas con un estrecho pasadizo que lleva de la una a la otra y por encima, a ambos lados, soldados lanzando rocas y balas de cañón.

—Y una vez hayamos capturado el Fuerte Exterior —preguntó Wellesley—, ¿entonces qué?

Sevajee le dirigió una sonrisa rapaz.

—Entonces sus problemas no habrán hecho más que empezar, sir Arthur. —Borró el diagrama que había hecho en el polvo y trazó otro, éste mostrando dos círculos, uno grande y uno pequeño, con un espacio entre ellos—. Los dos fuertes no están conectados. Están separados aquí —dio unos golpecitos con su *tulwar* en el espacio entre los círculos—, y esto es un barranco. Un barranco profundo. Así pues, cuando tengan el Fuerte Exterior, todavía tendrán que asaltar el Fuerte Interior y sus defensas estarán intactas. Tiene un muro que se alza en lo alto de la pendiente del barranco y allí es donde se refugiará su enemigo: en el muro del Fuerte Interior. Mi padre creía que ningún enemigo podría capturar nunca el Fuerte Interior de Gawilghur. Si tenía que caer toda la India, decía, su corazón seguiría latiendo en Gawilghur.

Wellesley caminó unos pasos hacia el norte y se quedó mirando fijamente el elevado promontorio.

—¿La guarnición es muy numerosa?

—Normalmente —contestó Sevajee— son unos mil hombres, ¿pero cuántos serán ahora? Podría haber seis o siete veces esa cantidad. Ahí dentro hay espacio para todo un ejército.

Y si el fuerte no caía, pensó Wellesley, entonces los mahratta recuperarían el ánimo. Reunirían a un nuevo ejército y al año siguiente volverían a realizar incursiones por el sur. No habría paz en el oeste de la India hasta que cayera Gawilghur.

—¿Comandante Blackiston?

—¿Señor?

—Realizará una exploración de la meseta. —El general se volvió hacia Sevajee—. ¿Escortará al comandante Blackiston hasta las montañas? Blackiston, quiero bocetos de la franja de terreno que conduce a la entrada principal. Quiero que me diga dónde podemos colocar las baterías de brecha. Necesito saber cómo podemos trasladar los cañones a las cimas de las colinas y necesito saberlo todo en dos días.

—¿Dos días? —Blackiston pareció consternado.

—No queremos que esos bribones echen raíces ahí arriba, ¿no? ¡Velocidad, Blackiston, velocidad! ¿Puede partir ahora mismo? —La pregunta iba dirigida a Sevajee.

—Sí —respondió Sevajee.

Wellesley le hizo un gesto con la mano a Blackiston para que se pusiera en

marcha.

—¡Dos días, comandante! ¡Lo quiero de vuelta mañana por la noche!

El coronel Butters miró las distantes colinas con el ceño fruncido.

—¿Va a llevar al ejército hasta la cima?

—A la mitad del ejército —dijo Wellesley—, la otra mitad se quedará en la llanura. —Le haría falta rodear Gawilghur con sus casacas rojas como si de una nuez se tratara y esperar que, cuando apretara, fuera la nuez y no el cascanueces lo que se rompiera. Volvió a encaramarse a la silla y esperó a que montara el resto de oficiales. Entonces hizo dar la vuelta a su yegua e inició el camino de regreso al campamento—. Llevarnos hasta las alturas es cosa de los ingenieros —dijo—, luego habrá que esforzarse para subir la munición hasta las baterías en una semana. —El general puso mala cara al pensar en esa tarea—. ¿Qué problema hay con el convoy de bueyes? —le preguntó a Butters—. Me están llegando quejas. Más de dos mil mosquetes robados de los convoyes, y Huddleston me dice que no hay herraduras de repuesto. ¡No puede ser!

—Torrance dice que los bandidos han estado muy activos, señor —dijo Butters—. Y al parecer ha habido accidentes —añadió sin convicción.

—¿Quién es Torrance? —quiso saber Wellesley.

—Un hombre de la Compañía, señor, un capitán. Asumió las funciones del pobre Mackay.

—Eso me lo puedo figurar yo solo —comentó el general agriamente—. ¿Quién es?

Butters se sonrojó ante aquella reprobación.

—Su padre es canónigo en Wells, creo. ¿O tal vez en Salisbury? Pero a lo que vamos, señor, tiene un tío en la calle Leadenhall.

Wellesley soltó un gruñido. Lo del tío en la calle Leadenhall significaba que Torrance tenía un patrono que ostentaba un alto rango en la Compañía de las Indias Orientales, alguien que ejerciera la influencia que un padre clérigo tal vez no tenía.

—¿Es tan bueno como Mackay?

Butters, un hombre robusto que montaba muy mal su caballo, se encogió de hombros.

—Lo recomendó Huddleston.

—Lo cual quiere decir que Huddleston se lo quería sacar de encima —replicó Wellesley con brusquedad.

—Estoy seguro de que lo hace lo mejor posible —dijo Butters a la defensiva—. Aunque me pidió un ayudante, pero se lo he tenido que negar. No puedo prescindir de ninguno. Ya voy corto de ingenieros, señor, como bien sabrá.

—Ya he mandado a por más —dijo Wellesley.

Wallace intervino.

—Yo le di a Torrance a uno de mis alféreces, sir Arthur.

—¿Puede prescindir de un alférez, Wallace?

—Es Sharpe, señor.

—¡Ah! —Wellesley hizo una mueca—. Nunca funciona, ¿verdad? Ascienes a un soldado de la tropa y no le haces ningún favor.

—Tal vez estaría mejor en un regimiento inglés —comentó Wallace—, de modo que voy a recomendar que se traslade a los fusileros.

—¿Quiere decir que a ellos no les importa? —preguntó Wellesley, y acto seguido puso mala cara—. ¿Cómo diablos vamos a combatir en una guerra sin herraduras? —Golpeó a la yegua con el talón, enojado por aquel aprieto—. ¡Por Dios, Butters, su capitán Torrance tiene que hacer su trabajo! —Wellesley sabía mucho mejor que nadie que nunca podría tomar Gawilghur si fallaba el convoy de suministros.

Y era necesario tomar Gawilghur.

Dios santo, pensó Wellesley, ¿pero cómo demonios iban a hacerlo?

—Son grandes los cabrones —murmuró el sargento Eli Lockhart cuando se aproximaban a las dos tiendas verdes. El soldado de caballería hablaba de los guardias que estaban apoltronados en unas sillas a la puerta de las tiendas de Naig. Había cuatro de ellos a la vista, dos de los cuales tenían un pecho desnudo y aceitado del que sobresalían unos músculos que no eran normales. No se cortaban nunca el pelo, sino que se lo enrollaban en la cabeza. Estaban montando guardia frente a la entrada de la mayor de las tiendas, la que Sharpe suponía que era el burdel de Naig. La otra tienda tal vez fuera las dependencias del mercader, pero la entrada estaba muy bien atada y Sharpe no pudo vislumbrar lo que había dentro.

—Esos dos tipos tan grasientos son los *jettis* —dijo Sharpe.

—Son tan grandes como unas malditas reses —comentó Lockhart—. ¿De verdad te retuercen el pescuezo?

—De atrás a adelante —respondió Sharpe—. O si no te atraviesan el cráneo con un clavo valiéndose de una sola mano. —Viró bruscamente para pasar de largo por delante de las tiendas. No es que temiera enzarzarse en una pelea con los guardias de Naig, en realidad esperaba pelearse, pero no tenía sentido lanzarse a la batalla sin más. No vendría mal un poco de ingenio—. Estoy siendo cauteloso —le explicó a Lockhart, y se dio la vuelta para cerciorarse de que Ahmed los seguía. El chico llevaba la mochila de Sharpe además de su mosquete.

Los cuatro guardias, todos ellos armados con fusiles y *tulwars*, observaron a los soldados británicos hasta que se perdieron de vista.

—No les ha gustado nuestro aspecto —dijo Lockhart.

—Son unos cabrones sarnosos, eso es lo que son —repuso Sharpe. Estaba echando un vistazo por el campamento y vio lo que quería a tan sólo unos pasos de

distancia. Era un poco de paja, y cerca de ella había una hoguera que se consumía, retorció un puñado de tallos de paja para formar una tea que encendió y llevó a la parte posterior de la tienda pequeña. Acercó la tea en llamas a un pliegue de la lona. Un niño miraba todo aquello con unos ojos como platos—. Si dices una sola palabra —le dijo Sharpe a aquel crío medio desnudo— te retorceré la cabeza de atrás a adelante. —El niño, que no entendía ni jota, sonrió de oreja a oreja.

—En realidad se supone que no está haciendo esto, ¿verdad? —preguntó Lockhart.

—No —repuso Sharpe. Lockhart sonrió, pero no dijo nada. En lugar de eso se quedó mirando cómo las llamas lamían la descolorida lona verde que, por unos instantes, resistió al fuego. La tela se ennegrecía pero no ardía, entonces, de pronto, estalló en unas llamas que ascendieron ávidamente hacia la parte superior de la tienda—. Esto los despertará —dijo Sharpe.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Lockhart mientras miraba cómo la llama chamuscaba el lateral de la tienda.

—Rescataremos lo que haya dentro, por supuesto. —Sharpe desenvainó el sable—. ¡Vamos, muchachos! —Corrió de nuevo hacia la entrada de la tienda—. ¡Fuego! —gritó—. ¡Fuego! ¡Traed agua! ¡Fuego!

Los cuatro guardias clavaron la mirada en el inglés con estupor y luego se pusieron de pie de un salto cuando Sharpe cortó las ataduras de la puerta de la tienda pequeña. Uno de ellos le lanzó un grito de protesta a Sharpe.

—¡Fuego! —les bramó Lockhart a los guardias que, sin estar seguros todavía de lo que estaba ocurriendo, no intentaron detener a Sharpe. Entonces uno de ellos vio el humo que se alzaba por encima de la cumbre de la tienda. Lanzó un chillido de advertencia al interior de la tienda grande, mientras que sus compañeros se movieron de repente para alejar al inglés de la entrada de la tienda.

—¡Conténgalos! —gritó Sharpe, y los seis soldados de caballería de Lockhart se cerraron sobre los tres hombres. Sharpe cortó las ataduras, golpeando la dura cuerda, al tiempo que los soldados de caballería arremetían contra los guardias. Alguien soltó una maldición, se oyó un gruñido cuando un puño se estampó y luego un grito cuando la bota de uno de los soldados se incrustó en la entrepierna de un *jetti*. Sharpe cortó el último nudo y se abrió paso a través de los faldones ya sueltos de la tienda.

—¡Cielo santo! —Se detuvo y miró las cajas, barriles y cajones apilados en la penumbra cargada de humo de la tienda.

Lockhart lo había seguido hacia el interior.

—Ni siquiera se molesta en esconderlo como es debido, ¿eh? —comentó asombrado el sargento; entonces se acercó a un barril y señaló un 19 que había grabado en una de las duelas—. ¡Es nuestra marca! ¡El cabrón tiene la mitad de nuestros suministros! —Levantó la vista hacia las llamas que en aquellos momentos

devoraban el techo de la tienda—. Lo vamos a perder todo si no tenemos cuidado.

—Cortemos las cuerdas de la tienda —sugirió Sharpe— y echémosla abajo.

Corrieron los dos hacia el exterior y cortaron las cuerdas tensoras con los sables, pero ahora acudían más hombres de Naig que salían de la tienda grande.

—¡Cuidado, detrás de usted, Eli! —gritó Sharpe antes de darse la vuelta y arremeter con la hoja curva contra la cara de un *jetti*. El hombre retrocedió y Sharpe siguió atacando con fuerza, arremetiendo de nuevo y haciendo retroceder aún más al hombre—. ¡Y ahora vete a la mierda! ¡Hay fuego, maldita sea! ¡Fuego!

Lockhart había derribado a su atacante y le estaba propinando una patada en la cara con una bota provista de espuela. Los soldados de caballería se acercaban para ayudar y Sharpe dejó que se encargaran de los hombres de Naig, mientras que él cortaba el último de los vientos; a continuación corrió hacia el interior de la tienda y tiró del palo más próximo. Dentro de la tienda la atmósfera era asfixiante debido al humo que se arremolinaba, pero al final todo aquel despliegue de pesada tela se hundió hacia el fuego y levantó por los aires la pared de lona que Sharpe tenía a sus espaldas.

—¡*Sahib!* —gritó la aguda voz de Ahmed. Sharpe se dio la vuelta y vio que un hombre le apuntaba con un mosquete. El trozo de tienda levantado dejaba expuesto a Sharpe, pero éste se encontraba demasiado lejos como para abalanzarse sobre aquel hombre, entonces Ahmed disparó su mosquete y el hombre se estremeció, se dio la vuelta para mirar al chico y se le crispó el rostro cuando empezó a sentir el dolor en el hombro. Soltó su arma y se llevó una mano a la herida. El sonido del disparo asustó a los demás guardias y algunos echaron mano de sus mosquetes, pero Sharpe corrió hacia ellos y se valió de su sable para desviar las armas.

—¡Hay fuego, maldita sea! —les gritó en la cara—. ¡Fuego! ¿Queréis que arda todo? —No le comprendían, pero algunos de ellos se dieron cuenta de que las llamas amenazaban los suministros de su señor y corrieron para retirar la medio derrumbada lona ardiendo y alejarla de los cajones de madera.

—¿Pero quién inició el fuego? —dijo una voz detrás de Sharpe, que se dio la vuelta y vio a un indio alto y rechoncho vestido con una túnica verde que tenía bordados peces serpenteantes y aves acuáticas de largas patas. El gordo llevaba de la mano a un niño medio desnudo, el mismo chiquillo que había visto a Sharpe poner la paja ardiendo en un pliegue de la lona—. Los oficiales británicos —dijo el gordo— tienen mucha libertad en este país, pero ¿significa eso que pueden destruir la propiedad de un hombre honesto?

—¿Es usted Naig? —preguntó Sharpe.

El gordo hizo una seña a sus guardias y éstos se reunieron detrás de él. Habían arrastrado la tienda lejos de los cajones y se estaba consumiendo sin causar daños. En aquellos momentos el tipo de la túnica verde tenía a dieciséis o diecisiete hombres

con él, todos iban armados y cuatro de ellos eran *jettis*, en tanto que Sharpe tenía a Lockhart con sus maltrechos soldados de caballería y a un niño rebelde que estaba recargando un mosquete tan alto como él.

—Le diré mi nombre —dijo el gordo de manera desagradable— cuando usted me diga el suyo.

—Sharpe. Alférez Sharpe.

—¡Un simple alférez! —El gordo alzó las cejas—. Creía que los alféreces eran niños, como este jovencito. —Le dio unas palmaditas en la cabeza al chiquillo medio desnudo—. Soy Naig.

—Entonces tal vez pueda explicarme —dijo Sharpe— por qué esa tienda estaba abarrotada con nuestros suministros.

—¡Sus suministros! —se rió Naig—. Ésa es mi mercancía, alférez Sharpe. Tal vez haya algunos artículos almacenados en viejas cajas que una vez pertenecieron a su ejército, ¿y qué? Le compro las cajas al departamento de intendencia.

—¡Cabrón mentiroso! —gruñó el sargento Lockhart. Había abierto el barril que tenía el número 19 grabado a un lado y blandía una herradura—. ¡Nuestra! —dijo.

Dio la impresión de que Naig estaba a punto de ordenar a sus guardias que acabaran con la pequeña banda de Sharpe, pero entonces miró a su derecha y vio a dos oficiales británicos que habían salido de la tienda grande. La presencia de aquellos dos, ambos capitanes, significaba que Naig no podía limitarse a echar de allí a Sharpe, porque ahora había testigos. Naig podía enfrentarse a un alférez y a unos cuantos soldados de caballería, pero los capitanes tenían demasiada autoridad. Uno de los capitanes, que vestía la casaca roja de la Brigada Escocesa, se acercó a Sharpe.

—¿Problemas? —preguntó. Lo habían interrumpido en su deleite, pues aún llevaba los pantalones desabrochados y la espada y el fajín colgados del hombro.

—Este desgraciado, señor, nos ha estado robando los pertrechos —Sharpe apuntó a Naig con el pulgar y señaló los cajones con un movimiento de la cabeza—. En los libros de suministros consta como robado, pero apuesto a que está todo aquí. Cubos, mosquetes y herraduras.

El capitán miró a Naig y luego se acercó a los cajones.

—Abra ésa de ahí —ordenó, y Lockhart se inclinó obedientemente sobre la caja, hizo palanca con su sable y abrió la tapa cerrada con clavos.

—He estado almacenando estas cajas —explicó Naig. Se volvió hacia el segundo capitán, un soldado de caballería extremadamente elegante con el uniforme de la Compañía, y le suplicó en un idioma indio. El capitán se dio la vuelta y Naig volvió a dirigirse al escocés. El mercader estaba metido en un lío, y lo sabía—. ¡Me pidieron que almacenara estas cajas! —le gritó al escocés.

Pero el capitán de infantería estaba mirando dentro del cajón abierto donde diez flamantes mosquetes estaban colocados en sus calzos de madera. Se inclinó hacia uno

de los mosquetes y observó la llave con detenimiento. Justo delante del martillo y detrás de la cazoleta había grabada una corona con las letras GR debajo, mientras que detrás del martillo estaba grabada la palabra *Tower*.

—Son nuestros —dijo el escocés con rotundidad.

—Los compré. —Naig estaba sudando.

—Creí que había dicho que los estaba almacenando —replicó el escocés—. Ahora dice que los compró. ¿En qué quedamos?

—Mi hermano y yo les compramos las armas a los *killadars* —dijo Naig.

—Nosotros no vendemos estos mosquetes *Tower* —afirmó el capitán al tiempo que levantaba el fusil, todavía cubierto de grasa.

Naig se encogió de hombros.

—Deben de haberlos capturado de los convoyes de suministros. Por favor, *sahib*, lléveselos. No quiero problemas. ¿Cómo iba yo a saber que eran robados? —Se dio la vuelta y volvió a suplicarle al capitán de caballería de la Compañía, un hombre alto, enjuto y de rostro alargado, pero éste se apartó y se alejó una corta distancia. En aquellos momentos ya se había congregado toda una multitud que observaba en silencio aquella obra dramática, y cuando Sharpe recorrió sus rostros con la mirada tuvo la sensación de que Naig no despertaba muchas simpatías. Tampoco era que el gordo pudiera tener muchas esperanzas, pensó Sharpe. Naig había estado jugando a un juego muy peligroso, pero lo había hecho con una seguridad tan absoluta que ni siquiera se había molestado en esconder los suministros robados, Como mínimo podría haberse desprendido de las cajas reglamentarias del gobierno e intentar borrar con una lima las marcas de la llave de los mosquetes, pero Naig debía de haber pensado que tenía amigos poderosos que lo protegerían. El soldado de caballería parecía ser uno de esos amigos, puesto que Naig lo había seguido y le estaba hablando entre dientes al oído, pero el soldado de caballería se limitó a apartar al indio de un empujón y luego se volvió hacia Sharpe.

—Cuélguenlo —dijo de manera cortante.

—¿Colgarlo? —preguntó Sharpe, perplejo.

—Ésa es la pena por robo, ¿no es cierto? —insistió el soldado de caballería.

Sharpe miró al capitán escocés, que movió la cabeza para asentir con aire vacilante.

—Eso fue lo que dijo el general —confirmó el escocés.

—Me gustaría saber cómo obtiene los suministros, señor —dijo Sharpe.

—¿Le dará tiempo a ese cabrón para que se invente alguna historia? —preguntó el soldado de caballería. Poseía una arrogancia que molestaba a Sharpe, en realidad de aquel soldado de caballería le irritaba todo. El tipo era un dandi. Llevaba unas botas altas con espuelas que le enfundaban pantorrillas y rodillas en un suave y lustrado cuero. Sus bombachos blancos eran ajustados, el chaleco tenía botones de

oro y su casaca roja estaba limpia, sin una sola arruga, y ribeteada con galón dorado. Iba ataviado con un cuello con volantes y un fajín de seda roja le cubría el hombro derecho y quedaba sujeto en su cadera izquierda por un nudo de cordón dorado, su sable iba envainado en cuero rojo, en tanto que su sombrero bicornio tenía un penacho de plumas magníficamente rizadas y teñidas de un verde pálido. Aquella ropa le había costado una fortuna y estaba claro que sus criados debían de pasarse horas trabajando para que su señor vistiera con tamaña elegancia. Miró a Sharpe con recelo y un leve frunce de la nariz dio a entender que su aspecto le consternaba. El rostro del soldado de caballería indicaba que era un hombre inteligente, pero también que despreciaba a aquellos que eran menos inteligentes que él—. No creo que sir Arthur vaya a estar infinitamente contento cuando se entere de que dejó con vida a este tipo, alférez —dijo con acritud—. Justicia rápida y certera, ¿no es ésa la pena por robo? Ahorquen a ese gordo animal.

—Eso es lo que dice el reglamento —asintió el capitán de la Brigada Escocesa—, ¿pero se aplica a los civiles?

—¡Tendrían que juzgarlo! —protestó Sharpe, no porque se sintiera especialmente comprometido con el derecho de Naig a tener un juicio, sino porque temía que el asunto se les estuviera escapando de las manos. El había pensado en encontrar los suministros, tal vez en tener una trifulca con los guardias de Naig, pero no se suponía que tuviera que morir nadie. Naig se merecía una buena pateada, pero, ¿la muerte?

—El reglamento se aplica a todo aquel que se encuentre dentro de las líneas de piquetes —afirmó el capitán de caballería con seguridad—. ¡Así que háganlo, por el amor de Dios! ¡Cuelguen a ese hijo de puta! —Sudaba, y Sharpe intuyó que el elegante soldado de caballería no estaba tan seguro como aparentaba.

—¡A la mierda el juicio! —exclamó el sargento Lockhart alegremente—. Yo ahorcaré a este cabrón. —Les gritó a sus soldados que trajeran un carro de bueyes que había allí cerca. Naig había intentado refugiarse bajo la protección de sus guardias, pero el capitán de caballería había desenfundado una pistola que en aquel momento sostenía cerca de la cabeza de Naig mientras los sonrientes soldados de caballería tiraban de la carreta de bueyes vacía y la situaban en el espacio abierto delante de los suministros robados.

Sharpe se acercó al alto soldado de caballería.

—¿No tendríamos que hablar con él, señor?

—Mi querido amigo, ¿ha intentado alguna vez sacarle la verdad a un indio? —preguntó el capitán—. ¡Juran por un millar de abigarrados dioses que van a decir la verdad y luego mienten como bellacos! ¡Cállese! —Naig había empezado a protestar y el soldado de caballería le metió la pistola en la boca, con lo que le rompió un diente y le hizo un corte en la encía—. Una jodida palabra más, Naig, y lo castraré antes de colgarlo. —El soldado de caballería miró a Sharpe, que ponía mala cara—.

¿Es usted escrupuloso, alférez?

—No me parece bien, señor. Lo que quiero decir es que estoy de acuerdo en que se merece que lo ahorquen, pero, ¿no deberíamos hablar con él primero?

—Si tanto le gusta la conversación —dijo el soldado de caballería arrastrando las palabras— funde una sociedad filosófica. Entonces podrá disfrutar de toda la palabrería que quiera. ¿Sargento? —esto último iba dirigido a Lockhart—. Quíteme a este cabrón de las manos, ¿quiere?

—Con mucho gusto, señor. —Lockhart agarró a Naig y lo empujó hacia la carreta. Uno de los soldados de caballería había cortado un trozo de cuerda tensora de los restos chamuscados de la tienda y estaba atando uno de los extremos en la punta de la única vara que sobresalía de la parte frontal del carro de bueyes. Hizo un lazo en el extremo de la cuerda.

Naig soltó un chillido e intentó zafarse. Algunos de sus guardias hicieron ademán de avanzar, pero una voz fuerte les ordenó que retrocedieran y Sharpe se dio la vuelta para ver que un indio alto y delgado vestido con una túnica de rayas verdes y negras había salido de la tienda más grande. El recién llegado, que por su aspecto debía de tener cuarenta y tantos años, renqueaba al andar. Se acercó al capitán de caballería y le habló en voz baja, y Sharpe vio que el capitán sacudía la cabeza con vehemencia y a continuación se encogía de hombros como para indicar que no podía hacer nada. Entonces el capitán señaló a Sharpe y el indio alto le lanzó al alférez una mirada tan maligna que éste llevó la mano a la empuñadura del sable de forma instintiva. Lockhart ya le había puesto la soga al cuello a Naig.

—¿Está seguro, señor? —le preguntó al capitán de caballería.

—Por supuesto que estoy seguro, sargento —respondió el soldado de caballería con enojo—. Usted hágalo.

—¿Señor? —Sharpe apeló al capitán de los escoceses, quien frunció el ceño con vacilación y luego se dio la vuelta y se alejó como si no quisiera tener nada más que ver con el asunto. El indio alto de la túnica listada escupió en el polvo y luego regresó cojeando a la tienda.

Lockhart ordenó a sus soldados que se colocaran en la parte posterior del carro. Naig intentó sacarse la soga del cuello, pero Lockhart le bajó las manos de un golpe.

—¡Ahora, muchachos! —gritó.

Los soldados de caballería alargaron los brazos y tiraron hacia abajo de la culata, de manera que el carro se inclinó como un balancín sobre su único eje y, a medida que los soldados empujaban, la vara se iba elevando en el aire. La cuerda estaba tensa. Naig gritó, entonces el soldado de caballería subió de un salto y se sentó en la parte trasera del carro, con lo cual la vara se elevó más aún de una sacudida y el grito se interrumpió bruscamente. Naig estaba colgando y pataleaba como un loco bajo la túnica magníficamente bordada. Entre la multitud nadie se movió, nadie protestó.

El rostro de Naig parecía estar a punto de estallar y sus manos trataban de agarrarse inútilmente y con desesperación a la soga que se apretaba alrededor de su cuello. El soldado de caballería lo observó con un atisbo de sonrisa.

—Una lástima —dijo con su voz elegante—. Este desgraciado dirigía el mejor burdel que he encontrado nunca.

—No vamos a matar a sus chicas, señor —comentó Sharpe.

—Eso es cierto, alférez, ¿pero las tratará igual de bien el nuevo propietario? —El soldado de caballería se dio la vuelta para dirigirse a la entrada de la tienda grande y se sacó el sombrero con penacho para saludar a un grupo de chicas vestidas con saris que miraban asombradas cómo su jefe bailaba en la horca—. Vi cómo colgaban a Nancy Merrick en Madras —dijo el soldado de caballería— ¡y estuvo treinta y siete minutos con la giga! ¡Treinta y siete! Yo había apostado por dieciséis, así que perdí un buen montón de dinero. No creo que pueda quedarme a mirar cómo baila Naig durante media hora. Hace demasiado calor. ¿Sargento? Ayude a su alma a encontrar el camino a la perdición, ¿quiere?

Lockhart se agachó debajo del hombre que agonizaba y lo agarró de los talones. Entonces tiró de él con fuerza y soltó una maldición cuando Naig se le meó encima. Volvió a tirar y al final el cuerpo quedó inmóvil.

—¿Ven lo que ocurre cuando nos roban? —gritó el capitán de caballería dirigiéndose a la multitud; a continuación repitió las palabras en un idioma indio—. ¡Si nos roban morirán! —De nuevo tradujo sus palabras y luego miró a Sharpe con una mueca—. Pero claro, eso sólo ocurrirá si son lo bastante estúpidos como para que los cojan, y no creo que Naig fuera estúpido en absoluto. Más bien al contrario. ¿Cómo descubrió los suministros, alférez?

—La tienda estaba en llamas, señor —dijo Sharpe de manera inexpresiva—. El sargento Lockhart y yo decidimos rescatar lo que hubiera dentro.

—¡Qué solidario por su parte! —El capitán le dirigió una prolongada y especulativa mirada a Sharpe y acto seguido se volvió de nuevo hacia Lockhart—. ¿Está muerto, sargento?

—Eso parece, señor —le respondió Lockhart en voz alta.

—Utilice su pistola para asegurarse —ordenó el capitán, y luego suspiró—. Una pena —dijo—. Naig me caía bastante bien. Era un granuja, por supuesto, pero los granujas son mucho más divertidos que los hombres honrados. —Observó cómo Lockhart hacía descender la vara y luego se inclinaba sobre el cuerpo postrado y le metía una bala en la cabeza—. Supongo que tendré que encontrar unos carros para llevar estos suministros de vuelta al lugar al que pertenecen —dijo el capitán.

—Ya lo haré yo, señor —se ofreció Sharpe.

—¿Lo hará usted? —El capitán pareció asombrado de encontrarse con semejante buena disposición—. ¿Por qué diablos querría hacer eso, alférez?

—Es mi trabajo, señor —respondió Sharpe—. Soy el ayudante del capitán Torrance.

—Pues pobre desgraciado ignorante —le dijo el capitán en tono desdeñoso.

—¿Pobre, señor? ¿Por qué?

—Porque el capitán Torrance soy yo. Que tenga un buen día, alférez. —Torrance giró sobre sus talones y se fue andando entre la multitud.

—Cabrón —dijo Sharpe, pues de repente había comprendido por qué Torrance tenía tantas ganas de colgar a Naig.

Apenas el capitán se alejó, Sharpe escupió y fue a ver si encontraba algunos bueyes y carros. El ejército había recuperado sus suministros, pero Sharpe había hecho un nuevo enemigo. Por si no tenía bastante con Hakeswill, ahora tenía también a Torrance.

El palacio de Gawilghur era un extenso edificio de una sola planta emplazado en el punto más alto dentro del Fuerte Interior. En su lado norte había un jardín que serpenteaba alrededor del mayor de los lagos de la fortaleza. El lago era un depósito, una balsa, pero en sus orillas se habían plantado árboles con flor y había un tramo de escaleras que conducían del palacio a un pequeño pabellón de piedra en la ribera norte del estanque. El pabellón tenía un techo arqueado en el que los reflejos de las pequeñas ondulaciones del lago tendrían que haberse mecido, pero la estación había resultado tan seca que el lago había mermado y el nivel del agua se hallaba entre dos y tres metros por debajo de lo normal. Una capa verdosa y maloliente escarchaba el agua y las orillas expuestas, pero Beny Singh, el *killadar* de Gawilghur, había dispuesto que se quemaran especias en unos braseros bajos y planos para que el hedor del lago no ofendiera demasiado los olfatos de la docena de hombres que había en el pabellón.

—Si el raja estuviera aquí —dijo Beny Singh— sabríamos qué hacer. —Beny Singh era un hombre bajo y rechoncho con un bigote ensortijado y una mirada nerviosa. Era el comandante de la fortaleza, pero era cortesano de vocación, no soldado, y siempre había considerado su mando de la gran fortaleza como una licencia para hacer fortuna más que para luchar contra los enemigos del raja.

Al príncipe Manu Bappoo no le sorprendió que su hermano hubiera optado por no ir a Gawilghur y que en cambio hubiera huido adentrándose en las montañas. El raja era como Beny Singh, no tenía estómago para el combate, pero Bappoo había visto a las primeras tropas británicas deslizarse por la llanura bajo los altos muros del fuerte y había acogido con gusto su llegada.

—No hace falta que mi hermano esté aquí para que sepamos qué hacer —dijo—. Tenemos que combatir. —Los demás hombres, todos ellos comandantes de las diversas tropas que se habían refugiado en Gawilghur, se mostraron de acuerdo.

—Los muros no pueden detener a los británicos —dijo Beny Singh. Estaba acariciando un perrito faldero de color blanco que tenía unos ojos igual de abiertos y asustados que los de su dueño.

—Pueden, y lo harán —insistió Bappoo.

Singh movió la cabeza en señal de negación.

—¿Los detuvieron en Seringapatam? ¿Y en Ahmednuggur? ¡Atravesaron las murallas de esa ciudad como si tuvieran alas! Son... ¿cuál es la palabra que emplean ustedes los árabes?... ¿*djinns*? —Recorrió con la mirada al consejo allí reunido y no vio a nadie que lo apoyara—. Deben de tener a los *djinns* de su lado —añadió débilmente.

—¿Y qué va a hacer entonces? —preguntó Bappoo.

—Negociar con ellos —respondió Beny Singh—. Pedir *coróle*.

—¿*Coróle*? —Fue el coronel Dodd quien intervino, hablando en su rudimentario *marathi* recién aprendido—. Yo le diré qué condiciones les ofreceré Wellesley. ¡Ninguna! Se lo llevará prisionero, hará un *desaire* a estas murallas y se llevará los tesoros del raja.

—Aquí no hay tesoros —dijo Beny Singh, pero nadie le creyó. Estaba calmando al perrito, que se había asustado con la discordante voz del inglés.

—Y entregará las mujeres a sus soldados para que jueguen con ellas —añadió Dodd cruelmente.

Beny Singh se estremeció. Tanto su esposa y sus concubinas como sus hijas estaban en el palacio, y todas le eran muy queridas. El las mimaba, las veneraba y las adoraba.

—Quizá tendría que sacar a mi gente del fuerte, ¿no? —sugirió en tono vacilante—. Podría llevarlos a Multai. Los británicos nunca llegarán a Multai.

—¿Huiría? —preguntó Dodd con su voz disonante—. ¡No lo hará, maldita sea! —dijo estas últimas palabras en inglés, pero todo el mundo entendió su significado. Se inclinó hacia delante—. Si huye —dijo—, la guarnición se desanimará. Los demás soldados no pueden llevarse a sus mujeres, de modo que ¿por qué tendría que hacerlo usted? Vamos a luchar contra ellos aquí y los vamos a detener aquí. ¡Los vamos a parar en seco! —Se puso en pie y se encaminó hacia el extremo del pabellón, donde escupió en la orilla cubierta de verdín antes de volverse de nuevo hacia Beny Singh—. Sus mujeres están a salvo aquí, *killadar*. Podría retener esta fortaleza desde ahora mismo hasta el fin del mundo sólo con un centenar de hombres.

—Los británicos son *djinns* —susurró Beny Singh. El perro que tenía en brazos temblaba.

—No son *djinns* —replicó Dodd con brusquedad—. ¡No son demonios! ¡Los *djinns* y los demonios no existen!

—¡*Djinns* alados —dijo Beny Singh casi como un gemido—, *djinns* invisibles!

¡Por los aires!

Dodd volvió a escupir.

—Mierda —dijo en inglés; entonces se volvió rápidamente hacia Beny Singh—. Yo soy un demonio inglés. ¡Yo! ¿Lo entiende? Yo soy un *djinn*, y si se lleva a sus mujeres voy a seguirle, me acercaré a ellas por la noche y las llenaré de bilis negra. —Mostró sus dientes amarillentos y el *killadar* se estremeció. El perro blanco ladró con estridencia.

Manu Bappoo le hizo un gesto con la mano a Dodd para que volviera a tomar asiento. Dodd era el único oficial europeo que quedaba en sus fuerzas, pero, aunque Bappoo se alegraba de contar con los servicios del inglés, a veces el coronel Dodd podía llegar a ser un poco pesado.

—Si hay *djinns* —le dijo Bappoo a Singh—, estarán de nuestro lado. —Esperó a que el *killadar* tranquilizara al asustado perro y después se inclinó hacia delante—. Dígame —le pidió a Beny Singh—, ¿los británicos pueden tomar la fortaleza utilizando los caminos que ascienden por la montaña?

Beny Singh pensó en aquellos dos senderos empinados y tortuosos que serpenteaban colina arriba bajo las murallas de Gawilghur. Nadie podía sobrevivir a aquellas escaladas, no si los defensores dejaban caer una lluvia de balas de cañón y piedras por las escarpadas cuestas.

—No —admitió.

—Entonces sólo pueden venir por un sitio. ¡Sólo por un sitio! Por la franja de tierra que hace de puente. ¡Y mis hombres protegerán el Fuerte Exterior y los soldados del coronel Dodd defenderán el Fuerte Interior!

—Y mis Cobras —terció Dodd con aspereza— no dejarán pasar a nadie. —Seguía contrariado por el hecho de que sus entrenados soldados de casacas blancas no fueran a defender el Fuerte Exterior, pero había aceptado el argumento de Manu Bappoo en cuanto a que lo más importante era retener el Fuerte Interior. Si por casualidad los británicos capturaban el Fuerte Exterior, nunca podrían abrirse camino a la fuerza y superar a los hombres de Dodd—. Mis soldados —gruñó— nunca han sido derrotados. Y nunca lo serán.

Manu Bappoo le sonrió al nervioso Beny Singh.

—¿Lo ve, *killadar*? Se va a morir aquí de viejo.

—O por un exceso de mujeres —terció otro hombre, lo cual provocó carcajadas.

Desde las murallas septentrionales del Fuerte Exterior llegó el sonido de un cañón, seguido de otro al cabo de unos segundos. Nadie sabía qué era lo que podía haber provocado los disparos, por lo que los doce hombres siguieron a Manu Bappoo cuando éste abandonó el pabellón y se dirigió hacia los muros del norte del Fuerte Interior. Desde las altas ramas los monos de pelaje plateado dirigieron sus parloteos a aquellos hombres.

En la verja del jardín del raja había unos guardias árabes. Estaban allí apostados para evitar que ningún soldado raso de la guarnición llegara a los senderos que había junto al embalse por los que las mujeres del *killadar* gustaban de pasear por la tarde cuando hacía fresco. A un centenar de pasos de distancia del otro lado de la verja, había un pozo de abruptas paredes enclavado en la roca que tenía una profundidad de unas dos veces la altura de un hombre y Dodd se detuvo a mirar hacia el fondo sumido en sombras. Los canteros habían cincelado las paredes del hoyo hasta dejarlas lisas, de manera que nada pudiera salir trepando de aquel suelo plagado de huesos.

—El Agujero del Traidor —dijo Bappoo, al tiempo que se detenía junto a Dodd—, pero los huesos son de crías de mono.

—¿Pero se comen a las personas? —preguntó Dodd, intrigado por la ensombrecida negrura al pie del agujero.

—Matan personas —respondió Bappoo—, pero no se las comen. No son lo bastante grandes.

—No veo ninguna —dijo Dodd, decepcionado, pero entonces, de pronto, una sombra sinuosa se retorció rápidamente entre dos grietas—. ¡Allí! —exclamó alegremente—. ¿No llegan a crecer lo suficiente para comerse a las personas?

—Casi todos los años se escapan —explicó Bappoo—. El monzón inunda el pozo y las serpientes suben nadando y se escurren hacia fuera. Entonces tenemos que encontrar otras. Este año nos hemos evitado la molestia. Estas serpientes crecerán más de lo normal.

Beny Singh aguardaba a unos pocos pasos de distancia y tenía firmemente agarrado a su perrito, como si temiera que Dodd lo fuera a echar a las serpientes.

—Hay un cabrón que tendría que servir de comida a las serpientes —le dijo Dodd a Bappoo, al tiempo que señalaba al *killadar* con un gesto de la cabeza.

—A mi hermano le cae bien —dijo Bappoo en tono suave, y rozó el brazo de Dodd para indicarle que tenían que seguir andando—. Comparten gustos.

—¿Por ejemplo?

—Las mujeres, la música, los lujos. La verdad es que aquí no lo necesitamos.

Dodd sacudió la cabeza.

—Si deja que se marche, *sahib*, la mitad de la maldita guarnición querrá salir huyendo. Y si deja que se marchen las mujeres, ¿por qué motivo van a luchar los hombres? Además, ¿de verdad cree que hay algún peligro?

—No —reconoció Bappoo. Había conducido a los oficiales por una empinada escalera de roca hacia un bastión natural donde un enorme cañón de hierro apuntaba por encima del abismo hacia los distantes despeñaderos de la elevada meseta. Desde aquel punto los lejanos precipicios estaban a casi un kilómetro y medio de distancia, pero Dodd divisó a un grupo de jinetes apiñados al borde del abismo. Eran aquellos jinetes, todos ellos ataviados con las túnicas nativas, los que habían inducido a los

artilleros a abrir fuego, pero éstos, al ver que sus disparos no alcanzaban el objetivo, habían desistido. Dodd sacó el anteojo, lo enfocó y vio a un hombre con el uniforme de los Ingenieros Reales sentado en el suelo a unos pasos de distancia de sus compañeros. El ingeniero estaba haciendo un boceto. Los jinetes eran todos indios. Dodd bajó el anteojo y miró el enorme cañón de hierro.

—¿Está cargado? —les preguntó a los artilleros.

—Sí, *sahib*.

—Un soberano para cada uno si son capaces de matar al hombre que lleva el uniforme oscuro. Él que está sentado al borde del precipicio.

Los artilleros se rieron. Su cañón tenía más de seis metros de largo y el tubo de hierro forjado estaba moldeado con elementos decorativos pintados de verde, blanco y rojo. Junto a la sólida cureña, construida con gigantescas vigas de madera de teca, había un montón de balas de cañón, todas de más de treinta centímetros de diámetro. El capitán de los artilleros afinó la puntería gritándoles a sus hombres que movieran la enorme cureña un pulgar hacia la derecha y luego un dedo hacia atrás, hasta que por fin estuvo satisfecho. Miró un segundo por el tubo del cañón entrecerrando los ojos, hizo un gesto con la mano a los oficiales que habían seguido a Bappoo para que se apartaran del gran cañón y luego se inclinó sobre la recámara para aplicar su resplandeciente botafuego al oído del cañón.

El cebo brilló y humeó un segundo mientras el fuego se precipitaba hacia la carga, luego el enorme cañón retrocedió estrepitosamente y las guías de teca se deslizaron hacia arriba por la rampa de maderos que constituía la mitad inferior de la cureña. En el abismo se alzó una humareda y cientos de pájaros asustados echaron a volar de sus nidos enclavados en las paredes de la roca y batieron sus alas describiendo círculos en el aire cálido.

Dodd se había quedado a un lado, observando al ingeniero a través de su anteojo. Por un instante distinguió incluso la enorme bala de cañón como una fugaz pincelada gris en el cuadrante inferior derecho de su lente, luego vio hacerse pedazos una roca que el ingeniero tenía cerca. El ingeniero cayó de lado y dejó caer el bloc de bosquejos, pero se levantó y subió apresuradamente por la cuesta hacia el lugar en el que los soldados de caballería le guardaban el caballo.

Dodd sacó una única moneda de oro de la bolsa y se la lanzó al artillero.

—Ha fallado —le dijo—, pero fue un disparo de primera.

—Gracias, *sahib*.

Un quejido hizo que Dodd se diera la vuelta. Beny Singh le había dado el perro a un criado y estaba mirando a los jinetes enemigos a través de un anteojo de tubo de marfil.

—¿Qué pasa? —le preguntó Bappoo.

—Syud Sevajee —dijo Singh en un hilo de voz.

—¿Quién es Syud Sevajee? —preguntó Dodd.

Bappoo sonrió.

—Su padre fue *killadar* aquí en otro tiempo, pero murió. ¿No fue veneno? —le preguntó a Beny Singh.

—Murió y ya está —replicó Singh—. ¡Murió y ya está!

—Asesinado, probablemente —dijo Bappoo divertido—, y Beny Singh se convirtió en *killadar* y tomó a la hija del fallecido como concubina.

Dodd se dio la vuelta y vio que los jinetes enemigos desaparecían entre los árboles al otro lado del lejano precipicio.

—Ha venido a vengarse, ¿no? ¿Sigue queriendo marcharse? —le preguntó a Beny Singh—. Porque ese tipo le estará esperando. Le seguirá el rastro a través de las montañas, *killadar*, y le cortará el cuello en la oscuridad de la noche.

—Nos quedaremos aquí y lucharemos —declaró Beny Singh, al tiempo que recuperaba el perro de manos de su sirviente.

—Lucharemos y ganaremos —dijo Dodd, y se imaginó las baterías de brecha británicas en aquel lejano precipicio, se imaginó la carnicería que aquel enorme cañón provocaría entre los servidores de dichas baterías. Había otros cincuenta cañones pesados aguardando a que los británicos se aproximaran, y cientos de piezas de artillería ligera que disparaban proyectiles más pequeños. Cañones, cohetes, botes de metralla, mosquetes y precipicios, aquéllas eran las defensas de Gawilghur, y a Dodd le parecía que los británicos no tenían ninguna posibilidad. Absolutamente ninguna. El humo del enorme cañón se disipó con la suave brisa—. Morirán aquí —dijo Dodd—, y daremos caza a los supervivientes por el sur y los mataremos como a perros. —Se dio la vuelta y miró a Beny Singh—. ¿Ve el abismo? Allí es donde morirán los demonios de los británicos. Se les chamuscarán las alas, caerán como piedras ardiendo hacia la muerte y sus gritos arrullarán a vuestros hijos y los sumirán en un tranquilo sueño. —Sabía que decía la verdad, pues Gawilghur era inexpugnable.

—«Tengo el placer...»; no, Dilip, mejor pon: «Tengo el humilde placer de informar de la recuperación de una cantidad de pertrechos robados». —El capitán Torrance hizo una pausa. Acababa de caer la noche y Torrance descorchó una botella de *arrack* y tomó un sorbo—. ¿Voy demasiado rápido para ti?

—Sí, *sahib* —respondió Dilip, el administrativo—. «Humilde placer —dijo en voz alta mientras su pluma se movía laboriosamente por el papel— de informar de la recuperación de una cantidad de pertrechos robados.»

—Añade una lista de los pertrechos —ordenó Torrance—. Eso puedes hacerlo después. Ahora límitate a dejar un espacio.

—Sí, *sahib* —dijo Dilip.

—«Hace algún tiempo que sospechaba...» —entonó Torrance antes de poner mala cara cuando alguien llamó a la puerta—. ¡Entre —gritó— si es que tiene que hacerlo!

Sharpe abrió la puerta e inmediatamente se enredó en la muselina. Se abrió camino como pudo entre sus pliegues.

—Es usted —dijo Torrance de manera desagradable.

—Yo, señor.

—Ha dejado entrar unas palomillas —se quejó Torrance.

—Lo lamento, señor.

—Para eso está puesta la muselina, Sharpe, para evitar que entren palomillas, alféreces y demás incordios insignificantes. Mata las polillas, Dilip.

El administrativo se puso a perseguir a las palomillas por la habitación con diligencia, tratando de matarlas con un papel enrollado. Las ventanas, al igual que la puerta, estaban bien tapadas con trozos de muselina, en el exterior de los cuales se apiñaban las polillas, atraídas por la luz de las velas de unos candelabros de plata colocados en la mesa de Torrance. El trabajo de Dilip estaba extendido sobre la mesa, en tanto que el capitán Torrance se hallaba tumbado en una amplia hamaca que pendía de las vigas del techo. Estaba desnudo.

—¿Le ofendo, Sharpe?

—¿Ofenderme, señor?

—Estoy desnudo, ¿o acaso no se ha dado cuenta?

—No me importa, señor.

—La desnudez mantiene la ropa limpia. Debería usted probarlo. ¿Ha muerto hasta el último de los enemigos, Dilip?

—Han fallecido todas las palomillas, *sahib*.

—Entonces prosigamos. ¿Por dónde íbamos?

—«Hace algún tiempo que sospechaba» —volvió a leer Dilip del informe.

—Creo que es mejor «suponía». «Hace algún tiempo que suponía» —Torrance hizo una pausa para aspirar por la boquilla de un narguile con vientre de plata—. ¿Qué está haciendo aquí, Sharpe?

—He venido para recibir órdenes, señor.

—Muy diligente por su parte. «Hace algún tiempo que sospechaba que estaban teniendo lugar expolios...», si no sabes escribir algo puedo deletreártelo, Dilip, «en los pertrechos confiados a mi mando». ¿Qué demonios hacía usted fisgoneando en las tiendas de Naig, Sharpe?

—Pasaba por allí por casualidad, señor —respondió Sharpe—, cuando se incendiaron.

Torrance miró a Sharpe, claramente si creer ni una palabra. Movi6 la cabeza con tristeza.

—Parece muy mayor para ser alférez, Sharpe.

—Hace dos meses era sargento, señor.

Torrance adoptó un aire de fingido horror.

—¡Oh, Dios! —exclamó con gesto de superioridad—. ¡Dios todopoderoso! ¡Que todos los santos decrepitos nos protejan! ¿No me estará diciendo que lo han ascendido de la tropa?

—Sí, señor.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo Torrance. Recostó la cabeza en la almohada de la hamaca, echó el humo formando un anillo perfecto y se quedó mirando cómo subía tembloroso hacia el techo—. «Al tener información confidencial en relación con la identidad del ladrón, tomé medidas para apresararlo.» Observará, Sharpe, que no le estoy reconociendo ningún mérito en este informe.

—¿No, señor?

—Por supuesto que no. Este informe lo recibirá el coronel Butters, una criatura terriblemente grandilocuente que, supongo yo, intentará adjudicarse algo de mérito antes de hacer llegar los papeles a Arthur Wellesley, quien, como sabrá, es nuestro comandante. Una persona muy adusta, nuestro Arthur. Le gusta hacer las cosas como es debido. Está claro que tuvo una institutriz muy dura en el jardín de infancia.

—Conozco al general, señor.

—¿Ah, sí? —Torrance volvió la cabeza para mirar a Sharpe—. ¿Acaso tiene trato social con él? Cenan juntos los dos, ¿verdad? Pasan tiempo juntos, ¿no? ¿Van juntos de caza tal vez? ¿Beben oporto? ¿Hablan sobre los viejos tiempos? ¿Se van juntos de putas, quizá? —Torrance se estaba burlando, pero en su voz había cierto tono de interés por si Sharpe conocía de verdad a sir Arthur.

—Me refiero a que lo he conocido, señor.

Torrance movió la cabeza como si Sharpe le hubiera hecho perder el tiempo.

—Deje de llamarme «señor». Tal vez se trate de su innata sumisión ciega, Sharpe, o lo más probable es que sea el aire de superioridad que emana de mi persona por naturaleza, pero no es apropiado para un oficial, ni siquiera para uno al que han desenterrado de la tropa. Apunta, Dilip: «Mediante un registro de sus tiendas se consiguió recuperar los artículos perdidos. A continuación y de acuerdo con las órdenes generales, procedí a ahorcar al ladrón para que sirviera de ejemplo. Tengo el honor de ser, etcétera, etcétera».

—Hay dos mil mosquetes que todavía siguen perdidos, señor —dijo Sharpe—. Lo siento, señor. No tenía intención de llamarle «señor».

—Si le apetece humillarse, Sharpe, hágalo. Dos mil mosquetes aún perdidos, ¿eh? Imagino que ese cabrón los revendió, ¿no le parece?

—Me interesa más saber cómo llegaron a sus manos para empezar —dijo Sharpe.

—¡Qué pesado! —comentó Torrance quitándole importancia al asunto.

—Propongo que hablemos con el sargento Hakeswill cuando regrese —dijo Sharpe.

—No voy a tolerar ni una palabra en contra de Obadiah —replicó Torrance—. Obadiah es un tipo de lo más gracioso.

—Es un cabrón mentiroso y un ladrón —afirmó Sharpe con vehemencia.

—¡Sharpe! ¡Por favor! ¿Cómo puede decir algo tan terrible? Ni siquiera lo conoce.

—Ya lo creo que lo conozco, señor. Estuve a sus órdenes en los Havercakes.

—¿Ah, sí? —Torrance sonrió—. Veo que nos espera una época interesante. Tal vez debería mantenerlos alejados a ustedes dos. O tal vez no. ¡Brick! —gritó aquella última palabra hacia una puerta que conducía a la parte trasera de la casa requisada.

La puerta se abrió y la mujer de cabello negro entró sigilosamente sorteando la muselina.

—¿Capitán? —preguntó ella. Se sonrojó al ver a Torrance desnudo y Sharpe se dio cuenta de que él disfrutaba con la vergüenza de la mujer.

—Brick, querida —dijo Torrance—, se me ha apagado el narguile. ¿Te ocuparás de ello? Dilip tiene trabajo, de lo contrario se lo habría pedido a él. ¿Sharpe? ¿Puedo tener el honor de presentarlo a Brick? Éste es el alférez Sharpe. ¿Alférez Sharpe? Ésta es Brick.

—Encantada de conocerle, señor —dijo la mujer, al tiempo que hacía una ligera reverencia antes de agacharse junto al narguile. Estaba claro que no le había dicho a Torrance que ya había conocido a Sharpe.

—Señora —dijo Sharpe.

—¡Señora! —exclamó Torrance con una carcajada—. Se llama Brick, Sharpe.

—¿Brick, señor? —preguntó Sharpe agriamente. Aquel nombre era totalmente inadecuado para la mujer de rasgos delicados que en aquellos momentos desmontaba el narguile con destreza.

—Su verdadero nombre es señora Wall —explicó Torrance—, y es mi lavandera, mi costurera y la voz de mi conciencia. ¿No es cierto, Brick, pequeña?

—Si usted lo dice, señor.

—No soporto la ropa sucia —dijo Torrance—. Es una abominación contra Dios nuestro señor. La limpieza, tal como no dejan de repetirnos los viejos aburridos, va después de la devoción, pero me temo que es una virtud superior. Cualquier campesino puede ser devoto, pero una persona limpia no es frecuente. Sin embargo, Brick me mantiene limpio. Por un precio insignificante, Sharpe, sin duda le lavará y le zurcirá esos harapos que usted gusta de llamar uniforme.

—Son todo lo que tengo, señor.

—¿Y qué? Vaya desnudo hasta que Brick se haya ocupado de usted, ¿o acaso la idea lo hace sentir incómodo?

—Yo mismo me lavo la ropa, señor.

—Ojalá lo hiciera —replicó Torrance con aspereza—. Recuérdeme para qué vino, Sharpe.

—Ordenes, señor.

—Muy bien —dijo Torrance—. En cuanto amanezca se dirigirá a los aposentos del coronel Butters y buscará a un ayudante de campo que pueda decirle lo que nos corresponde hacer. Después se lo cuenta a Dilip. Luego Dilip ya lo organizará todo. Cuando termine puede tomarse un descanso. Confío en que estas obligaciones no le resulten pesadas.

Sharpe se preguntó por qué Torrance había pedido un ayudante si el administrativo hacía todo el trabajo. Supuso que el capitán era tan perezoso que no podía molestarse en levantarse temprano por la mañana para ir a buscar sus órdenes.

—Al amanecer voy a buscar las órdenes de mañana, señor —dijo Sharpe—, a un ayudante de campo del coronel Butters.

—¡Eso es! —exclamó Torrance con fingido asombro—. Ha llegado a dominar sus obligaciones, alférez. Lo felicito.

—Ya tenemos las órdenes de mañana, *sahib* —intervino Dilip desde la mesa en la que estaba copiando en el informe de Torrance una lista de los pertrechos recuperados—. Tenemos que trasladarlo todo a Deogaum. Lo primero que tenemos que trasladar son los pertrechos de los zapadores, *sahib*. Las órdenes del coronel están sobre la mesa, *sahib*, con los recibos. Los pertrechos de los zapadores primero, luego todo lo demás.

—¡Vaya, es increíble! —dijo Torrance—. ¿Lo ve? El trabajo de su primer día ya está hecho, Sharpe. —Volvió a inhalar del narguile que la mujer había encendido de nuevo—. Excelente, querida —comentó, y a continuación extendió una mano para evitar que la muchacha se fuera. Ella se agachó junto al narguile, evitando posar la mirada en el cuerpo desnudo de Torrance. Sharpe intuyó su desdicha y Torrance intuyó el interés de Sharpe por ella—. Brick es viuda, Sharpe —dijo—, y supongo que estará buscando marido, aunque dudo que alguna vez se haya atrevido a soñar en casarse con una persona de posición tan elevada como un alférez. Pero, ¿por qué no? La escala social está ahí para ascender por ella y, por bajo y humilde que usted pueda ser, Sharpe, sigue representando una mejora considerable para Brick. Antes de que entrara a mi servicio era una fregona. ¡De fregona a esposa de un oficial! A eso se le llama progresar. Creo que ustedes dos son de caracteres en buena parte compatibles. Voy a hacer el papel de Cupido, o mejor dicho, lo hará Dilip. Llévelo una carta al capellán del 94.º, Dilip. Rara vez está sobrio, pero estoy seguro de que podrá aguantar la ceremonia sin caerse.

—¡No puedo casarme, señor! —protestó Sharpe.

Torrance, divertido de sí mismo, arqueó una ceja.

—¿Le disgustan acaso las mujeres? ¿No le gusta la querida Brick? ¿O tal vez es que ha hecho una promesa de celibato?

Sharpe se sonrojó.

—Estoy comprometido, señor.

—¿Quiere decir que está prometido? ¡Qué enternecedor! ¿Se trata de una heredera quizá?

Sharpe se encogió de hombros.

—Está en Seringapatam —dijo sin convicción—. Y no estamos prometidos para casarnos.

—Pero tiene un acuerdo con esa deslumbrante criatura de Seringapatam —comentó Torrance—. ¿Es negra, Sharpe? ¿Es una *bibbi* negra? Estoy seguro de que a Clare no le importará, ¿verdad? Un hombre blanco en la India necesita una *bibbi* o dos además de una esposa. ¿No estás de acuerdo, Brick? —Se volvió hacia la mujer, que no le hizo caso—. El difunto señor Wall murió a causa de la fiebre —le explicó Torrance a Sharpe—, y sigo empleando a su viuda por la caridad cristiana de mi corazón. ¿No habla eso a favor de mi persona?

—Si usted lo dice, señor —dijo Sharpe.

—Veo que mi intento de hacer de Cupido no ha sido bien recibido —comentó Torrance—. Así pues, Sharpe, pasemos a hablar de trabajo. Le sugiero que mañana por la mañana vaya a Deogaum, dondequiera que esté eso.

—¿Con los bueyes, señor?

Torrance enarcó las cejas con exasperación.

—Es un oficial, Sharpe, no un arriero. Usted no pincha grupas, eso déjelo para los nativos. Vaya temprano. Galope hasta allí al amanecer y su primera obligación será encontrarme alojamiento.

—No tengo caballo —dijo Sharpe.

—¿Que no tiene caballo? ¿No tiene caballo? ¡Cielo santo, nombre! ¿Y de qué puñetas sirve sin él? En tal caso tendrá que joderse e ir andando. Mañana por la tarde lo buscaré en Deogaum y que Dios le ayude si no me ha encontrado unos aposentos decentes. Necesito un salón, Sharpe, en el que Dilip pueda ocuparse de las cuestiones administrativas. Una habitación grande para mí, Sharpe, y un cuchitril para Brick. También me gustaría tener un jardín tapiado con unos árboles que proporcionen una sombra adecuada y un pequeño estanque.

—¿Dónde está Deogaum? —preguntó Sharpe.

—Hacia el norte, *sahib* —le contestó Dilip—. Cerca de las montañas.

—¿Debajo de Gawilghur? —imaginó Sharpe.

—Sí, *sahib*.

Sharpe volvió a mirar a Torrance.

—¿Puedo pedirle un favor, señor?

Torrance suspiró.

—Si se empeña...

—En Gawilghur, señor, me gustaría tener permiso para unirme al grupo de asalto.

Torrance se quedó mirando fija y prolongadamente a Sharpe.

—¿Que quiere qué? —preguntó al fin.

—Quiero participar en el ataque, señor. Ahí dentro hay un tipo que mató a un amigo mío. Lo quiero ver muerto.

Torrance parpadeó sin dejar de mirar a Sharpe.

—¡No me diga que es usted un entusiasta! ¡Dios santo! —Una repentina expresión de terror cruzó por el rostro del capitán—. No será usted un metodista, ¿verdad?

—No, señor.

Torrance señaló un rincón de la estancia con la boquilla del narguile.

—Allí hay un ropero, Sharpe, ¿lo ve? Dentro está mi ropa. Entre mis prendas encontrará una pistola. Cójala, desaparezca de mi presencia, póngase el cañón en la cabeza y apriete el gatillo. Es una manera de morir mucho más rápida y menos dolorosa.

—¿Pero a usted le da igual si participo en el ataque?

—¿Si me da igual? ¿No se estará engañando al pensar que me importa su existencia? ¿Cree que voy a llorar su muerte, aun después de una relación tan breve? Mi querido Sharpe, me temo que no voy a echarle de menos en absoluto. Dudo que recuerde siquiera su nombre cuando esté muerto. Por supuesto que puede unirse al grupo de asalto. ¡Haga lo que le dé la gana! Y ahora le sugiero que duerma un poco. Aunque no aquí, me gusta tener intimidad. Búsquese un árbol, por ejemplo, y desplómese al amparo de sus ramas. Buenas noches, Sharpe.

—Buenas noches, señor.

—¡Y no deje entrar a las palomillas!

Sharpe sorteó la muselina y se deslizó por la puerta. Torrance se quedó escuchando mientras los pasos se alejaban y luego suspiró.

—Un pesado, Dilip.

—Sí, *sahib*.

—Me pregunto por qué lo hicieron oficial. —Torrance frunció el ceño, al tiempo que aspiraba por su narguile, y luego movió la cabeza—. ¡Pobre Naig! Sacrificado por la ambición de un mero alférez. ¿Cómo es que este desgraciado de Sharpe sabía que tenía que mirar en la tienda de Naig? ¿Habló contigo?

—Sí, *sahib* —admitió Dilip.

Torrance se lo quedó mirando fijamente.

—¿Dejaste que mirara en los libros de contabilidad?

—Se empeñó, *sahib*.

—¡Eres un maldito idiota, Dilip! Un idiota redomado. Debería darte una paliza si no estuviera tan cansado. Tal vez mañana.

—No, *sahib*, por favor.

—Anda, lárgate a la mierda, Dilip —le dijo Torrance con brusquedad—. Y tú también puedes irte, Brick.

La chica se apresuró a marcharse por la puerta de la cocina. Dilip recogió el tintero y la salvadera.

—¿Me llevo ahora los recibos, *sahib*, para mañana por la mañana?

—¡Vete! —rugió Torrance—. ¡Me aburres! ¡Vete! —Dilip se fue corriendo a la habitación delantera y Torrance volvió a recostarse en la hamaca. Estaba aburrido, en efecto. No tenía nada que hacer ni adonde ir. La mayoría de las noches se dirigía a las tiendas de Naig y allí bebía, jugaba y salía de putas, pero aquella noche no podía visitar el pabellón verde, no después de haber colgado a Naig por el cuello. «¡Maldita sea!», pensó. Miró hacia la mesa en la que había un libro abierto, un regalo de su padre. Era el primer volumen de *Reflexiones sobre la epístola de San Pablo a los Efesios*, del reverendo Courtney Mallison, y antes iban a volar las vacas que Torrance leyera ese ampuloso tomo. El reverendo Mallison había sido profesor particular de Torrance cuando éste era pequeño, y era una bestia despiadada. Un fustigador, eso era Mallison. Le encantaba azotar a sus alumnos. Torrance clavó la mirada en el techo. Dinero. Todo era cuestión de dinero. Todas las cosas de aquel maldito mundo eran cuestión de dinero. Si se enriquecía, pensó, podría volver a casa y amargarle la vida a Courtney Mallison. Tenerlo de rodillas. Y a la hija de Mallison. Tener a esa zorra remilgada tumbada de espaldas.

Llamaron a la puerta.

—¡Dije que no quería que me molestaran! —gritó Torrance, pero la puerta se abrió a pesar de su protesta y la muselina se infló hacia el interior dejando entrar un revuelo de palomillas—. ¡Por el amor de Dios! —maldijo Torrance, y luego se quedó callado de repente.

Se quedó callado porque el primero que había entrado por la puerta era un *jetti* cuyo torso desnudo relucía con el aceite y tras él iba el hombre alto que cojeaba, el mismo que había suplicado por la vida de Naig. Se llamaba Jama, era el hermano de Naig, y su presencia hizo que Torrance fuera plenamente consciente de su desnudez. Bajó de la hamaca de un salto y alargó la mano para alcanzar su batín, pero Jama dio un tirón a la prenda de seda y la hizo caer del respaldo de la silla.

—Capitán Torrance —dijo con una inclinación de la cabeza.

—¿Quién le ha dejado entrar? —quiso saber Torrance.

—Esperaba verle en nuestro pequeño establecimiento esta noche, capitán —dijo Jama. Mientras que su hermano había sido un fanfarrón gordo y bullicioso, Jama era un hombre delgado, silencioso y atento.

Torrance se encogió de hombros.

—¿Tal vez mañana por la noche?

—Será bienvenido, capitán, como siempre. —Jama se sacó un pequeño fajo de papeles del bolsillo y se abanicó con ellos—. Diez mil veces bienvenido, capitán.

Diez mil rupias. Aquél era el valor de los papeles que Jama tenía en la mano, todos ellos pagados firmados por Torrance. Había firmado muchos más, pero los otros los había pagado con los suministros robados de los convoyes. Jama estaba allí para recordarle a Torrance que sus mayores deudas seguían impagadas.

—En cuanto a lo de hoy... —dijo Torrance incómodo.

—¡Ah, sí! —replicó Jama, como si por un momento se le hubiera olvidado el motivo de su visita—. Lo de hoy, capitán. Cuénteme lo de hoy.

El *jetti* no decía nada, se limitó a quedarse apoyado contra la pared con los brazos cruzados, los músculos brillando bajo la luz de las velas y la inamovible mirada de sus ojos oscuros fija en Torrance.

—Ya se lo he dicho. No fue cosa mía —dijo Torrance con toda la dignidad de la que un hombre desnudo era capaz.

—Fue usted quien exigió la muerte de mi hermano —dijo Jama.

—¿Qué otra opción tenía? Ya se habían descubierto los pertrechos.

—Pero quizás usted lo arregló para que los encontraran.

—¡No! —protestó Torrance—. ¿Por qué diablos iba a hacer eso?

Jama se quedó callado un momento y luego señaló al gigante que tenía a su lado.

—Se llama Prithviraj. Una vez lo vi castrar a un hombre sólo con las manos. —Jama, con una sonrisa, imitó la acción de tirar—. Se asombraría de lo mucho que puede llegar a estirarse un pequeño trozo de piel antes de romperse.

—¡Por el amor de Dios! —Torrance había palidecido—. ¡Yo no tuve nada que ver!

—¿Entonces quién?

—Se llama Sharpe. Alférez Sharpe.

Jama se acercó a la mesa de Torrance y pasó las páginas de *Reflexiones sobre la epístola de San Pablo a los Efesios*.

—Y este tal Sharpe —preguntó— ¿no obedecía sus órdenes?

—¡Por supuesto que no!

Jama se encogió de hombros.

—Mi hermano era descuidado —admitió—, tenía exceso de confianza. Creía que teniendo su amistad podría sobrevivir a cualquier indagación.

—Hacíamos negocios —dijo Torrance—. No era amistad. Y yo le dije a su hermano que debía esconder los suministros.

—Sí —asintió Jama—, debió haberlo hecho. Yo también se lo dije. Pero aun así, capitán, yo provengo de una familia orgullosa. ¿Espera que me quede mirando como

matan a mi hermano sin hacer nada al respecto? —Abrió en abanico los pagarés de las deudas de Torrance—. Se los voy a devolver, capitán, cuando usted me entregue al alferez Sharpe. ¡Vivo! Quiero que Prithviraj se venga en mi nombre. ¿Lo ha comprendido?

Torrance lo comprendía muy bien.

—Sharpe es un oficial británico —dijo—. Si lo asesinan habrá una investigación. Una verdadera investigación. Rodarán cabezas.

—Ése es su problema, capitán Torrance —repuso Jama—. Cómo explicar su desaparición es asunto suyo. Lo mismo que sus deudas. —Sonrió y volvió a meterse los pagarés en la bolsa que llevaba en el cinturón—. Entrégueme a Sharpe, capitán Torrance, o mandaré a Prithviraj para que le haga una visita nocturna. Mientras tanto siga frecuentando nuestro establecimiento, por favor.

—Cabrón —dijo Torrance, pero Jama y su enorme compañero ya se habían ido. Torrance levantó el *Reflexiones sobre la epístola de San Pablo a los Efesios* y tiró el pesado libro encima de una palomilla—. Cabrón —repitió. Pero, por otro lado, era Sharpe quien iba a sufrir, no él; de modo que en realidad daba lo mismo. ¿Y quién era Sharpe al fin y al cabo? Nada más que un advenedizo de la tropa, así pues, ¿a quién iba a importarle si moría? Torrance mató a otra palomilla y luego abrió la puerta de la cocina—. Ven aquí, Brick.

—No, señor, por favor.

—Cállate. Y ven aquí. Puedes matar a esas condenadas palomillas mientras yo me pongo borracho.

Borracho como una cuba, supuso, pues aquel día había pasado miedo. Sabía que había estado a punto de que lo pillaran cuando Sharpe había desmantelado la tienda dejando al descubierto los suministros robados, pero Torrance se había protegido matando de inmediato a Naig y ahora el precio por prolongar su supervivencia era la muerte de Sharpe. Si arreglaba eso, pensó, todos sus problemas serían agua pasada. Obligó a Brick a que bebiera un poco de *arrack* aun sabiendo lo mucho que lo detestaba. Luego bebió él. Al infierno con Sharpe, pensó, al infierno con ese cabrón entrometido. De todos modos, ése era el lugar adonde Sharpe iría a parar; así pues, Torrance brindó por la alegre perspectiva. Adiós, señor Sharpe.

Capítulo 4

Sharpe no estaba seguro de a qué distancia se encontraba Deogaum, pero calculó que serían más de treinta kilómetros. Eso suponía un viaje de al menos siete horas a pie, por lo que fue mucho antes del alba cuando despertó a Ahmed, que dormía junto a los restos humeantes de una hoguera hecha con estiércol de buey, y se pusieron en camino bajo las estrellas. Intentó enseñarle algunas palabras en inglés a Ahmed.

—Estrellas —dijo Sharpe, señalándolas.

—Estrellas —repitió obedientemente Ahmed.

—Luna —dijo Sharpe.

—Luna —repitió Ahmed.

—Cielo.

—¿Luna? —preguntó Ahmed, extrañado de que Sharpe siguiera señalando al cielo.

—Cielo, capullo.

—¿*Cielocapullo*?

—Da igual —dijo Sharpe. Estaba hambriento y se había olvidado de preguntarle al capitán Torrance adonde se suponía que tenía que ir para que le dieran raciones, pero su ruta hacia el norte los llevó a través de la aldea de Argaum, donde habían acampado los batallones combatientes del ejército. El campo de batalla todavía estaba plagado de cadáveres sin enterrar y desde la fétida oscuridad unos perros salvajes carroñeros les gruñeron a Sharpe y a Ahmed cuando pasaron por allí. Un piquete les dio el alto en el pueblo y Sharpe le preguntó al soldado dónde encontrar las líneas de caballería. No se imaginaba llevar a Ahmed al comedor del 74.º para desayunar, pero tal vez el sargento Eli Lockhart fuera más cordial.

Ya habían tocado diana cuando Sharpe llegó al barranco en el que los caballos se encontraban estacados y las hogueras de los soldados de caballería estaban siendo reavivadas. Lockhart le puso mala cara al inesperado visitante que se acercaba a través de la humosa penumbra del amanecer, pero luego sonrió al reconocer a Sharpe.

—Debe de haber alguna pelea en la que tengamos que enzarzarnos, muchachos —anunció—, ha llegado la maldita infantería. Buenos días, señor. ¿Necesita de nuestra ayuda otra vez?

—Necesito desayunar un poco —admitió Sharpe.

—Té, eso le ayudará a arrancar. ¡Smithers! ¡Chuletas de cerdo! ¡Davies! Traiga un poco de ese pan que me esconde. ¡Venga, muévase! —Lockhart volvió a dirigirse a Sharpe—. No me pregunte de dónde salen las chuletas de cerdo, señor. Tal vez tendría que mentirle. —Escupió en una taza de hojalata, restregó el interior con el extremo de su manta y luego la llenó de té—. Aquí tiene, señor. ¿Su chico querrá un poco? Toma, muchacho. —Lockhart, con una taza de té en la mano, se empeñó

entonces en llevar a Sharpe junto a los caballos—. ¿Lo ve, señor? —Le levantó la pata a uno de los animales para que se viera la herradura nueva—. Mi jefe está en deuda con usted. Podría presentárselo después de desayunar.

Sharpe dio por sentado que Lockhart estaba hablando del comandante de su escuadrón, pero en cuanto se hubieron comido las chuletas de cerdo y el pan, el sargento condujo a Sharpe por las líneas de la caballería nativa y luego a la tienda del oficial al mando del 7.º de Caballería Nativa, quien, al parecer, estaba al mando de toda la caballería del ejército.

—Se llama Huddleston —dijo Lockhart— y es una buena persona. Probablemente nos ofrecerá otro desayuno.

En efecto, el coronel Huddleston insistió en que tanto Lockhart como Sharpe se unieran a él para disfrutar de un desayuno de huevos y arroz. Sharpe empezaba a darse cuenta de que Lockhart era un hombre útil, alguien en quien sus oficiales confiaban y que caía bien a sus soldados. Huddleston saludó calurosamente al sargento e inmediatamente se sumió en una conversación sobre unos caballos locales que se habían adquirido de refresco y que, en opinión de Huddleston, nunca soportarían la tensión de la batalla, aunque Lockhart parecía tener la sensación de que algunos de ellos serían adecuados.

—¿De modo que usted es el individuo que hizo salir a Naig ahumando su guarida? —le dijo Huddleston a Sharpe al cabo de un rato.

—No fue muy difícil, señor.

—¡No lo hizo nadie más, hombre! No rehúya el mérito. Le estoy condenadamente agradecido.

—No podría haberlo hecho sin el sargento Lockhart, señor.

—Todo el maldito ejército quedaría paralizado sin Eli, ¿no es verdad? —dijo el coronel, y Lockhart, que tenía la boca llena de huevo, se limitó a sonreír. Huddleston se volvió de nuevo hacia Sharpe—. ¿Así que lo han asignado a Torrance?

—Sí, señor.

—Es un cabrón perezoso —dijo Huddleston en tono vengativo. Sharpe, asombrado ante la crítica manifiesta, no dijo nada—. Es uno de mis oficiales —prosiguió Huddleston— y confieso que no me supo mal cuando me pidió que lo pusiera de servicio con el convoy de bueyes.

—¿Se lo pidió, señor? —A Sharpe le pareció curioso que alguien prefiriera quedarse con el bagaje cuando podía estar en una unidad combatiente.

—Su tío lo está preparando para que haga carrera en la Compañía —dijo Huddleston—. Un tío en la calle Leadenhall. ¿Sabe lo que es la calle Leadenhall, Sharpe?

—¿Oficiales de la compañía, señor?

—Exactamente. El tío le paga una asignación y quiere que Torrance adquiera

cierta experiencia haciendo negocios con los *bhinjarries*. ¡Lo tiene todo planeado! Unos cuantos años en el ejército de la Compañía, otros cuantos comerciando con especias y luego a casa para heredar las propiedades de su tío y su puesto en la junta directiva. Algún día vamos a estar todos haciéndole reverencias a ese cabrón perezoso. De todos modos, si quiere dirigir el bagaje a nosotros nos trae sin cuidado, Sharpe. A nadie le gusta ese trabajo, de modo que ya va bien que lo haga Torrance, pero supongo que será usted quien acabe realizando la mayor parte de sus funciones. —El coronel frunció el ceño—. ¡Llegó a la India con tres criados ingleses! ¿No le parece increíble? Aquí no es precisamente difícil encontrar criados, pero Torrance quería distinguirse con unos domésticos blancos. Dos de ellos murieron víctimas de la fiebre, y Torrance tuvo el valor de decir que uno de ellos no se había ganado lo que valía el viaje ¡y está obligando a su viuda a quedarse y pagar la deuda! —Huddleston sacudió la cabeza y luego le hizo una seña a su criado para que sirviera más té—. Y dígame, ¿qué le trae por aquí, alférez?

—Voy de camino a Deogaum, señor.

—La verdad es que vino a mendigar el desayuno, coronel —terció Lockhart.

—Y sin duda el sargento lo alimentó antes de que viniera usted a robarme los víveres, ¿no? —preguntó Huddleston, y acto seguido sonrió—. Está de suerte, alférez. Hoy nos trasladamos a Deogaum. Puede cabalgar con nosotros.

Sharpe se sonrojó.

—No tengo caballo, señor.

—¿Eli? —Huddleston miró a Lockhart.

—Tengo un caballo que podría montar, señor.

—Bien. —Huddleston sopló el té—. Bienvenido a la caballería, Sharpe.

Lockhart encontró dos caballos, uno para Sharpe y el otro para Ahmed. Sharpe, que nunca se sentía cómodo a lomos de un caballo, se encaramó a la silla como pudo bajo la sardónica mirada de la caballería, mientras que Ahmed subió de un salto, echó los talones hacia atrás y picó con ellos a su montura, deleitándose al estar otra vez sobre un equino.

Se dirigieron hacia el norte a un paso tranquilo, cuidándose de no cansar a los caballos. Sharpe, mientras cabalgaba, se encontró pensando en Clare Wall y eso hizo que se sintiera culpable por Simone Joubert, la joven viuda francesa que lo esperaba en Seringapatam. La había mandado allí con un convoy que iba en dirección sur y una carta para su amigo el comandante Stokes, y sin duda Simone estaría esperando a que Sharpe regresara cuando terminara la campaña contra los mahratta, pero entonces tendría que advertirle de que lo iban a destinar de nuevo a Inglaterra. ¿Se marcharía con él? ¿Quería él que viniera? No estaba seguro de ninguna de aquellas cuestiones aunque, de una manera confusa, se sentía responsable de Simone. Podría dejar que eligiera, claro está, pero siempre que Simone se enfrentaba a una elección solía

adoptar un aspecto mustio y esperar a que fuera otra persona la que decidiera. De todas formas tenía que prevenirla. ¿Querría irse a Inglaterra? Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía parientes en la India, y los asentamientos franceses más próximos se hallaban a kilómetros de distancia.

A media mañana sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Eli Lockhart apretó el paso y se puso a su lado.

—¿Lo ve?

—¿Si veo el qué?

—¡Allí arriba! —Lockhart señaló hacia delante, Sharpe miró con ojos escrutadores a través de la nube de polvo que levantaban los escuadrones que iban en cabeza y vio una cadena de altas montañas. Los árboles teñían de verde las laderas más bajas, pero por encima de la línea que aquéllos formaban no había nada más que el color gris y marrón de los precipicios que se extendían de un extremo a otro del horizonte. Y en el punto más elevado del más alto de los riscos divisó apenas una oscura franja de muralla en la que despuntaba una torre de entrada—. ¡Gawilghur! —dijo Lockhart.

—¿Cómo demonios atacaremos ahí arriba? —preguntó Sharpe.

El sargento se rió.

—¡No lo haremos! Es un trabajo para la infantería. Creo que estará mejor si se queda con ese tal Torrance.

Sharpe movió la cabeza en señal de negación.

—Tengo que entrar ahí, Eli.

—¿Por qué?

Sharpe dirigió la mirada hacia la distante muralla.

—Allí dentro hay un tipo llamado Dodd, y ese hijo de puta mató a un amigo mío.

Lockhart se quedó pensando un instante.

—¿Dodd *Setecientas Guineas*?

—El mismo —respondió Sharpe—. Pero no voy tras la recompensa. Lo único que quiero es ver muerto a ese cabrón.

—Yo también —afirmó Lockhart en tono grave.

—¿Usted?

—Assaye —dijo Lockhart con brusquedad.

—¿Qué ocurrió?

—Cargamos contra sus escuadrones. Le estaban dando una paliza de mil demonios al 74.º y pillamos a esos cabrones en línea. Les dimos duro, pero ellos nos debieron de desmontar a una docena de soldados. No nos detuvimos, aunque seguimos tras su caballería y hasta que no terminó la batalla no encontramos a nuestros muchachos. Les habían cortado el cuello a todos. A todos ellos.

—Sí que parece cosa de Dodd —dijo Sharpe. A aquel inglés renegado le gustaba

sembrar el terror. «Haga que un hombre le tenga miedo», le había dicho una vez Dodd a Sharpe, «y no luchará contra usted con tanto encono».

—Así pues, tal vez vaya a Gawilghur con usted —dijo Lockhart.

—¿Caballería? —preguntó Sharpe—. No van a dejar que la caballería se meta en un verdadero combate.

Lockhart esbozó una sonrisa burlona.

—No puedo dejar que un alférez entre en combate sin ayuda. El pobre desgraciado podría resultar herido.

Sharpe se echó a reír. La caballería había salido del camino para dejar paso a una larga columna de infantería que antes del alba había iniciado su marcha hacia Deogaum. El regimiento que iba en cabeza era el 74.º, el de Sharpe, por lo que éste se alejó aún más del camino para no tener que saludar a los soldados que habían querido desprenderse de él, pero el alférez Venables lo vio, saltó por encima de la cuneta y corrió a su lado.

—¿Mejorando en la vida, Richard? —preguntó Venables.

—Es gloria prestada —respondió Sharpe—. El caballo pertenece al 19.º.

Venables preció ligeramente aliviado de que Sharpe no hubiera podido permitirse de pronto comprar un caballo.

—¿Ahora está con los zapadores? —quiso saber.

—Nada tan elevado —dijo Sharpe, reacio a admitir que se había visto reducido a ser un guardia de bueyes.

A Venables en realidad no le importaba.

—Porque es lo que estamos haciendo —explicó—, escoltando a los zapadores. Por lo visto tienen que hacer un camino.

—¿Hasta allí arriba? —supuso Sharpe, e hizo un gesto con la cabeza hacia la fortaleza que dominaba la llanura.

—El capitán Urquhart dice que podría ser que vendiera su oficialía —dijo Venables.

—¿Eso dice?

—¿Es cierto?

—¿Va a hacerme una oferta?

—Verá, tengo un hermano —le explicó Venables—. En realidad tres. Y algunas hermanas. Mi padre tal vez la comprara. —Se sacó un pedazo de papel de un bolsillo y se lo dio a Sharpe—. De modo que, si regresa a casa, ¿por qué no ir a ver a mi padre? Aquí tiene su dirección. Cree que uno de mis hermanos debería alistarse en el ejército. No sirve para nada más, ¿sabe?

—Lo pensaré —dijo Sharpe, al tiempo que cogía el papel. La caballería se había desplegado más adelante, así que dio un golpe con los talones y el caballo avanzó con una sacudida que propulsó a Sharpe hacia atrás en la silla. Por un segundo se quedó

despatarrado y estuvo a punto de caer por encima de la grupa del animal, luego se sacudió como un loco para intentar recuperar el equilibrio y al final logró asirse al pomo de la silla. Le pareció oír risas mientras se alejaba del batallón al trote.

Gawilghur se alzaba por encima de la llanura amenazante y Sharpe se sintió como un cazador furtivo sin lugar donde esconderse. Se imaginó que desde allí arriba el ejército británico que se aproximaba se vería como numerosas hormigas en el polvo. Lamentó no tener un anteojo para observar la distante y elevada fortaleza, pero no había querido gastar dinero. No sabía muy bien por qué. No es que fuera pobre, la verdad es que había pocos soldados más ricos que él, pero sospechaba que la verdadera razón era que se sentía un farsante vistiendo el fajín de oficial, y si se compraba los accesorios habituales de un oficial —un caballo, un anteojo y una espada cara—, entonces sufriría las burlas de aquellos que afirmaban que, para empezar, nunca tendrían que haberle concedido la oficialía. Y no tendrían que habérsela concedido, pensaba él. Era mucho más feliz siendo sargento. Mucho más feliz. No obstante lamentó no tener un anteojo mientras elevaba la mirada hacia la fortaleza y veía que una gran nube de humo salía disparada de uno de los bastiones. Al cabo de unos segundos oyó el débil estruendo del cañón, pero no vio ninguna señal de que cayera un proyectil. Fue como si la cálida atmósfera se hubiera tragado la bala de cañón.

A un kilómetro y medio de las estribaciones el camino se dividía en tres. Los jinetes cipayos fueron en dirección oeste, en tanto que el 19.º de Dragones Ligeros tomó el camino de la derecha que torcía alejándose de la dominante fortaleza. El terreno se iba haciendo cada vez más accidentado, pues estaba cortado por pequeños barrancos y levantado por bajas colinas boscosas, las primeras señales de la tumultuosa elevación de tierras que terminaba en los vastos precipicios. Las arboledas eran espesas en las estribaciones, y estaba claro que Deogaum se encontraba entre los bajos cerros boscosos. Estaba situada al este de Gawilghur, fuera del alcance de los cañones de la fortaleza. Se oyó un traqueteo de mosquetería proveniente de una grieta cubierta de árboles y el 19.º de Dragones, que cabalgaba por delante de Sharpe, se desplegó en línea. Ahmed sonrió y se aseguró que su mosquete estuviera cargado. Sharpe se preguntó de qué bando estaba el muchacho.

Sonaron otros disparos de mosquete aislados, esta vez hacia el oeste. Los maharatta debían de tener soldados apostados al pie de las colinas. ¿Quizás estuvieran despojando a las aldeas del grano almacenado? Los cipayos de la caballería de la Compañía de las Indias Orientales habían desaparecido, mientras que los jinetes del 19.º entraban en fila en aquella grieta cubierta de árboles. Tronó un cañón en el fuerte, y esta vez Sharpe oyó el golpe de la bala al caer al suelo como una piedra por detrás de él, a lo lejos. Una nube de polvo se alzó en el campo donde el proyectil había caído en picado. Ahmed y él siguieron a los dragones hacia la hendidura y el

follaje los ocultó de los observadores invisibles que había en lo alto.

El camino torcía a izquierda y derecha y desembocaba en una zona de pequeños campos y bosques. Más allá de los campos había una gran población —Sharpe supuso que debía de tratarse de Deogaum—. Tuvieron lugar unos disparos a su izquierda y vio que una multitud de jinetes salía de repente de entre los árboles situados a un kilómetro y medio de distancia. Eran mahratta y al principio Sharpe pensó que tenían intención de cargar contra el 19.º de Dragones Ligeros, pero luego se dio cuenta de que estaban huyendo de la caballería de la Compañía. Había unos cincuenta o sesenta de aquellos jinetes enemigos que, al ver a los dragones de casaca azul y amarilla, viraron bruscamente hacia el sur para evitar un enfrentamiento. Los dragones estaban dando la vuelta, desenvainando los sables y apretando el paso para embarcarse en una persecución. Sonó una trompeta y de pronto los pequeños campos se convirtieron en un torbellino de caballos, polvo y armas relucientes.

Sharpe frenó su montura en medio de una arboleda, puesto que no quería estar en el centro de una carga de caballería mahratta. Los caballos enemigos pasaron retumbando como una masa borrosa de pezuñas, cascos brillantes y puntas de lanza. La caballería de la Compañía se hallaba todavía a unos cuatrocientos metros por detrás cuando de repente Ahmed hincó los talones y salió disparado del escondite para seguir a la caballería mahratta.

Sharpe soltó una maldición. El pequeño desgraciado volvía corriendo a reunirse con los mahratta. No es que Sharpe pudiera culparlo por ello, pero de todas formas se sintió decepcionado. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de atrapar a Ahmed, que se había descolgado el mosquete y que en aquellos momentos cabalgaba detrás del último de los jinetes enemigos. El jinete se dio la vuelta, vio que Ahmed no llevaba uniforme británico y por consiguiente no le hizo caso. Ahmed se puso a su lado galopando, agarró el mosquete por el cañón y lo balanceó de forma que la pesada culata le golpeó en la frente al mahratta.

El hombre se cayó por detrás del caballo como si hubieran tirado de él con una cuerda. Su montura siguió corriendo, los estribos agitándose. Ahmed frenó su caballo, se dio la vuelta y desmontó de un salto junto a su víctima. Sharpe vio el reflejo de un cuchillo. La caballería cipaya ya estaba más cerca y podrían pensar que Ahmed era enemigo, así que Sharpe le gritó al chico que regresara. Ahmed volvió a encaramarse en la silla a toda prisa y picó a su montura hacia los árboles, donde le esperaba Sharpe. Se había hecho con un sable, una pistola y una bolsa de cuero y esgrimía una sonrisa de oreja a oreja. Dentro de la bolsa había un par de duras hogazas de pan ácimo, unas cuantas cuentas de cristal y un pequeño libro escrito en un alfabeto extraño. Ahmed le dio una hogaza a Sharpe, tiró el libro, se colocó los abalorios alrededor del cuello, se colgó el sable en la cintura y luego se quedó mirando cómo los dragones arremetían contra la última fila de fugitivos. Se oyó el

sonido a herrería del entrecocar del acero, dos caballos tropezaron en medio de una polvareda, un hombre que sangraba se tambaleó y cayó en una zanja, las pistolas estallaban, una lanza temblaba con la punta clavada en la hierba seca. Al final los jinetes enemigos desaparecieron y la caballería británica y cipaya detuvo sus monturas.

—¿Por qué no puedes ser un criado como es debido? —le preguntó Sharpe a Ahmed—. Limpiarme las botas, lavarme la ropa, hacerme la cena, ¿eh?

Ahmed, que no entendía ni una palabra, se limitó a sonreír.

—En vez de eso resulta que tengo a un golfillo de instintos asesinos. Bueno, vámonos, granuja. —Sharpe espoleó a su caballo y puso rumbo hacia el pueblo. Pasó junto a un depósito medio vacío, donde sobre unos arbustos había unas cuantas prendas de ropa tendidas para que se secaran, y a continuación se encontró en la polvorienta calle principal, que parecía estar desierta, aunque se dio cuenta de que unos rostros observaban con nerviosismo desde las ventanas oscuras y entradas encortinadas. Los perros gruñían en la sombra y dos pollos escarbaban en el polvo. La única persona que había a la vista era un hombre santo desnudo que estaba sentado debajo de un árbol con las piernas cruzadas y que tenía un largo cabello que le bajaba en cascada hasta el suelo. Hizo caso omiso de Sharpe, y Sharpe hizo caso omiso de él—. Tenemos que encontrar una casa —le dijo Sharpe a un perplejo Ahmed—. Una casa, ¿lo ves? Casa.

El cacique del pueblo, el *naique*, se aventuró a salir a la calle. Al menos Sharpe supuso que era el *naique*, igual que el *naique* supuso que el soldado montado era el jefe de los soldados de caballería recién llegados. Juntó las manos frente a la cara y se inclinó ante Sharpe, luego chasqueó los dedos para llamar a un criado que llevaba una pequeña bandeja dorada en la que había una copita de *arrack*. El fortísimo licor hizo que a Sharpe se le despejara la cabeza de pronto. El *naique* estaba hablando por los codos, pero Sharpe lo hizo callar con un gesto de la mano.

—No sirve de nada que hable conmigo —dijo—. Yo no soy nadie. Hable con él. —Señaló al coronel Huddleston, que entraba en la población al frente de sus soldados de caballería indios. Los jinetes desmontaron mientras Huddleston hablaba con el cacique. Se oyó un graznido cuando alguien agarró rápidamente los pollos. Huddleston se dio la vuelta al oírlo, pero todos sus soldados pusieron cara de inocentes.

Muy por encima de Sharpe un cañón estalló en la fortaleza. El proyectil salió disparado con un fogonazo para caer en algún lugar de la llanura por la que marchaba la infantería británica. Los dragones llegaron al pueblo, algunos de ellos con los sables ensangrentados, y Sharpe le entregó los dos caballos a Lockhart. Luego miró por toda la calle para ver si encontraba una casa para Torrance. No vio nada que tuviera un jardín tapiado, pero sí que encontró una pequeña vivienda con paredes de

adobe que poseía un patio y dejó la mochila en la habitación principal como señal de propiedad. Había una mujer con dos niños pequeños que retrocedió ante él.

—No pasa nada —le dijo Sharpe—, le pagarán. Nadie va a hacerle daño. —La mujer gimió y se agachó, como si esperara que la golpearan—. Por todos los diablos —dijo Sharpe—, ¿es que no hay nadie que hable inglés en este maldito país?

Hasta que no llegara Torrance no tenía nada que hacer. Podía haber recorrido el pueblo en busca de papel, tinta y una pluma para así poderle escribir a Simone y hablarle del tema de ir a Inglaterra, pero decidió que esa tarea podía esperar. Se sacó el cinturón, el sable y la casaca, encontró un camastro de cuerda y se tumbó.

Los cañones de la fortaleza disparaban en las alturas. Sonaban como un trueno lejano. Sharpe se durmió.

El sargento Obadiah Hakeswill se sacó las botas de un tirón, con lo cual inundó la habitación con un hedor que hizo que el capitán Torrance cerrara los ojos.

—Dios santo —dijo Torrance débilmente. El capitán ya se sentía bastante mal. Se había bebido la mayor parte de una botella de *arrack*, se había despertado en medio de la noche con retortijones y después había dormido de forma irregular hasta el amanecer. Entonces, alguien había arañado la puerta y Torrance le había gritado a aquel pesado que se fuera, tras lo cual se había sumido finalmente en un sueño más profundo. Ahora lo había despertado Hakeswill, quien, totalmente ajeno al mal olor, empezó a quitarse los trapos con los que llevaba envueltos los pies. A Torrance le pareció que olía como a un queso podrido que hubiera estado almacenado en el vientre de un cadáver. Acercó su silla un poco más hacia la ventana y se ajustó el batín alrededor del pecho.

—Lamento sinceramente lo de Naig —dijo Torrance. Hakeswill había escuchado la historia de la muerte de Naig con incredulidad y parecía que lo había entristecido de veras, de la misma manera en que lo había impresionado la noticia de que ahora Sharpe era el ayudante de Torrance.

—Esos malditos escoceses no lo querían, ¿verdad, señor? —preguntó Hakeswill—. Nunca pensé que los escoceses tuvieran mucho sentido común, pero tienen suficiente cerebro como para deshacerse de Sharpy. —Hakeswill se había destapado el pie derecho y Torrance, que apenas podía soportar la fetidez, se imaginó que el sargento tenía hongos negros entre los dedos—. Ahora lo tiene usted, señor —siguió diciendo Hakeswill—, y lo compadezco, ya lo creo. ¿Un buen oficial como usted, señor? Es lo último que se merece. ¡Condenado Sharpy! No tiene derecho a ser un oficial, señor, Sharpy no. No es un caballero como usted, señor. No es más que un tipo común y corriente, como el resto de nosotros.

—¿Entonces por qué lo nombraron oficial? —preguntó Torrance mientras miraba como Hakeswill tiraba del endurecido trapo del pie izquierdo.

—Por haberle salvado la vida al general, señor. Al menos eso es lo que se dice. — Hakeswill hizo una pausa y el rostro se le contrajo en un espasmo—. Le salvó la vida a sir Arthur en Assaye. No es que yo me lo crea, señor, pero sir Arthur sí, y el resultado de ello, señor, es que sir Arthur piensa que el maldito Sharpy es como la niña de sus ojos. Sharpy se tira un pedo y sir Arthur cree que se ha girado viento del sur.

—¿Ah sí? —inquirió Torrance. Aquello valía la pena saberlo.

—Hace cuatro años, señor —dijo Hakeswill—, hice azotar a Sharpy. Y habría acabado muerto, sí, muerto, que es lo que se merecía, pero resulta que sir Arthur interrumpió los azotes después de doscientos latigazos. ¡Los interrumpió! —La injusticia de aquella acción todavía irritaba al sargento—. Ahora es un maldito oficial. El ejército ya no es lo que era, señor, se lo digo yo. Se ha venido abajo, ya lo creo. —Se sacó el trapo del pie izquierdo de un tirón y se miró los dedos con el ceño fruncido—. Me los lavé en agosto —dijo con asombro—, pero no lo parece, ¿verdad?

—Estamos ya en diciembre, sargento —replicó Torrance en tono reprobatorio.

—Un buen lavado tendría que durar seis meses, señor.

—Algunos de nosotros nos sometemos a un aseo más regular —le insinuó Torrance.

—Es lógico, señor, siendo un caballero. La cuestión es, señor, que normalmente no me hubiera quitado los trapos de los pies, pero resulta que tengo una ampolla. — Hakeswill puso mala cara—. ¡Hacía años que no me salía ninguna ampolla! Pobre Naig. Para tratarse de un negro no era mal tipo.

En opinión de Torrance, Naig había sido una criatura tan maligna como cualquiera de las que pisaban la superficie de la tierra, pero sonrió hipócritamente ante el tributo de Hakeswill.

—No hay duda de que lo vamos a echar de menos, sargento.

—Es una pena que tuviera que ahorcarlo, señor, pero ¿qué otra opción tenía? Estaba entre la jodida espada y la pared, ahí estaba usted, señor. Pero pobre Naig. — Hakeswill sacudió la cabeza afligido al recordar—. Tendría que haber colgado a Sharpy, señor, la lástima es que no pudiera. Colgarlo como es debido, que es lo que se merece. ¡Un cabrón asesino, eso es lo que es, un asesino! —Y un indignado Hakeswill le contó al capitán Torrance que Sharpe había intentado matarlo, primero arrojándolo a los tigres del Tippoo y luego encerrándolo en un patio con un elefante entrenado para matar aplastando la cabeza a las personas con su pata delantera—. Pero los tigres no tenían hambre, ¿sabe?, ya les habían dado de comer. Y en cuanto a lo del elefante, señor, yo llevaba un cuchillo, ¿sabe? Se lo clavé en la pezuña, eso hice. —Imitó la acción de clavar el cuchillo—. ¡Justo en la pezuña, clavado hasta el fondo! No le gustó. Yo no puedo morir, señor, no puedo morir. —El sargento habló con voz quebrada, creyéndose todas y cada una de aquellas palabras. Lo habían

colgado cuando era niño, pero había sobrevivido a la horca y ahora creía que su propio ángel guardián lo protegía de la muerte.

Loco, pensó Torrance, loco de remate, no obstante se sentía fascinado por el sargento Obadiah Hakeswill. Por su aspecto, el sargento parecía el soldado perfecto; era el tic nervioso lo que sugería que detrás de esos insulsos ojos azules había algo más interesante. Y Torrance decidió que lo que había detrás de aquellos ojos infantiles era una malevolencia impresionante, pero que iba acompañada por una seguridad igual de asombrosa. Hakeswill, creía Torrance, sería capaz de asesinar a un bebé y de encontrar una justificación para dicho acto.

—¿Así que no le cae bien el señor Sharpe? —preguntó Torrance.

—Lo detesto, señor, y no me importa admitirlo. Lo he observado, he observado cómo se deslizaba abriéndose camino desde la tropa como una condenada anguila subiendo por un desagüe. —Hakeswill había sacado un cuchillo, presumiblemente el mismo que había clavado en el pie del elefante, apoyó el talón derecho en su rodilla izquierda y puso la hoja contra la ampolla.

Torrance cerró los ojos para evitar ver la cirugía que iba a hacerse Hakeswill.

—La cuestión es, sargento —dijo—, que al hermano de Naig le gustaría mucho tener unas palabras en privado con el señor Sharpe.

—¿Ah, sí? —preguntó Hakeswill. Clavó el cuchillo—. Mire, señor. Ya hay un poco de pus. Pronto se curará. ¡Hacía años que no me salía una ampolla! Supongo que debe de ser por las botas nuevas. —Escupió en la hoja y volvió a pinchar la ampolla—. Tendré que mojar las botas con vinagre, señor. ¿Así que Jama quiere las pelotas de Sharpe, no?

—Literalmente además. Sí.

—Pues ya puede ponerse a la jodida cola.

—¡No! —replicó Torrance con severidad—. Es importante para mí, sargento, que el señor Sharpe le sea entregado a Jama. Vivo. Y que su desaparición no suscite curiosidad.

—¿Quiere decir que nadie debe darse cuenta? —A Hakeswill le tembló el rostro mientras pensaba, luego se encogió de hombros—. No es difícil, señor.

—¿No lo es?

—Hablaré con Jama, señor. Usted puede darle unas órdenes a Sharpy y yo lo estaré esperando. Será fácil, señor. Me alegra hacerlo por usted.

—Es usted un consuelo para mí, sargento.

—Es mi trabajo, señor —dijo Hakeswill, y a continuación dirigió una mirada lasciva hacia la puerta de la cocina por la que Clare Wall había hecho acto de presencia—. Sol de mi vida —dijo en lo que creyó un tono encantador.

—Su té, señor —dijo Clare al tiempo que le tendía una taza a Torrance.

—¡Tráele un tazón al sargento, Brick! ¿Dónde están tus modales?

—No le hacen falta modales —comentó Hakeswill sin dejar de lanzar miradas lascivas a la aterrorizada Clare— con lo que ya tiene. Con azúcar, querida, si es que el capitán dispone de un poco.

—Dale azúcar, Brick —ordenó Torrance.

Hakeswill se quedó mirando cómo Brick regresaba a la cocina.

—Es una mujercita como Dios manda, señor. Una flor, eso es lo que es, ¡una flor!

—Y no hay duda de que le gustaría arrancarla, ¿no?

—Ya sería hora de que me casara —dijo Hakeswill—. Un hombre tiene que dejar un hijo, señor, es lo que dicen las escrituras.

—Quiere engendrar un poco, ¿eh? —dijo Torrance, y luego frunció el ceño cuando alguien llamó a la puerta de la calle—. ¡Adelante! —gritó.

Un capitán de infantería al que ninguno de los dos conocía asomó la cabeza por la puerta.

—¿Capitán Torrance?

—Soy yo —respondió Torrance con presunción.

—Saludos de parte de sir Arthur Wellesley —dijo el capitán, cuyo tono mordaz sugería que dicho saludo había sido extraordinariamente pobre—, pero ¿hay algún motivo por el que los suministros no se hayan trasladado al norte?

Torrance se quedó mirando fijamente a aquel hombre. Por un segundo perdió el habla y luego soltó una maldición entre dientes.

—Salude de mi parte al general —dijo— y dígame que le garantizo que el convoy de bueyes se pondrá en marcha inmediatamente. —Aguardó a que el capitán se hubiera marchado y volvió a maldecir.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó Hakeswill.

—¡Los malditos recibos! —exclamó Torrance—. Siguen aquí. Dilip debe de haber venido a buscarlos esta mañana, pero le dije que se largara. —Renegó de nuevo—. El maldito Wellesley va a sacarme las entrañas por esto.

Hakeswill encontró los recibos encima de la mesa y se dirigió hacia la puerta dejando unas pequeñas manchas en el suelo con la sangre que le salía de la ampolla abierta.

—¡Dilly! ¡Dilly! ¡Cerdo negro, cabrón pagano! Toma, coge esto. ¡Ahora vete!

—¡Mierda! —dijo Torrance, al tiempo que se ponía de pie y empezaba a andar de un lado a otro de la pequeña habitación—. Mierda, mierda, mierda.

—No hay por qué preocuparse, señor —dijo Hakeswill.

—Para usted es fácil decirlo, sargento.

Hakeswill sonrió y los tics le crisparon el rostro.

—Échele la culpa a otro, señor —dijo—, como se suele hacer en el ejército.

—¿A quién? ¿A Sharpe? Usted mismo dijo que es la niña de los ojos de Wellesley. ¿Se supone que tengo que echarle la culpa a él? ¿O a usted, quizá?

Hakeswill intentó calmar al capitán dándole la taza de té.

—Échele la culpa a Dilly, señor, por ser un hijo de puta pagano más negro que mis botas nuevas.

—¡Se limitará a negarlo todo cuando lo interroguen! —protestó Torrance.

Hakeswill sonrió.

—No estará en situación de negar nada, señor, ¿verdad? Porque estará... —hizo una pausa, sacó la lengua, abrió unos ojos como platos e hizo un ruido como si se asfixiara.

—Por Dios, sargento —dijo Torrance estremeciéndose ante la horrible escena que sugería el rostro contraído de Hakeswill—. Además, ¡es un buen administrativo! Es condenadamente difícil reemplazar a los buenos empleados.

—Es fácil, señor. Jama nos dará a uno de sus hombres. Nos dará a uno bueno. —Hakeswill sonrió—. Si podemos confiar en el administrativo tanto como el uno en el otro, señor, eso nos facilitará mucho las cosas.

Torrance se resistía a la idea de confabularse con Obadiah Hakeswill, pero si quería saldar sus deudas algún día necesitaba la cooperación del sargento. Y la eficiencia de Hakeswill era asombrosa. Era capaz de desvalijar los suministros sin dejar rastro y siempre se cercioraba de que otra persona cargara con las culpas. Y estaba claro que el sargento tenía razón. Si Jama le proporcionaba un administrativo, éste podría entonces facilitar una serie de cuentas falsas. Y si culpaba a Dilip del retraso en la llegada de los pertrechos para los zapadores, Torrance saldría de aquel atolladero particularmente desagradable. Como siempre, daba la impresión de que Hakeswill era capaz de encontrar una salida al problema más espinoso.

—Usted déjemelo a mí, señor —dijo Hakeswill—. Yo me encargaré de todo, señor, lo haré. —Le mostró los dientes a Clare, que le había traído una taza de té—. Es usted la flor de las mujeres —le dijo, y la observó con admiración mientras ella volvía a escabullirse rápidamente hacia la cocina—. Ella y yo, señor, estamos hechos el uno para el otro. Así consta en las escrituras.

—No hasta que Sharpe esté muerto —repuso Torrance.

—Morirá, señor —prometió Hakeswill, y el sargento se estremeció al prever las riquezas que aquella muerte le reportaría. No tan sólo Clare Wall, sino las joyas. ¡Las joyas! Hakeswill sabía que había sido Sharpe quien había matado al sultán Tippoo en Seringapatam y que debía de ser él quien había despojado el cadáver del monarca de sus diamantes, esmeraldas, zafiros y rubíes, y Hakeswill creía que Sharpe todavía escondía las piedras. En la distancia, amortiguado por el calor, se oyó el sonido de unos disparos de artillería. Gawilghur, pensó Hakeswill, el lugar al que Sharpe no llegaría, puesto que Sharpe era asunto de Hakeswill y de nadie más. «Seré rico —se prometió a sí mismo el sargento—, seré rico.»

El coronel William Dodd se hallaba en las almenas más meridionales de Gawilghur con la espalda apoyada en el parapeto y miraba hacia abajo, hacia el patio del palacio donde Beny Singh había levantado un pabellón rayado.

Del ribete con flecos del pabellón colgaban unas campanillas de plata que con la brisa emitían un hermoso tintineo, mientras que, bajo el dosel, un grupo de músicos tocaba aquellos extraños instrumentos de cuerda de largo mástil que producían una música que, a oídos de Dodd, sonaba como la lenta estrangulación de unos gatos. Beny Singh y una docena de hermosas criaturas ataviadas con saris jugaban a alguna variante de la gallinita ciega y sus risas se elevaban hacia los muros, lo cual hizo que Dodd pusiera cara de pocos amigos, aunque a decir verdad tenía unos celos desmesurados de Beny Singh. El hombre era gordo, bajo y tímido, y aun así parecía ejercer algún tipo de hechizo mágico en las damas, en tanto que Dodd, que era alto, duro y tenía cicatrices que demostraban su valentía, tenía que conformarse con una barragana.

Maldito fuera el *killadar*. Dodd se dio la vuelta con brusquedad y miró por la llanura que se cocía al sol. Debajo de él, a suficiente distancia en dirección este para quedar fuera del alcance de los cañones más grandes de Gawilghur, se veía el extremo del campamento británico. Desde aquella altura, las hileras de tiendas de un color blanco apagado parecían motitas. Al sur, a una gran distancia todavía, Dodd vio el bagaje enemigo que avanzaba con dificultad hacia su nuevo campamento. Era extraño, pensó, que obligaran a los bueyes a llevar su carga durante las horas más calurosas del día. Por regla general el bagaje marchaba después de la medianoche y acampaba poco después de amanecer, pero aquel día el gran rebaño agitaba el polvo bajo la achicharrante atmósfera de la tarde y a Dodd le pareció que tenía el aspecto de una tribu de emigrantes. Había miles de bueyes en el tren del ejército, todos ellos cargados con balas de cañón, pólvora, herramientas, ternera salada, *arrack*, herraduras, vendajes, pedernales, mosquetes, especias, arroz, y con ellos iban las bestias y las familias de los mercaderes, los vaqueros tenían sus propias familias y todos ellos necesitaban más bestias para cargar sus tiendas, ropas y comida. Una docena de elefantes caminaban lenta y pesadamente en el centro de la manada, en tanto que una veintena de dromedarios avanzaban balanceándose con elegancia detrás de los elefantes. La caballería de Mysore protegía a la gran caravana, mientras que, más allá de los piquetes montados, unos forrajeadores semidesnudos se desperdigaban por los campos para recoger la hierba que metían en unas redes y cargaban en aún más bueyes.

Dodd miró a los centinelas que montaban guardia en el tramo sur de las murallas de Gawilghur y vio que sus rostros mostraban sobrecogimiento mientras observaban la aproximación de aquella gran manada. El polvo que levantaban las pezuñas cubría el horizonte meridional como si de una vasta bruma se tratara.

—¡No son más que bueyes! —les gruñó Dodd a los soldados—. ¡Sólo bueyes! Los bueyes no disparan cañones. Los bueyes no trepan por los muros. —Ninguno de ellos lo entendió, pero sonrieron diligentemente.

Dodd dirigió la mirada hacia el este. El muro terminaba un trecho más allá y dejaba paso al desnudo borde de un precipicio. En gran parte de los perímetros de los fuertes gemelos de Gawilghur no había necesidad de murallas, pues la naturaleza había proporcionado los grandes precipicios, que eran más altos que cualquier muro que un hombre pudiera construir, pero Dodd, mientras caminaba hacia el borde de los riscos, se fijó en algunos lugares aquí y allá por donde un soldado ágil podría, con la ayuda de una cuerda, bajar gateando por la pared de roca. Cada día desertaban unos cuantos hombres de la guarnición de Gawilghur y Dodd no dudaba que era así como escapaban, pero no comprendía por qué querían irse. ¡El fuerte era inexpugnable! ¿Por qué no iba a querer alguien quedarse con los vencedores?

Llegó a un tramo de muralla en la esquina sudeste del fuerte y allí, subido a la plataforma de un cañón, desplegó su anteojo y miró hacia abajo, hacia las estribaciones. Se pasó un buen rato observando, deslizando su catalejo por encima de los árboles, arbustos y zonas de hierba seca, pero al final vio a un grupo de soldados de pie junto a un estrecho sendero. Algunos de esos soldados llevaban casacas rojas y uno de ellos iba vestido de azul.

—¿Qué está mirando, coronel? —El príncipe Manu Bappoo había visto a Dodd en el muro y había subido a reunirse con él.

—Británicos —dijo Dodd sin dejar de mirar por el anteojo—. Están reconociendo el terreno para trazar una ruta hacia la meseta.

Bappoo se protegió los ojos del sol con la mano y miró hacia abajo, pero al no tener anteojo no consiguió ver al grupo de soldados.

—Tardarían meses en construir un camino que ascendiera por las montañas.

—Tardarían dos semanas —replicó Dodd con rotundidad—. O menos. Usted no sabe cómo trabajan los ingenieros, *sahib*, pero yo sí. Utilizan la pólvora para abrirse camino a través de los obstáculos y a un millar de hombres manejando el hacha para ensanchar los caminos. Empezarán a trabajar mañana y en quince días estarán llevando los cañones montaña arriba. —Dodd plegó el anteojo—. Déjeme bajar para destrozar a esos cabrones —pidió.

—No —repuso Bappoo. Ya había discutido el asunto con Dodd, que quería llevar a sus Cobras a las estribaciones y allí hostigar a los que abrían caminos. Dodd no quería un combate mano a mano, una batalla de una línea de mosquetes contra otra, sino que quería asaltar, emboscar y asustar al enemigo. Quería ralentizar el trabajo de los británicos, descorazonar a los zapadores y, mediante semejantes tácticas dilatorias, obligar a Wellesley a enviar a grupos de forrajeadores para que se adentraran grandes distancias en la campiña, donde serían presa de los jinetes

mahratta que todavía deambulaban por la Meseta Deccan.

Bappoo sabía que Dodd tenía razón, y que el camino británico sólo podía retrasarse con una campaña de hostigamiento, pero temía dejar que las cobras de casaca blanca abandonaran la fortaleza. La guarnición ya estaba nerviosa, intimidada por las victorias del pequeño ejército de Wellesley, y si veían a las cobras salir del fuerte muchos podrían pensar que lo que estaban haciendo era abandonarlos y el goteo de desertores se convertiría en un torrente.

—¡Tenemos que retrasarlos! —gruñó Dodd.

—Lo haremos —replicó Bappoo—. Mandaré *killadars*, coronel, y les recompensaré por cada arma que traigan de vuelta al fuerte. Pero usted se quedará aquí y ayudará a preparar las defensas. —Habló con firmeza, dando a entender que el tema no admitía discusión, le ofreció a Dodd una sonrisa desdentada e hizo un gesto hacia el palacio situado en el centro del Fuerte Interior—. Venga, coronel, quiero enseñarle algo.

Los dos hombres caminaron a través de las pequeñas casas que rodeaban el palacio, pasaron por delante de un centinela árabe que protegía sus límites y por en medio de unos cuantos árboles floridos en los que se agazapaban los monos. Dodd oyó el tintineo de las campanas proveniente del lugar en el que Beny Singh jugaba con sus mujeres, pero el sonido se fue apagando a medida que el sendero iba serpenteando y adentrándose en la arboleda. El sendero terminaba en la pared de una roca atravesada por una puerta de madera en forma de arco. Mientras Bappoo abría la puerta, Dodd levantó la mirada y vio que aquel enorme bloque de roca constituía los cimientos del palacio y, cuando Bappoo empujó la chirriante puerta, comprendió que se dirigían a los sótanos.

Al otro lado de la puerta, encima de una estantería, había un farol, y se detuvieron mientras Bappoo prendía su mecha.

—Venga —dijo Bappoo, y condujo a Dodd hacia el maravilloso frescor de aquel enorme sótano de techo bajo—. Corre el rumor —dijo Bappoo— de que guardamos los tesoros de Berar aquí dentro, y en cierto sentido es verdad, pero no son los tesoros con los que normalmente sueña un hombre. —Se detuvo junto a una hilera de barriles y con toda tranquilidad los destapó, dejando a la vista que las tinajas estaban llenas de monedas de cobre—. Ni oro ni plata —dijo Bappoo—, pero dinero al fin y al cabo. Dinero para contratar a nuevos mercenarios, para comprar armas nuevas y para formar un nuevo ejército. —Bappoo dejó que las monedas de nuevo cuño se deslizaran entre sus dedos—. Nos hemos descuidado con la paga de nuestros soldados —confesó—. Mi hermano, a pesar de todas sus virtudes, no es generoso con su tesoro.

Dodd lanzó un gruñido. No estaba seguro de cuáles eran las virtudes que poseía el raja de Berar. Valentía y generosidad desde luego que no, pero el raja era afortunado

al tener a su hermano, puesto que Bappoo era leal y claramente estaba decidido a compensar las deficiencias del raja.

—El oro y la plata —dijo Dodd— comprarían mejores armas y mejores hombres.

—Mi hermano no me dará ni oro ni plata, sólo cobre. Y debemos arreglárnoslas con lo que tenemos, no con lo que soñamos. —Bappoo volvió a colocar las tapas en los barriles y luego se abrió paso entre ellos hacia donde había soportes llenos de mosquetes, uno detrás de otro—. Estas, coronel —dijo—, son las armas para el nuevo ejército.

Allí había miles de mosquetes, todos flamantes y todos equipados con bayonetas y cartucheras. Algunas de las armas eran copias de mosquetes franceses fabricadas en el lugar, pero había varios centenares que a Dodd le parecieron de fabricación británica. Sacó uno de los mosquetes de un armero y vio la marca *Tower* en la culata.

—¿Cómo ha conseguido estas armas? —preguntó sorprendido.

Bappoo se encogió de hombros.

—Tenemos agentes en el campamento británico. Son ellos los que lo arreglan. Nosotros nos encontramos con algunos de sus convoyes de suministros en algún punto muy hacia el sur y pagamos por su contenido. Parece ser que en el ejército británico hay traidores que prefieren hacer dinero antes que buscar la victoria.

—¿Compran armas con cobre? —preguntó Dodd en tono cáustico. No podía imaginar que nadie vendiera un mosquete *Tower* por un puñado de monedas de cobre.

—No —confesó Bappoo—. Para comprar las armas y los cartuchos necesitamos oro, de modo que utilizo el mío. Confío en que mi hermano me lo devolverá algún día.

Dodd frunció el ceño ante aquel Bappoo de facciones aguileñas.

—¿Utiliza su dinero para mantener a su hermano en el trono? —preguntó y, aunque aguardó una respuesta, no obtuvo ninguna. Dodd sacudió la cabeza dando a entender con ello que la nobleza de Bappoo escapaba a su comprensión y acto seguido amartilló y disparó el mosquete descargado. La chispa del pedernal emitió un destello de luz roja contra el techo de piedra—. Un mosquete en el armero no mata a nadie —comentó.

—Es verdad. Pero todavía no tenemos a los hombres necesarios para llevar estos mosquetes. Pero los tendremos, coronel. En cuanto hayamos derrotado a los británicos los demás reinos se unirán a nosotros. —Aquello, reflexionó Dodd, era bien cierto. Scindia, el antiguo patrón de Dodd, había hecho un llamado a la paz, mientras que Holkar, el más formidable de los monarcas maharatta, se mantenía al margen de la contienda, pero si Bappoo conseguía su victoria, aquellos caciques estarían deseosos de compartir los futuros despojos—. Y no solamente los demás reinos —siguió diciendo Bappoo—, sino que se sumarán a nuestra bandera guerreros

de toda la India. Tengo intención de formar un *compo* equipado con las mejores armas y entrenado al más alto nivel. Sospecho que muchos de ellos serán cipayos del derrotado ejército de Wellesley y necesitarán un nuevo señor cuando él haya muerto. Se me ocurrió que tal vez podría dirigirlos usted.

Dodd devolvió el mosquete al soporte.

—No va a pagar mis servicios con cobre, Bappoo.

Bappoo sonrió.

—Usted me pagará con la victoria, coronel, y yo lo recompensaré con oro.

Dodd se fijó en unas armas que había en el otro extremo del armero y que no le resultaban familiares. Levantó una de ellas y vio que era un rifle de caza. La llave era británica, pero la decoración de filigrana que había en la culata y el cañón era india.

—¿Está comprando rifles? —preguntó.

—No hay mejor arma para una escaramuza —respondió Bappoo.

—Tal vez —reconoció Dodd a regañadientes; entonces, en vez de volver a poner el rifle en el armero, se lo colgó al hombro—. Me gustaría probarlo —explicó—. ¿Tiene munición?

Bappoo señaló hacia el otro extremo del sótano y Dodd fue hasta allí y recogió algunos cartuchos.

—Si tiene dinero para hacerlo —le dijo a Bappoo desde allí—, ¿por qué no crea su nuevo ejército ahora? Podría traerlo a Gawilghur.

—No hay tiempo —replicó Bappoo—, y además nadie se uniría a nosotros en estos momentos. Creen que los británicos van a derrotarnos. De modo que si queremos nuestro nuevo ejército, coronel, debemos obtener primero una victoria de la que se hable en toda la India y eso es lo que haremos aquí en Gawilghur. —Hablaba con mucha seguridad. Bappoo, al igual que Dodd, creía que Gawilghur era inexpugnable. Condujo al inglés de nuevo hacia la entrada, sopló para apagar el farol y se cuidó de cerrar con llave la puerta del arsenal.

Los dos hombres ascendieron por la cuesta junto al palacio y pasaron por delante de una fila de criados que llevaban bebidas y dulces al lugar donde Beny Singh estaba matando el tiempo aquella tarde. Como siempre que pensaba en el *killadar*, Dodd sintió que la ira lo invadía. Beny Singh debería estar organizando las defensas de la fortaleza, pero en lugar de eso malgastaba los días con las mujeres y el licor. Bappoo debió de adivinar los pensamientos de Dodd, porque hizo una mueca.

—A mi hermano le gusta Beny Singh. Se divierten el uno al otro.

—¿Y a usted le divierten? —quiso saber Dodd.

Bappoo se detuvo en el lado norte del palacio y miró por encima del barranco hacia el Fuerte Exterior, que se hallaba guarnecido por sus Leones de Alá.

—Le hice un juramento a mi hermano —respondió—, y soy una persona que cumple sus juramentos.

—Debe de haber gente —dijo Dodd con prudencia— que preferiría verlo a usted como raja, ¿no?

—Por supuesto —respondió Bappoo con ecuanimidad—, pero esas personas son los enemigos de mi hermano, y yo juré defenderlo contra todos sus enemigos. —Se encogió de hombros—. Tenemos que conformarnos, coronel, con lo que nos depara el destino. A mí me ha deparado la tarea de luchar las guerras de mi hermano y voy a hacerlo lo mejor que pueda. —Señaló hacia el profundo barranco que se extendía entre los Fuertes Interior y Exterior—. Y allí, coronel, obtendré una victoria que convertirá a mi hermano en el más grande de los gobernantes de toda la India. Los británicos no pueden detenernos. Aunque lleguen a construir su camino, aunque lleven sus cañones a lo alto de las montañas, aunque abran una brecha en nuestras murallas y aunque capturen el Fuerte Exterior, todavía tendrán que cruzar este barranco, y no podrán hacerlo. Nadie puede hacerlo. —Bappoo fijó la mirada en el abrupto despeñadero como si ya pudiera ver sus rocas empapadas de sangre enemiga—. El que domina este barranco, coronel, domina la India, y cuando consigamos nuestra victoria abriremos el sótano y crearemos un ejército que echará a los casacas rojas no tan sólo de Berar, sino de Hyderabad, de Mysore y de Madras. Voy a convertir a mi hermano en emperador de toda la India meridional y usted y yo, coronel, seremos sus caudillos. —Bappoo se volvió para mirar hacia la inmensidad emborronada de polvo del cielo del sur—. Todo pertenecerá a mi hermano —dijo en voz baja—, pero empezará aquí. En Gawilghur.

Y allí terminaría para Bappoo, pensó Dodd de repente. Nadie que estuviera dispuesto a soportar a un desdichado débil como Beny Singh o a proteger a un cobarde libertino como el raja merecía ser caudillo de toda la India. No, pensó Dodd, él obtendría su propia victoria allí y luego lanzaría su ataque contra Bappoo y contra Beny Singh, reclutaría a su propio ejército y lo utilizaría para sembrar el terror en los ricos reinos del sur. Otros europeos ya lo habían hecho. Benoit de Boigne se había enriquecido más que los reyes de toda la cristiandad, en tanto que George Thomas, un marinero irlandés analfabeto, había ascendido hasta gobernar un principado para su amante viuda. Dodd se veía a sí mismo como a un nuevo preste Juan. Construiría un reino a partir de las sobras podridas de la India, y gobernaría desde un nuevo palacio en Gawilghur, un palacio como el que no habría otro igual en el mundo. Tendría tejados de oro, paredes de mármol blanco y los senderos del jardín estarían hechos con perlas. Hombres de toda la India acudirían a rendirle homenaje. Sería el Señor de Gawilghur, pensó Dodd, y sonrió. No estaba mal para el hijo de un molinero de Suffolk, pero Gawilghur era un lugar para estimular los sueños, pues elevaba los pensamientos de los hombres hasta los cielos, y Dodd sabía que la India, por encima de todos los países en la tierra de Dios, era un sitio donde los sueños podían hacerse realidad. Allí un hombre o se enriquecía más de lo que se puede desear o se convertía

en un cero a la izquierda.

Y Dodd no iba a ser un cero a la izquierda. Sería el señor de Gawilghur y el terror de la India.

En cuanto derrotaran a los casacas rojas.

—¿Esto es lo mejor que pudo conseguir, Sharpe? —inquirió Torrance, al tiempo que echaba un vistazo por la habitación principal de la casa requisada.

—No, señor —respondió Sharpe—. Había una casa muy bonita calle arriba. Con un gran patio sombreado, un par de estanques, una fuente y un grupo de bailarinas, pero pensé que preferiría la vista que hay desde estas ventanas.

—El sarcasmo no es apropiado para un alférez —dijo Torrance, y dejó sus alforjas en el suelo de tierra—. La verdad es que hay muy pocas cosas que sean apropiadas para los alféreces, Sharpe, excepto una humilde devoción por servir a sus superiores. Supongo que esta casa tendrá que bastar. ¿Quién es ésa? —Se estremeció y se quedó mirando a la mujer cuya vivienda ocupaba.

—Vive aquí, señor.

—No, ahora ya no. Deshágase de esta zorra negra y de sus asquerosos hijos. ¡Brick!

Clare Wall dejó atrás la luz del sol y entró con un saco a cuestas.

—¿Señor?

—Estoy hambriento, Brick. Encuentra la cocina. Salimos tarde, Sharpe —explicó Torrance—, y nos hemos perdido la cena.

—Me imagino que es por eso por lo que el general quiere verlo, señor —dijo Sharpe—. No porque se haya perdido la cena, sino porque los suministros no llegaron a tiempo.

Torrance se quedó mirando a Sharpe horrorizado.

—¿Wellesley quiere verme?

—A las seis en punto, señor, en su tienda.

—¡Oh, Dios mío! —Torrance arrojó su sombrero bicornio al otro lado de la habitación—. ¿Sólo porque los suministros llegaron con un poco de retraso?

—Con doce horas de retraso, señor.

Torrance miró a Sharpe y luego rebuscó en el bolsillito del chaleco y sacó un reloj.

—¡Ya son las cinco y media! ¡Que Dios nos ayude! ¿No puede cepillarse la casaca, Sharpe?

—No es a mí a quien quiere ver, señor. Sólo a usted.

—Bueno, pues por narices que nos va a ver a los dos. Endomínguese, Sharpe: uniforme limpio, cabello cepillado, manazas lavadas, cara restregada. —De pronto Torrance frunció el ceño—. ¿Por qué no me dijo que le salvó la vida a Wellesley?

—¿Eso fue lo que hice, señor?

—Lo que quiero decir es que... ¡por Dios, hombre! Debe de estarle agradecido, ¿no? —preguntó Torrance. Sharpe se limitó a encogerse de hombros—. Le salvó la vida —insistió Torrance—, y eso significa que está en deuda con usted, y usted tiene que aprovecharlo. Dígale que no tenemos suficientes hombres para manejar el bagaje como es debido. Interceda por mí, Sharpe, y le devolveré el favor. ¡Brick! ¡Olvídate de la comida! Necesito un cuello limpio, las botas lustradas y el sombrero bien cepillado. ¡Y dale un planchado a la casaca del uniforme!

El sargento Hakeswill apareció por la puerta.

—Su hamaca, señor —le dijo a Torrance, entonces vio a Sharpe y una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro—. ¡Mira quién está aquí! ¡Sharpy!

Torrance se dio media vuelta y se dirigió al sargento.

—¡El señor Sharpe es un oficial, Hakeswill! ¡En esta unidad acatamos el decoro!

—Se me olvidó por completo al tratarse de un viejo compañero, señor —repuso Hakeswill con el rostro tembloroso—. Señor Sharpe, siempre es un inmenso placer verle, señor.

—Cabrón embustero —dijo Sharpe.

—¿Y los oficiales no tienen que acatar el decoro, señor? —le preguntó Hakeswill a Torrance, pero el capitán había salido en busca de su criado nativo que estaba a cargo del equipaje. Hakeswill volvió a mirar a Sharpe—. Estoy predestinado a estar con usted, Sharpy.

—Manténgase alejado de mi camino, Obadiah —dijo Sharpe—, o le rebanaré el pescuezo.

—¡No se me puede matar, Sharpy, no se me puede matar! —El rostro de Hakeswill se contrajo con una serie de tics—. Es lo que dicen las escrituras. —Miró a Sharpe de arriba abajo y movió la cabeza compungido—. He visto cosas mejores colgando del rabo de las ovejas. Usted no es un oficial, Sharpy, usted es una maldita vergüenza.

Torrance volvió a entrar en la casa gritándole a su criado que cubriera las ventanas con muselina, después se dio la vuelta y fue corriendo hacia la cocina para acosar a Clare. Tropezó con la mochila de Sharpe y soltó una maldición.

—¿De quién es esto?

—Mío —respondió Sharpe.

—¿No estará pensando en alojarse aquí, verdad, Sharpe?

—Es un lugar tan bueno como cualquiera, señor.

—Me gusta tener intimidad, Sharpe. Búsquese otro sitio. —De repente Torrance recordó que estaba hablando con un hombre que podía tener influencia con Wellesley—. Si es usted tan amable, Sharpe. Es que no puedo soportar la aglomeración. Es una desgracia, lo sé, pero es así. Necesito estar solo, es mi naturaleza. ¡Brick! ¿Te dije

que me cepillaras el sombrero? Y habría que peinar un poco el penacho.

Sharpe recogió su mochila y salió al pequeño jardín donde Ahmed estaba afilando su nuevo *tulwar*. Clare Wall lo siguió hacia la luz del sol, murmuró algo entre dientes y luego se sentó y empezó a lustrar las botas de Torrance.

—¿Por qué diablos sigue con él? —le preguntó Sharpe.

Ella interrumpió lo que estaba haciendo para mirar a Sharpe. Tenía unos párpados extrañamente caídos que daban a su rostro un aire de delicado misterio.

—¿Qué otro remedio me queda? —preguntó ella, y siguió lustrando las botas.

Sharpe se sentó a su lado, cogió la otra bota y la untó de betún.

—¿Y qué va a hacer él si usted se larga?

Ella se encogió de hombros.

—Le debo dinero.

—¡Y un cuerno! ¿Cómo va a deberle dinero?

—Él nos trajo aquí a mi marido y a mí —explicó—, nos pagó el pasaje desde Inglaterra. Acordamos que estaríamos tres años. Pero Charlie murió. —Volvió a hacer una pausa y de pronto los ojos le brillaron, se sorbió la nariz y empezó a lustrar la bota obsesivamente.

Sharpe la miró. Tenía los ojos oscuros, un cabello negro y rizado y un largo labio superior. Si no estuviera tan cansada y no fuera tan desgraciada, pensó él, sería una mujer muy bonita.

—¿Cuántos años tiene, señora?

Ella le dirigió una mirada escéptica.

—¿Y quién es su mujer de Seringapatam?

—Es francesa —dijo Sharpe—. Una viuda, como usted.

—¿Viuda de un oficial? —preguntó Clare. Sharpe dijo que sí con la cabeza—. ¿Y va a casarse con ella? —quiso saber Clare.

—Nada de eso —respondió Sharpe.

—¿Entonces qué va a hacer? —preguntó ella.

—La verdad es que no lo sé —dijo Sharpe. Escupió en un lado de la bota y frotó la baba con el trapo.

—¿Pero a usted le gusta? —preguntó Clare, al tiempo que sacaba la tierra de la espuela. Pareció avergonzarse de haber planteado la cuestión, pues se apresuró a cambiar de tema—. Tengo diecinueve años —dijo—, pero casi veinte.

—Entonces tiene edad suficiente como para consultar con un abogado —dijo Sharpe—. No está obligada a trabajar para el capitán. Para eso hay que firmar papeles, ¿no es cierto? O hacer tu marca en un papel. Así es como se hacía en la inclusa en la que me abandonaron. ¡Querían convertirme en deshollinador, eso querían! ¡Por todos los demonios! Pero si no ha firmado ningún papel que la obligue a trabajar tendría que hablar con un abogado.

Clare interrumpió lo que estaba haciendo y se quedó mirando fijamente un triste árbol que había en el centro del patio y que se estaba muriendo por falta de agua.

—Hace un año quería casarme —dijo en voz baja—, y eso mismo fue lo que me dijo Tom. Se llamaba Tom, ¿sabe? Era un soldado de caballería. Era muy joven.

—¿Qué ocurrió?

—La fiebre —respondió débilmente—. Pero de todas formas no habría funcionado. Torrance nunca habría permitido que me casara. —Empezó a sacarle brillo a la bota de nuevo—. Dijo que antes me vería muerta. —Sacudió la cabeza—. ¿Y de qué serviría ver a un abogado? ¿Cree que un abogado hablaría conmigo? A los abogados les gusta el dinero, y ¿conoce usted a algún abogado en la India que la Compañía no tenga metido en el bolsillo? Claro que —miró hacia la casa para asegurarse de que no la oía nadie— él tampoco tiene dinero. Recibe una asignación de su tío y su paga de la Compañía, pero se lo gasta todo jugando, aunque siempre parece encontrar más. —Hizo una pausa—. ¿Y qué iba a hacer si me marchaba? —Dejó la pregunta en el cálido aire y luego movió la cabeza en señal de negación—. Estoy a kilómetros de distancia de mi casa, maldita sea. No sé. Al principio era bueno conmigo. ¡Me caía bien! Entonces no lo conocía, ¿sabe? —Apenas logró esbozar una sonrisa—. Es gracioso, ¿no le parece? Piensas que porque alguien es un caballero y el hijo de un clérigo ya tiene que ser amable. Pero no lo es. —Cepilló enérgicamente la borla de la bota—. Y la cosa ha empeorado desde que conoció a Hakeswill. Lo detesto. —Suspiró—. Sólo tienen que pasar catorce meses —dijo cansinamente— y habré pagado la deuda.

—¡Diablos, no! —dijo Sharpe—. Aléjese de ese cabrón.

Ella cogió el sombrero de Torrance y empezó a cepillarlo.

—No tengo familia —dijo ella—, ¿adonde iba a ir?

—¿Es huérfana?

Ella asintió con un movimiento de la cabeza.

—Conseguí trabajo como empleada doméstica en casa del tío de Torrance. Allí conocí a Charlie. Era soldado de infantería. Entonces el señor Henry, que es su tío, ¿sabe?, dijo que teníamos que incorporarnos al servicio doméstico del capitán. Charlie se convirtió en el ayuda de cámara del capitán Torrance. Aquello fue una mejora. Y cobrábamos más, sólo que no nos pagó, ni una vez desde que llegamos a Madras. Dijo que teníamos que costearnos el pasaje.

—¿Qué demonios está haciendo, Sharpe? —Torrance había salido al jardín—. ¡Se supone que usted no tiene que limpiar botas! ¡Es un oficial!

Sharpe le lanzó la bota a Torrance.

—Se me olvida, señor.

—Si tiene que limpiar botas, Sharpe, empiece con las tuyas. ¡Por Dios, hombre! ¡Parece usted un calderero!

—El general ya me ha visto con peor aspecto —dijo Sharpe—. Además, a él no le importa cómo vayan los soldados, señor, siempre que hagan su trabajo como es debido.

—¡Yo hago mi trabajo como es debido! —Torrance se molestó ante aquella implicación—. Lo que pasa es que necesito más personal. ¡Dígaselo, Sharpe, dígaselo! ¡Dame ese sombrero, Brick! Llegamos tarde.

La verdad es que Torrance llegó pronto a la tienda del general y tuvo que esperar bajo el sol de la tarde.

—¿Qué le dijo exactamente el general cuando me mandó llamar? —le preguntó a Sharpe.

—Mandó a un ayudante de campo, señor. Al capitán Campbell. Quería saber dónde estaban los pertrechos.

—¿Le dijo que estaban en camino?

—Le dije la verdad, señor.

—¿Que era?

—Que no tenía ni pajolera idea de dónde estaban.

—¡Oh, Dios! Gracias, Sharpe, muchas gracias. —Torrance tiró de su fajín para que la seda cayera con más elegancia—. ¿Usted sabe lo que es la lealtad?

Antes de que Sharpe pudiera responder se apartaron los faldones de la tienda y el capitán Campbell agachó la cabeza y salió a la luz del sol.

—¡No esperaba verle, Sharpe! —exclamó cordialmente, al tiempo que le tendía la mano.

Sharpe se la estrechó.

—¿Cómo está usted, señor?

—Atareado —respondió Campbell—. No tiene que entrar si no quiere.

—Sí que quiere —terció Torrance.

Sharpe se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —dijo, y agachó la cabeza para entrar en la amarillenta luz del interior de la tienda mientras Campbell apartaba el faldón.

El general estaba en mangas de camisa, sentado frente a una mesa cubierta con los esbozos que el comandante Blackiston había hecho del puente de tierra que conducía a Gawilghur. Blackiston estaba a su lado, cansado y manchado del viaje, en tanto que un comandante de los Ingenieros Reales de aspecto irascible se hallaba de pie dos pasos detrás de la mesa. Si el general se sorprendió al ver a Sharpe no dio muestras de ello, sino que volvió a dirigir la mirada a los dibujos.

—¿Cuál es la anchura del acceso? —preguntó.

—Unos quince metros en su parte más estrecha, señor. —Blackiston dio unos golpecitos en uno de los bocetos—. La anchura es suficiente durante gran parte del acceso, de unos doscientos o trescientos metros, pero justo aquí hay un depósito que

restringe el camino cruelmente. Un barranco a la izquierda, un depósito a la derecha.

—A un lado tienes una caída mortal —dijo el general— y al otro te ahogas. Y sin duda los quince metros de en medio estarán cubiertos por sus cañones, ¿no?

—Colmados de ellos, señor. Debe de haber unos veinte cañones pesados mirando hacia el cuello del acceso, y sabe Dios qué cantidad de piezas más pequeñas.

Wellesley retiró los tinteros que habían servido de pisapapeles y los esbozos se enrollaron con un ruido seco.

—Sin embargo, no existen muchas alternativas, ¿no es cierto? —preguntó.

—Ninguna, señor.

Wellesley levantó la vista de pronto y sus ojos se vieron muy azules en la media luz de la tienda.

—El convoy de suministros lleva doce horas de retraso, capitán. ¿Por qué? —Lo dijo en tono calmado, pero hasta Sharpe sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

Torrance, que sostenía el sombrero bicornio debajo del brazo izquierdo, estaba sudando.

—Yo... yo... —dijo, demasiado nervioso como para hablar adecuadamente, pero entonces respiró hondo—. Estaba enfermo, señor, no pude supervisar las cosas como era debido y mi administrativo no entregó los recibos. Un hecho de lo más lamentable, señor, y puedo asegurarle que no volverá a ocurrir.

El general se quedó mirando a Torrance en silencio durante unos segundos.

—El coronel Wallace le cedió al alférez Sharpe como ayudante, ¿no es así? ¿Acaso Sharpe tampoco cumplió sus órdenes?

—Había mandado al señor Sharpe por delante, señor —dijo Torrance. En aquellos momentos el sudor le resbalaba por el rostro y le goteaba por la barbilla.

—¿Y por qué no cumplió con su obligación el administrativo?

—Fue una traición, señor —respondió Torrance.

Aquella respuesta sorprendió a Wellesley, tal como era la intención. Dio unos golpecitos con el lápiz en el borde de la mesa.

—¿Traición? —preguntó en voz baja.

—Por lo visto el administrativo estaba compinchado con un mercader, señor, y le había estado vendiendo suministros. Y esta mañana, señor, cuando debía entregar los recibos, estaba ocupado en sus propios asuntos.

—¿Y usted estaba demasiado enfermo como para descubrir su traición?

—Sí, señor —contestó Dodd en tono casi suplicante—. Al principio sí, señor.

Wellesley observó a Torrance durante unos silenciosos segundos y el capitán tuvo la incómoda sensación de que aquellos ojos azules veían el interior de su alma.

—Y dígame, ¿dónde está ahora ese administrativo traidor, capitán? —preguntó Wellesley al fin.

—Lo ahorcamos, señor —respondió Torrance, y Sharpe, que no se había enterado

de la muerte de Dilip, se lo quedó mirando boquiabierto.

El general dio una palmada en la mesa, cosa que hizo que Torrance se sobresaltara, alarmado.

—Parece usted muy aficionado a ahorcar a la gente, capitán Torrance, ¿no?

—Un remedio necesario para el hurto, señor, como usted mismo dejó claro.

—¿Yo, señor? ¿Yo? —la voz del general, cuando se enfadaba, no aumentaba de volumen, sino que se hacía más precisa y, por consiguiente, más escalofriante—. La orden general que autoriza a aplicar la inmediata pena de muerte en la horca por robo, capitán, solamente es aplicable a los hombres uniformados. Únicamente a soldados del Rey y de la Compañía. No se aplica a los chiles. ¿Tenía familia el fallecido?

—No, señor —dijo Torrance. En realidad no sabía la respuesta, pero decidió que sería mejor decir que no que recurrir a evasivas.

—Si la tiene, capitán —dijo Wellesley en voz baja—, y si se quejan, entonces no tendré más remedio que someterlo ajuicio, y tenga por seguro, señor, que dicho juicio tendrá lugar ante los tribunales chiles.

—Pido disculpas, señor —dijo Torrance con fría formalidad—, por mi exceso de celo.

El general se quedó callado unos instantes.

—Así que se han perdido suministros... —dijo al cabo de unos momentos.

—Sí, señor —asintió débilmente Torrance.

—Sin embargo, usted no informó de los robos, ¿verdad? —dijo Wellesley.

—No creí que deseara que lo molestaran con cada contratiempo, señor —replicó Torrance.

—¡Contratiempo! —exclamó Wellesley con brusquedad—. ¿Roban los mosquetes y usted lo llama contratiempo? Con semejantes contratiempos, capitán Torrance, se pierden guerras. En el futuro informará a mi estado mayor cada vez que tenga lugar un expolio. —Clavó la mirada en Torrance unos segundos y luego miró a Sharpe—. El coronel Huddleston me ha dicho que fue usted, Sharpe, quien descubrió los suministros desaparecidos, ¿no?

—Todos menos los mosquetes, señor. Siguen desaparecidos.

—¿Cómo supo dónde buscarlos?

—El administrativo del capitán Torrance me dijo dónde podía comprar suministros, señor. —Sharpe se encogió de hombros—. Me imaginé que serían los artículos perdidos, señor.

Wellesley soltó un gruñido. La respuesta de Sharpe parecía confirmar las acusaciones de Torrance, y el capitán le dirigió a Sharpe una mirada de agradecimiento. Wellesley se dio cuenta de aquella mirada y dio unos golpes en la mesa para que Torrance le prestara atención.

—Es una lástima, capitán, que no hayamos podido interrogar al mercader antes de

que usted lo ejecutara de manera tan inmediata. ¿Puedo suponer que interrogó usted al administrativo?

—Mi sargento lo hizo, señor, y el desgraciado confesó haberle vendido material a Naig. —Torrance se ruborizó al mentir, pero hacía tanto calor en la tienda y estaba sudando de manera tan copiosa que el rubor pasó inadvertido.

—¿Su sargento? —preguntó Wellesley—. ¿Se refiere a su *havildar*?

—Sargento, señor —respondió Torrance—. Lo heredé del capitán Mackay, señor. El sargento Hakeswill.

—¡Hakeswill! —exclamó el general, asombrado—. ¿Qué diablos hace todavía aquí? ¡Tendría que estar de vuelta con su regimiento!

—Se quedó, señor —dijo Torrance—, con dos de sus hombres. Sus otros dos soldados murieron, señor, por la fiebre. Y no tenía órdenes alternativas, señor, y era demasiado útil como para dejarlo ir, señor.

—¡Útil! —dijo Wellesley. Había sido oficial al mando del 33.º, el regimiento de Hakeswill, y conocía bien al sargento. Movi6 la cabeza—. Si le parece útil, Torrance, entonces puede quedarse hasta que caiga Gawilghur. Pero después deberá volver a su regimiento. ¿Se asegurará de que sea así, Campbell?

—Sí, señor —dijo el ayudante de campo—. Pero creo que algunos miembros del 33.º vienen de camino, señor, por lo que el sargento puede regresar con ellos.

—¿Que viene el 33.º? —preguntó Wellesley, extrañado—. Yo no ordené tal cosa.

—Es sólo una compañía, señor —explicó Campbell—. Creo que el cuartel general la asignó como escolta de un convoy.

—No hay duda de que nos vendrá bien —comentó el general de mala gana—. ¿Le resulta incómodo, Sharpe? ¿Servir con Hakeswill? —No era de esperar que los oficiales que eran ascendidos de la tropa sirvieran con sus antiguos regimientos, y estaba claro que Wellesley se preguntaba si a Sharpe le era violento estar con sus antiguos compañeros—. Me atrevería a decir que se las arregla —dijo el general sin esperar una respuesta—. Normalmente lo hace. Wallace me ha dicho que lo ha recomendado para los Rifles, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Eso podría ser apropiado para usted, Sharpe. Muy apropiado. Mientras tanto, cuanto más aprenda sobre suministros, mejor. —La fría mirada volvió a dirigirse a Torrance, aunque al parecer el general seguía hablando con Sharpe—. En este ejército existe la idea equivocada de que los pertrechos tienen poca importancia y sin embargo las guerras se ganan con un suministro eficiente más que con actos de gallardía. Motivo por el cual no quiero que haya más retrasos.

—No habrá ninguno, señor —se apresuró a decir Torrance.

—Y si los hay —dijo Wellesley—, se celebrará un consejo de guerra. Puede contar con ello, capitán. ¿Comandante Elliott? —El general se dirigió al ingeniero

que hasta aquel momento había sido un espectador de la turbación de Torrance—. Dígame lo que necesita para construir nuestro camino, comandante.

—Un centenar de bueyes —dijo Elliott con acritud—, y no quiero esas bestias suyas con exostosis, Torrance. Quiero un centenar de excelentes bueyes de Mysore para llevar troncos y piedras para el camino. Voy a necesitar cada día una cantidad de arroz suficiente para medio batallón de cipayos y un número equivalente de zapadores.

—Por supuesto, señor —dijo Torrance.

—Y me lo voy a llevar a él —Elliott: señaló a Sharpe con el índice—, porque necesito una persona a cargo de los bueyes que sepa lo que hace.

Torrance abrió la boca para protestar, pero fue lo bastante sensato como para volverla a cerrar. Wellesley miró a Sharpe.

—Estará a las órdenes del comandante Elliott, Sharpe. Reúnase con él mañana al amanecer, con los bueyes, y usted, capitán Torrance, se asegurará de que los suministros diarios vayan camino arriba cada amanecer. Y no quiero más ahorcamientos sumarios.

—Claro que no, señor. —Torrance, aliviado al haber escapado con tan leve castigo, agachó la cabeza en una torpe reverencia.

—Que tengan un buen día los dos —dijo el general agriamente, y se quedó mirando mientras los dos oficiales abandonaban la tienda. Se frotó los ojos y reprimió un bostezo—. ¿Cuánto se tardará en abrir camino, Elliott?

—¿Dos semanas? —sugirió el comandante.

—Tiene usted una semana. ¡Una semana! —El general se adelantó a la protesta de Elliott—. Que tenga un buen día, Elliott.

El ingeniero iba refunfuñando cuando agachó la cabeza y salió a la debilitada luz del día. Wellesley hizo una mueca.

—¿Se puede confiar en Torrance? —preguntó.

—Proviene de una buena familia, señor —dijo Blackiston.

—Igual que Nerón, si mal no recuerdo —replicó Wellesley—. Pero al menos Torrance tiene a Sharpe, y aunque Sharpe no sirva para oficial, tiene todos los ingredientes para ser un buen sargento. Hizo bien encontrando esos suministros.

—Muy bien, señor —dijo Campbell calurosamente.

Wellesley se reclinó en su silla. Por su rostro cruzó una expresión de desagrado al recordar aquel terrible momento en el que lo habían derribado del caballo en Assaye. No se acordaba muy bien del incidente porque había quedado aturdido, pero sí recordaba haber visto a Sharpe matando con una ferocidad que lo había dejado pasmado. Le disgustaba estar en deuda con semejante individuo, pero el general sabía que no estaría vivo si Sharpe no hubiera arriesgado su propia vida.

—No tendría que haberle otorgado una oficialía a Sharpe —comentó con

arrepentimiento—. Un hombre como él hubiera estado completamente satisfecho con una recompensa monetaria. Una recompensa fungible. Eso es lo que quieren nuestros soldados, Campbell, algo que puedan convertir en ron o *arrack*.

—Parece un hombre sobrio, señor —dijo Campbell.

—¡Probablemente sea porque no puede permitirse el lujo de comprarse bebida! Los comedores de oficiales son unos lugares condenadamente caros, Campbell, como usted muy bien sabe. Recompensa a Sharpe sumiéndolo en las deudas, ¿eh? Y sabe Dios si en los Fusileros será algo más barato. No me imagino que lo sea. El necesita algo fungible, Campbell, algo fungible. —Wellesley se dio la vuelta y hurgó en las alforjas que había apiladas detrás de su silla. Sacó el nuevo antejo con el ocular plano que le habían regalado los mercaderes de Madras—. Busque a un orfebre entre los seguidores del campamento, Campbell, y vea si puede reemplazar esa placa dorada.

—¿Con qué, señor?

Con nada que fuera demasiado florido, pensó el general, porque el catalejo seguramente iba a ser empeñado para pagar cuentas del comedor de oficiales o para comprar ginebra.

—Con otra que diga: «Con gratitud, A. W.» —dijo—, y añada la fecha de Assaye. Luego se lo entrega a Sharpe con mis cumplidos.

—Es muy generoso por su parte, señor —dijo Campbell, al tiempo que cogía el catalejo—, pero tal vez sería mejor que se lo entregara usted mismo, ¿no?

—Tal vez, tal vez. ¡Blackiston! ¿Dónde situamos los cañones? —El general desenrolló los esbozos—. Velas —ordenó, pues empezaba a oscurecer rápidamente.

Las sombras se alargaron, se unieron y se convirtieron en noche por todo el campamento británico. Se encendieron las velas, se colgaron los faroles de las cumbreras y las hogueras se alimentaron con estiércol de buey. Los piquetes miraban fijamente hacia la oscuridad sumidos en la penumbra, pero hubo algunos que, al levantar la mirada, vieron que muy por encima de ellos, en lo más alto de los precipicios, todavía era de día y que allí, como en el hogar de los dioses, los muros de una fortaleza aparecían con una mortífera negrura donde Gawilghur aguardaba su llegada.

Capítulo 5

La construcción de la primera parte del camino fue bastante fácil, dado que el sendero existente ascendía serpenteando por las cuestas menos empinadas de las estribaciones, pero el primer día el comandante Elliott ya lo veía todo negro.

—¡No puede hacerse en una semana! —refunfuñó el ingeniero—. ¡Ese hombre está loco! Espera milagros. La Escalera de Jacob, eso es lo que quiere. —Echó un vistazo morboso a los bueyes de Sharpe, todos ellos unas excelentes bestias de Mysore que llevaban los cuernos pintados con colores vivos y de los que colgaban borlas y campanillas—. Nunca me ha gustado trabajar con bueyes —se quejó Elliott—. ¿Ha traído algún elefante?

—Puedo pedirlos, señor.

—No hay nada como un elefante. Muy bien, Sharpe, cargue las bestias con piedras pequeñas y vaya siguiendo el sendero hasta que me alcance. ¿Lo ha entendido? —Elliott se encaramó al caballo y acomodó los pies en los estribos—. Un maldito milagro, eso es lo que quiere —gruñó el comandante, y a continuación espoleó a su montura y avanzó hacia el sendero.

—¡Elliott! —llamó alarmado el comandante Simons, que estaba al mando del medio batallón de cipayos que protegían a los zapadores mientras construían el camino—. ¡No he hecho un reconocimiento del terreno que hay detrás de ese pequeño altozano! El que tiene los dos árboles.

—No puedo esperar a que sus hombres se despierten, Simons. Tengo que construir un camino en una semana.

No puede hacerse, por supuesto, pero debemos mostrarnos dispuestos. ¡Pinckney! Necesito un *havildar* y unos cuantos tipos robustos para llevar estacas. Dígales que me sigan.

El capitán Pinckney, el oficial al mando de los zapadores de la Compañía de las Indias Orientales, escupió en el arcén.

—Es una maldita pérdida de tiempo.

—¿El qué? —preguntó Sharpe.

—¡Marcar la ruta con estacas! Seguimos el sendero, naturalmente. Los condenados nativos llevan siglos subiendo y bajando estas montañas. —Se dio la vuelta y le gritó a un *havildar* que organizara un grupo para seguir a Elliott colina arriba, luego puso al resto de sus hombres a cargar las alforjas de los bueyes con piedras pequeñas.

A pesar de los recelos de Elliott, el camino avanzó a buen ritmo y al cabo de tres días los zapadores despejaron un espacio entre los árboles para establecer un improvisado parque de artillería donde los cañones de asedio podían esperar hasta que se construyera el resto del camino. Sharpe estaba atareado y, en consecuencia,

feliz. Simons y Pinckney le caían bien, e incluso Elliott resultó ser una persona afable. El comandante se había tomado como un desafío las exigencias de Wellesley en cuanto a que el camino estuviera hecho en una semana y presionaba mucho a los zapadores.

El enemigo parecía estar dormido. Elliott se adelantaba para reconocer la ruta y ni una sola vez vio a un maharatta.

—Idiotas —dijo Elliott una noche junto al fuego—, ¿podrían retenernos aquí durante meses!

—Aun así, no debería alejarse tanto de mis piquetes —le recriminó Simons al comandante.

—Deje de preocuparse, hombre —dijo Elliott, y a la mañana siguiente, como siempre, cabalgó por delante para supervisar la jornada de trabajo.

Aquella mañana Sharpe estaba otra vez llevando piedras camino arriba. Caminaba a la cabeza de su caravana de bueyes por el tramo de madera que pasaba por encima del recién creado parque de artillería. El calor del día se iba intensificando y apenas corría el viento en los espesos bosques de tecas y alcornoques que cubrían las bajas colinas. Los grupos de zapadores talaban árboles cuando éstos podían obstruir el avance de una cureña y de vez en cuando Sharpe se encontraba con una de las estacas encaladas que indicaban la ruta marcada por Elliott. Sonaron unos disparos más adelante, pero Sharpe no les prestó atención. Los valles de las tierras altas se habían convertido en uno de los campos de caza favoritos de los *shikaris*, los cuales utilizaban redes, cepos y antiguos fusiles de mecha para matar liebres, jabalíes, ciervos, codornices y perdices que después vendían a los oficiales, y Sharpe supuso que algún grupo de cazadores se hallaba cerca del sendero, pero al cabo de unos segundos los disparos se intensificaron. Las gruesas hojas amortiguaban el sonido de la mosquetería que, por un momento, fue constante, casi como en batalla, y que cesó de forma tan repentina como se había iniciado.

Sus arrieros se habían detenido, el tiroteo los había puesto nerviosos.

—¡Vamos! —los animó Sharpe. Ninguno de ellos hablaba inglés y Sharpe no tenía ni idea de cuál era su idioma, pero eran unos hombres de natural bondadoso, con muchos deseos de complacer, y aguijonearon a sus muy cargados bueyes para que siguieran adelante. Ahmed se había descolgado el mosquete y miraba hacia delante con ojos escrutadores. De repente se llevó el arma al hombro y Sharpe se la bajó de un empujón antes de que el chico pudiera apretar el gatillo—. Son de los nuestros —le dijo al muchacho—. Son cipayos.

Una docena de cipayos regresaban a toda prisa por entre los árboles. El comandante Simons iba con ellos y, a medida que se acercaban, Sharpe vio que aquellos hombres llevaban una improvisada camilla hecha con ramas de árbol y

casacas.

—Es Elliott. —Simons se detuvo junto a Sharpe mientras sus hombres se apresuraban a seguir adelante—. Ese maldito idiota ha recibido una herida en el pecho. No sobrevivirá. El imbécil se había adelantado demasiado. Le dije que no se aventurara por delante de los piquetes. —Simons se sacó un pañuelo andrajoso de la manga y se limpió el sudor de la cara—. Un ingeniero menos. —Sharpe miró a Elliott que, por fortuna, se hallaba inconsciente. Tenía el rostro pálido y una sangre que tiraba a rosa le burbujeaba en los labios con cada una de sus fatigosas respiraciones—. No llegará a mañana —dijo Simons con crudeza—, pero supongo que debemos llevarlo con los cirujanos.

—¿Dónde está el enemigo? —preguntó Sharpe.

—Huyeron —contestó Simons—. Media docena de esos hijos de puta esperaban emboscados. Dispararon a Elliott y se llevaron sus armas, pero al vernos salieron corriendo.

Aquella tarde murieron tres *shikaris* emboscados en los altos bosques, y durante la noche, cuando los hombres que construían el camino acamparon en uno de los valles cubiertos de hierba de las tierras altas, hubo algunos disparos procedentes de un bosque vecino. Las balas pasaron silbando por encima de las cabezas, pero ninguna de ellas dio en el blanco. Los piquetes respondieron abriendo fuego hasta que un *havildar* les gritó que dejaran de disparar. El capitán Pinckney movió la cabeza en señal de negación.

—Ya me parecía demasiado bueno para que durara tanto —dijo con pesimismo—. Ahora va a ser un trabajo lento. —Atizó el fuego alrededor del cual estaban sentados media docena de oficiales.

El comandante Simons sonrió.

—Si yo fuera el enemigo —dijo—, atacaría a los bueyes del señor Sharpe en lugar de atacar a los ingenieros. Si nos cortaran la línea de suministros nos causarían un verdadero perjuicio.

—No sirve de nada disparar a los ingenieros —coincidió Pinckney—. De todos modos, no necesitamos a los Ingenieros Reales. Llevamos años haciendo caminos. Los tipos de las casacas azules no hacen más que estorbar. Pero claro, aun así nos mandarán a otro.

—Si es que queda alguno —terció Sharpe. La campaña había sido fatídica para los ingenieros. Dos habían muerto al hacer estallar los cañones enemigos en Assaye, otros tres tenían fiebre y ahora Elliott o se estaba muriendo o estaba ya muerto.

—Encontrarán a uno —rezongó Pinckney—. Si hay algo que el ejército del Rey no necesita puedes estar seguro de que tendrán una cantidad sustancial de ello.

—¿Acaso el ejército de la Compañía es mejor? —preguntó Sharpe.

—Lo es —respondió el comandante Simons—. Nosotros trabajamos para un

patrón más severo que el suyo, Sharpe. Se llama contabilidad. Ustedes luchan para obtener victorias, nosotros luchamos para obtener beneficios. En la calle Leadenhall no van a pagar por unos ingenieros de campanillas con casacas azules cuando pueden contratar a sencillos soldados como nosotros por la mitad del coste.

—A mí sí que podrían pagarme —dijo Sharpe—. Soy de lo más barato que hay.

A la mañana siguiente Simons mandó a una línea de piquetes por delante de los grupos de trabajo, pero ningún mahratta se opuso a los zapadores, que en aquellos momentos estaban ensanchando el sendero en un punto en el que ascendía tortuoso por una cuesta empinada y desnuda cubierta de piedras. El sendero era muy antiguo, generaciones de viajeros lo habían ido marcando en las colinas, pero nunca lo habían utilizado los carros y mucho menos los cañones pesados. Los mercaderes que querían subir sus artículos por la escarpadura habían utilizado el camino que conducía directamente a la puerta Sur de la fortaleza, en tanto que aquel sendero que serpenteaba a lo largo de kilómetros hacia el este de Gawilghur era poco más que una serie de veredas que conectaban los valles de las tierras altas donde había pequeñas granjas construidas con madera cortada de la jungla. Se suponía que era tierra de tigres, pero Sharpe no vio ninguna de esas bestias. Al amanecer había regresado a Deogaum en busca de arroz para los cipayos y luego se había pasado las cuatro horas siguientes trepando de nuevo hasta donde estaban trabajando los zapadores. Al principio estaba nervioso, tanto por los tigres como por el temor a una emboscada enemiga, pero lo peor que le sucedió fue una serie de temporales de lluvia que barrieron las montañas y lo dejaron empapado.

La lluvia cesó cuando Sharpe llegó junto a los grupos de trabajo que estaban llevando el camino a través de una pequeña cresta. Pinckney estaba colocando una carga de pólvora que aflojaría la roca y le permitiría evitar un kilómetro y medio de tortuoso sendero. Su criado le trajo una taza de té que Sharpe bebió sentado en una piedra. Miró hacia el sur y contempló las cortinas de lluvia gris que recorrían la llanura.

—¿Wellesley dijo algo acerca de mandar a un nuevo ingeniero? —le preguntó el comandante Simons.

—Me limité a recoger el arroz, señor —dijo Sharpe—. No vi al general.

—Yo creía que era amigo suyo —comentó Simons con acritud.

—Eso es lo que piensa todo el mundo —replicó Sharpe— menos él y yo.

—¿Pero le salvó la vida?

Sharpe se encogió de hombros.

—Supongo que sí. O eso o evité que lo capturaran.

—Y mató a unos cuantos hombres al hacerlo, según he oído, ¿no?

Sharpe miró al alto Simons con cierta sorpresa, pues no había caído en la cuenta de que su hazaña había llegado a oídos de todo el mundo.

—No lo recuerdo muy bien.

—Ya me lo imagino. Aun así —dijo Simons—, es un triunfo personal, ¿no?

—No creo que Wellesley piense lo mismo —repuso Sharpe.

—Ahora es usted un oficial del rey, Sharpe —le dijo Simons con envidia. Como oficial de la Compañía de las Indias Orientales se hallaba atrapado en su engorroso sistema de ascenso—. Si Wellesley prospera se acordará de usted.

Sharpe se rió.

—Lo dudo, señor. Él no es de esa clase de personas. —Volvió de nuevo la vista hacia el sur porque Ahmed había lanzado un grito de advertencia en árabe. El chico señalaba cuesta abajo y Sharpe se puso de pie para poder ver por encima de la cima de la ladera. Muy por debajo de él, por allí donde el camino atravesaba uno de los exuberantes valles, se acercaba un pequeño grupo de jinetes entre los cuales había uno que llevaba una casaca azul—. ¡Son amigos, Ahmed! —le gritó—. Parece que es el nuevo ingeniero —le dijo Sharpe a Simons.

—Pinckney estará encantado —comentó Simons con sarcasmo.

Pinckney se acercó para examinar al grupo que se aproximaba a través de su anteojo y al ver la casaca azul de los Ingenieros Reales escupió.

—Otro cabrón entrometido que me va a descubrir el agua caliente —dijo—. Hagamos estallar la carga antes de que llegue, de lo contrario nos dirá que lo estamos haciendo todo mal.

Una multitud de cipayos sonrientes esperaban expectantes alrededor del extremo de la mecha. Pinckney prendió una llama, la aplicó a la mecha de combustión rápida y luego observó las chispas humeantes que avanzaban hacia la distante carga. La estela de humo se desvaneció en la hierba y Sharpe tuvo la impresión de que la mecha se había apagado sola, pero entonces se oyó un sonido parecido a un violento carraspeo y la pequeña cresta salió impulsada hacia arriba. Tierra y piedras salieron disparadas en medio de una sucia humareda. Los cipayos gritaron con entusiasmo. A Sharpe la explosión le había parecido pequeña, pero cuando el humo y el polvo se disiparon vio que la cresta tenía entonces un profundo corte que el camino podía atravesar para llegar al siguiente valle elevado.

Los zapadores se pusieron a sacar la tierra suelta con las palas y Sharpe se volvió a sentar. Ahmed se puso en cuclillas a su lado.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó Sharpe.

—Yo voy a Inglaterra —dijo Ahmed con esmero.

—No te gustaría. Hace un frío de cojones.

—¿Frío?

—Un frío que pela. —Sharpe imitó un escalofrío, pero estaba claro que eso no significaba nada para el chico árabe.

—Yo voy a Inglaterra —insistió Ahmed.

Al cabo de media hora apareció el nuevo ingeniero justo por debajo de Sharpe. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha, iba montado en un caballo gris y lo seguían tres criados que guiaban unas mulas cargadas con el equipaje. Sharpe pudo distinguir un trípode, un nivel de agrimensor y un enorme tubo de cuero que supuso que contendría un anteojo. El ingeniero se quitó el sombrero y se abanicó el rostro mientras recorría la última curva.

—¡Santo cielo! —exclamó, risueño—. Y gracias a Dios que es el caballo el que tiene que trepar y no yo.

Pinckney se había acercado para saludar al ingeniero y le tendió la mano, al tiempo que el comandante de casaca azul se deslizaba de la silla.

—Soy el capitán Pinckney, señor —se presentó.

—Pinckney, ¿eh? —comentó alegremente—. Conocí a un Pinckney en Hertfordshire. Fabricaba rejas de arado, que eran excelentes, por cierto.

—Mi tío Joshua, señor.

—Entonces usted debe de ser el chico de Hugh, ¿verdad? ¡Es un honor! —le estrechó enérgicamente la mano a Pinckney—. Comandante Stokes, a su servicio, aunque supongo que no me necesita, ¿no es cierto? Usted debe de haber construido más caminos que yo. —El comandante Stokes dirigió la mirada hacia Sharpe, que se había puesto de pie y que entonces sonreía—. ¡Por Dios bendito que está en el cielo! —exclamó Stokes—. ¡No puede ser! ¡Y tanto que lo es! ¡Mi querido Sharpe! Mi querido señor Sharpe. ¡Me he enterado de lo de su ascenso! No podría estar más complacido, mi querido Sharpe. Un oficial, ¿eh?

Sharpe sonrió de oreja a oreja.

—No soy más que un alférez, señor.

—Toda escalera tiene su primer peldaño, Sharpe —dijo Stokes a modo de leve reprobación por la modestia de Sharpe, y acto seguido le tendió la mano—. Seremos compañeros de comedor, tal como dicen en la marina. ¡Mira tú por dónde! ¡Compañeros de comedor nada menos! ¡Y además con Pinckney! Hugh Pinckney forja engranajes de molino, Sharpe. En toda mi vida no he visto a nadie que haga las ruedas dentadas mejor que él. —Le estrechó la mano a Sharpe entre las dos suyas—. Me han arrancado de Seringapatam, Sharpe. ¿No es increíble? Me dijeron que todos los demás ingenieros tenían la sífilis y me mandan aquí justo a tiempo para descubrir que el pobre Elliott ha muerto. Supongo que no debería quejarme. Me va de maravilla para mis perspectivas de ascenso. —Le soltó la mano a Sharpe—. ¡Ah, por cierto! Viajé hacia el norte con algunos de sus viejos compañeros. El capitán Charles Morris y su compañía. No es precisamente la más encantadora de las criaturas, ¿verdad?

—No es uno de mis favoritos, señor —admitió Sharpe. ¡Por Dios! ¿El maldito Morris estaba allí? ¡Primero Hakeswill y ahora Morris!

—Él no quería venir —explicó Stokes—, pero los más altos poderes consideraron

que tenían que protegerme de los impíos, de modo que se empeñaron en ponerme una escolta de infantería. —Se dio la vuelta cuando un traqueteo de disparos sonó más arriba de la escarpadura—. ¡Dios santo! ¿Eso ha sido mosquetería?

—La línea de piquetes, señor —aclaró Pinckney—. El enemigo nos hostiga, pero no atacan directamente.

—Pues deberían hacerlo, deberían hacerlo. ¡Un batallón de tiradores en esas montañas podría mantenernos a raya durante un mes! ¡Bueno, vaya, vaya, Sharpe! ¡Un alférez! —El comandante se volvió hacia Pinckney—. Sharpe y yo llevamos el arsenal de Seringapatam durante cuatro años.

—Lo llevaba usted, señor —dijo Sharpe—. Yo simplemente era su sargento.

—El mejor sargento que tuve nunca —le dijo Stokes a Pinckney con entusiasmo—. Y ya no es «señor» —volvió a dirigirse a Sharpe—, sino John. —Le sonrió—. Fueron cuatro años estupendos, ¿verdad? Los mejores que he tenido nunca, me atrevería a decir. ¡Y ahora mire, es un oficial! Mi querido amigo, no podría estar más encantado. —Olisqueó el aire—. ¿Ha estado volando cosas, Pinckney?

—Abriendo camino a través de esa cresta, señor. Confío en que no le importe que no le esperáramos.

—¿Importarme? ¿Por qué tendría que importarme? Usted siga adelante, amigo mío. Estoy seguro de que conoce su trabajo mejor que yo. ¡Sabe Dios por qué necesitarán aquí a un ingeniero! Probablemente para que sirva de adorno, ¿eh? De todos modos, ya procuraré ser de utilidad. Se me ocurrió que podría trazar el mapa de la escarpadura. Todavía no se ha hecho, ¿sabe? Y por supuesto, Pinckney, si necesita algún consejo pregunte lo que sea, aunque es probable que me haga un lío tratando de hallar una respuesta. —Le dirigió una sonrisa radiante a Pinckney, que estaba encantado, y luego miró hacia el agreste terreno hacia el que conducía el camino—. Es un paisaje estupendo, ¿no es cierto? Es un alivio después de las llanuras. Me recuerda a Escocia.

—Aquí hay tigres, comandante —dijo Sharpe.

—Y en Escocia también hay toda clase de cosas feroces, Sharpe. ¡Una vez me destinaron a Fort William y fue casi como estar en la China más oscura! Fue peor que en Terranova. Y hablando de América, Sharpe, esa joven que me envió se ha marchado allí. Pensé que era algo insólito y le aconsejé que abandonara completamente aquella espantosa idea. Hay osos, le dije, osos feroces, pero no hubo manera de convencerla.

—¿Simone, señor? —preguntó Sharpe, que en un primer momento no creía lo que estaba oyendo y que luego tuvo un terrible presentimiento.

—Una criatura encantadora, en mi opinión. ¡Y mira que quedarse viuda tan joven! —Stokes movió la cabeza de un lado a otro—. Fue a ver a un adivino, uno de esos tipos desnudos que ponen caras raras en el callejón que hay junto al templo

hindú y dijo que le aconsejaron marcharse a un nuevo mundo. Es el colmo, ¿eh?

—Yo creía que me estaba esperando, señor —dijo Sharpe.

—¿Esperándole a usted? Por Dios, no. Dijo que se iba a Luisiana. Se quedó una semana en mi casa, durante la cual yo me mudé, por supuesto, para evitar cualquier escándalo, y luego viajó a Madras con la señora Pennington. ¿Se acuerda de Charlotte Pennington? ¿La viuda del clérigo? No creo que se llevaran demasiado bien, pero su amiga dijo que el adivino fue categórico y por lo tanto optó por marcharse. —El comandante estaba ansioso por contarle a Sharpe las demás noticias de Seringapatam. Iban a cerrar el arsenal, dijo, puesto que la frontera del territorio ocupado por los británicos se hallaba entonces mucho más hacia el norte, pero Stokes se había mantenido ocupado desmantelando las fortificaciones interiores de la ciudad—. Estaba muy mal hecho, Sharpe, un trabajo vergonzoso, totalmente vergonzoso. Las paredes se desmoronaban sólo con tocarlas.

Pero Sharpe no le escuchaba. Estaba pensando en Simone. ¡Se había ido! Probablemente se hallara entonces en Madras, o tal vez ya estuviera a bordo de un barco. Y se había llevado sus joyas. Sólo unas cuantas, cierto, pero las suficientes. Tocó el dobladillo de su casaca en el que llevaba escondidas una buena cantidad del resto de las joyas del Tippoo.

—¿Dejó algún mensaje madame Joubert? —le preguntó a Stokes cuando el comandante hizo una pausa para respirar. ¿Qué esperaba?, se preguntó Sharpe, ¿que acaso Simone quisiera que se reuniera con ella en América?

—¿Mensaje? Ninguno, Sharpe. Demasiado atareada para escribir, me imagino. Es una mujer extremadamente rica, ¿lo sabía? Compró la mitad de la seda cruda de la ciudad, contrató a una veintena de portadores y se largó. Todos los oficiales de la ciudad le dejaban una tarjeta, pero ella no tenía tiempo para ninguno de ellos. ¡Hacia Luisiana! —De pronto Stokes frunció el ceño—. ¿Qué le ocurre, Sharpe? Parece que haya visto un fantasma. ¿No se habrá puesto enfermo?

—No, no. Sólo es que pensé que podría haber escrito.

—¡Oh! ¡Ya entiendo! ¡Se había enamorado de ella! —Stokes sacudió la cabeza—. Lo compadezco, Sharpe, se lo aseguro, pero ¿qué esperanzas podía tener? ¡Una mujer con esa fortuna no mira a tipos como nosotros! Ya lo creo que no. ¡Es rica! Picará alto cuando se case, Sharpe, al menos todo lo alto que una mujer pueda picar en la América francesa.

¡Con esa fortuna, ya lo creo! Simone no tenía dinero, estaba sin un penique cuando Sharpe la conoció, pero él había confiado en ella. ¡Que Dios maldijera a esa zorra franchute! Le había robado una pequeña fortuna.

—No importa —le dijo a Stokes, pero de alguna manera sí que importaba. La traición de Simone fue como una puñalada en el estómago. No era tanto por las joyas, puesto que él se había guardado la mayor parte del botín, sino por las promesas rotas.

Sintió ira, lástima y, por encima de todo, se sintió como un idiota. Un grandísimo idiota. Apartó la mirada de Stokes y la dirigió hacia el sendero donde una docena de bueyes escoltados por dos compañías de cipayos se acercaban penosamente hacia él —. Me llega trabajo —dijo, pues no quería hablar más de Simone.

—Me encontré con esos tipos durante el camino —dijo Stokes—, llevaban pólvora, creo. Me gusta hacer volar las cosas. Y dígame, ¿qué es lo que hace aquí, Sharpe?

—Mantengo el suministro de material a los zapadores, señor, y firmo el registro de todos los convoyes.

—Espero que eso le deje tiempo para ayudarme, Sharpe. Usted y yo juntos de nuevo, ¿eh? Será como en los viejos tiempos.

—Eso estará bien, señor —comentó Sharpe con todo el entusiasmo del que fue capaz, y luego se dirigió hacia el sendero y señaló el lugar donde los arrieros debían dejar sus barriles de pólvora. Los hombres se amontonaron a su alrededor con sus recibos y él sacó un lápiz y garabateó sus iniciales en la esquina de cada uno de ellos, confirmando así que habían completado un viaje y que por lo tanto se les debía.

El último de los hombres también le entregó a Sharpe un papel sellado en el que había su nombre escrito en una magnífica caligrafía.

—Es de parte del administrativo, *sahib* —dijo el hombre, una frase que sin duda había practicado mucho dado que no sabía decir ninguna otra palabra en inglés.

Sharpe rasgó el sello al tiempo que volvía a encaminarse colina arriba. La carta no era del administrativo, sino de Torrance.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Stokes.

—Un hombre llamado Torrance —se quejó Sharpe—. Está a cargo de los bueyes. Quiere que regrese a Deogaum porque le parece que hay recibos falsificados en el campamento.

—En el extremo sur de la India —dijo Stokes—, los llaman *shits*.

Sharpe miró al mayor con un pestañeo.

—¿Cómo dice, señor?

—No debe llamarme «señor», Sharpe. Le juro que es verdad. Yo tenía un criado tamil que no paraba de pedirme que le firmara sus *shits*. Al principio me ponía nervioso, se lo aseguro.

Sharpe hizo una bola estrujando la hoja de papel de Torrance.

—¿Y por qué demonios no puede encargarse Torrance de sus propios *shits*? —preguntó con enojo. Pero ya sabía el motivo. Torrance tenía miedo de otro encuentro con Wellesley, por lo que ahora el capitán seguía el reglamento al pie de la letra.

—No tardará mucho si se lleva mi caballo —dijo Stokes—. Pero manténgalo a un paso regular, Sharpe, porque está cansado. Y haga que lo almohacen y le den de

beber mientras usted soluciona lo de los *shits*.

A Sharpe le conmovió la generosidad de Stokes.

—¿Está seguro?

—¿Para qué están los amigos? ¡Vamos, Richard! Si va a caballo estará de vuelta para la cena. Le diré a mi cocinero que prepare uno de esos *mussallas* que tanto le gustan.

Sharpe dejó su mochila con el bagaje de Stokes. El rubí grande y una veintena de otras piedras estaban en la mochila y Sharpe estuvo medio tentado de llevársela consigo a Deogaum, pero si no podía confiar en Stokes, ¿en quién podía confiar? Intentó persuadir a Ahmed de que se quedara y vigilara el bagaje, pero el chico se negó a separarse de Sharpe y se empeñó en seguirle caminando detrás del caballo.

—Stokes no te hará daño —le dijo Sharpe a Ahmed.

—Soy su *havildar* —insistió Ahmed, al tiempo que sopesaba el mosquete y escudriñaba el paisaje desértico en busca de enemigos. No había ninguno a la vista, pero el gesto de Ahmed hizo que Sharpe se acordara de la muerte de Elliott y se preguntó si debería haber esperado a que el convoy de bueyes regresara de Deogaum, puesto que todos los convoyes tenían una escolta de cipayos o jinetes mercenarios. Se sintió tentado de picar el caballo y ponerlo al trote, pero resistió al impulso.

El peligro se intensificó una vez llegaron a las colinas más bajas. Los jinetes maharatta rastreaban constantemente el perímetro del campamento británico y las patrullas de caballería les daban caza hasta que se alejaban. En dos ocasiones divisó jinetes a lo lejos, pero ninguno de los dos grupos se percató de la presencia de Sharpe, que estaba listo para agarrar a Ahmed, subirlo al caballo y cabalgar para salvar la vida si se veía amenazado. No se relajó hasta que no se encontró con una patrulla de caballería de Madras, a las órdenes de un teniente de la Compañía, que lo escoltó sin ningún percance hasta el campamento.

Deogaum se hallaba ahora rodeada de la gran extensión de tiendas y barracas improvisadas que constituían las viviendas de los soldados y los seguidores del campamento. Un oso bailarín estaba actuando para una multitud de soldados de infantería y el animal le recordó a Sharpe las palabras del comandante Stokes sobre América. ¡Simone! La culpa era suya. Nunca tendría que haber confiado en aquella mujer. Al pensar en su estupidez, Sharpe se sumió en un pésimo humor que no mejoró al ver a dos soldados rasos con casaca roja repatingados en un banco a la puerta de las dependencias de Torrance. Ninguno de los dos soldados se movió cuando Sharpe se deslizó del caballo. Le dio las riendas a Ahmed y por gestos le indicó que tenía que frotar con paja a la yegua y darle de beber.

Los dos casacas rojas se movieron ligeramente como si se dieran por enterados de la presencia de Sharpe, pero ninguno de los dos se levantó. Él los conocía a ambos; en realidad, no mucho tiempo atrás había marchado en las mismas filas que aquellos

dos soldados cuyas casacas tenían las vueltas encarnadas del 33.º. Se llamaban Kendrick y Lowry, y habría sido difícil encontrar dos individuos peores que aquéllos en cualquier compañía ligera. Ambos eran compinches de Hakeswill y habían formado parte del pequeño grupo que éste había llevado al norte en su fallido intento de arrestar a Sharpe.

—En pie —les dijo Sharpe con brusquedad.

Kendrick miró a Lowry, que le devolvió la mirada, ambos con cara de estar sorprendidos ante las exigencias de Sharpe. Vacilaron lo suficiente como para hacer patente su insolencia, pero no lo bastante como para que ello constituyera un motivo de castigo, luego se pusieron firmes.

—¿Es ése su caballo, señor Sharpe? —preguntó Kendrick poniendo énfasis en la palabra «señor».

Sharpe no hizo caso de la pregunta y entró en la casa para encontrarse con un nuevo administrativo sentado a la mesa. Era un joven y apuesto indio de cabello aceitado y vestido con una túnica muy blanca. Llevaba puesto un mandil para proteger la túnica de las manchas de tinta.

—¿Viene por asuntos de trabajo, *sahib*? —le preguntó en tono brusco.

—Con el capitán Torrance.

—El capitán está enfermo. —El indio, que hablaba un inglés muy bueno, sonrió.

—Siempre está enfermo, joder —dijo Sharpe, pasó de largo junto al administrativo que protestaba y abrió la puerta interior de un empujón.

Torrance estaba en su hamaca, fumando su narguile y ataviado con una túnica india bordada con dragones, mientras que el sargento Hakeswill se hallaba sentado a una mesita contando una pila de monedas.

—¡Sharpe! —Torrance parecía sorprendido. Hakeswill, que también puso cara de sorpresa, se levantó hoscamente y se puso en posición de firmes—. No le esperaba hasta esta noche —dijo Torrance.

—Pues aquí estoy —dijo Sharpe innecesariamente.

—Eso parece. A menos que sea un espectro.

Sharpe no tenía tiempo para charlas.

—¿Tiene un problema con los recibos? —preguntó con brusquedad.

—Tedioso, ¿verdad? —Torrance parecía estar incómodo—. Es muy tedioso. Sargento, ¿tiene cosas que hacer en alguna otra parte?

—¡Tengo mis responsabilidades, señor! —exclamó Hakeswill con rudeza.

—Ocúpese de ellas, amigo mío.

—¡Señor! —Hakeswill se puso tenso, dio media vuelta hacia la derecha y salió de la habitación.

—Y dígame, ¿cómo está, Sharpe? ¿Anda atareado? —Torrance había bajado de la hamaca de un salto y en aquel momento metía las monedas en una bolsa de cuero—.

He oído que el pobre Elliott murió, ¿no?

—Le dispararon, señor.

Torrance se estremeció como si aquella noticia le tocara de cerca.

—Es muy triste —suspiró, y luego volvió a atarse el cinturón de su elaborada túnica—. No le he dado las gracias, Sharpe, por haberme apoyado tanto con sir Arthur.

Sharpe no creía que lo hubiera apoyado en absoluto.

—Me limité a decir la verdad, señor.

—Mi padre hubiera estado orgulloso de usted y yo le estoy profundamente agradecido. Parece ser que Dilip estaba confabulado con Naig.

—¿Ah, sí?

Torrance notó la incredulidad en la voz de Sharpe.

—¿Acaso hay otra explicación? —dijo de manera cortante—. Alguien tenía que ser el que le contara a Naig qué convoyes llevaban los suministros vitales, y tenía que ser Dilip. ¡Debo decir que Wellesley me pareció condenadamente obtuso! La verdad es que no tiene sentido tener escrúpulos a la hora de ahorcar nativos. No es que escaseen precisamente, ¿verdad? —Sonrió.

—¿Algo anda mal con los recibos? —preguntó Sharpe en tono grosero.

—Así es, Sharpe, así es. Nuestro nuevo administrativo descubrió las discrepancias. Es un joven inteligente. ¡Sajit!

El joven administrativo entró en la habitación, juntó las manos y le hizo una ligera reverencia a Torrance.

—¿*Sahib*?

—Éste es el alférez Sharpe, Sajit. Está aquí en calidad de ayudante mío y por consiguiente es tu *sahib* tanto como lo soy yo.

Sajit le hizo una reverencia a Sharpe.

—Es un honor, *sahib*.

—Quizá podrías mostrarle al señor Sharpe los recibos problemáticos, Sajit —sugirió Torrance.

Sajit volvió a dirigirse a la habitación de la entrada y regresó al cabo de un momento con un montón de esas mugrientas hojas de papel. Las colocó sobre la mesa y luego invitó a Sharpe a que las inspeccionara. Todos los recibos tenían las iniciales de Sharpe en la esquina inferior derecha, la mayoría estaban firmados a lápiz, pero había algunos que tenían las letras escritas en tinta y Sharpe los puso a un lado.

—No he firmado ninguno de éstos —dijo con seguridad—. No tengo tinta ni pluma.

—¡Tenías razón, Sajit! —exclamó Torrance.

—Me honra usted, *sahib* —repuso Sajit.

—Cada uno de esos recibos es un *anna* robado —explicó Torrance—, de modo

que tenemos que descubrir quién es el arriero que nos da los falsos. Ése es el problema, Sharpe.

—Tienen nombres —dijo Sharpe, al tiempo que señalaba los papeles—. ¡No hacía falta que me arrastrara hasta aquí para que le dijera a nombre de quién se expidieron!

—Por favor, no sea pesado, Sharpe —le dijo Torrance en tono lastimero—. Desde que el general nos dio el cañonazo de advertencia me veo obligado a ser escrupuloso. ¡Y los nombres no significan nada! ¡Nada! Mire —recogió los recibos con ambas manos—, al menos hay una docena de ellos que están a nombre de un tal Ram, sea quien sea. Probablemente haya una docena de Rams ahí afuera. Lo que quiero que haga, Sharpe, es que se dé una vuelta por el campamento con Sajit y le señale quiénes son los hombres que han visitado el camino. Entonces Sajit podrá identificar cuáles son los arrieros que están presentando solicitudes falsas.

Sharpe puso mala cara.

—¿Y por qué no identifica Sajit a los hombres a los que se les ordenó subir a la montaña? Él debió de darles los recibos, ¿no?

—¡Quiero estar seguro, Sharpe, quiero estar seguro! —alegó Torrance.

—No iban a creer en mi testimonio, *sahib* —intervino Sajit—, pero nadie dudaría de la palabra de un oficial inglés.

—¡Mierda! —exclamó Sharpe. Lo que menos le apetecía hacer era deambular por el campamento de los bueyes identificando arrieros. De todos modos, no estaba seguro de poder hacerlo—. ¿Por qué no hacemos venir aquí a los arrieros? —preguntó.

—Los malos se escaparían, *sahib*, antes que venir —dijo Sajit.

—Será mejor tenderles una emboscada en su campamento, Sharpe —terció Torrance.

—Haré lo que pueda —gruñó Sharpe.

—¡Sabía que lo haría! —Torrance pareció aliviado—. Hágalo ahora, Sharpe, y después quizá quiera reunirse conmigo para un almuerzo tardío, ¿eh? ¿Digamos a la una y media?

Sharpe dijo que sí con la cabeza y volvió a salir a la luz del sol para esperar a Sajit. Kendrick y Lowry se habían esfumado, era de suponer que estarían con Hakeswill. Ahmed había encontrado un cubo de agua y la yegua gris de Stokes estaba bebiendo con avidez.

—Puedes quedarte aquí, Ahmed —dijo Sharpe, pero el chico movió la cabeza en señal de negación—. Eres como mi jodida sombra —comentó Sharpe con un gruñido.

—¿Sombra?

Sharpe señaló su sombra.

—Sombra.

Ahmed sonrió, y unos dientes blancos alumbraron su cara mugrienta. Le gustó la palabra.

—¡La sombra de Sharpe! —dijo.

Sajit salió de la casa con un parasol de seda rosada que le ofreció a Sharpe. Sharpe lo rechazó y el administrativo, que se había quitado el mandil, se protegió agradecido del implacable sol del mediodía.

—Lamento causarle problemas, *sahib* —dijo en tono modesto.

—No es ningún problema —replicó Sharpe con adustez mientras seguía al administrativo. Ahmed iba detrás, guiando la yegua del comandante.

—No hace falta que venga el chico —insistió Sajit cuando echó un vistazo hacia atrás y vio al caballo, que pareció alarmarlo.

—Dígaselo usted —repuso Sharpe—, pero no me eche a mí la culpa si le pega un tiro. Le gusta mucho disparar a la gente.

Sajit apretó el paso.

—Creo que sé, *sahib*, quién es el mal hombre que nos está engañando. Es un tipo de Mysore. Me dio muchos recibos y juró que usted los había firmado en su presencia. Si tiene la amabilidad de confirmar o negar su historia, habremos terminado.

—Pues encontremos a ese cabrón y acabemos con esto de una vez.

Sajit condujo a Sharpe a través de las líneas de bueyes donde los pastores más adinerados habían levantado unas enormes tiendas de paredes oscuras y combadas. Las mujeres daban palmadas a la masa para el pan junto a unas pequeñas hogueras de estiércol de buey y había más pilas de combustible secándose al sol a un lado de la entrada de todas las tiendas. Sharpe buscó con la mirada las grandes tiendas verdes de Naig, pero no las vio y supuso que quienquiera que hubiese heredado el negocio de Naig había recogido los bártulos y se había ido.

—Allí, *sahib*, ésa es la tienda del malo. —Sajit condujo nerviosamente a Sharpe hacia una tienda de color marrón que se hallaba un poco apartada de las demás. Se detuvo a unos cuantos pasos de la entrada y bajó la voz—. Se llama Ranjit, *sahib*.

—Pues ve a buscar a ese hijo de puta —dijo Sharpe—, y yo te diré si miente o no.

Sajit parecía tener miedo de enfrentarse a Ranjit, puesto que vaciló, pero luego hizo acopio de valor, plegó el parasol y lo dejó en el suelo antes de meterse a rastras en la tienda, tan combada que la puerta apenas llegaba a la altura de la rodilla. Sharpe oyó un murmullo de voces y a continuación Sajit volvió a salir de espaldas de la baja entrada con flecos. Se sacudió el polvo de su blanca túnica y miró a Sharpe con un rostro al borde de las lágrimas.

—Es un hombre malo, *sahib*. No va a salir. Le dije que había venido a verle un *sahib*, ¡pero utilizó un lenguaje grosero!

—Le echaré un vistazo a ese cabrón —dijo Sharpe—. ¿Es todo lo que necesita?,

¿verdad? Que le diga si lo he visto o no, ¿no es así?

—Por favor, *sahib* —dijo Sajit, e hizo un gesto hacia la entrada de la tienda.

Sharpe se quitó el sombrero para que no se le enredara con la lona, levantó la entrada de la tienda todo lo que pudo y se agachó bajo la pesada tela marrón.

Y supo al instante que era una trampa.

Y, casi en el mismo instante, comprendió que no podía hacer nada.

El primer golpe le dio en la frente y la visión le estalló en haces de luminosos y estrellas temblorosas. Cayó de espaldas hacia fuera, bajo la luz del sol, y al momento alguien lo agarró por un tobillo y empezó a tirar de él desde la profundidad de las sombras. Intentó dar patadas, trató de hacer fuerza contra las paredes de la tienda, pero otra mano lo asió de la otra pierna, recibió otro golpe a un lado de la cabeza y, gracias a Dios, no supo nada más.

—Tiene la cabeza dura, nuestro Sharpy —dijo Hakeswill con una sonrisa. Palpó el cuerpo de Sharpe tendido boca abajo y no obtuvo respuesta—. Duerme profundamente, ya lo creo. —El rostro del sargento se crispó. Había golpeado a Sharpe con la pesada culata chapada de metal de un mosquete y no entendía que no le hubiera roto el cráneo. Había mucha sangre en su negro cabello y al caer la noche tendría una contusión del tamaño de un mango, pero la cabeza parecía haber encajado los dos golpes sin astillarse—. Siempre fue un cabrón muy burro —dijo Hakeswill—. Ahora desnúdenle.

—¿Que lo desnudemos? —preguntó Kendrick.

—Cuando encuentren su cuerpo —le explicó Hakeswill pacientemente—, si es que lo encuentran, porque no puedes fiarte de que esos condenados negros hagan las cosas como es debido y lo escondan, no queremos que nadie vea que es un oficial británico, ¿no es cierto? No es que sea un oficial. El no es más que un pedazo de estiércol con ínfulas. De modo que desnúdenle, átenle las manos y los pies y tápenle los ojos.

Kendrick y Lowry le quitaron la casaca a Sharpe a fuerza de tirones y sacudidas y luego le pasaron la prenda a Hakeswill, que recorrió los dobladillos con los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó exultante cuando notó los bultos dentro de la tela. Sacó un cuchillo, rajó la casaca y los dos soldados miraron sobrecogidos mientras sacaba las brillantes piedras preciosas de la apretada costura. En el interior de la ensombrecida tienda estaba oscuro, pero las piedras relucían—. ¡Continúen! —dijo Hakeswill—. ¡Quítenle el resto de la ropa!

—¿Qué están haciendo? —Sajit había entrado sigilosamente en la tienda y en aquellos momentos tenía la vista clavada en las gemas.

—No es de su maldita incumbencia —le respondió Hakeswill.

—¿Tiene usted piedras preciosas? —preguntó Sajit.

Hakeswill sacó su bayoneta e hizo ademán de clavársela a Sajit, deteniendo la arremetida un instante antes de que hubiera perforado el cuello del administrativo.

—Las piedras no son asunto suyo, Sajit. Las piedras son cosa mía. Usted se encarga de Sharpy, ¿entendido? Acordé entregárselo a su maldito tío, pero yo me quedo con lo que lleva.

—Mi tío pagará bien por unas buenas piedras preciosas —dijo Sajit.

—Tu tío Jama es un jodido mono que me engañará en menos de lo que dura un pedo, de manera que olvídense de las malditas gemas. Son mías. —Hakeswill se metió el primer puñado en un bolsillo y empezó a registrar el resto de la ropa de Sharpe. Rajó todas las costuras y luego cortó las botas de Sharpe para descubrir una veintena de rubíes ocultos en las vueltas. Eran rubíes pequeños, apenas más glandes que guisantes, y lo que buscaba Hakeswill era un rubí grande—. Lo vi, yo lo vi. El maldito Tippoo lo llevaba en su sombrero. ¡Estoy seguro! Miren en su pelo.

Kendrick, obedientemente, pasó los dedos por el cabello ensangrentado de Sharpe.

—No hay nada, sargento.

—Déle la vuelta a este hijo de puta y mire ya sabe dónde.

—¡Sí, hombre!

—¡No sea tan jodidamente remilgado! Y átele las manos. ¡Venga, rápido! No querrá que el cabrón se despierte, ¿verdad?

De las ropas y las botas salieron sesenta y tres piedras. Había rubíes, esmeraldas, zafiros y cuatro pequeños diamantes, pero ningún rubí grande. Hakeswill frunció el ceño. No podía ser que Sharpe hubiera vendido el rubí. Aun así se consoló, allí había una fortuna, y no pudo resistirse a juntar todas las piedras sobre una estera y quedarse mirándolas.

—Me gustan unos cuantos destellos, ya lo creo —cogió aire mientras sus dedos tocaban las piedras preciosas con avaricia. Hizo un montón con diez de las piedras más pequeñas, puso otras diez en otro montón y empujó los dos montones hacia Kendrick y Lowry—. Aquí tienen su parte, muchachos. Con esto se podrán pagar las putas durante el resto de su vida, seguro.

—Quizá le cuente a mi tío lo de las piedras —dijo Sajit sin apartar la vista de las gemas.

—Ya me lo imagino —dijo Hakeswill—, ¿y qué, maldita sea? Yo no soy tan tonto como Sharpy. A mí no me va a engañar.

—Entonces tal vez se lo cuente al capitán Torrance. —Sajit se había situado cerca de la entrada para poder echar a correr si Hakeswill lo atacaba—. Al capitán Torrance le gustan las riquezas.

«Le gustan demasiado», pensó Hakeswill, y si Torrance sabía lo de las gemas iba a convertir la vida de Hakeswill en un infierno hasta que no le diera una parte. El

rostro del sargento se sacudió con una serie de tics incontrolables.

—Eres un muchacho brillante, Sajit, ¿no es cierto? —dijo—. Puede que no seas nada más que un jodido negro pagano pero tienes algo más que estiércol de buey como cerebro, ¿verdad? Toma. —Le lanzó tres de las gemas a Sajit—. Esto hará que no se te suelte la lengua, y si se te suelta te la cortaré y me la comeré. Tengo debilidad por un plato de lengua. Un buen pedazo de lengua, una nuez de mantequilla y un poco de jugo de carne asada. Eso sí que es una comida como es debido. —Se metió el resto de las piedras en el bolsillo y luego se quedó mirando el cuerpo desnudo y atado de Sharpe con aire pensativo—. Tenía más —dijo Hakeswill con el ceño fruncido—. Sé que tenía más. —De pronto el sargento hizo chasquear los dedos—. ¿Qué hay de su mochila?

—¿Qué mochila? —preguntó Lowry.

—La jodida mochila que lleva y que no debería llevar siendo un oficial, que no lo es. ¿Dónde está su mochila?

Los soldados se encogieron de hombros. Sajit torció el gesto.

—No llevaba ninguna mochila cuando fue a casa del capitán.

—¿Está seguro?

—Vino a caballo —dijo Lowry amablemente—. Era un caballo gris y no llevaba mochila.

—¿Y dónde está el caballo? —preguntó Hakeswill con enojo—. ¡Tenemos que mirar en las alforjas!

Lowry frunció el entrecejo, intentando recordar.

—Lo tenía un maldito crío —dijo al final.

—¿Y dónde está ese crío?

—Se marchó corriendo —respondió Sajit.

—¿Se marchó corriendo? —dijo Hakeswill en tono amenazador—. ¿Por qué?

—Vio cómo lo golpeaba —contestó Sajit—. Yo también lo vi. Cayó fuera de la tienda. Tenía sangre en la cara.

—No tenía que haberle golpeado hasta que no se hubiese metido del todo en la tienda —comentó Kendrick en tono de censura.

—Cierra tu condenada boca —le dijo Hakeswill, y a continuación puso mala cara—. ¿Y adonde se fue?

—Lejos —dijo Sajit—. Fui tras él, pero se subió al caballo.

—El chico no habla inglés —terció Kendrick con intención de ayudar.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—¡Porque hablé con él!

—¿Y quién va a creer a un chico negro pagano que no habla inglés? —preguntó Lowry.

Una rápida serie de tics sacudieron el rostro de Hakeswill. Se figuró que estaba a

salvo. Lowry tenía razón. ¿Quién iba a creer a ese crío? Aun así, el sargento lamentó que los hombres de Jama no fueran a buscar pronto a Sharpe. Jama se había marchado del campamento al considerar que si iba a asesinar a un oficial británico era mejor hacerlo a un buen trecho del ejército británico. Hakeswill le había advertido a Jama que no esperara tener a Sharpe hasta la noche, y ahora tendría que vigilarlo hasta que anocheciera.

—Les dije que le vendaran los ojos —dijo Hakeswill con brusquedad—. ¡No quiero que nos vea!

—No importa si nos ve —afirmó Kendrick—. No va a llegar al amanecer, ¿no es así?

—Éste tiene más vidas que una cesta llena de malditos gatos —replicó Hakeswill—. Si tuviera un poco de sentido común le rebanaría el pescuezo ahora mismo.

—¡No! —exclamó Sajit—. Prometió que se lo entregaría a mi tío.

—Y su tío nos va a pagar, ¿verdad?

—Eso también se ha acordado —repuso Sajit.

Hakeswill se puso en pie y caminó hacia el cuerpo inconsciente de Sharpe.

—Yo le di esas rayas que lleva en la espalda —dijo con orgullo—. Mentí descaradamente e hice que azotaran a Sharpe. Ahora haré que lo maten. —Se acordó de cómo Sharpe lo había arrojado entre los tigres y el rostro se le convulsionó al recordar el elefante que intentó aplastarlo, y en su repentina ira le propinó una patada a Sharpe y siguió propinándose las hasta que Kendrick tiró de él.

—Si lo mata, sargento —dijo Kendrick—, los negritos no nos pagarán, ¿o sí?

Hakeswill dejó que lo apartaran.

—Y dígame, ¿cómo va a matarlo su tío? —le preguntó a Sajit.

—Lo harán los *jettis*.

—Ya he visto como trabajan esos cabrones —dijo Hakeswill en un tono de admiración—. Lo hacen poco a poco. Hacen que sea lento y jodidamente doloroso.

—Será lento —prometió Sajit— y muy doloroso. Mi tío no es un hombre compasivo.

—Pero yo sí —replicó Hakeswill—. Yo sí lo soy. Porque voy a dejar que sea otro el que tenga el placer de matar a Sharpy. —Le escupió a Sharpe—. Estarás muerto al amanecer, Sharpy. ¡Te irás abajo con Pedro Botero, que es donde tienes que estar!

Se puso cómodo apoyándose contra uno de los palos de la tienda y empezó a pasarse las piedras preciosas de una mano a la otra. Las moscas se amontonaban sobre la sangre encostrada del pelo de Sharpe. El alférez estaría muerto al despuntar el día y Hakeswill era un hombre rico. La venganza, concluyó el sargento, era dulce como la miel.

Ahmed vio que Sharpe caía de espaldas en la entrada de la tienda, vio brillar la

sangre en su frente y luego observó mientras unas manos agarraban a Sharpe y lo arrastraban hacia la profundidad de las sombras.

Entonces Sajit, el administrativo del parasol rosado, se volvió hacia él.

—¡Chico —exclamó con brusquedad—, ven aquí!

Ahmed fingió que no le entendía, aunque comprendía perfectamente que había sido testigo de algo muy malo. Empezó a retroceder a la vez que tiraba de la yegua del comandante Stokes. Dejó que el mosquete se le deslizara del hombro y Sajit, al darse cuenta de la amenaza, de repente echó a correr hacia él, pero Ahmed fue aún más rápido. Dio un salto para encaramarse a la silla, se quedó medio despatarrado en ella y, sin llegar a sentarse como era debido, picó al caballo para que se pusiera en marcha. La sobresaltada yegua se alejó de un brinco mientras Ahmed se acomodaba en su lomo. Los estribos eran demasiado largos para él, pero Ahmed se había criado entre caballos y habría podido montar la yegua a pelo, con los ojos vendados y sentado de espaldas. Dio un brusco viraje hacia el sur, galopó entre las tiendas, hogueras y bueyes que pastaban y dejó muy atrás a Sajit. Una mujer soltó un grito cuando estuvo a punto de atropellar a sus hijos. Al llegar al extremo del campamento aminoró el paso de la yegua, miró hacia atrás y vio que Sajit no lo había seguido.

¿Qué diablos podía hacer? No conocía a nadie en el campamento británico. Dirigió la mirada hacia la alta cumbre en la que Gawilghur se mostraba apenas. Supuso que sus antiguos compañeros de los Leones de Alá de Manu Bappoo estarían allí arriba, pero su tío, con el que había viajado desde Arabia, estaba muerto y enterrado en la tierra negra de Argaum. Conocía a otros soldados del regimiento, pero también les tenía miedo. Aquellos otros soldados querían que Ahmed fuera su criado, y no solamente para hacerles la comida y limpiarles las armas. Sharpe era el único que le había mostrado simpatía, y ahora Sharpe necesitaba ayuda, pero Ahmed no sabía cómo proporcionársela. Consideró el problema mientras anudaba el cuero de los estribos.

El hombre regordete de rostro colorado y cabello cano se había mostrado amistoso, pero, ¿cómo iba a hacer Ahmed para hablar con él? Decidió que tendría que intentarlo, así que le hizo dar la vuelta a su montura con la intención de recorrer todo el perímetro del campamento y retomar luego el camino hacia las montañas, pero un oficial de los piquetes del campamento lo vio. El hombre iba montado a caballo, apretó el paso para situarse cerca de Ahmed y se fijó en que la manta de la silla era británica.

—¿Qué estás haciendo, chico? —le preguntó. El oficial supuso que estaba ejercitando al caballo, pero Ahmed se asustó al verse abordado, picó a su montura y se alejó de él—. ¡Ladrón! —gritó el oficial, y salió en su persecución—. ¡Detente! ¡Ladrón!

Un cipayo se dio la vuelta con su mosquete y Ahmed guió al caballo para que lo

atropellara. Cerca de allí había un grupo de casas y Ahmed se dirigió a ellas, saltó la tapia de un huerto, aplastó unos bancales de verduras, saltó otra tapia, se agachó bajo unos árboles frutales, saltó un seto y atravesó con un chapoteo un estanque de aguas turbias, condujo el caballo hacia la orilla y se metió entre varios árboles. El oficial no se había atrevido a seguirlo a través de los huertos, pero Ahmed oía el revuelo detrás de las casas. Le dio unas palmaditas en el cuello a la yegua mientras se abría paso entre los árboles y luego la refrenó en la linde de la arboleda. Había cerca de ochocientos metros de campo abierto y luego más bosques espesos que prometían seguridad, si es que la yegua podía recorrer aquella distancia sin decaer.

—Si Alá quiere —dijo Ahmed, y espoleó al caballo para ponerlo al galope.

Sus perseguidores se encontraban a una buena distancia por detrás, pero lo vieron salir al descubierto y ya eran una docena los jinetes que iban tras él. Alguien le disparó. Oyó el disparo del mosquete, pero no notó que la bala pasara cerca. Se inclinó encima de la yegua y se limitó a dejar que el caballo corriera. Miró hacia atrás una vez y vio que sus perseguidores se amontonaban en su trayectoria. Cuando consiguió llegar hasta los árboles, viró hacia el norte, volvió a poner rumbo al oeste y luego otra vez al norte, adentrándose cada vez más en el bosque hasta que redujo la velocidad del caballo, que resollaba, para que el sonido de los cascos no lo delatara.

Se quedó escuchando. Oyó a otros caballos andando entre las hojas, pero no se estaban acercando, y entonces empezó a preguntarse si después de todo no hubiera sido mejor dejar que lo atraparan, pues seguro que entre los británicos tenía que haber alguien que hablara su idioma. Quizá si recorría todo el camino hasta el lugar donde se hallaban los soldados que abrían la ruta en las montañas llegaría demasiado tarde para ayudar a Sharpe. Tenía el ánimo por los suelos y no estaba nada seguro de lo que tenía que hacer, entonces decidió que debía volver y buscar ayuda dentro del campamento, por lo que hizo dar la vuelta al caballo en dirección a sus perseguidores.

Y vio que un mosquete le apuntaba directamente al cuello.

El hombre que empuñaba el mosquete era un indio y tenía puesto uno de esos cascos dorados rematados en punta que llevaban los mahratta. Era un soldado de caballería, pero había atado su caballo a unos cuantos metros de distancia y se había acercado sigilosamente a Ahmed a pie. El hombre sonrió.

Ahmed se preguntó si debía espolear a la cansada yegua y probar suerte, pero entonces otro mahratta salió de entre el follaje y éste blandía un curvo *tulwar*. Apareció un tercer hombre y luego vinieron más, todos ellos a caballo, y lo rodearon.

Y Ahmed, que se dio cuenta de que había sido presa del pánico y había fallado, se echó a llorar.

Dodd tenía la sensación de que la táctica adoptada por el príncipe Manu Bappoo de recompensar a los saqueadores con dinero por las armas capturadas a los

británicos estaba fracasando de manera lamentable. Hasta el momento habían conseguido tres fusiles de mecha antiguos que debieron de haber pertenecido a *shikaris*, un mosquete roto de fabricación local, así como una pistola y una espada magnificas arrebatadas a un oficial de los ingenieros. La espada no tenía vaina, por supuesto, pero, por lo que se refería a Dodd, aquellos dos trofeos eran la única prueba de que los maharatta habían intentado evitar que los británicos se acercaran. Le dio la lata a Manu Bappoo rogándole que le permitiera bajar con sus Cobras al lugar donde los zapadores abrían el camino, pero el hermano del raja se negó categóricamente a dejar que los hombres de Dodd abandonaran la fortaleza.

A Dodd sí que se le permitía salir, pero sólo para ejercitar a su caballo, cosa que hacía cada día dirigiéndose hacia el oeste a lo largo del borde de la meseta. No iba muy lejos. Habían puesto un tentador precio a su cabeza y, aunque no se había visto caballería enemiga en la meseta desde que el ingeniero había hecho su reconocimiento, Dodd seguía temiendo que lo capturaran, de modo que sólo cabalgaba hasta que veía el trabajo de los británicos a lo lejos por debajo de él. Una vez allí, protegido por un puñado de jinetes de Bappoo, se quedaba mirando a través de un antejo a las figuras pequeñas como hormigas que trabajaban allí abajo. Observaba cómo se iba ensanchando y alargando el camino, hasta que una mañana vio que dos batallones de infantería habían acampado en uno de los valles altos, y al día siguiente vio los inicios de un parque de artillería: tres cañones, un carro de forrajeo, una carreta con ruedas de recambio y cuatro arzones de munición. Maldijo a Bappoo porque sabía que sus Cobras podían destruir aquel pequeño parque y sumir a los británicos en una aturdida confusión, y pese a ello el príncipe se conformaba con dejar que el enemigo trepara por la escarpadura sin encontrar resistencia. El camino estaba avanzando, pero aún había lugares en los que era tan empinado que harían falta un centenar de hombres para arrastrar un cañón. No obstante, Dodd vio aumentar día a día el número de cañones del parque de artillería, luego los vio avanzar lentamente colina arriba y supo que no pasaría mucho tiempo antes de que los británicos llegaran a la meseta y sus fuerzas de asedio cerraran el estrecho istmo de roca que conducía desde los precipicios a la gran fortaleza.

No obstante, Manu Bappoo seguía sin realizar el debido esfuerzo para hostilizar a los casacas rojas.

—Tenemos que detenerlos aquí —le decía el príncipe a Dodd—, aquí. —Y señalaba las murallas de Gawilghur, pero William Dodd no estaba tan seguro de que pudieran detener tan fácilmente a los casacas rojas. Puede que Bappoo estuviera convencido de la resistencia de la fortaleza, pero no sabía nada del arte del asedio moderno.

Cada mañana, al volver de su excursión por lo más alto del precipicio, Dodd desmontaba al llegar al istmo y le daba el caballo a uno de los miembros de su escolta

para así poder recorrer a pie la ruta de los atacantes. Intentaba ver la fortaleza tai como la verían los casacas rojas, trataba de prever dónde y cómo tendría lugar su ataque.

Tuvo que reconocer que era un lugar atroz para efectuar un ataque. Dos grandes murallas protegían el Fuerte Exterior y, aunque no había duda de que los británicos podían abrir una brecha en dichas murallas con fuego de cañón, los dos muros se alzaban en una cuesta empinada, de modo que los atacantes no tendrían más remedio que abrirse camino a la fuerza y ascender hacia donde los defensores les estarían esperando entre las ruinas de las brechas. Y éstas estarían flanqueadas por los sólidos bastiones circulares que eran demasiado grandes para ser derrumbados por los cañones de doce o dieciocho libras que Dodd imaginaba desplegarían los británicos. Los bastiones escupirían balas de cañón, balas de mosquete y cohetes sobre los casacas rojas, que avanzarían con dificultad hacia la brecha más próxima y cuya ruta de aproximación se iría estrechando cada vez más hasta que al final quedaría constreñida por el enorme depósito de agua que bloqueaba la mayor parte del acceso. Dodd recorría aquella ruta de forma obsesiva y casi sentía lástima por los soldados que tendrían que hacerlo bajo fuego.

A unos cien pasos del fuerte, allí donde el fuego de los defensores sería más mortífero, los atacantes quedarían apretujados entre el depósito y el borde del precipicio, comprimidos en un espacio de tan sólo unos veinte pasos de ancho. Cada día Dodd se quedaba de pie en aquel espacio, levantaba la vista hacia la muralla doble y contaba las piezas de artillería. Lo apuntaban veintidós cañones, y cuando los casacas rojas se acercaran aquellos tubos estarían cargados con botes de metralla. Además de aquellos cañones pesados había una notable concentración de armas más pequeñas, armas asesinas que escupían fuego, armas que un solo hombre podía manejar y que podían arrojar un puñado de pedazos de roca o balas de pistola. Los británicos habrían destruido algunos de los cañones más grandes, ciertamente, pero los tubos podrían montarse en cureñas nuevas y volver a emplazarse detrás de los grandes bastiones de manera que los atacantes, si es que conseguían trepar hasta la brecha, recibirían el fuego enfilado de los cañones. Y para llegar tan lejos tendrían que combatir colina arriba contra los árabes de Bappoo y contra la concentración de mosquetería de la guarnición.

La perspectiva era tan desalentadora que el príncipe Manu Bappoo imaginaba que la mayoría de los atacantes evitarían las brechas y correrían hacia la puerta Delhi, la entrada norte del Fuerte Exterior. El fuego de los cañones británicos habría destrozado aquella puerta, no había ninguna duda al respecto, pero una vez dentro de su arco los atacantes se iban a encontrar metidos en una trampa. El camino que había al otro lado de la puerta serpenteaba pegado al muro, con otro gran muro en su parte exterior, de manera que cualquiera que se hallara sobre sus adoquines quedaba

empequeñecido por las murallas de piedra a ambos lados, unas murallas que estarían bordeadas por soldados que dispararían o arrojarían las grandes rocas que Bappoo había ordenado apilar en las banquetas. Centímetro a centímetro los casacas rojas se abrirían paso a la fuerza por el sangriento camino entre las murallas sólo para doblar la esquina y encontrarse frente a otra puerta aún mayor, una puerta, además, que ni el fuego de cañón de los sitiadores podría alcanzar. De este modo, consideraba Bappoo, se frustraría el asalto británico.

Dodd no estaba tan seguro de ello. El príncipe tenía razón al pensar que no había manera de entrar a través de la puerta Delhi, pero Dodd sospechaba que las brechas no serían un obstáculo tan tremendo. Había empezado a ver debilidades en los antiguos muros, viejas grietas que estaban medio ocultas bajo los hierbajos y los líquenes, y conocía la destreza de los artilleros británicos. La muralla se rompería con facilidad y ello significaba que las brechas serían grandes y anchas, y Dodd pensaba que los británicos conseguirían atravesarlas combatiendo. Tal vez fuera un combate duro, pero lo ganarían. Yeso quería decir que los británicos capturarían el Fuerte Exterior.

Pero Dodd no le expresó aquella opinión a Bappoo ni tampoco instó al príncipe a construir un *glacis* de tierra en el exterior de la muralla que absorbiera el fuego de las baterías de brecha. Un *glacis* así retrasaría a los británicos durante días, incluso semanas, pero Dodd animó al príncipe a creer que el Fuerte Exterior era inexpugnable, pues era en aquel malentendido donde radicaba la oportunidad de Dodd.

En una ocasión Manu Bappoo le había dicho a Dodd que el Fuerte Exterior era una trampa. Si un enemigo capturaba el Fuerte Exterior creería tener la batalla ganada, pero entonces llegaría al barranco del centro de Gawilghur y se encontraría con un segundo fuerte, aún mayor, esperando al otro lado. Pero para Dodd el Fuerte Exterior era la trampa de Manu Bappoo. Si Manu Bappoo perdía el Fuerte Exterior, entonces, al igual que el enemigo, él también tendría que atravesar el barranco y trepar hacia el Fuerte Interior, y era en aquel lugar donde Dodd tenía el mando y, por más que lo había intentado, no había podido encontrar ningún punto débil en las defensas del Fuerte Interior. Ni Manu Bappoo ni los británicos podrían cruzar nunca el barranco, no si Dodd se oponía a ellos.

El Fuerte Interior se hallaba bastante separado del Exterior. No había ningún muro que los uniera, sólo un sendero que descendía abruptamente hacia el lecho del barranco y que ascendía luego, más empinado aún, hacia la intrincada entrada del Fuerte Interior. Dodd utilizaba aquel sendero cada día e intentaba imaginar que era un atacante. Al bajar por el barranco se vería frente a otra veintena de cañones situados en la muralla sencilla del Fuerte Interior, y ninguno de ellos habría sido desmontado por el fuego de la artillería. Los mosquetes arrojarían sus disparos sobre el rocoso

barranco y los misiles atravesarían de forma sangrienta las filas británicas. Los casacas rojas morirían allí como ratas machacadas en un cubo y, aun en el caso de que alguien sobreviviera y lograra trepar por el sendero hacia la puerta, lo único que conseguirían sería llegar al último de los horrores de Gawilghur.

El último horror era la entrada donde cuatro puertas enormes bloqueaban el paso al Fuerte Interior, cuatro puertas situadas una detrás de otra en un empinado pasadizo flanqueado por unos muros altísimos. No había ninguna otra manera de entrar. Incluso si los británicos abrían una brecha en la muralla del Fuerte Interior no serviría de nada, puesto que el muro estaba construido en lo alto del precipicio que formaba el lado sur del barranco y nadie podía trepar por aquella cuesta y esperar sobrevivir a ello. El único modo de entrar era a través de la puerta y Dodd se había enterado de que a Wellesley no le gustaban los asedios prolongados. Había escalado Ahmednuggur sorprendiendo a sus defensores al mandar soldados con escaleras que apoyaron en los muros sin brecha, y Dodd tenía la seguridad de que Wellesley intentaría asaltar el Fuerte Interior de un modo similar. No podía aproximarse al muro que se alzaba en lo alto del despeñadero, de manera que se vería obligado a mandar a sus hombres a la espantosa entrada que serpenteaba a medida que ascendía, y a lo largo de cada empinado paso del camino, entre cada una de las cuatro enormes puertas, se verían acibillados por los mosquetes, aplastados por las piedras, bombardeados por los cañones y salvajemente atacados por los cohetes que caerían desde los parapetos. No podrían conseguirlo. Las cobras de Dodd estarían en las banquetas y los casacas rojas estarían por debajo de ellos, y los casacas rojas morirían como si fueran ganado.

Dodd no tenía muy buena opinión de los misiles indios, pero había almacenado más de mil encima de la mortífera entrada del Fuerte Interior. Entre los estrechos límites del camino amurallado, aquellas armas iban a resultar letales. Los cohetes estaban hechos de hojalata martillada, tenían unos cuarenta centímetros de largo y unos diez o doce centímetros de diámetro, y cada uno de ellos tenía sujeto un palo de bambú, de longitud igual a la altura de un hombre, que a su vez estaba atiborrado de pólvora. Dodd había probado con aquella arma y sabía que un cohete encendido lanzado contra el pasadizo de la puerta ardería y rebotaría de pared a pared, e incluso cuando finalmente detuviera su descabellada trayectoria por la calzada continuaría escupiendo una antorcha de llamas que provocaría terribles quemaduras a los hombres allí atrapados. Una docena de cohetes arrojados entre dos de las puertas podrían matar a unos veinte hombres y quemar a otros veinte hasta dejarlos medio muertos. Que vinieran, rogaba Dodd cada mañana mientras trepaba hacia el Fuerte Interior. ¡Que vinieran! Que vinieran y que tomaran el Fuerte Exterior. Entonces Manu Bappoo moriría y los británicos se acercarían a Dodd y morirían igual que el príncipe.

Y después los fugitivos de su derrotado ejército serían perseguidos por la Meseta Deccan. Sus cadáveres se pudrirían con el calor, sus huesos se blanquearían al sol, el poder británico en la India quedaría destrozado y Dodd sería el señor de Gawilghur.

¡Que vinieran esos cabrones!

Aquella noche el sargento Hakeswill apartó los pliegues de muselina para entrar en las dependencias del capitán Torrance. El capitán vacía desnudo en su hamaca, donde lo abanicaba un *punkah* de bambú instalado en una viga del techo. Su criado nativo mantenía el *punkah* en movimiento tirando de una cuerda en tanto que Clare Wall le cortaba las uñas al capitán.

—No me las cortes demasiado, Brick —dijo Torrance—, déjamelas lo suficientemente largas para que pueda rascarme, buena chica. —Levantó la mirada hacia Hakeswill—. ¿Llamó usted a la puerta, sargento?

—Dos veces, señor —mintió Hakeswill—, alto y claro, señor.

—Brick va a tener que escariarme los oídos. Dale las buenas noches al sargento, Brick. ¿Dónde están hoy tus modales?

Clare alzó un momento los ojos para saludar a Hakeswill y masculló algo apenas audible. Hakeswill se sacó el sombrero de un manotazo.

—Encantado de verla, señora Wall —dijo con entusiasmo—, es todo un placer, joya mía. —Le hizo una inclinación de cabeza y le guiñó un ojo a Torrance, que se estremeció.

—Brick —dijo Torrance—, el sargento y yo tenemos que tratar sobre asuntos militares. De modo que vete al jardín. —Le dio unas palmaditas en la mano y se la quedó mirando mientras se marchaba—. ¡Y nada de escuchar por la ventana! —añadió con aire de superioridad. Esperó hasta que Clare se hubo deslizado por la muselina que colgaba de la entrada de la cocina y a continuación se inclinó peligrosamente en la hamaca para coger una túnica de seda de color verde con la que se cubrió la entrepierna—. Por nada del mundo querría escandalizarlo, sargento.

—A mí ya no me escandaliza nada, señor. No hay ser vivo al que no haya visto desnudo, señor, los he visto a todos tal como su madre los trajo al mundo y ni una sola vez me escandalicé, señor. Desde que me colgaron por el cuello he perdido la capacidad de escandalizarme, señor.

«Y también el juicio», pensó Torrance, pero omitió el comentario.

—¿Brick ya ha salido de la cocina?

Hakeswill echó un vistazo al otro lado de la muselina.

—Ya se ha ido, señor.

—¿No está en la ventana?

Hakeswill inspeccionó la ventana.

—Está al otro lado del patio, señor, como una buena chica.

—Confío en que me traiga usted noticias.

—Algo mejor que noticias, señor, algo mejor que noticias. —El sargento se acercó a la mesa y se vació el bolsillo—. Los pagarés que le extendió a Jama, señor, todos. Diez mil rupias, todas pagadas. Ya no tiene deudas, señor, no tiene deudas.

Una sensación de alivio taladró a Torrance. Las deudas eran algo terrible, algo espantoso, y sin embargo parecía imposible evitarlas si se quería disfrutar de la vida al máximo. ¡Mil doscientas guineas! ¿Cómo podía haberse jugado tanto dinero? ¡Había sido una locura! Pero ahora ya estaba pagado, saldado en su totalidad.

—Queme los pagarés —le ordenó a Hakeswill.

Hakeswill acercó los documentos a la llama de una vela, uno a uno, y luego dejó que se arrugaran y se quemaran sobre la mesa. El aire del *punkah* agitó el humo y esparció los trocitos de negra ceniza que se alzaban de las pequeñas piras.

—Y Jama, señor, como es un caballero a pesar de ser un negro cabrón pagano, añadió una muestra de agradecimiento —dijo Hakeswill, al tiempo que ponía algunas monedas de oro sobre la mesa.

—¿Cuánto?

—Aquí hay setecientas rupias, señor.

—Nos dio más, lo sé. Me está engañando, sargento.

—¡Señor! —Hakeswill se irguió con indignación—. En toda mi vida, señor, y hablo como cristiano, nunca he engañado a nadie en toda mi vida, señor, a menos que se lo mereciera, en cuyo caso le está bien merecido, señor, tal como dicen las escrituras.

Torrance miró fijamente a Hakeswill.

—Jama volverá al campamento dentro de un día o dos. Puedo preguntárselo.

—Y descubrirá, señor, que lo he tratado con franqueza y honestidad, señor, con presteza y de un modo sumario, señor, como un soldado a otro. —Hakeswill se sorbió la nariz—. Estoy dolido, señor.

Torrance bostezó.

—Tiene usted mis más sinceras, profundas y fervientes disculpas, sargento. Y ahora hábleme de Sharpe.

Hakeswill miró al chico del *punkah*.

—¿Habla inglés este pagano, señor?

—Claro que no.

—Sharpy se acabó, señor. —A Hakeswill se le crispó el rostro al recordar el placer de patear a su enemigo—. Lo desnudé, señor, le provoqué un dolor de cabeza que nunca olvidará, aunque ahora no es que vaya a tener mucho tiempo para recordar nada dado que va de camino para reunirse con su ejecutor, y lo tuve atado hasta que los hombres de Jama vinieron a buscarle. Ya se lo han llevado, señor. Y se ha ido para toda la jodida eternidad, tal como se merece.

—¿Lo desnudó? —preguntó Torrance, perplejo.

—No quería que esos cabrones dejaran un cadáver ataviado con una casaca de oficial, señor, aunque ese maldito nunca debería haber llevado una, señor, puesto que no era más que una gota seca de escupitajo de sapo con ínfulas, señor. De modo que lo desnudamos y quemamos el uniforme, señor.

—¿Y salió todo bien?

A Hakeswill se le convulsionó el rostro al tiempo que se encogía de hombros.

—Su chico se escapó, pero no nos dio problemas. Desapareció sin más. Probablemente volvió con su mamá.

Torrance sonrió. Ya estaba todo hecho y todo solucionado. Mejor aún, podría reanudar los negocios con Jama, aunque tal vez con un poco más de cautela que en el pasado.

—¿Sajit se fue con Sharpe? —preguntó, consciente de que necesitaría un administrativo eficiente si pretendía ocultar las transacciones fraudulentas en el libro de contabilidad.

—No, señor. Está conmigo, señor, fuera, señor. —Hakeswill sacudió la cabeza en dirección a la estancia principal—. Él quería ir, señor, pero le di un mamporro y le dije que lo necesitamos aquí, señor, y después de eso se portó como un angelito, señor, aunque sea un pedazo de escoria pagana.

Torrance sonrió.

—Estoy muy en deuda con usted, sargento Hakeswill —dijo.

—Sólo cumplía con mi deber, señor. —Los tics sacudieron el rostro de Hakeswill cuando éste sonrió e hizo un gesto hacia la ventana que daba al jardín—. Y espero la recompensa de un soldado.

—¿Se refiere a Brick? —preguntó Torrance.

—Es mi mayor anhelo, señor —respondió Hakeswill con voz quebrada—. Ella y yo, señor, estamos hechos el uno para el otro. Así consta en las escrituras.

—Pues la profecía tendrá que esperar un poco para hacerse realidad —dijo Torrance—, porque necesito a Brick para que cuide de mí, y su deber, sargento, es asumir las responsabilidades del señor Sharpe. Esperaremos a que alguien se dé cuenta de que ha desaparecido y entonces diremos que los mahratta debieron de tenderle una emboscada cuando regresaba. Después subirá usted a la montaña para ayudar a los ingenieros.

—¿Yo, señor? —Hakeswill pareció alarmado ante la perspectiva de tener que desempeñar un trabajo de verdad—. ¿Subir a la montaña?

—Alguien tiene que estar allí. ¡No esperará que lo haga yo! —exclamó Torrance con indignación—. Alguien debe quedarse allí y cargar con las responsabilidades más pesadas. No será por mucho tiempo, sargento, no por mucho tiempo. Y en cuanto termine la campaña puedo asegurarle que sus mayores deseos serán completamente

satisfechos. —Pero, decidió, no antes de que Hakeswill le pagara el dinero que Clare le debía por su pasaje desde Inglaterra. Aquel dinero podía provenir del que Jama le había dado a Hakeswill aquella noche y que, Torrance estaba seguro de ello, era mucho más de lo que el sargento había admitido—. Prepárese, sargento —ordenó Torrance—. Sin duda mañana lo van a necesitar arriba en el camino.

—Sí, señor —repuso Hakeswill con resentimiento.

—Bien hecho, bueno y leal Hakeswill —le dijo Torrance en tono solemne—. Procure que no entren palomillas cuando salga.

Hakeswill se fue. Tenía tres mil trescientas rupias en el bolsillo y una fortuna en piedras preciosas ocultas en su cartuchera. Le habría gustado celebrarlo con Clare Wall, pero no dudaba que ya llegaría su oportunidad y, por lo tanto, de momento, era un hombre satisfecho. Miró las primeras estrellas que ardían en el cielo por encima de la meseta de Gawilghur y meditó que rara vez había estado más complacido. Se había vengado, se había hecho rico y por consiguiente todo iba bien en el mundo de Obadiah Hakeswill.

Capítulo 6

Sharpe sabía que estaba en un carro de bueyes. Lo supo por las sacudidas y por el terrible chirrido de los ejes sin engrasar. Todos los carros de bueyes que seguían al ejército hacían un ruido que parecía los chillidos de las almas perdidas.

Estaba desnudo, magullado y dolorido. Le dolía hasta respirar. Estaba amordazado y con las manos y los pies atados, pero aun de no ser así dudaba que hubiera podido moverse, puesto que se hallaba envuelto en una gruesa alfombra polvorienta. ¡Hakeswill! Ese cabrón le había tendido una emboscada, le había quitado la ropa y le había robado. Sharpe sabía que era Hakeswill porque había oído la ronca voz del sargento mientras lo enrollaban en la alfombra. Luego lo habían sacado de la tienda y lo habían arrojado al carro. No estaba seguro de cuánto tiempo hacía de eso porque sentía demasiado dolor y había estado entrando y saliendo de un aturdimiento parecido a un sueño. Un aturdimiento de pesadilla. Tenía sangre en la boca, le faltaba un diente, probablemente tenía algunas costillas rotas y el resto de su cuerpo sencillamente le dolía. La cabeza le iba a estallar. Tenía ganas de vomitar, pero sabía que podía ahogarse en su propio vómito a causa de la mordaza y por lo tanto deseaba con todas sus fuerzas que se le calmara el estómago.

¡Calma! La suerte era que estaba vivo, pero tenía la impresión de que no era precisamente una suerte. ¿Por qué Hakeswill no lo había matado? Por clemencia no fue, eso seguro. De modo que era de suponer que iban a matarlo en algún otro lugar, aunque Sharpe no podía imaginar el motivo por el que Hakeswill había corrido el terrible riesgo de atar de pies y manos a un oficial británico y atravesar a escondidas la línea de piquetes. No tenía sentido. Lo único que sabía era que a aquellas alturas Hakeswill ya habría sacado las gemas de Sharpe de sus escondrijos. ¡Vaya puta mierda! Primero Simone, ahora Hakeswill, y Sharpe se dio cuenta de que Hakeswill nunca podría haberle tendido una trampa sin la ayuda de Torrance.

Pero el hecho de saber quiénes eran sus enemigos no iba a servirle de nada a Sharpe en aquel momento. Sabía que tenía tantas esperanzas de seguir con vida como esos perros a los que arrojaban a las marismas que había junto al Támesis en Londres con una piedra atada al cuello. Los niños acostumbraban a reírse mientras miraban el forcejeo de los canes. Algunos de aquellos perros provenían de casas ricas. Solían secuestrarlos, y si sus propietarios no entregaban el dinero del rescate antes de un par de días los perros eran arrojados al río. Por norma general se pagaba el rescate, que un lacayo nervioso llevaba a una sórdida taberna cercana a los muelles, pero nadie iba a pagar un rescate por Sharpe. ¿A quién le importaba? Tenía la nariz llena de polvo de la alfombra. Rezó para que al menos el final fuera rápido.

La alfombra no le dejaba oír casi nada. El ruido más fuerte era el chirrido del eje y en una ocasión oyó un golpe en uno de los lados de la carreta y le pareció que

alguien se reía. Era de noche. No estaba seguro de cómo lo sabía, pero tenía sentido, puesto que nadie intentaría llevar escondido a un oficial británico a plena luz del día y sabía que había permanecido mucho tiempo tendido en la tienda después de que Hakeswill le golpeará. Recordaba haberse agachado bajo la lona de la tienda, recordaba haber visto fugazmente la culata chapada de metal del mosquete y luego ya no había más que un revoltijo de dolor e inconsciencia. Sentía un peso en la cintura y al cabo de un rato imaginó que alguien tenía los pies apoyados en la alfombra. Sharpe comprobó su suposición intentando moverse y el tipo le pegó una patada. Volvió a quedarse quieto. Recordó que uno de los perros había escapado. De alguna manera había conseguido sacarse la cuerda del cuello y se había alejado chapoteando corriente abajo mientras los niños gritaban en la orilla y lanzaban piedras a su asustada cabeza. ¿Murió el perro? No logró recordarlo. ¡Mira que había sido salvaje de niño!, pensó, salvaje como un halcón. Habían intentado sacarle el salvajismo a palos, lo golpeaban hasta hacerle sangre y luego le decían que acabaría mal. Habían vaticinado que lo colgarían del cuello en Tyburn Hill. Dick Sharpe colgando, meándose las piernas mientras la soga se le clavaba en el cuello quemándole la piel. Pero eso no había ocurrido. Era un oficial, un caballero, y aún seguía con vida, tiró de la cuerda que tenía alrededor de las muñecas pero no se movió.

¿Sería Hakeswill el que conducía el carro? Parecía posible, lo cual sugería que el sargento quería un lugar seguro y privado para matar a Sharpe. Pero, ¿cómo lo haría? ¿De forma rápida con un cuchillo? Eso era un deseo desesperado, puesto que Hakeswill no era clemente. Quizá tenía intención de hacérselas pagar a Sharpe poniéndolo debajo de la pata de un elefante y él gritaría y se retorcería hasta que el enorme peso no lo dejara gritar nunca más y sus huesos se quebraran y astillaran como cáscaras de huevo. Y sabed que vuestro pecado os alcanzará. ¿Cuántas veces había oído aquellas palabras de la Biblia? Normalmente en la inclusa caían sobre él con un golpe en la cabeza por cada sílaba, golpes que continuaban mientras salmodiaban la referencia. El libro de Números, capítulo treinta y dos, versículo veintitrés, sílaba a sílaba, golpe a golpe, y ahora su pecado lo había alcanzado e iba a ser castigado por todas las ofensas impunes. «Pues muere bien —se dijo a sí mismo—. No grites.» Fuera lo que fuera lo que iba a ocurrirle no podía ser peor que los azotes que había recibido por culpa de las mentiras de Hakeswill. Aquello sí que había dolido. Le había dolido horrores, pero no había gritado. Así pues soporta el dolor y vete como un hombre. ¿Qué era lo que había dicho el brigada Bywaters a Sharpe al meterle la mordaza de cuero en la boca? «Sea valiente, muchacho. No defraude al regimiento.» De manera que sería valiente y moriría bien, ¿y entonces qué? Supuso que le esperaba el infierno y una eternidad de tormento a manos de una legión de Hakeswills. Igual que en el ejército, la verdad.

El carro se detuvo. Oyó el golpe de unos pies sobre las tablas de la carreta y un

murmullo de voces, luego unas manos agarraron la alfombra y lo sacaron a rastras. Golpeó con fuerza contra el suelo y a continuación levantaron la alfombra y se la llevaron. «Muere bien —decía para sus adentros—, muere bien», pero era más fácil decirlo que hacerlo. No todo el mundo moría bien. Sharpe había visto a hombres fuertes reducidos a una estremecedora desesperación mientras aguardaban a que quitaran la carreta de debajo de la horca, así como había visto a otros pasar a la eternidad con una expresión de desafío tan dura y crispada que había silenciado a la multitud de espectadores. Pero, al final, todo el mundo bailaba el baile de la horca sacudiéndose de un trozo de cáñamo de Bridport y el gentío se reía de las convulsivas payasadas. El mejor espectáculo de marionetas de todo Londres, decían. Ninguna manera de morir era buena, excepto si era en la cama, dormido, sin enterarse. O tal vez en batalla, frente a la boca del cañón, saltando en pedacitos en un instante de inconsciencia.

Oyó los pasos de los hombres que lo llevaban a cuestras golpear contra un suelo de piedra y luego percibió un murmullo de voces. Había muchas personas; por lo visto hablaban todas al mismo tiempo y con excitación. Notó que la alfombra era empujada a través de una multitud y le pareció que lo bajaban por unas escaleras. Luego la multitud quedó atrás y lo arrojaron a un duro suelo. En aquellos momentos las voces parecían más fuertes, como si estuvieran dentro de algún edificio, y de pronto se apoderó de él la idea absurda de que lo habían llevado a un palenque de peleas de gallos como el que había en la calle Vinegar, donde, de niño, se había ganado unos cuartos de penique llevando jarras de cerveza porter a los espectadores que alternaban un aire taciturno con una excitación maníaca.

Estuvo mucho tiempo allí tumbado. Oía las voces, a veces incluso carcajadas. Se acordó del gordo de la calle Vinegar cuyo oficio, exterminador de ratas, lo llevaba a las grandes casas del oeste de Londres y él las reconocía para sus amigos ladrones. «Te llevarías un buen botín, Dicky», le decía a Sharpe, entonces lo agarraba del brazo y señalaba a los gallitos que esperaban para pelear. «¿Cuál de ellos ganará, muchacho, cuál?» Sharpe elegía uno al azar y la mitad de las veces el ave sí que ganaba. «Es un chico con suerte —presumía el exterminador de ratas ante sus amigos, al tiempo que le lanzaba un cuarto de penique a Sharpe—. ¡El chaval tiene la suerte del diablo!»

No aquella noche, pensó Sharpe, y de pronto agarraron la alfombra, la desenrollaron y él cayó sobre unas duras losas. Su aparición fue recibida con gritos de entusiasmo. La luz le dio en los ojos y lo deslumbró, pero al cabo de unos momentos vio que estaba en un gran patio de piedra iluminado por las llamas de unas antorchas colocadas en los pilares que rodeaban el lugar. Dos hombres vestidos con túnicas blancas lo agarraron, lo levantaron y lo empujaron hacia un banco de piedra donde, para su sorpresa, le desataron las manos y los pies y le quitaron la mordaza de la

boca. Se sentó flexionando los dedos y respirando hondo y con dificultad el aire húmedo. No había ni rastro de Hakeswill.

Entonces pudo ver que estaba en un templo. Rodeando el patio había una especie de claustro que, al hallarse elevado cosa de un metro, convertía el suelo de piedra en una arena natural. No se había equivocado mucho con lo del foso para las peleas de gallos, aunque la calle Vinegar nunca había aspirado a tener arcos de piedra tallados y colmados de dioses que se retorcían y bestias que gruñían. El claustro elevado se hallaba atiborrado de hombres que estaban de un buen humor indiscutible. Había cientos de ellos, todos esperando el singular entretenimiento nocturno. Sharpe se tocó el labio hinchado e hizo un gesto de dolor. Estaba sediento y cada vez que respiraba le dolían las costillas rotas o magulladas. Tenía una hinchazón en la frente con una gruesa costra de sangre seca. Recorrió el gentío con la mirada buscando un rostro amigo, pero no encontró ninguno. Sólo veía campesinos indios con unos ojos oscuros que reflejaban la luz de las llamas. Debían de haber venido de todos los pueblos en un radio de quince kilómetros para presenciar lo que fuera que estuviera a punto de suceder.

En el centro del patio había un pequeño edificio de piedra con elefantes y bailarinas fantásticamente tallados, coronado por una torre escalonada que había sido esculpida con aún más dioses y animales pintados en color rojo, amarillo, verde y negro. El ruido de la multitud se apagó cuando un hombre apareció en la puerta de aquella pequeña capilla y alzó los brazos como señal para que guardaran silencio. Sharpe reconoció a aquel hombre. Era el hombre alto, delgado, cojo y vestido con la túnica de rayas verdes y negras que le había suplicado a Torrance por la vida de Naig, y tras él iban un par de *jettis*. De modo que se resumía a eso, a la venganza por la muerte de Naig. Sharpe se dio cuenta de que Hakeswill no había tenido intención de matarlo, sólo de entregarlo a esos hombres.

Un murmullo se extendió entre los espectadores mientras admiraban a los *jettis*. Eran unos bestias enormes que dedicaban su extraordinaria fuerza a algún extraño dios indio. Aunque Sharpe ya se había enfrentado antes a los *jettis* y había matado a algunos en Seringapatam, no creía tener muchas posibilidades contra aquellos dos brutos barbudos. Estaba demasiado débil, demasiado sediento, demasiado magullado, demasiado herido, mientras que aquellos dos fanáticos eran altos y enormemente musculosos. Su bronceada piel estaba aceitada de manera que relucía a la luz de las llamas. Llevaban sus largas melenas enroscadas en la cabeza y uno de ellos tenía unas líneas rojas pintadas en la cara, mientras que el otro, que era un poco más bajo, portaba una larga lanza. Ambos vestían solamente un taparrabos. Miraron a Sharpe y luego el más alto se postró frente a la pequeña capilla. Una docena de guardias salieron de la parte posterior del patio y se alinearon alrededor del mismo. Llevaban mosquetes con las bayonetas caladas.

El hombre alto de la túnica a rayas dio unas palmadas para acallar los últimos murmullos del gentío. Tardó un poco, puesto que aún había más espectadores que se empujaban para entrar en el templo y apenas había espacio en el claustro. Un caballo relinchó en algún lugar del exterior. Los hombres daban gritos de protesta mientras que los recién llegados se abrían paso a empujones para entrar, pero al final terminó el alboroto y el hombre alto se dirigió hacia el extremo de la plataforma de piedra en la que se alzaba la pequeña capilla. Habló un buen rato y cada poco tiempo sus palabras provocaban unos gruñidos de aprobación, y entonces la multitud miraba a Sharpe y algunos le escupían. Sharpe les devolvía las miradas con resentimiento. Le daba la impresión de que iban a tener una singular diversión nocturna. Un inglés capturado iba a morir delante de ellos, y Sharpe no podía culparles porque disfrutaran ante aquella perspectiva. Pero iban listos si creían que iba a morir fácilmente. Algún daño podía hacer, creía él, tal vez no mucho, pero lo suficiente para que los *jettis* recordaran la noche en que les habían dado a un casaca roja para que lo mataran.

El hombre alto finalizó su discurso, a continuación descendió renqueando por el corto tramo de escaleras y se acercó a Sharpe. Tenía un porte digno, como un hombre consciente de la importancia de su valía. Se detuvo a unos pasos de Sharpe y su rostro mostró desdén y burla mientras miraba el lamentable estado del inglés.

—Mi nombre —dijo en inglés— es Jama.

Sharpe no dijo nada.

—Usted mató a mi hermano —dijo Jama.

—He matado a muchos hombres —dijo Sharpe con una voz tan ronca que apenas se oía a los pocos pasos de distancia que los separaban a los dos. Escupió para aclararse la garganta—. He matado a muchos hombres —repitió.

—Y mi hermano era uno de ellos —replicó Jama.

—Merecía la muerte —dijo Sharpe.

Jama adoptó un aire despectivo ante aquella respuesta.

—Si mi hermano merecía morir entonces también lo merecían los británicos que hacían negocios con él.

Probablemente fuera cierto, pensó Sharpe, pero no dijo nada. Podía distinguir algunos cascos puntiagudos detrás de la multitud y supuso que algunos de los jinetes mahratta que seguían deambulando por la Meseta Deccan habían acudido a presenciar su muerte. Tal vez fueran los mismos mahratta que habían comprado los dos mil mosquetes perdidos, unos mosquetes que Hakeswill les había suministrado y acerca de los cuales Torrance había mentido para ocultar el robo.

—Así que ahora va a morir usted —dijo sencillamente Jama.

Sharpe se encogió de hombros. Estaba pensando en echar a correr hacia la derecha y agarrar el mosquete más próximo, pero sabía que el dolor lo entorpecería. Por otro lado, los hombres del claustro saltarían para dominarlo. Pero algo tenía que

hacer. ¡Cualquier cosa! No podían matarlo como a un perro.

—Va a morir lentamente —dijo Jama— para satisfacer la deuda de sangre que tiene con mi familia.

—¿Quiere una muerte —preguntó Sharpe— para compensar la muerte de su hermano?

—Exactamente —respondió Jama con gravedad.

—Entonces mate a una rata —le dijo Sharpe— o estrangule a un sapo. Su hermano merecía morir. Era un ladrón.

—Y ustedes los ingleses han venido a robar toda la India —replicó Jama con serenidad. Volvió a mirar las heridas de Sharpe y pareció que le causaban satisfacción—. Pronto estará rogándome clemencia —dijo—. ¿Sabe lo que son los *jettis*?

—Lo sé —contestó Sharpe.

—Prithviraj —dijo Jama con un gesto dirigido al *jetti* más alto que estaba inclinado ante el pequeño altar— ha castrado a un hombre únicamente con las manos. A usted le hará eso mismo y más, pues esta noche le he prometido a esta gente que verán la muerte de un centenar de partes. Lo van a hacer pedazos, inglés, pero vivirá mientras su cuerpo es dividido, porque en eso consiste la habilidad de un *jetti*. En matar a un hombre lentamente, sin armas, destrozándolo pedazo a pedazo, y sólo cuando sus gritos hayan mitigado el dolor por la muerte de mi hermano me mostraré clemente con usted. —Jama le dirigió una última mirada de desprecio a Sharpe y a continuación se dio la vuelta y regresó a los escalones del santuario.

Prithviraj se inclinó hacia delante e hizo sonar una diminuta campanilla para atraer la atención del Dios, luego juntó las manos y realizó una última reverencia. El segundo *jetti*, el que llevaba la lanza, miraba a Sharpe con rostro inexpresivo.

Sharpe se obligó a ponerse en pie. Le dolía la espalda y tenía las piernas tan débiles que se tambaleó, cosa que provocó risas entre la muchedumbre. Dio un paso a la derecha, pero el guardia más próximo se limitó a alejarse poco a poco. Habían traído un taburete de madera tallada de la capilla y Jama se había sentado en lo alto de las escaleras. Un murciélago enorme revoloteaba entrando y saliendo de la luz de las antorchas. Sharpe avanzó, poniendo a prueba sus piernas, y se asombró de que pudiera mantenerse en pie siquiera. La multitud se burló de su andar tambaleante y el ruido hizo que Prithviraj volviera la cabeza y dejara de momento sus oraciones. Vio que Sharpe no representaba ningún peligro y se volvió de nuevo hacia el dios.

Sharpe iba haciendo eses. Lo hizo a propósito, aparentando estar más débil de lo que estaba en realidad. Se balanceó, fingiendo estar a punto de caerse, y dio unos cuantos pasos de lado arrastrando los pies para acercarse a uno de los guardias. «Agarra un mosquete —se dijo— y clávale el cañón en la cara a Jama.» Volvió a tambalearse de lado y el guardia más cercano retrocedió y colocó la bayoneta apuntando a Sharpe. Estaba claro que la docena de centinelas tenían órdenes de no

dejarlo salir de la zona de aniquilamiento del *jetti*. Sharpe calculó la distancia, al tiempo que se preguntaba si podría sortear la bayoneta para nacerse con el mosquete, pero un segundo guardia se acercó como refuerzo del primero.

Entonces Prithviraj se puso de pie.

Era un maldito gigante, pensó Sharpe, un gigante con la piel untada de aceite y unos brazos tan gruesos como los muslos de la mayoría de las personas. El gentío volvió a murmurar, admirado, y entonces Prithviraj se desató el taparrabos y dejó que cayera, de modo que se quedó desnudo como Sharpe. El gesto parecía implicar que no buscaba ninguna ventaja sobre su oponente, aunque cuando aquel hombre enorme bajó del santuario el segundo *jetti* procuró no apartarse de su lado. Dos contra uno, y el segundo tenía una lanza, mientras que Sharpe no tenía nada. Miró hacia las ardientes antorchas y se preguntó si podría agarrar una y blandirla como si fuera un arma, pero estaban demasiado altas. «¡Por Dios —pensó—, haz algo! ¡Cualquier cosa!» El pánico empezó a cernirse sobre él, sacudiéndose como el murciélago que volvía a descender en picado hacia la luz de las llamas.

Se alejó de los *jettis*; la multitud lo abucheó. No le importaba. Estaba observando a Prithviraj. Un hombre lento, demasiado cargado de músculo para ser rápido, y Sharpe supuso que aquél era el motivo por el que el segundo *jetti* estaba presente. Su trabajo consistiría en acosar a Sharpe con la brillante lanza y después sujetarlo mientras Prithviraj le arrancaba las orejas y los dedos de las manos y de los pies. «Así pues, primero a por el lancero —se dijo Sharpe—, derriba a ese cabrón y quítale el arma.» Se dirigió poco a poco hacia la izquierda y fue rodeando el patio para intentar situarse más cerca del *jetti* que llevaba la lanza. Al moverse se oyó susurrar a la multitud que disfrutaba con la idea de que el inglés opusiera resistencia.

La lanza seguía los movimientos de Sharpe. Tendría que ser rápido, pensó Sharpe, desesperadamente rápido, y dudó que pudiera hacerlo. La pateada de Hakeswill lo había entorpecido, pero tenía que intentarlo, de modo que siguió andando en círculo y de repente arremetió para atacar al lancero, pero el arma se dirigió hacia él y Prithviraj fue mucho más rápido de lo que Sharpe había creído y dio un salto para atraparlo, por lo que Sharpe tuvo que realizar un forzado giro para evitar que lo sujetaran. La gente se rió de su torpeza.

—Acepte su muerte —le gritó Jama. Un criado le abanicaba el rostro al mercader.

A Sharpe le corría el sudor por las mejillas. Se había visto obligado a dirigirse hacia la parte del patio más próxima a la entrada del templo donde había dos tramos de escaleras de piedra que conducían al claustro. Las escaleras, que se adentraban en el patio, formaban un saliente en el que de pronto Sharpe se dio cuenta de que estaba atrapado. Se movió hacia un lado, pero el *jetti* de la lanza lo apuntaba. Los dos hombres sabían que ahora estaba acorralado y se le acercaron lentamente, y lo único que pudo hacer Sharpe fue retroceder hasta que su espina dorsal se pegó a la pared

del claustro. Uno de los espectadores le dio una patada, pero con más malicia que fuerza. Los *jettis* se aproximaban poco a poco, cautelosos por si de pronto echaba a correr hacia uno u otro lado. Prithviraj flexionaba sus enormes dedos, agilizándolos para la tarea de aquella noche. Unos retazos de ceniza ardiendo se alzaron de las antorchas en un remolino y uno de ellos fue a parar al hombro de Sharpe. Se lo quitó de encima.

—¿*Sahib*? —dijo una voz entre dientes por detrás de Sharpe—. ¿*Sahib*?

Prithviraj tenía un aspecto calmado y seguro. ¡Demonios, no era de extrañar!, pensó Sharpe. Tenía que darle una patada en la entrepierna a ese cabrón desnudo. Le pareció que aquélla era su última oportunidad. Un buen puntapié y confiar en que Prithviraj se doblara en dos. O eso o echar a correr hacia la lanza y esperar que la hoja lo matara rápidamente.

—¿*Sahib*! —volvió a decir la voz. Prithviraj se estaba volviendo de lado para no dejar sus partes expuestas a Sharpe y luego le hizo una seña al otro *jetti* para que se acercara al inglés y lo hiciera alejarse de la pared con su lanza—. ¡Eh, tú, cabrón! —dijo la voz con impaciencia.

Sharpe se dio la vuelta y vio a Ahmed, que estaba de cuatro patas entre las piernas de los espectadores, y lo que era más, el chico empujaba hacia delante la empuñadura del *tulwar* que había conseguido en Deogaum. Sharpe se inclinó contra el borde del claustro y la multitud, al verlo apoyado contra la piedra, creyó que se había rendido. Algunos dejaron escapar un quejido, pues habían esperado un poco más de pelea, pero la mayoría de los que observaban se limitaron a mofarse de él por ser un alfeñique.

Sharpe le guiñó el ojo a Ahmed y alargó la mano para coger el *tulwar*. Agarró el mango, se apartó de la piedra de un empujón y se dio la vuelta, al tiempo que sacaba la hoja de la vaina que Ahmed todavía tenía en la mano. Se volvió deprisa como una serpiente dispuesta a atacar, el acero curvo tenía un color entre rojo y plateado bajo la luz de las llamas del patio y a los *jettis*, que pensaban que ya estaba vencido, los pilló de improviso. El hombre con la lanza era el que estaba más cerca y la hoja curva le rajó la cara, haciendo que le brotara la sangre, e instintivamente apretó los ojos y dejó caer la lanza. Sharpe se desplazó a la derecha, recogió la lanza del suelo y finalmente Prithviraj puso cara de preocupación.

Los guardias alzaron sus mosquetes. Sharpe oyó los chasquidos cuando las armas se amartillaron. Que le dispararan, pensó, pues ésa era una muerte más rápida que ser desmembrado y castrado por un gigante desnudo. Jama estaba en pie, con una mano alzada, renuente a dejar que sus guardias le dispararan a Sharpe antes de que hubiera sufrido dolor. El *jetti* herido estaba de rodillas y con las manos se agarraba la cara, de la que manaba bastante sangre.

Entonces un mosquete disparó con un ruido que sonó anormalmente fuerte en los

límites de las paredes talladas del patio. Uno de los guardias se encogió cuando la bala del mosquete pasó volando junto a su cabeza e hizo saltar una esquirla de piedra de uno de los arcos decorados. Luego una voz dio un grito desde el claustro junto a la entrada del templo. El hombre habló en un idioma indio y se dirigió a Jama, quien, horrorizado, miraba cómo un grupo de hombres armados se abría paso a empujones para situarse frente a la multitud.

Era Syud Sevajee el que había disparado, el que le había hablado a Jama y el que ahora le sonreía a Sharpe.

—Le he dicho que tiene que ser una pelea justa, alférez Sharpe.

—¿Yo contra él? —Sharpe señaló a Prithviraj con un gesto de la barbilla.

—Vinimos buscando entretenimiento —dijo Syud Sevajee—, lo menos que puede hacer es proporcionarnos un poco.

—¿Por qué no le pega un tiro a ese hijo de puta y termina de una vez con esto? Sevajee sonrió.

—Esta gente aceptará el resultado de un combate justo, alférez. Puede que no les guste si me limito a rescatarle. Además, no querrá estar en deuda conmigo, ¿verdad?

—Ya estoy endeudado con usted hasta las cejas —repuso Sharpe. Se dio la vuelta y miró a Prithviraj, que esperaba una señal de Jama—. ¡Eh! ¡Goliat! —le gritó Sharpe—. ¡Toma! —Le arrojó el *tulwar* al hombre y se quedó con la lanza—. ¿Quieres pelea? Pues ahora ya tienes un arma.

El dolor parecía haberse desvanecido y le había desaparecido hasta la sed. Era como aquel momento en Assaye cuando estaba rodeado de enemigos y de pronto el mundo le había parecido un buen lugar, un lugar calmado, lleno de deliciosas oportunidades. Ahora tenía una posibilidad. Tenía más que una posibilidad, iba a matar a ese cabrón. Era una pelea justa y Sharpe había crecido peleando. Se había criado para ello en los bajos fondos, la pobreza lo había empujado a hacerlo y la desesperación lo había hecho inmune. Si no era un luchador no era nada, y ahora la multitud iba a tener la sangrienta diversión que querían. Levantó la lanza.

—¡Vamos, cabrón!

Prithviraj se agachó y recogió el *tulwar*. Lo balanceó describiendo un torpe arco y a continuación volvió a mirar a Jama.

—¡No lo mires a él, pedazo de buey! ¡Mírame a mí! —Sharpe avanzó con la lanza baja, luego alzó la hoja y arremetió contra el vientre del grandullón y Prithviraj realizó una parada desmañada que resonó contra la hoja de la lanza—. Tendrás que poner un poco más de fuerza —dijo Sharpe, al tiempo que echaba la lanza hacia atrás y se quedaba quieto para inducir al *jetti* a que avanzara. Prithviraj dio unos pasos hacia él, hizo oscilar la hoja y Sharpe retrocedió de modo que el golpe de la punta del *tulwar* quedó a pocos centímetros de su pecho.

—Tienes que ser rápido —le dijo Sharpe, e hizo un amago por la derecha, se

apartó dando un giro y se lanzó de nuevo hacia la izquierda, con lo que le hizo perder el equilibrio a Prithviraj. Sharpe se dio la vuelta y arremetió con la espada, pinchando al hombre y dejándole un hilo de sangre en la espalda—. Cuando el otro tiene un arma no es lo mismo, ¿verdad? —Le dirigió una sonrisa al *jetti*—. Vamos, atontado. ¡Venga!

En aquellos momentos la multitud permanecía en silencio. Prithviraj parecía desconcertado. Él no se había esperado tener que luchar, no con un arma, y no había duda de que no estaba acostumbrado al *tulwar*.

—Puedes abandonar —le dijo Sharpe—. Puedes arrodillarte y abandonar la lucha. Si lo haces no te mataré, pero si te quedas de pie te cortaré a trocitos como si fueras un jodido pedazo de carne.

Prithviraj no entendía ni una palabra, pero sabía que Sharpe era peligroso y estaba intentando encontrar la mejor manera de matarlo. Miró la lanza y lamentó no tener aquella arma en vez del *tulwar*, pero Sharpe sabía que la punta siempre vence al filo, motivo por el cual se había quedado con la lanza.

—¿Quiere que sea rápido o lento, Sevajee? —le gritó Sharpe.

—Lo que usted prefiera, alférez —respondió Sevajee con una sonrisa—. No le corresponde a la audiencia decirles a los actores cómo debe ir la representación.

—Entonces lo haré rápido —dijo Sharpe, y señaló a Prithviraj con la mano libre y con un gesto le indicó al *jetti* que podía arrodillarse—. Arrodíllate —dijo— y te perdonaré la vida. ¡Dígaselo, Sevajee!

Sevajee gritó algo en un idioma indio y Prithviraj debió de tomarse la oferta como un insulto, porque de repente echó a correr hacia delante blandiendo el *tulwar* y Sharpe tuvo que echarse a un lado rápidamente y parar uno de los golpes con el astil de la lanza. La hoja cortó una astilla del palo, pero no se acercó a Sharpe.

—Eso no sirve de nada —le dijo Sharpe—. No estás segando heno, zopenco, estás intentando seguir vivo.

Prithviraj volvió a atacar, pero lo único que se le ocurrió hacer fue dar unos amplios golpes con la espada, cualquiera de los cuales hubiera podido partir en dos a Sharpe, pero los ataques eran torpes y Sharpe retrocedió, siempre moviéndose en círculo hacia el centro del patio para no quedar atrapado contra los extremos. La multitud, que intuía que Prithviraj podía ganar, empezó a animarlo, pero algunos se dieron cuenta de que el inglés ni siquiera estaba tratando de pelear todavía. Provocaba al *jetti*, lo eludía y mantenía la lanza baja.

—Creí que había dicho que sería algo rápido —dijo Sevajee.

—¿Quiere que termine? —preguntó Sharpe. Se agachó al tiempo que levantaba la hoja de la lanza y el movimiento frenó a Prithviraj, que se lo quedó mirando con recelo—. Lo que voy a hacer —dijo Sharpe— es rajarte la barriga y luego cortarte el cuello. ¿Estás listo? —Avanzó blandiendo la lanza, todavía baja, y Prithviraj

retrocedió al tiempo que trataba de parar las pequeñas arremetidas, pero cada vez Sharpe echaba la lanza hacia atrás antes de que las paradas hicieran contacto y Prithviraj ponía mala cara. Parecía hipnotizado por la reluciente hoja que se agitaba como la lengua de una serpiente, y tras ella Sharpe le sonreía y lo provocaba. En una ocasión Prithviraj intentó contraatacar, pero la lanza hendió el aire y quedó a unos dos centímetros de su cara, por lo que él continuó retrocediendo. Entonces se dio contra el *jetti* cegado que seguía en cuclillas sobre las losas y Prithviraj perdió el equilibrio y se tambaleó.

Sharpe se irguió, acometió hacia adelante con la lanza y la parada desesperada llegó demasiado tarde, con lo que de pronto la hoja estaba perforando y rasgando piel y músculo del estómago del *jetti*. Sharpe hizo girar el acero en forma de hoja para que no quedara atrapado en la carne y a continuación lo arrancó, la sangre fluyó por el suelo del templo, Prithviraj estaba inclinado hacia delante como si doblándose pudiera sellar la herida de su estómago, pero entonces la lanza se deslizó desde un lado y le tajó la garganta.

La muchedumbre suspiró.

Prithviraj yacía sobre las piedras, hecho un ovillo, mientras la sangre borboteaba de su rajado estómago y manaba pulsátil de su cuello.

De una patada Sharpe le quitó el *tulwar* de las rendidas manos del *jetti*, luego se dio la vuelta y miró a Jama.

—¿Su hermano y usted hacían negocios con el capitán Torrance?

Jama no dijo nada.

Sharpe fue andando hacia la capilla. Los guardias hicieron ademán de detenerlo, pero los hombres de Sevajee alzaron sus mosquetes y algunos de ellos saltaron al interior del patio con una sonrisa en la cara. Ahmed también bajó de un salto y agarró el *tulwar*, que había quedado sobre las losas. En aquellos momentos Prithviraj estaba de lado, muriéndose.

Cuando Sharpe llegó a las escaleras Jama se puso en pie. Con su cojera no podía moverse con rapidez y de pronto la lanza estaba en su vientre.

—Le he hecho una pregunta —dijo Sharpe.

Jama siguió en silencio.

—¿Quiere vivir? —le preguntó Sharpe. Jama bajó la vista a la hoja de la lanza que estaba llena de sangre—. ¿Fue Torrance quien me entregó a usted? —inquirió Sharpe.

—Sí —respondió Jama.

—Si vuelvo a verlo —dijo Sharpe— le mataré. Si regresa al campamento británico lo colgaré como a su hermano y, como le mande un mensaje a Torrance, le seguiré hasta el último rincón de la tierra y lo castraré con mis propias manos. — Hundió la lanza lo justo para pincharle el estómago a Jama y se dio la vuelta. La

multitud estaba en silencio, acobardada por los hombres de Sevajee y por la ferocidad que había visto en el patio del templo. Sharpe tiró la lanza, atrajo a Ahmed hacia sí y le dio unas palmaditas en la cabeza—. Eres un buen chico, Ahmed. Un buen chico, ya lo creo. Tengo que beber algo. Por Dios que estoy sediento.

Pero también estaba vivo.

Y eso significaba que muy pronto otros estarían muertos.

Porque Sharpe estaba más que vivo. Estaba enfadado. Muy enfadado. Y quería venganza.

Sharpe tomó prestada una túnica de uno de los hombres de Sevajee y luego subió detrás de Ahmed en el caballo del comandante Stokes. Se alejaron lentamente del pueblo, donde las antorchas ardían con luz parpadeante en el templo, y se dirigieron hacia la mancha de luz roja que revelaba el lugar donde estaba emplazado el campamento británico, a unos cuantos kilómetros al oeste. Sevajee fue hablando mientras cabalgaban y le contó a Sharpe que, al escapar, Ahmed había ido directo a los brazos de sus hombres.

—Por suerte para usted, alférez —dijo el indio—, lo reconocí.

—Por eso mandó a alguien a buscar ayuda, ¿no? —le preguntó Sharpe con sarcasmo—. Por eso fue a buscar a unos cuantos casacas rojas para que me sacaran de esa maldita tienda.

—Su gratitud me conmueve profundamente —comentó Sevajee con una sonrisa—. Nos costó un poco entender lo que su chico decía y confieso que ni entonces lo creímos del todo, y cuando se nos ocurrió tomarle en serio a usted ya se lo habían llevado. De modo que lo seguimos. Pensé que tal vez la noche nos reportaría un poco de diversión, y así fue.

—Me alegro de haber podido ayudar —dijo Sharpe.

—Sabía que sería capaz de vencer a un *jetti* en una pelea limpia.

—Vencí a tres de ellos a la vez en Seringapatam —explicó Sharpe—, pero no sé si fue una pelea limpia. No soy muy partidario de las peleas limpias. Me gusta que no lo sean. Las peleas limpias son para caballeros que no dan para más.

—Por eso le dio la espada al *jetti* —comentó Sevajee con sequedad.

—Sabía que no haría una mierda con ella —dijo Sharpe. De pronto se sentía cansado y le habían vuelto todos los dolores, males y padecimientos. Por encima de él las estrellas brillaban en el cielo mientras que una luna con forma de fina hoz se cernía justo encima de la lejana fortaleza. Dodd estaba allí arriba, pensó Sharpe, otra vida que tomar. Dodd y Torrance, Hakeswill y sus dos hombres. Una deuda que tenía que saldarse mandando al infierno a todos esos hijos de puta.

—¿Adonde lo llevo? —preguntó Sevajee.

—¿Llevarme?

—¿Quiere ir a ver al general?

—¡Por Dios, no! —Sharpe no se imaginaba quejándose ante Wellesley. Probablemente ese frío cabrón le echaría la culpa a Sharpe por meterse en problemas. ¿Stokes, quizá? ¿O la caballería? Sin duda el sargento Lockhart lo recibiría bien, pero entonces tuvo una idea mejor—. Lléveme al lugar donde hayan acampado —le dijo a Sevajee.

—¿Y por la mañana?

—Tiene usted a un nuevo recluta —repuso Sharpe—. De momento soy uno de sus hombres.

A Sevajee pareció hacerle gracia.

—¿Por qué?

—¿Usted qué cree? Quiero esconderme.

—Pero, ¿por qué?

Sharpe suspiró.

—¿Piensa que Wellesley me creerá? Si se lo cuento a Wellesley pensará que he pillado una insolación o se imaginará que estoy borracho. Y Torrance se quedará allí hablando como si tuviera una patata caliente en su jodida boca y lo negará todo, o si no le echará la culpa a Hakeswill.

—¿Hakeswill? —preguntó Sevajee.

—Un maldito hijo de puta al que voy a matar —dijo Sharpe—. Y será más fácil si no sabe que todavía estoy vivo. —Y en esta ocasión, juró Sharpe, se aseguraría de acabar con ese cabrón—. Lo único que me preocupa —le dijo a Sevajee— es el caballo del comandante Stokes. Stokes es un buen hombre.

—¿Este caballo? —dijo Sevajee señalando con la cabeza a la yegua gris.

—¿Cree que un par de sus compañeros podrían devolvérselo por la mañana?

—Por supuesto.

—Dígale que me hicieron caer de la silla y que el enemigo me capturó —dijo Sharpe—. Que piense que estoy prisionero en Gawilghur.

—¿Y mientras tanto será uno de nosotros? —preguntó Sevajee.

—Acabo de convertirme en un mahratta —contestó Sharpe.

—Bienvenido —repuso Sevajee—. Y lo que ahora necesita, Sharpe, es descansar un poco.

—Ya he descansado mucho —dijo Sharpe—. Lo que ahora necesito es algo de ropa y un poco de oscuridad.

—También necesita comida —insistió Sevajee. Levantó la mirada hacia aquella tajada de luna que se alzaba por encima del fuerte. Era menguante—. Mañana la noche aún será más oscura —prometió, y Sharpe asintió con la cabeza. Quería una oscuridad intensa, una ensombrecida negrura, en la que un fantasma viviente pudiera ir de caza.

El comandante Stokes agradeció que le devolvieran el caballo pero se entristeció por la suerte que había corrido Sharpe.

—¡Capturado! —le dijo a sir Arthur Wellesley—. Y por mi culpa, además.

—No veo por qué, Stokes.

—Nunca tendría que haberle dejado que se fuera cabalgando solo. Debí haberle hecho esperar hasta que algún grupo regresara.

—No será la primera celda que haya visto —dijo Wellesley—, y me atrevería a decir que tampoco será la última.

—Lo voy a echar de menos —dijo Stokes—, lo voy a echar mucho de menos. Es un buen hombre.

Wellesley soltó un gruñido. Había subido hasta donde estaban preparando el camino para evaluar los progresos por sí mismo y quedó impresionado, aunque se cuidó mucho de no demostrar su aprobación. En aquellos momentos el camino serpenteaba montaña arriba y en un día más de trabajo llegaría al extremo de la escarpadura. La mitad de los cañones de asedio necesarios ya se hallaban en lo alto del camino, estacionados en un prado de las tierras altas, mientras que los bueyes ascendían pesadamente por las más bajas laderas con sus pesadas cargas de balas de cañón que se necesitarían para abrir una brecha en las murallas de Gawilghur. Los maharatta prácticamente habían interrumpido sus ataques contra los constructores del camino desde que Wellesley había mandado a dos batallones de cipayos montaña arriba para dar caza al enemigo. De vez en cuando se disparaba un mosquete a una larga distancia, pero por norma general las balas perdían su impulso antes de alcanzar un objetivo.

—Su trabajo no termina con el camino —le dijo Wellesley a Stokes, mientras el general y su estado mayor seguían al ingeniero a pie hacia un terreno más elevado desde el cual pudieran inspeccionar la fortaleza.

—No creía que así fuera, señor.

—¿Conoce usted a Stevenson?

—He cenado con el coronel.

—Voy a mandarlo allí arriba. Sus tropas efectuarán el asalto. Mis hombres permanecerán abajo y treparán por los dos caminos. —Wellesley habló de manera cortante, casi con brusquedad. Iba a proponer volver a dividir su ejército en dos, tal como había estado durante la mayor parte de la guerra contra los maharatta. La facción de Stevenson ascendería hasta la meseta y realizaría el ataque principal contra la fortaleza. En dicho ataque las tropas irrumpirían por el estrecho cuello de tierra para llegar hasta las brechas, pero para evitar que el enemigo arrojara todos sus efectivos en la defensa de la rota muralla, Wellesley pensaba mandar dos columnas de sus propios hombres por los empinados senderos que conducían directamente a la

fortaleza. Los mentados soldados tendrían que aproximarse a los muros intactos ascendiendo por unas abruptas pendientes demasiado escarpadas como para permitir el despliegue de la artillería, y Wellesley sabía que dichas columnas no podían esperar entrar en Gawilghur. Su tarea consistiría en hacer que los defensores se repartieran y bloquear las rutas de escape de la guarnición, mientras los hombres del coronel Stevenson se encargaban del trabajo sangriento—. Tendrá que establecer las baterías de Stevenson —le dijo Wellesley a Stokes—. El comandante Blackiston ha visto el terreno —señaló a su ayudante de campo— y cree que tendría que bastar con dos piezas de dieciocho libras y tres de hierro de doce libras.

El comandante Blackiston, claro está, le dará todos los consejos que pueda.

—¿No hay *glacis*? —Stokes dirigió la pregunta a Blackiston.

—Cuando estuve allí no había —respondió Blackiston—, claro que podrían haber hecho uno desde entonces. Sólo vi cortinas con unos cuantos bastiones. Tenía aspecto de ser una construcción antigua.

—Del siglo quince —terció Wellesley y, al ver que los dos ingenieros habían quedado impresionados por sus conocimientos, se encogió de hombros—. Al menos eso es lo que afirma Syud Sevajee.

—Los muros viejos se rompen más deprisa —dijo Stokes alegremente. Los dos cañones grandes con los tres más pequeños batirían el muro frontalmente hasta desmoronar la vieja piedra que probablemente no contaba con la protección de un *glacis* de tierra en terraplén que absorbiera la fuerza del bombardeo, y el comandante todavía no había encontrado en ninguna fortaleza de la India un muro que pudiera resistir el golpe de una bala de dieciocho libras que recorría una distancia de ochocientos metros cada dos segundos—. Pero querrá fuego de enfilada, ¿no? —le advirtió a Wellesley.

—Le mandaré unos cuantos doce libras más —prometió Wellesley.

—Una batería de doce libras y un obús —sugirió Stokes—. Me gustaría dejar caer algunas sorpresas desagradables por encima de la muralla. No hay nada como un obús para sembrar el pesimismo.

—Mandaré un obús —prometió Wellesley. Las baterías de enfilada abrirían fuego oblicuo a través de las brechas cada vez mayores para evitar que el enemigo realizara reparaciones en los muros, y el obús, que disparaba hacia lo alto de manera que sus granadas caían vertiginosamente, podría bombardear a los grupos de reparadores situados tras las murallas de la fortaleza—. Y quiero que las baterías se instalen enseguida —dijo Wellesley—. Sin pérdida de tiempo, comandante.

—No soy persona de perder el tiempo, sir Arthur —repuso Stokes con buen humor. El comandante guiaba al general y a su estado mayor por un tramo particularmente empinado del camino, donde un elefante, ayudado por más de sesenta cipayos sudorosos, hacía subir un cañón de dieciocho libras por el tortuoso camino.

Los oficiales sortearon a los cipayos y luego treparon a un montículo desde el que podían mirar al otro lado hacia Gawilghur.

Para entonces ya estaban casi a la misma altura que la propia fortaleza y el perfil de los dos fuertes gemelos se recortaba con claridad contra el brillante cielo a lo lejos. Formaban un doble montículo. El estrecho cuello de tierra conducía desde la meseta hasta el primero y menos elevado de los montículos sobre los que se alzaba la Fortaleza Exterior. Era aquella fortaleza la que recibiría el fuego de Stokes para abrir las brechas y la que sería asaltada por los soldados de Stevenson, pero detrás de ella el terreno caía en un profundo barranco y luego ascendía abruptamente hacia el segundo montículo, mucho más grande, en el cual se hallaba la Fortaleza Interior con su palacio, sus lagos y sus casas. Sir Arthur pasó un largo rato mirando por su catalejo, pero no dijo nada.

—Le garantizo que puedo hacerle entrar en la fortaleza más pequeña —dijo Stokes—, pero, ¿cómo cruza el barranco central para llegar al bastión principal?

Aquella era una pregunta que Wellesley todavía tenía que contestarse a sí mismo y sospechaba que no había una solución sencilla. Tenía la esperanza de que los atacantes se limitaran a aparecer por el otro lado del barranco y a inundar la segunda pendiente como una ola irresistible que hubiera roto una barrera y lo invadiera todo a su paso, pero no se atrevía a admitir un optimismo tan poco práctico. No se atrevía a confesar que estaba condenando a sus hombres a un ataque contra una Fortaleza Interior que contaría con unos muros sin brecha y unos defensores bien preparados.

—Si no podemos tomarla mediante una escalada —dijo en tono cortante al tiempo que plegaba su catalejo— tendremos que cavar baterías de brecha en la Fortaleza Exterior y hacerlo de la manera más difícil.

En otras palabras, sir Arthur no tenía ni idea de cómo iba a hacerse, pensó Stokes. Pero tenía que hacerse. Con una escalada o con una brecha y, si eran afortunados, con la ayuda de Dios, porque en cuanto hubieran entrado en el barranco central los atacantes estarían en manos del diablo.

Era un caluroso día de diciembre, pero Stokes se estremeció, pues temía por los soldados que tendrían que subir y enfrentarse a Gawilghur.

El capitán Torrance había disfrutado de una noche realmente afortunada. Jama aún no había vuelto al campamento y sus grandes tiendas verdes con sus variados placeres estaban vacías, pero en el campamento británico había muchas más diversiones. Un grupo de oficiales escoceses, al que se sumó un sargento que tocaba la flauta, dieron un concierto, y aunque a Torrance no le gustaba mucho la música de cámara, se encontró con que las melodías estaban en armonía con su alegre estado de ánimo. Sharpe estaba muerto y sus deudas estaban saldadas. Torrance había sobrevivido y se había ido paseando desde el concierto hasta las líneas de caballería

donde sabía que encontraría una partida de whist. Había conseguido llevarse cincuenta y tres guineas de un irascible comandante y otras doce de un alférez de pálidas mejillas que no dejaba de rascarse la entrepierna.

—Si tiene la sífilis —había dicho finalmente el comandante— vaya pitando a ver a un cirujano.

—Son piojos, señor.

—¡Pues deje de retorcerse, por el amor de Dios! Me está distraendo.

—Siga rascándose —había dicho Torrance, al tiempo que exponía una mano ganadora. Había bostezado, había recogido las monedas y les había dado las buenas noches a sus compañeros.

—Es endemoniadamente pronto —había gruñido el comandante, que quería una oportunidad para recuperar su dinero.

—Entro de servicio —había dicho Torrance vagamente, y luego había dado un paseo hasta el campamento de los mercaderes y había inspeccionado a las mujeres que se abanicaban en el tórrido calor nocturno. Al cabo de una hora, bien satisfecho consigo mismo, había regresado a sus dependencias. Su criado se puso en cuclillas en el porche, pero él le indicó que se fuera con un gesto de la mano.

Sajit todavía estaba en su escritorio iluminado por la luz de las velas, desatascando la pluma de los trocitos de papel empapado que se acumulaban en la plumilla. Cuando Torrance entró se puso en pie, juntó las manos manchadas de tinta y le hizo una reverencia.

—*Sahib*.

—¿Todo bien?

—Todo bien, *sahib*. Los recibos de mañana. —Empujó un montón de papeles hacia el otro lado de la mesa.

—Estoy seguro de que está todo en regla —dijo Torrance, completamente convencido de que decía la verdad. Sajit estaba resultando ser un administrativo excelente. Se dirigió a la puerta de sus aposentos y entonces se dio la vuelta con el ceño fruncido—. ¿No ha regresado su tío?

—Mañana, *sahib*, estoy seguro.

—Dígale que me gustaría hablar con él. Pero si viene esta noche no. Esta noche no quiero que se me moleste.

—Por supuesto que no, *sahib*. —Sajit le ofreció otra reverencia, al tiempo que Torrance sorteaba la puerta y la cortina de muselina.

El capitán echó el pestillo de hierro y después dio caza a las pocas palomillas que habían conseguido eludir la muselina. Encendió una segunda lámpara, apiló las ganancias de la noche sobre la mesa y a continuación llamó a Clare. Ella salió de la cocina con ojos de sueño.

—*Arrack*, Brick —ordenó Torrance, y se quitó la casaca, en tanto que Clare

destapaba una nueva jarra del fuerte licor. Evitó mirar mientras Torrance se desnudaba y se tumbaba en la hamaca—. Podrías encenderme un narguile, Brick — sugirió—, y luego pasarme una esponja. ¿Hay una camisa limpia para mañana por la mañana?

—Por supuesto, señor.

—¿No es la que está zurcida?

—No, señor.

Volvió la cabeza para mirar las monedas que relucían atractivamente bajo la luz cargada de humo de la lámpara. ¡Volvía a tener dinero! ¡Estaba ganando! Tal vez había cambiado su suerte. Eso parecía. En el último mes había perdido tanto dinero jugando a las cartas que había pensado que no le aguardaba más que la ruina, pero ahora la diosa de la fortuna había puesto su otra mejilla. La regla de las mitades, se dijo al tiempo que chupaba el narguile. Guarda la mitad y juega la otra mitad. Divide en dos las ganancias y vuelve a guardar la mitad. La verdad es que era simple. Y ahora que Sharpe no estaba podía empezar una vez más a comerciar con cautela, aunque no sabía cómo se mantendría el mercado cuando los maharatta fueran derrotados. Aun así, con un poco de suerte podría hacer dinero suficiente para establecerse una cómoda vida civil en Madras. Un carruaje, una docena de caballos y otras tantas criadas. Tendría un harén. Sonrió al pensarlo, imaginándose la cara de asco de su padre. Un harén, un patio con una fuente, una bodega en las profundidades de debajo de su casa que debería construirse cerca del mar para que las brisas refrescantes pudieran entrar por sus ventanas. Cada semana tendría que pasar una o dos horas en la oficina, pero seguro que no más, puesto que siempre había indios para hacer el trabajo de verdad. Esos cabrones le engañarían, claro está, pero parecía haber mucho dinero para todos siempre que no se lo gastara jugando. La regla de las mitades, volvió a decirse. La regla de oro de la vida.

Se oían cantos provenientes del campamento situado pasado el pueblo. Torrance no identificó la melodía, que probablemente fuera alguna canción escocesa. Aquel sonido lo transportó a su niñez, cuando había cantado en el coro de la catedral. Hizo una mueca al recordar las mañanas heladas en las que había atravesado corriendo el recinto en la oscuridad y había abierto la enorme puerta lateral de la catedral para ser recibido con un tortazo en la oreja por haber llegado tarde. El vaporoso aliento de los coristas se había mezclado con el humo de las velas que ardían con luz parpadeante. Recordó que había piojos bajo las vestiduras. Los primeros piojos los había pillado de un contralto que lo había sujetado contra una pared junto a la tumba de un obispo y se había levantado el manto. «Espero que ese cabrón esté muerto», pensó.

Sajit soltó un gañido.

—¡Cállate! —gritó Torrance, contrariado de que lo hubieran sacado de su ensueño. Se hizo de nuevo el silencio y Torrance chupó el narguile. Oyó a Clare

echando agua en el patio y sonrió anticipándose al tacto relajante de la esponja.

Alguien intentó abrir la puerta desde la habitación delantera; tenía que ser Sajit.

—Vete —le gritó Torrance, pero entonces hubo algo que dio un enorme golpe en la puerta. El pestillo aguantó, aunque a ambos lados del marco cayó polvo de las grietas que había en la pared de yeso. Torrance se quedó mirando asustado, luego se agitó alarmado cuando otro gran trancazo sacudió la puerta, y en esa ocasión se desprendió de la pared un pedazo de yeso del tamaño de un plato. Torrance bajó sus piernas desnudas de la hamaca. ¿Dónde demonios estaban sus pistolas?

Un tercer golpe retumbó por la habitación y aquella vez el soporte que sujetaba el pestillo se arrancó de la pared y la puerta se abrió hacia adentro contra la cortina de muselina. Torrance vio a una figura con túnica que apartaba la cortina, entonces se abalanzó por la habitación y manoseó la ropa de la que se había desembarazado en busca de sus pistolas.

Una mano lo agarró de la muñeca.

—Eso no le va a hacer falta, señor —dijo una voz familiar, y Torrance se dio la vuelta con un gesto de dolor por la fuerza con que lo agarraba aquel hombre. Vio una figura vestida con una túnica india manchada de sangre, un *tulwar* envainado en la cintura y un rostro envuelto por la tela que le tapaba la cabeza. Pero Torrance reconoció a su visitante y palideció—. El alférez se presenta, señor —dijo Sharpe, al tiempo que le quitaba la pistola de la mano a Torrance, que no se resistió.

Torrance se quedó boquiabierto. Hubiera jurado que la sangre de la túnica era fresca, puesto que tenía un brillo húmedo. Había más sangre en un cuchillo de hoja corta que Sharpe llevaba en la mano. Goteaba en el suelo y Torrance soltó un débil gemido lastimero.

—Es la sangre de Sajit —dijo Sharpe—. Y también su cortaplumas. —Arrojó la hoja húmeda sobre la mesa junto a las monedas de oro—. ¿Le ha comido la lengua el gato, señor?

—¿Sharpe?

—Está muerto, señor, Sharpe está muerto —dijo Sharpe—. Fue vendido a Jama, ¿se acuerda, señor? ¿Es ése el maldito dinero? —Sharpe miró las rupias que había sobre la mesa.

—Sharpe —volvió a decir Torrance, de algún modo incapaz de decir nada más.

—Yo soy su fantasma, señor —dijo Sharpe, y la verdad es que Torrance sí tenía el mismo rostro que le habría quedado si un espectro hubiera atravesado su puerta. Sharpe chasqueó la lengua y movió la cabeza reprendiéndose a sí mismo—. Se supone que no tengo que llamarle «señor», ¿no es cierto, señor? Puesto que soy un compañero oficial y un caballero. ¿Dónde está el sargento Hakeswill?

—¡Sharpe! —dijo Torrance una vez más, a la vez que se desplomaba en una silla—. ¡Nos dijeron que había sido capturado!

—Y así fue, señor, pero no por el enemigo. Al menos no por un verdadero enemigo. —Sharpe examinó la pistola—. No está cargada. ¿Qué esperaba hacer, señor? ¿Darme golpes con el cañón hasta matarme?

—Mi batín, Sharpe, por favor —dijo Torrance con un gesto hacia el perchero de madera del que colgaba el batín de seda.

—Y bien, ¿dónde está Hakeswill, señor? —preguntó Sharpe. Se había echado hacia atrás la tela de la cabeza y en aquellos momentos abría el rastrillo de la pistola y soplaba para sacar el polvo de la cazoleta antes de rascar la capa de pólvora endurecida con la uña.

—Está de camino —respondió Torrance.

—¡Ah! Me ha sustituido, ¿eh? Debería mantener limpia su pistola, señor. El muelle está oxidado, ¿lo ve? Es una vergüenza cuidar tan mal una arma tan cara. ¿Está sentado sobre su cartuchera?

Torrance levantó el trasero mansamente para sacar la bolsa de cuero que contenía la pólvora y las balas para sus pistolas. Le dio la bolsa a Sharpe, consideró ir a buscar él mismo el batín, pero sospechó que cualquier movimiento inadecuado podría molestar a su visitante.

—Me alegra mucho ver que está vivo, Sharpe —dijo.

—¿En serio, señor? —preguntó Sharpe.

—Por supuesto.

—¿Entonces por qué me vendió a Jama?

—¿Venderlo? No sea ridículo, Sharpe. ¡No! —El grito lo dio cuando el cañón de la pistola se dirigió hacia él y se convirtió en un quejido cuando el cañón le golpeó la mejilla como un látigo. Torrance se tocó la cara e hizo un gesto de dolor al ver la sangre que tenía en los dedos—. Sharpe... —empezó a decir.

—Cierre el pico, señor —le dijo Sharpe en tono desagradable. Se sentó en el borde de la mesa y vertió un poco de pólvora en el cañón de la pistola—. Anoche hablé con Jama. Intentó hacer que un par de *jettis* me mataran. ¿Sabe lo que son los *jettis*, señor? Forzudos religiosos, señor, pero deben de haber estado rezándole al dios equivocado, pues a uno le corté el cuello y al otro lo dejé ciego. —Hizo una pausa para elegir una bala de las que había en la bolsa—. Y tuve una charla con Jama cuando maté a sus matones y me contó un montón de cosas interesantes. Como que usted comerciaba con él y con su hermano. Es un traidor, Torrance.

—Sharpe...

—¡He dicho que cierre el pico! —exclamó Sharpe con brusquedad. Metió la bala por la boca de la pistola, luego extrajo la corta baqueta y la introdujo por el cañón—. La cuestión es, Torrance —siguió diciendo en tono calmado—, que sé la verdad. Lo sé todo. Sobre usted y Hakeswill y sobre usted y Jama y sobre usted y Naig —le sonrió a Torrance, y a continuación volvió a encajar el corto atacador en sus aros—.

Yo creía que los oficiales estaban por encima de este tipo de delitos. Sabía que los soldados eran deshonestos, porque yo lo era, pues no tienes mucho donde elegir cuando no tienes nada, ¿no es cierto? Pero usted, señor, usted tenía todo lo que quería. Unos padres ricos, una educación adecuada. —Sharpe sacudió la cabeza.

—Usted no lo entiende, Sharpe.

—Sí que lo entiendo, señor. Míreme a mí. Mi madre era una puta, y no muy buena a decir de todos, y fue y se murió y me dejó sin nada. ¡Sin una mierda! Y la cuestión es, señor, que cuando vaya al general Wellesley y le hable de su venta de mosquetes al enemigo, ¿a quién va a creer? ¿A usted, con su educación adecuada, o a mí, con una pervertida muerta por madre? —Sharpe miró a Torrance como si esperara una respuesta, pero no obtuvo ninguna—. Va a creerle a usted, señor, ¿no? Nunca me creería a mí debido a que no soy un verdadero caballero que sabe su latín. ¿Y sabe lo que eso significa, señor?

—¿Sharpe?

—Significa que no se hará justicia, señor. Pero, por otro lado, usted es un caballero y por lo tanto sabe cuál es su deber, ¿no es cierto? —Sharpe se fue apartando de la mesa y le dio la pistola a Torrance con la culata por delante—. Sosténgala justo delante del oído —le aconsejó a Torrance— o bien póngasela en la boca. De esta manera queda todo más desparramado, pero es más segura.

—¡Sharpe! —exclamó Torrance, y se encontró con que no tenía nada que decir. Notaba el peso de la pistola en su mano.

—No le va a doler, señor —le dijo Sharpe a modo de consuelo—. Estará muerto en un abrir y cerrar de ojos. —Empezó a recoger las monedas de la mesa y a meterlas en la bolsa de Torrance. Oyó el pesado chasquido de la pistola al ser amartillada y se dio la vuelta para encontrarse con que la boca le apuntaba a la cara. Frunció el ceño y movió la cabeza decepcionado—. Y yo que creía que era usted un caballero, señor.

—No soy idiota, Sharpe —replicó Torrance vengativamente. Se puso en pie y se acercó un paso al alférez—. Y valgo diez como usted. ¿Ascendido desde la tropa? ¿Sabe en qué lo convierte eso, Sharpe? Lo convierte en un bruto, un bruto con suerte, pero no lo convierte en un verdadero oficial. No va a ser bienvenido en ningún sitio, Sharpe. Será soportado, Sharpe, porque los oficiales tienen modales, pero no lo recibirán bien porque no es un oficial como es debido. No nació para ello, Sharpe. —Torrance se rió ante la cara de horrorizada indignación que puso Sharpe—. ¡Dios, cómo lo desprecio! —dijo ferozmente—. Es como un mono disfrazado, Sharpe, ¡sólo que ni siquiera sabe llevar la ropa como es debido! Podría darle galones y cordonaduras y seguiría pareciendo un campesino, porque eso es lo que es, Sharpe. ¡Los oficiales han de tener estilo! ¡Han de poseer inteligencia! Y usted lo único que sabe hacer es gruñir. ¿Sabe lo que es, Sharpe? Es una vergüenza, es... —Hizo una pausa tratando de encontrar el insulto adecuado y movió la cabeza con frustración

porque no le salieron las palabras—. ¡Es un zoquete, Sharpe! Eso es lo que es, ¡un zoquete! Y lo mejor que se puede hacer es acabar con usted. —Torrance sonrió—. Adiós, señor Sharpe —apretó el gatillo.

El pedernal golpeó contra el acero y la chispa brilló en la cazoleta vacía.

En medio del silencio Sharpe alargó la mano y le quitó la pistola a Torrance.

—La cargué, señor, pero no la cebé. Puede que sea un zoquete, pero no soy ningún idiota. —Empujó a Torrance de nuevo a la silla y lo único que éste pudo hacer fue quedarse mirando como Sharpe echaba una pizca de pólvora en la cazoleta. Se encogió cuando Sharpe cerró el rastrillo y luego se estremeció cuando se acercó andando hacia él.

—¡No, Sharpe, no!

Sharpe se quedó junto a Torrance.

—Usted intentó hacer que me mataran, señor, y eso no me gusta. —Apretó la pistola contra la sien del capitán.

—¡Sharpe! —le suplicó Torrance. Estaba temblando, pero parecía totalmente incapaz de ofrecer resistencia, entonces la cortina de muselina de la cocina se movió y Clare Wall entró en la habitación. Se detuvo y se quedó mirando a Sharpe con unos ojos enormes.

—¡Clare! —imploró Torrance—. ¡Ve a buscar ayuda! ¡Rápido! —Clare no se movió—. ¡Ve a buscar ayuda, querida! —dijo Torrance—. Será una testigo contra usted, Sharpe. —Torrance se había dado la vuelta para mirar a Sharpe y en aquellos momentos balbuceaba—. Así que lo mejor que puede hacer es bajar el arma. ¡No diré nada de esto, nada! No es más que un poco de fiebre, imagino. Todo es un malentendido y nos olvidaremos de que sucedió. ¿Tal vez podríamos compartir una botella de *arrack*? Clare, querida, ¿puedes ir a buscar una botella?

Clare se acercó a Sharpe y extendió la mano.

—Ve a buscar ayuda, querida —dijo Torrance—, no va a darte la pistola.

—Sí que voy a dársela —dijo Sharpe, y le entregó la pistola a Clare.

Torrance dio un gran suspiro de alivio y entonces Clare le dio la vuelta a la pistola y apuntó a la cabeza de Torrance. El capitán se la quedó mirando fijamente.

—La vista al frente, capitán —dijo Sharpe, y le giró la cabeza a Torrance para que la bala entrara de lado, tal como lo haría si Torrance hubiera cometido suicidio—. ¿Está segura? —le preguntó a Clare.

—Que Dios me ayude —dijo ella—, pero soñaba con hacer esto. —Estiró el brazo hasta que la boca de la pistola rozó la sien de Torrance.

—¡No! —gritó él—. ¡No, por favor! ¡No!

Pero ella no podía apretar el gatillo. Sharpe vio que quería hacerlo pero el dedo no hacía fuerza, de modo que le quitó la pistola, la apartó con suavidad y luego apretó el cañón contra el pelo aceitado de Torrance.

—¡No, por favor! —suplicó el capitán. Estaba llorando—. Se lo ruego, Sharpe. ¡Por favor!

Sharpe apretó el gatillo y retrocedió, al tiempo que un chorro de sangre manaba del cráneo astillado. La pistola había hecho un estrépito enorme en la pequeña habitación, que entonces estaba llena de humo.

Sharpe se arrodilló y colocó la pistola en la mano muerta de Torrance, luego recogió la bolsa con el oro y se la arrojó a las manos a Clare.

—Nos vamos —le dijo—. Ahora mismo.

Ella comprendió que había prisa y, sin molestarse en ir a buscar ninguna de sus pertenencias, lo siguió hacia la habitación de afuera, donde el cuerpo de Sajit yacía desplomado sobre la mesa. Su sangre había empapado los recibos. Clare soltó un quejido al ver la sangre.

—La verdad es que no quería matarlo —explicó Sharpe—, pero me di cuenta de que si no lo hacía sería un testigo. —Vio el miedo en el rostro de Clare—. Confío en usted, señora. ¿Usted y yo? Somos iguales, ¿no es cierto? Vamos, salgamos pitando de aquí.

Sharpe ya le había quitado las tres piedras preciosas a Sajit y las metió también en la bolsa con el oro, entonces se dirigió al porche donde Ahmed montaba guardia. Nadie parecía haberse alarmado por el disparo, pero no era prudente entretenerse.

—Te he traído un poco de oro, Ahmed —dijo Sharpe.

—¿Oro?

—Esta palabra sí que la conoces, ¿eh, granuja? —Sharpe sonrió, luego tomó de la mano a Clare y la condujo hacia las sombras. Un perro ladró brevemente, un caballo relinchó en las líneas de caballería y después reinó el silencio.

Capítulo 7

Dodd necesitaba practicar con el rifle y, por lo tanto, el día que los británicos llegaron a la parte superior de la elevada escarpadura, se acomodó en algunas rocas en lo alto del precipicio y calculó la distancia hasta el grupo de cipayos que nivelaban los últimos metros del camino. A diferencia del mosquete, el rifle tenía una mira adecuada y Dodd ajustó el alcance a unos doscientos metros, luego apoyó el cañón en una hendidura de la piedra y apuntó a un ingeniero de casaca azul que se hallaba de pie justo por debajo de los sudorosos cipayos. Una ráfaga de viento barrió el precipicio y elevó en el aire a unas águilas que volaban en círculo. Dodd esperó hasta que amainó el viento y luego apretó el gatillo.

El rifle le golpeó en el hombro con una fuerza sorprendente. El humo le emborronó la visión al instante, pero otra racha de viento se lo llevó y se vio recompensado al ver que el ingeniero se doblaba en dos. Él creyó que le había dado, pero entonces vio que lo que había hecho el ingeniero era agacharse a recoger su sombrero de paja, que debía de habersele caído cuando reaccionó al cercano paso de la bala. El ingeniero sacudió el sombrero contra el muslo para quitarle el polvo y levantó la mirada hacia la humareda que se desvanecía.

Dodd se escabulló para que no lo vieran y recargó el rifle. Era una dura tarea. El cañón de un rifle, a diferencia del de un mosquete, tenía grabadas unas estrías en el ánima que hacían girar la bala. Dicho movimiento giratorio le proporcionaba una extraordinaria precisión al arma, pero el estriado se resistía a la baqueta y la resistencia se veía aumentada por el hecho de que, para que las estrías hicieran girar la bala, ésta tenía que encajarse bien en el cañón. Dodd envolvió una bala en uno de los trocitos de cuero engrasado que hacían que quedara sujeta al cañón y soltó un resoplido al empujar con fuerza la baqueta. Uno de los soldados de caballería maharatta que escoltaba a Dodd en sus cabalgadas diarias lanzó un grito de advertencia y Dodd atisbo por encima de la roca para ver que una compañía de infantería cipaya ascendía hacia la cima de la pendiente. Los primeros estaban ya en la meseta e iban hacia él. Cebó el rifle, volvió a colocarlo en la improvisada aspillera y consideró que no había tenido en cuenta el efecto del viento al disparar la última bala. Apuntó al oficial de los cipayos, un hombre cuyas pequeñas gafas redondas reflejaban el sol, dejó que el cañón se desviara ligeramente hacia el lado de donde venía el viento y disparó de nuevo.

El rifle le golpeó el hombro con el retroceso. Se levantó una nube de humo en tanto que Dodd corría hacia su caballo y se encaramaba a la silla. Se puso el rifle en bandolera, hizo dar la vuelta al caballo y vio que el oficial de casaca roja estaba en el suelo con dos de sus soldados arrodillados a su lado. Sonrió. ¡Doscientos metros!

Una furiosa descarga de mosquetería siguió a los jinetes maharatta mientras

galopaban en dirección oeste hacia Gawilghur. Las balas repiquetearon en las rocas o pasaron silbando por encima, pero no alcanzaron a ninguno de los soldados de caballería. Dodd se detuvo al cabo de unos ochocientos metros, desmontó y recargó el rifle. Medio escuadrón de caballería cipaya remontaba los últimos metros del camino, los soldados iban a pie y conducían a sus caballos por la última curva empinada. Dodd encontró otro sitio en el que apoyar el rifle y esperó a que la caballería se acercara por el borde del precipicio.

Mantuvo la mira a doscientos metros. Sabía que era una distancia muy larga, incluso para un rifle, pero si podía dar en el blanco a doscientos metros, a cien o cincuenta estaba seguro de poder matar.

—*¡Sahib!* —el comandante de su escolta estaba preocupado por los más numerosos soldados de la caballería cipaya que les ganaban en número y ya habían montado y se dirigían al trote hacia ellos.

—Un minuto —le gritó Dodd. Escogió su objetivo, otro oficial, y aguardó a que el hombre entrara en el punto de mira del rifle. El viento era intermitente. Una de las ráfagas le hizo entrar polvo en el ojo derecho a Dodd y le hizo parpadear. Tenía el rostro surcado por el sudor. La caballería que se aproximaba tenía los sables desenvainados y las hojas relucían al sol. Uno de los soldados llevaba un banderín polvoriento en una corta asta. Se acercaban en tropel, girando entre las rocas y los pequeños arbustos. Los caballos mantenían la cabeza baja, cansados tras el esfuerzo de trepar por la abrupta colina.

El oficial frenó su caballo para dejar que sus hombres le alcanzaran. El viento paró, Dodd presionó el gatillo e hizo un gesto de dolor cuando la pesada culata le golpeó el hombro magullado.

—*¡Sahib!*

—Nos vamos —dijo Dodd, puso el pie izquierdo en el estribo y subió a la silla. Una mirada hacia atrás reveló a un caballo sin jinete y a una veintena de soldados que apretaban el paso para vengarse. Dodd se rió, se colgó el rifle en bandolera y puso el caballo a medio galope. Oyó un grito por detrás cuando alguien instó a la caballería cipaya a iniciar la persecución, pero Dodd y su escolta iban montados en caballos frescos y no les costó tomarles la delantera a los cipayos.

Dodd frenó su caballo en el cuello de terreno rocoso que conducía al Fuerte Exterior de Gawilghur. Los muros estaban abarrotados de hombres que observaban la aproximación del enemigo y el hecho de ver a aquellos espectadores le dio una idea a Dodd. Le arrojó el rifle al comandante de su escolta.

—*¡Sosténgamelo!* —le ordenó, luego dio la vuelta al caballo para situarse frente a los jinetes que los perseguían. Agitó la mano para indicarle a su escolta que siguieran adelante hacia la fortaleza y desenvainó la espada. Era una arma hermosa, fabricada en Europa y enviada luego a la India, donde los artesanos le habían puesto una

guarnición de oro con forma de cabeza de elefante. El comandante de la escolta, al que se le había encomendado proteger la vida de Dodd, quiso quedarse, pero Dodd insistió en que siguiera galopando—. Me reuniré con usted dentro de cinco minutos —le prometió.

Dodd bloqueaba el camino. Miró hacia atrás una vez, sólo para asegurarse de que las murallas del Fuerte Exterior estaban llenas de soldados, y luego volvió la mirada hacia la caballería que se acercaba. Los jinetes aminoraron la marcha cuando llegaron al istmo rocoso. Podían haber seguido galopando y entonces Dodd hubiera dado la vuelta a su caballo y los hubiera dejado atrás, pero lo que hicieron fue frenar sus sudorosos caballos y quedárselo mirando a unos cien pasos de distancia. Ellos sabían lo que él quería, pero Dodd los saludó con su espada para cerciorarse de que comprendían su desafío. Un *havildar* hizo avanzar a su caballo, pero una voz en inglés le mandó retroceder y el hombre se dio la vuelta a regañadientes.

El oficial inglés desenvainó su sable. Había perdido el sombrero durante la galopada por el borde del precipicio y el sudor y la suciedad enmarañaban su cabello largo y rubio. Llevaba una casaca negra y escarlata e iba montado en un alto caballo zaino castrado que estaba blanco de sudor. Saludó a Dodd sosteniendo su sable en alto con la empuñadura frente a su rostro, a continuación rozó las ijadas del caballo con la punta de sus espuelas y el animal avanzó. Dodd picó a su propio caballo y los dos se acercaron lentamente. El inglés se puso al trote, luego hincó los talones para poner a su montura a medio galope y Dodd vio las nubes de polvo que levantaban los cascos del caballo castrado. Él mantuvo su montura al paso y no la picó para ponerla al trote hasta el último segundo, cuando el inglés se puso de pie en los estribos para asestar un golpe con el sable como el corte de una guadaña.

Dodd dio un pequeño tirón a la rienda y su caballo viró a la izquierda, luego lo hizo volver a girar a la derecha y siguió haciéndolo virar durante todo el camino, con lo que el sable no le alcanzó en la cabeza por unos dos centímetros escasos, mientras que él ni siquiera se había molestado en parar el golpe con su espada. Entonces espoleó a su caballo para seguir al oficial, que intentaba dar la vuelta, y cuando Dodd atacó el inglés aún no había girado del todo y seguía tirando de las riendas. El sable hizo una torpe parada que sólo consiguió desviar la estocada de la espada. Dodd arremetió otra vez al pasar, notó el golpe de la hoja, entonces cobró las riendas y empezó a darse la vuelta de nuevo en tanto que el inglés viraba también, de manera que los dos caballos parecieron enroscarse el uno con el otro, hocico contra cola, y el sable y la espada resonaron al entrechocar. Dodd era más alto que su oponente, pero el joven inglés, que era teniente y que no parecía tener más de dieciocho años, era fuerte, y el golpe de Dodd apenas rompió el tejido de su casaca. Hizo rechinar los dientes al arremeter contra Dodd y éste esquivó el golpe, hizo otra parada y las dos hojas se trabaron, empuñadura contra empuñadura, y Dodd pegó un tirón para

intentar hacerle perder el equilibrio al joven y derribarlo.

—Usted es Dodd, ¿no? —preguntó el teniente.

—Para usted setecientas guineas, muchacho.

—Traidor —soltó el inglés.

Dodd dio un tirón, luego le pegó una patada al caballo del teniente para que avanzara e intentó golpear de nuevo con la espada que ya se había soltado, pero el teniente volvió a darle la vuelta a su caballo. Los dos hombres se hallaban demasiado cerca para luchar adecuadamente, estaban tan cerca que podían olerse el aliento. El del teniente apestaba a tabaco. Podían golpear a su adversario con la guarnición de la espada, pero no podían valerse de la longitud de la hoja. Si alguno de los dos caballos hubiera estado debidamente adiestrado, habrían podido alejarse de lado de aquel punto muerto, pero los animales sólo iban hacia delante y Dodd fue el primero en arriesgarse utilizando las espuelas. Las utilizó con fiereza asustando a su caballo, que dio un salto hacia delante, y aun así se encogió ante la esperada cuchillada cuando el sable descendió rápidamente hacia su columna dorsal, pero el teniente fue lento y falló el golpe.

Dodd cabalgó unos veinte metros camino arriba hacia los cipayos que observaban y volvió a darse la vuelta. El teniente estaba ganando confianza y sonrió cuando el hombre alto cargó contra él. Bajó el sable, utilizando la punta como si fuera la de una lanza, y puso al trote a su cansado caballo castrado. Dodd también blandía su espada para entrar a fondo, con el codo inmóvil, los dos caballos se acercaron a una velocidad aterradora y entonces, en el último segundo, Dodd dio un tirón a las riendas y su caballo se fue hacia la derecha, hacia el lado desprotegido del teniente, echó la espada hacia atrás por delante de su cuerpo y luego arremetió hacia delante con un movimiento fluido, de manera que la hoja le rasgó la garganta al teniente. El sable aún estaba cruzando el aire para parar el golpe cuando la sangre empezó a manar a chorros. El teniente se tambaleó y su caballo se detuvo. El brazo con el que el joven blandía su espada cayó y Dodd ya estaba dando la vuelta. Pasó junto a su oponente, cuya casaca estaba entonces oscurecida por la sangre, e hincó la espada en el cuello del teniente por segunda vez, en esa ocasión de punta, y el joven pareció sacudirse como una rata en las fauces de un terrier.

Dodd desencajó la espada de un tirón y la envainó. Se inclinó hacia delante, cogió el sable de la mano inerte del moribundo y empujó al teniente para que cayera del caballo. Se le quedó un pie atrapado en el estribo, pero cuando Dodd agarró las riendas del caballo castrado y se lo llevó hacia la fortaleza, la bota se soltó y el joven quedó despatarrado en medio de su propia sangre sobre el camino polvoriento, en tanto que Dodd conducía a su trofeo de vuelta a casa.

Los indios de las murallas dieron gritos de entusiasmo. Los cipayos espolearon a sus caballos y avanzaron y Dodd apretó el paso por delante de ellos, pero los

soldados de caballería de Madras sólo cabalgaron hasta el lugar donde estaba el cuerpo de su oficial y allí desmontaron. Dodd siguió adelante, agitando el sable capturado en el aire.

Un cañón disparó desde el fuerte y la bala pasó silbando sobre el istmo rocoso para estrellarse entre los soldados de caballería reunidos alrededor de su oficial. Disparó un segundo cañón y de pronto la caballería británica y sus caballos sin jinete huían a todo correr y las ovaciones de la muralla se intensificaron. Manu Bappoo se hallaba en el gran contrafuerte cercano a la torre de entrada y primero señaló a Dodd con un dedo admonitorio, reprendiéndolo por haberse arriesgado de ese modo, pero luego juntó las manos, agradeciendo la victoria de Dodd, y finalmente alzó los brazos por encima de la cabeza para saludar al héroe. Dodd se rió, inclinó la cabeza para responder al saludo y vio, para su sorpresa, que la sangre del teniente había teñido de rojo su blanca casaca.

—¿Hubiera usted pensado que ese joven tenía tanta sangre dentro? —le preguntó al jefe de su escolta en la puerta de la fortaleza.

—¿*Sahib*? —respondió el hombre, desconcertado.

—No importa. —Dodd volvió a coger el rifle y apretó el paso de su caballo para entrar por la puerta Delhi de Gawilghur. Los hombres que había en las murallas que bordeaban la entrada empedrada le dieron la bienvenida con aclamaciones.

No se detuvo para hablar con Manu Bappoo, sino que cruzó la Fortaleza Exterior, salió por su puerta sur y luego condujo al caballo capturado por el empinado sendero que se inclinaba por la pared del barranco. Al pie de la quebrada el sendero torcía bruscamente a la izquierda antes de ascender hacia la sólida puerta de entrada del Fuerte Interior. Las cuatro pesadas puertas que bloqueaban la entrada estaban todas abiertas para él y los cascos de sus dos caballos resonaron en los altos muros cuando enfiló el tortuoso pasaje con un chacoloteo. Una a una, las puertas se cerraron tras él con estrépito y las gruesas trancas se dejaron caer en sus soportes.

Su mozo de cuadra lo esperaba al otro lado de la última puerta. Dodd se deslizó de su montura y le entregó ambas riendas al hombre, ordenándole que le diera de beber al caballo capturado antes de almohazarlo. Le entregó la espada a su criado, le dijo que limpiara la sangre de la hoja y entonces sí que se volvió hacia Beny Singh, que se había acercado andando como un pato desde el jardín del palacio. El *killadar* iba vestido con una túnica de seda verde y lo atendían dos criados, uno para sostener un parasol sobre la perfumada cabeza de Beny Singh y otro que agarraba firmemente al blanco perrito faldero del *killadar*.

—Esas ovaciones —inquirió Beny Singh con preocupación— ¿a qué se debieron? ¿Estaban disparando los cañones? —Miró horrorizado la sangre que empapaba la casaca de Dodd—. ¿Está usted herido, coronel?

—Hubo una contienda —dijo Dodd, y esperó mientras que otro de los criados se

lo traducía al *killadar*. Dodd hablaba un *marathi* rudimentario, pero era más cómodo valerse de los intérpretes.

—¡Los *djinns* están aquí! —gimió Beny Singh. El perro lloriqueó y los dos sirvientes parecieron nerviosos.

—Yo maté a un *djinn* —replicó Dodd con un gruñido. Extendió el brazo, agarró la mano regordeta de Beny Singh y lo obligó a ponerla sobre su casaca húmeda—. No es mi sangre. Pero está fresca. —Frotó la mano del *killadar* con aquella mancha sangrienta y a continuación se llevó los dedos rollizos a la boca. Sin dejar de mirar a Beny Singh a los ojos lamió la sangre de su mano—. Yo soy un *djinn, killadar* —le dijo Dodd, al tiempo que le soltaba la mano—, y bebo la sangre de mis enemigos a lengüetazos.

Beny Singh rehuyó el pegajoso tacto de la sangre. Se estremeció y luego se limpió la mano en la túnica de seda.

—¿Cuándo atacarán?

—¿En una semana? —imaginó Dodd—. Y entonces serán derrotados.

—Pero, ¿y si entran? —preguntó Beny Singh angustiado.

—Si entran lo matarán —dijo Dodd—, y después violarán a su esposa, a sus concubinas y a sus hijas. Harán cola para darse ese gusto, *killadar*. Entrarán en celo como los cerdos. —Y Dodd gruñó como un cerdo y echó la pelvis hacia delante, lo cual hizo retroceder a Beny Singh.

—¡No lo harán! —declaró el *killadar*.

—Porque no van a entrar —replicó Dodd—, porque algunos de nosotros somos hombres y lucharemos.

—¡Yo tengo veneno! —dijo Beny Singh, que no comprendió las últimas palabras de Dodd—. Si da la impresión de que van a ganar, coronel, ¿me avisará?

Dodd sonrió.

—Se lo prometo, *sahib* —dijo con fingida humildad.

—Lo mejor sería que mis mujeres murieran —insistió Beny Singh.

—Lo mejor sería que muriera usted —replicó Dodd—, a menos que quiera verse obligado a mirar cómo los *djinns* blancos disfrutan con sus mujeres moribundas.

—¡No lo harían!

—¿Qué otra cosa van a querer? —preguntó Dodd—. ¿Acaso no han oído hablar de la belleza de sus mujeres?

Cada noche hablan de ellas alrededor de sus hogueras y cada día sueñan con sus muslos y sus pechos. Están impacientes, *killadar*. Los placeres de sus mujeres atraen a los casacas rojas hacia nosotros.

Beny Singh huyó de aquellas horribles palabras y Dodd sonrió. Había llegado a darse cuenta de que allí sólo podía haber un hombre al mando. Beny Singh era el comandante de la fortaleza, y aunque era un cobarde despreciable también era amigo

del raja, y esa amistad aseguraba la lealtad de gran parte de la guarnición permanente de Gawilghur. El resto de los defensores de la fortaleza estaban divididos en dos grupos. Estaban los soldados de Manu Bappoo, encabezados por los restos de los Leones de Alá y leales al príncipe, y las Cobras de Dodd. Pero si sólo quedaba uno de los tres líderes, ése sería el que gobernaría Gawilghur, y quienquiera que gobernara Gawilghur podría gobernar toda la India.

Dodd tocó la culata del rifle. Sería de gran ayuda, y el abyecto terror de Beny Singh haría que el *killadar* resultara inofensivo. Dodd sonrió y subió a las murallas desde donde, con un antejo, observó cómo los británicos subían el primer cañón hasta el borde de la meseta. Una semana, pensó, quizás un día más, y los británicos vendrían para ser masacrados. Y harían que sus sueños disparatadamente ambiciosos se convirtieran en realidad.

—¡El tipo tenía un rifle! —dijo el comandante Stokes asombrado—. ¡Un rifle, válgame Dios! A esa distancia no puede haber sido otra cosa. Por lo menos había doscientos metros, ¡y me abanicó la cabeza! El rifle es un arma muy subestimada, ¿no le parece?

—Es un juguete —dijo el capitán Morris—. Nada reemplazará a los mosquetes.

—¡Salvo la precisión! —declaró Stokes.

—Los soldados no pueden usar rifles —dijo Morris—. Sería como darles cuchillo y tenedor a los cerdos. —Se dio la vuelta en su silla de campaña y señaló a sus hombres, la Compañía Ligera del 33.º—. ¡Mírelos! La mitad aún no saben distinguir los dos extremos del mosquete. Son unos cabrones inútiles. Podría armarlos hasta con picas, ¿total?

—Si usted lo dice... —repuso Stokes con desaprobación. Su camino había llegado a la meseta y ahora tenía que empezar la construcción de las baterías de brecha, y la Compañía Ligera del 33.º, que había escoltado a Stokes hacia el norte desde Mysore, tenía instrucciones de proteger a los zapadores que construirían las baterías. Al capitán Morris no le habían hecho mucha gracia las órdenes, puesto que habría preferido que lo enviaran de nuevo hacia el sur antes que estar acampado junto al istmo rocoso que en aquellos próximos días prometía ser un lugar muy animado. Existía la posibilidad de que la guarnición de Gawilghur realizara una salida para destruir las baterías, y aunque ese peligro no se concretara, era seguro que los artilleros mahratta que estaban en los muros del Fuerte Exterior intentarían derribar las nuevas construcciones con fuego de cañón.

El sargento Hakeswill se acercó a la tienda de Stokes. Tenía un aspecto trastornado, tanto era así que su saludo fue mecánico.

—¿Se ha enterado de la noticia, señor? —se dirigió a Morris.

Morris levantó la mirada hacia el sargento con los ojos entrecerrados.

—Noticia —dijo con voz fuerte—. ¿Noticia? No puedo decir que me haya llegado, sargento. ¿El enemigo se ha rendido, tal vez?

—Nada tan bueno como eso, señor, nada tan bueno.

—¡Pero si está usted pálido! —exclamó Stokes—. ¿Está enfermo?

—Muy afectado, señor, eso es lo que me pasa, que estoy muy afectado. —El sargento Hakeswill se sorbió la nariz con fuerza y hasta se limpió una lágrima inexistente de su convulsa mejilla—. El capitán Torrance —anunció— está muerto, señor. —El sargento se quitó el chacó y lo sostuvo contra el pecho—. Muerto, señor.

—¿Muerto? —dijo Stokes sin darle importancia. No había conocido a Torrance.

—Se quitó la vida, señor, eso es lo que dicen. Mató a su administrativo con un cuchillo y después se apuntó a sí mismo con la pistola. —El sargento hizo una demostración del acto fingiendo que apuntaba una pistola contra su propia cabeza y apretaba el gatillo. Volvió a sorberse la nariz—. Nunca me encontré con un oficial tan bueno como él, y he conocido a muchos en mi vida. Oficiales y caballeros, como usted mismo, señor —le dijo a Morris.

Morris, a quien la muerte de Torrance había conmovido tan poco como a Stokes, se sonrió.

—Mató a su administrativo, ¿eh? Así el cabrón aprenderá a llevar bien los libros.

—Dicen, señor —Hakeswill bajó la voz—, que el capitán debía de ser antinatural.

—¿Antinatural? —preguntó Stokes.

—Con su administrativo, señor, y pido perdón por decir una cosa tan indecente. El administrativo y él, señor. Porque iba desnudo, señor, el capitán, y el administrativo era un muchacho bien parecido, aun siendo un negro. Se lavaba mucho, y al capitán eso le gustaba.

—¿Está sugiriendo que fue una pelea de enamorados? —preguntó Morris, y se rió.

—No, señor —respondió Hakeswill, al tiempo que se daba la vuelta para mirar por encima del borde de la altiplanicie hacia el inmenso cielo que se extendía sobre la Meseta Deccan—, porque no lo fue. El capitán nunca fue antinatural, no de ese modo. No fue una pelea de enamorados, señor, ni aunque estuviera desnudo como su madre lo echó al mundo. Al capitán, señor, le gustaba ir desnudo. Lo mantenía fresco, decía él, y no se le ensuciaba la ropa, pero no había nada extraño en ello. En él no. Y no era hombre para ser indecente y antinatural. Le gustaban las *bibbis*, sí señor. Era un cristiano. Un caballero cristiano, eso es lo que era, y no se mató. Yo sé quién lo mató, lo sé.

Morris miró a Stokes y se encogió de hombros, como si las divagaciones de Hakeswill estuvieran más allá de toda comprensión.

—Pero la cuestión es, señor —Hakeswill se dio la vuelta para quedarse frente a Morris y se puso firme—, que ya no estoy con los bueyes, señor. He recibido

órdenes, señor, de volver al lugar al que usted y yo pertenecemos, señor, dado que algún otro oficial ha asumido las obligaciones del capitán Torrance y ya no me quiere porque tiene a su propio sargento. —Volvió a ponerse el chacó y a continuación saludó a Morris—. ¡A sus órdenes, señor! Con los soldados Kendrick y Lowry, señor. Otros han asumido nuestras responsabilidades con los bueyes, señor, y nosotros regresamos con usted como siempre quisimos. ¡Señor!

—Bienvenido, sargento —dijo Morris lacónicamente—. Estoy seguro de que la compañía estará encantada con su regreso.

—Sé que lo estarán, señor —repuso Hakeswill—. Soy como un padre para ellos, señor, lo soy —añadió Hakeswill dirigiéndose a Stokes.

Stokes frunció el ceño.

—¿Quién cree usted que mató al capitán Torrance, sargento? —preguntó, y al ver que Hakeswill no decía nada y se quedaba allí parado mientras los tics crispaban su rostro, el comandante insistió—. ¡Si lo sabe debe decirlo, hombre! ¡Es un crimen! Tiene el deber de hablar.

A Hakeswill se le contrajo el semblante.

—Fue él, señor. —El sargento abrió los ojos—. ¡Fue Sharpy, señor!

Stokes soltó una carcajada.

—No sea tan absurdo, hombre. ¡El pobre Sharpe está prisionero! Está preso en la fortaleza, no tengo duda alguna.

—Eso es lo que hemos oído todos, señor —dijo Hakeswill—, pero yo sé que no es así.

—Una insolación —le explicó Morris a Stokes, y le hizo un gesto con la mano al sargento para que se marchara—. Ponga sus cosas con las de la compañía, sargento. Y me alegro de que haya vuelto.

—Sus palabras me enternecen, señor —dijo Hakeswill con fervor—, y estoy contento de estar en casa, señor, de vuelta con los míos en el lugar al que pertenezco. —Volvió a saludar, giró sobre sus talones y se alejó con paso decidido.

—Es la sal de la tierra —comentó Morris.

El comandante Stokes, por lo poco que conocía a Hakeswill, no estaba seguro de aquel veredicto, pero no dijo nada. En lugar de eso fue paseando unos cuantos pasos hacia el norte para observar a los zapadores que estaban atareados rascando en la fina tierra de la meseta para llenar gaviones recién entretejidos con bambú verde. Los gaviones, unos enormes cestos de mimbre llenos de tierra, se apilarían a modo de barrera para absorber el fuego de los cañones enemigos mientras se nivelaba el emplazamiento para las baterías. Stokes había decidido realizar los trabajos iniciales por la noche, puesto que el tiempo de vulnerabilidad al hacer baterías cerca de una fortaleza eran las primeras horas, y por la noche era probable que el fuego enemigo no fuera preciso.

El comandante estaba haciendo cuatro baterías. Dos, las de brecha, se construirían más allá del istmo entre un afloramiento de grandes rocas negras situado a menos de cuatrocientos metros de la fortaleza. Aquellas rocas, junto con los gaviones, proporcionarían a los artilleros cierta protección contra el fuego de respuesta de la fortaleza. Los zapadores, a los que el terreno no dejaba ver desde el fuerte, ya estaban abriendo un camino hacia el emplazamiento propuesto para los cañones de brecha. Las otras dos baterías se construirían al este del istmo, al borde de la meseta, y dichos cañones abrirían fuego de enfilada sobre las brechas cada vez mayores.

Habría tres brechas. Aquella decisión se había tomado cuando Stokes, a primera hora del amanecer, se había acercado a la fortaleza todo lo que se había atrevido y, oculto entre las rocas caídas por encima del depósito medio lleno, había inspeccionado la muralla del Fuerte Exterior a través de su antejo. Había estado mucho rato mirando, contando las cañoneras e intentando calcular cuántos soldados había apostados en los bastiones y las banquetas. Eran detalles que en realidad no le concernían, puesto que la misión de Stokes se limitaba a derribar los muros, pero lo que vio lo animó.

Había dos muros, ambos construidos en la abrupta pendiente que daba a la meseta. Dicha pendiente era tan pronunciada que la base del muro interior se alzaba muy por encima del parapeto del muro exterior, y aquello suponía una noticia excelente, dado que abrir una brecha dependía de la posibilidad de batir la base de un muro. Aquellas murallas, construidas hacía mucho tiempo, no habían sido diseñadas para detener a la artillería, sino para disuadir a los soldados. Stokes sabía que podía colocar sus cañones de manera que batieran ambos muros al mismo tiempo y que, cuando aquella vieja obra de mampostería se desmoronara, los escombros caerían hacia delante cuesta abajo formando rampas naturales por las que los atacantes podrían trepar.

La mampostería parecía haber permanecido mucho tiempo sin ser reparada tras su construcción. Stokes lo supo porque las piedras oscuras estaban cubiertas de líquenes de color gris y llenas de hierbajos que crecían en los espacios entre los bloques. Los muros tenían un aspecto formidable, pues eran altos y estaban bien provistos de sólidos bastiones que permitirían a los defensores proporcionar fuego de flanco, pero Stokes sabía que la piedra labrada de la cara exterior de ambos muros simplemente disimulaba un núcleo de escombros apilados, y en cuanto se destrozara el revestimiento de mampostería, los escombros saldrían hacia fuera. Unos cuantos disparos bastarían para romper las caras interiores. Dos días de trabajo, calculaba él. Dos días de intenso bombardeo echarían abajo las murallas.

Stokes no había hecho el reconocimiento solo, sino que lo había acompañado el teniente coronel William Kenny de la Compañía de las Indias Orientales, que

encabezaría el asalto a las brechas. Kenny, un hombre taciturno y de cara larga, se había tumbado junto a Stokes.

—¿Y bien? —había preguntado finalmente después de que Stokes se hubiera pasado cinco minutos examinando los muros en silencio.

—Dos días de trabajo, señor —dijo Stokes. Si los mahratta se hubieran tomado la molestia de construir un *glacis* habrían sido dos semanas de trabajo, pero tenían tanta confianza en sí mismos que no se habían molestado en proteger la base del muro exterior.

Kenny soltó un gruñido.

—Si es tan fácil, entonces proporcióneme dos agujeros en la pared interior.

—¿No en la exterior? —preguntó Stokes.

—Allí me servirá uno solo —respondió Kenny, al tiempo que ponía el ojo en su propio antejo—. Un espacio bien ancho en la pared más cercana, Stokes, pero no demasiado cerca de la puerta principal.

—Lo evitaremos —dijo el comandante. La puerta principal se hallaba a la izquierda, de modo que la aproximación a la fortaleza se vería enfrentada a muros altos y bastiones más que a una puerta vulnerable al fuego de artillería. Sin embargo, dicha puerta estaba muy protegida por torres y bastiones, lo cual sugería que estaría plagada de defensores.

—Justo en medio —dijo Kenny, al tiempo que se apartaba de su punto de observación—. Déme una brecha a la derecha de aquel bastión principal y dos más a ambos lados de él que atraviesen el muro interior y nosotros haremos el resto.

No iba a ser difícil derribar los muros, pero Stokes seguía temiendo por los hombres de Kenny. Su ruta de acceso se hallaba limitada por la existencia del gran embalse que había a la derecha del istmo. El nivel del agua era bajo y tenía una capa de verdín, pero el estanque estrechaba la ruta de asalto de manera que los soldados de Kenny quedarían apiñados entre el agua y una caída vertical a la derecha. Aquel espacio angosto, de apenas quince metros en su punto más estrecho, quedaría sumido en la ferocidad del fuego de artillería, proveniente en su mayor parte de las banquetas situadas por encima y alrededor de la puerta principal que flanqueaba el acceso. Stokes ya había decidido que sus baterías de enfilada deberían reservar algunas balas para esa puerta en un intento por desmontar sus cañones y poner nerviosos a sus defensores.

En aquellos momentos, bajo el sol de mediodía, el comandante deambulaba entre los zapadores que llenaban los gaviones. Los comprobó todos para cerciorarse de que los cipayos estuvieran apretando bien la tierra dentro de los cestos, puesto que un gavión con el relleno suelto no servía de nada. Los gaviones terminados se amontonaban en carros de bueyes, mientras que otras carretas, en las que se habían apilado pólvora y balas, esperaban por allí cerca. Se estaba haciendo todo como era

debido y el comandante miró fijamente hacia el otro lado de la meseta donde estaban acampando las tropas recién llegadas. Las tiendas más próximas, andrajosas e improvisadas, pertenecían a un escuadrón de jinetes maharatta que se habían aliado con los británicos. Stokes, al ver a los guardias ataviados con túnicas que estaban sentados cerca de las tiendas, decidió que sería mejor guardar bajo llave sus objetos de valor y asegurarse de que su criado no perdía de vista el baúl. El resto de jinetes maharatta habían trotado hacia el norte para ir en busca de pozos o manantiales, puesto que la meseta era un lugar muy árido. El clima era seco y más fresco que en la llanura, aunque no dejaba de ser condenadamente caluroso. Las tolvaneras se arremolinaban entre las hileras de tiendas más alejadas donde los mosquetes estaban colocados en unos trípodes muy ordenados. Algunos oficiales en mangas de camisa, probablemente pertenecientes a los batallones de la Compañía de las Indias Orientales, jugaban a críquet en una extensión de hierba más lisa, observados por unos desconcertados cipayos y algunos soldados de la Brigada Escocesa.

—No es su fuerte, señor, ¿no es cierto? —la voz de Hakeswill perturbó a Stokes.

El comandante se dio la vuelta.

—¿Qué?

—El críquet, señor. Demasiado complicado para los negros y los escoceses, señor. Es un juego para el cual se necesita inteligencia, señor.

—¿Usted juega, sargento?

—¿Yo, señor? No, señor. No puedo perder el tiempo, señor, siendo como soy un soldado de vuelta al frente, señor.

—Tener un pasatiempo le hace bien a uno —dijo Stokes—. Su coronel toca el violín.

—¿Sir Arthur toca el violín, señor? —dijo Hakeswill, que estaba claro que no creía a Stokes—. Nunca lo ha hecho estando yo cerca, señor.

—Le aseguro que es verdad —dijo Stokes. La presencia de Hakeswill lo irritaba. Sentía una profunda antipatía hacia ese hombre aun cuando Hakeswill había pasado muy poco tiempo como sustituto de Sharpe—. Bueno, ¿qué quiere, sargento?

El rostro de Hakeswill se agitó.

—Vine para serle útil, señor.

Aquella respuesta desconcertó a Stokes.

—Creía que lo habían vuelto a destinar al servicio de la compañía, ¿no?

—Y así es, señor, justo a tiempo. Pero yo estaba pensando en el pobre Sharpy, señor, al contarme usted que se pudre en la prisión de los paganos, señor, cosa que yo no sabía, señor, hasta que usted me lo dijo.

Stokes se encogió de hombros.

—Es probable que lo estén tratando bien. Los maharatta no son famosos por ser excesivamente crueles con los prisioneros.

—Me preguntaba si le dejó a usted su mochila, señor.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Stokes.

—Sólo me lo preguntaba, señor. A los oficiales no les gusta llevar su equipaje a todas partes, señor, no si quieren mantener su dignidad, y si le dejó a usted la mochila, señor, entonces pensé que podríamos eximirle de la responsabilidad, señor, dado que el señor Sharpe fue compañero nuestro durante tanto tiempo. Eso es lo que estaba pensando, señor.

Stokes torció el gesto, aunque no estaba seguro de por qué motivo.

—No es una gran responsabilidad, sargento.

—Nunca creí que lo fuera, señor, pero podría representarle una molestia, señor, cargado como está con otras obligaciones, y yo lo eximiría de la responsabilidad, señor.

Stokes movió la cabeza en señal de negación.

—Resulta, sargento, que el señor Sharpe sí que me dejó la mochila, y le prometí que la guardaría en lugar seguro, y no soy un hombre que rompa sus promesas, sargento. Yo la guardaré.

—¡Como quiera, señor! —dijo Hakeswill agriamente—. Solo pensé que era un acto cristiano, señor. —Se dio la vuelta y se alejó. Stokes se lo quedó mirando, sacudió la cabeza y volvió de nuevo la mirada hacia el campamento que se iba agrandando.

«Esta noche —pensó—, esta noche haremos las baterías y mañana se traerán los cañones grandes.» Un día más para llenar de pólvora y de balas los polvorines y ya podrían empezar a batir la mampostería. Dos días de bombardeo, de polvo, escombros y humo, y luego los jugadores de críquet podrían encabezar la carga por el istmo. «Pobres hombres —pensó Stokes—, ¡pobres hombres!»

—Detesto las operaciones nocturnas —se quejó el capitán Morris a Hakeswill.

—¿Por lo de «Serryapatam», señor? Fue un verdadero desastre, sí señor. —El batallón había atacado un bosque en las afueras de Seringapatam por la noche y las compañías se habían separado, algunas se perdieron y el enemigo las había castigado.

Morris sujetó la vaina a las correas y se puso el sombrero. Afuera era de noche y los bueyes no tardarían en arrastrar los gaviones hasta la posición que Stokes había elegido para las baterías de brecha. Sería un momento excelente para que el enemigo realizara una salida de la fortaleza, de modo que Morris y su compañía debían formar una línea de piquetes por delante del emplazamiento propuesto para las baterías. Su misión era vigilar la fortaleza y, si tenía lugar un ataque, debían resistirlo, replegarse luego lentamente y proteger a los zapadores hasta que las tropas de reserva, un batallón de cipayos, pudieran llegar desde la meseta. Morris tenía la ferviente esperanza de que, con un poco de suerte, el enemigo se quedara en la cama.

—¡Buenas noches, Morris! —El comandante Stokes estaba desvergonzadamente contento—. ¿Están listos sus muchachos?

—Lo están, señor.

Stokes condujo a Morris a unos cuantos metros de distancia de su tienda y miró hacia la fortaleza, que no era nada más que una forma oscura en la noche más allá de la negrura más cercana de las rocas.

—La cuestión es —dijo Stokes— que por fuerza van a ver nuestros faroles y a oír nuestros carros, de modo que es probable que den rienda suelta a un feroz bombardeo de artillería. Quizá también lancen cohetes. Pero usted no haga caso. Su trabajo consiste únicamente en vigilar que no salga infantería por la puerta.

—Lo sé, señor.

—¡No utilicen sus mosquetes! Cuando oigo disparos de mosquete, capitán, pienso en la infantería. Entonces mando a buscar a los muchachos de Madras y en un instante todo el lugar es un hormiguero de casacas rojas que en la oscuridad no pueden distinguir quién es quién. De modo que nada de disparos, ¿entendido? A menos que vea infantería enemiga. En ese caso mándeme un mensaje, pelee como es debido y espere apoyo.

Morris soltó un gruñido. Ya le habían dicho eso dos veces, y no necesitaba que le repitieran las instrucciones una tercera, pero aun así se volvió hacia la compañía, que se hallaba lista y en formación.

—Que nadie dispare sin mi permiso expreso, ¿comprendido?

—Lo han comprendido, señor —respondió Hakeswill en nombre de la compañía—. Un disparo de mosquete sin permiso y el culpable se ganará que le despellejen la espalda, señor.

Morris hizo avanzar a su compañía siguiendo el viejo camino que llevaba directamente a la puerta del Fuerte Exterior. La noche era terriblemente oscura y, en cuanto se alejaron unos cuantos pasos del campamento de los ingenieros, Morris a duras penas podía distinguir el camino. Las botas de sus soldados sonaban con fuerza sobre las apretadas piedras del suelo. Iban despacio, tanteando el camino y valiéndose de la ínfima luz proveniente de la pequeña tajada de luna que se cernía como una cuchilla plateada sobre Gawilghur.

—¿Permiso para hablar, señor? —la voz ronca de Hakeswill sonó cerca de Morris.

—No demasiado alto, sargento.

—Seré tan discreto como un ratón, señor, pero, señor, si estamos aquí, ¿significa eso que vamos a unirnos al asalto al fuerte, señor?

—¡Dios, no! —respondió Morris con fervor.

Hakeswill se rió entre dientes.

—Pensé que debía preguntárselo, señor, por si tenía que hacer testamento.

—¿Testamento? —preguntó Morris—. ¿Necesita un testamento?

—Tengo algo de dinero —respondió Hakeswill a la defensiva. Y pronto, calculaba él, tendría aún más, porque había confirmado ingeniosamente su suposición de que la mochila desaparecida de Sharpe se hallaba al cuidado del comandante Stokes.

—Así que tiene algo de dinero, ¿eh? —preguntó Morris con sarcasmo—. ¿Y a quién demonios se lo va a dejar?

—A usted mismo, señor, si me lo permite, señor. No tengo familia, aparte del ejército, señor, que para mí es como la leche materna.

—Pues haga testamento, por supuesto —dijo Morris—. Connors puede redactarle uno. —Connors era el administrativo de la compañía—. Claro que confío en que el documento resulte superfluo.

—Sea lo que sea lo que eso signifique, señor, yo espero lo mismo.

Los dos se quedaron en silencio. En aquellos momentos la fortaleza, que se alzaba amenazante, estaba mucho más cerca y Morris estaba nervioso. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía aquel ejercicio inútil? ¡Como si fuera a poder ver a algún soldado de infantería, oscuro como boca de lobo que estaba! A no ser que aquellos idiotas decidieran llevar un farol. Se veían algunas luces en Gawilghur. Por encima del Fuerte Exterior había un resplandor que debían de proyectar las hogueras y las luces del Fuerte Interior, mientras que más cerca Morris podía distinguir un par de puntos de luz parpadeante allí donde ardían fogatas o antorchas en el interior de las defensas más próximas. Pero aquellas luces dispersas no lo ayudarían a ver a una fuerza enemiga que emergiera por la puerta.

—Ya nos hemos alejado bastante —dijo en voz alta. No estaba del todo seguro de que se hubiera acercado lo suficiente al fuerte, pero no le apetecía ir más lejos, de modo que se detuvo y le dijo a Hakeswill entre dientes que desplegara a sus hombres hacia el oeste por el istmo—. Cinco pasos entre cada par de soldados, sargento.

—Cinco pasos, sí, señor.

—Si alguien ve u oye algo tienen que pasarme el mensaje a mí, aquí.

—Así lo harán, señor.

—Y que ningún idiota encienda una pipa, ¿me oye? No quiero que el enemigo nos rocíe con metralla porque algún burro necesite fumar.

—He tomado debida nota de sus órdenes, señor. ¿Y adonde quiere que vaya yo, señor?

—Vaya al otro extremo de la línea, sargento. —Morris era el único oficial de la compañía, puesto que tanto su teniente como su alférez tenían fiebre y se habían quedado en Mysore. Pero, en su opinión, Hakeswill era tan bueno como cualquier teniente—. Puede dar la orden de disparar si está seguro de ver al enemigo, pero que Dios le ayude si se equivoca.

—Muy bien, señor —dijo Hakeswill, y a continuación, hablando entre dientes, les ordenó a los soldados que se desplegaran. Desaparecieron en la oscuridad. Por un momento se oyó el sonido de las botas, los golpes de las culatas de mosquete contra las rocas y los gruñidos de los casacas rojas al tomar posición, pero después no hubo más que silencio. O casi silencio. El viento susurraba en el borde del precipicio mientras que desde el fuerte llegaba una música plañidera y discordante cuya intensidad aumentaba y decrecía según el capricho de la brisa. «Peor que las gaitas», pensó Morris agriamente.

Los primeros chirridos de los ejes sonaron cuando los bueyes avanzaron con los gaviones. A partir de aquel momento el ruido sería continuo y, tarde o temprano, el enemigo habría de reaccionar abriendo fuego. ¿Y qué oportunidad tendría entonces de ver nada?, se preguntaba Morris. Los fognazos de los cañones lo cegarían. Lo primero que vería de un enemigo sería el destello de las estrellas en la hoja de una espada. Escupió. Era perder el tiempo.

—¡Morris! —siseó una voz desde la oscuridad—. ¡Capitán Morris!

—¡Aquí! —Se volvió hacia la voz que le había llegado desde atrás, del camino que conducía de vuelta a la meseta—. ¡Aquí!

—Coronel Kenny —dijo la voz, todavía con un susurro sibilante—, voy a estar merodeando por aquí, haga como si no estuviera.

—Por supuesto, señor. —A Morris no le gustó la idea de que un oficial superior fuera a la línea de piquetes, pero no podía decirle que se marchara—. Es un honor tenerlo aquí, señor —dijo, y a continuación masculló una advertencia a sus soldados—: Oficial superior presente, que nadie se sobresalte. Hagan correr la voz.

Morris oyó cómo se desvanecían los pasos de Kenny a su derecha. Hubo el murmullo de una breve conversación y de nuevo se hizo el silencio, a excepción del chirrido demoníaco de los ejes de los carros de bueyes. Al cabo de un momento apareció la luz de un farol por detrás de las rocas donde Stokes estaba construyendo una de sus principales baterías. Morris se preparó para la reacción enemiga, pero la fortaleza permaneció en silencio.

El ruido aumentó de volumen cuando los zapadores levantaron con esfuerzo los gaviones de las carretas y los subieron a las rocas para formar el grueso bastión. Alguien soltó una maldición, los soldados resoplaban y los grandes cestos daban golpes contra la piedra. Otro farol quedó al descubierto, y en aquella ocasión el hombre que lo llevaba subió a las rocas para ver dónde estaban colocando los gaviones. Una voz le ordenó que bajara de ahí.

Al final el fuerte se despertó. Morris oyó unos pasos que se apresuraban por la banqueta más próxima y vio el fugaz destello de un botafuego que extrajeron de un barril y que al soplarlo cobró una ardiente y roja vida.

—¡Por Dios! —exclamó entre dientes, y al cabo de un momento disparó el primer

cañón. La llama surgió brillante como una lanza de los muros y por unos instantes su resplandor iluminó el istmo rocoso y la superficie cubierta de verdín del depósito antes de que todo quedara emborronado por la vorágine de humo. La bala de cañón pasó silbando por encima, golpeó contra una roca, rebotó con furia y se alzó por los aires. Disparó un segundo cañón y su llama iluminó la primera nube de humo desde dentro, de modo que parecía que el muro del fuerte estuviera ribeteado por una breve y vaporosa luminaria. La bala impactó en un gavión y lo rompió provocando una lluvia de tierra. Un soldado soltó un gemido. Los perros ladraban en el campamento británico y dentro de la fortaleza.

Morris miró fijamente hacia la oscura puerta. No veía nada porque las llamas de los cañones le habían privado de su visión nocturna. O mejor dicho, lo que veía eran formas espectrales que seguramente eran cosa de su imaginación más que de la aproximación de algún enemigo salvaje. En aquellos momentos los cañones disparaban sin cesar, apuntando a la pequeña zona en la que se veía la luz del farol, pero entonces otras luces mucho más brillantes aparecieron al oeste del istmo y algunos de los artilleros cambiaron de objetivo sin saber que Stokes había puesto al descubierto las segundas luces a modo de maniobra.

Entonces se dispararon los primeros cohetes, que fueron aún más deslumbrantes que los cañones. Las ardientes estelas se elevaron renqueando desde los bastiones del fuerte, bullendo en humo y chispas, luego se alzaron de un salto en el aire, tambaleándose en su trayectoria, para pasar flameando por encima de Morris y hendir el aire en dirección norte, hacia el campamento. Ninguno de ellos cayó cerca de su objetivo, pero su sonido y los flamígeros escapes destrozaban los nervios. Se lanzaron las primeras granadas, que se sumaron al estruendo nocturno al estallar entre las rocas y despedir fragmentos de carcasa que pasaban silbando por encima de las cabezas de los esforzados zapadores. El fuego era deliberado, puesto que los capitanes de cañón se cuidaban mucho de colocar sus piezas antes de disparar, pero aun así había seis o siete disparos por minuto, en tanto que los cohetes eran más constantes. Morris intentó valerse del resplandor de las estelas de los cohetes para ver el terreno entre su escondite y el fuerte, pero había demasiado humo, las sombras parpadeaban de forma disparatada y su imaginación creaba movimiento allí donde no lo había. Se contuvo de abrir fuego, considerando que primero tendría que oír abrirse la puerta o el sonido de los pasos del enemigo. Le llegaban los gritos de los defensores en el muro, que lanzaban insultos al enemigo oculto en la oscuridad y se animaban los unos a los otros.

Hakeswill, que se hallaba justo en el extremo de la línea, se encogió de miedo entre las rocas. Se había refugiado con Kendrick y Lowry, pero el cañoneo enemigo había hecho que se fuera más a la derecha, donde había una grieta profunda. Sabía que allí estaba a salvo, pero aun así, cada uno de los cohetes que pasaban silbando

hacía que se estremeciera, mientras que el ruido de las explosiones de las granadas y de las balas al chocar contra la piedra hizo que acercara las rodillas al pecho. Sabía que un oficial superior estaba de visita por la línea de piquetes porque el mensaje que advertía de la presencia del coronel se había hecho correr por la línea. A Hakeswill la visita de Kenny se le antojaba una locura para cualquiera que llevara galón dorado en su casaca, pero cuando el coronel dijo su nombre en voz alta y entre dientes, él se quedó callado. Debió de suponer que se trataba del oficial visitante, puesto que la llamada era insistente y autoritaria, pero Hakeswill hizo caso omiso de ella. No quería llamar la atención por si acaso los negros y paganos artilleros apuntaban el cañón hacia él. Que el oficial siguiera siseando, decidió, y al cabo de un momento el hombre se fue.

—¿Quién es usted? —le preguntó una voz queda al soldado Kendrick a pocos metros del escondite de Hakeswill.

—Kendrick, señor.

—Venga conmigo, soldado. Necesito su ayuda.

Kendrick retrocedió con sigilo hacia la voz. «Maldito oficial entrometido», pensó, pero tenía que obedecer.

—¿Dónde está, señor? —preguntó.

—¡Aquí, hombre! ¡Vamos, deprisa, corra!

Kendrick resbaló en una roca inclinada y se quedó sentado de golpe. Un cohete pasó volando por encima arrojando fuego y chispas y bajo su breve luz vio una sombra por encima de él y luego notó una hoja en el cuello.

—Un solo ruido —dijo la voz entre dientes— y está muerto.

Kendrick se quedó muy quieto. No hizo ningún ruido, pero murió de todas formas.

Una granada afortunada alcanzó a un par de bueyes y destripó a las bestias, que mugieron lastimeramente al desplomarse sobre el camino. «¡Sáquenlos de en medio!», rugió una voz, y los cipayos forcejearon con los enormes animales, cortaron sus arneses y arrastraron a las bestias moribundas hacia las rocas. Otros soldados llevaron el carro vacío de vuelta al campamento, abriendo paso para que la carreta que venía detrás pudiera avanzar con sus gaviones. «¡Mátenlos! —ordenó el oficial—. ¡Utilicen las bayonetas! ¡No abran fuego con el mosquete!» Los cipayos remataron a los bueyes, acuchillándolos una y otra vez en sus gruesos cuellos, en tanto que las pezuñas ensangrentadas se sacudían con violencia. Otra granada cayó por allí cerca y sus fragmentos salieron disparados entre las rocas. El camino estaba resbaladizo a causa de los intestinos desparramados sobre los que el siguiente carro rodó impasible mientras su eje chirriaba como el demonio.

—¿Todo bien, soldado? —le preguntó una voz al soldado Lowry.

—Sí, señor.

—Soy el coronel Kenny —dijo el hombre, al tiempo que se dejaba caer junto a Lowry.

—Sí, señor —respondió Lowry con nerviosismo.

—¿Ve algo?

—Nada, señor —contestó Lowry, y soltó un grito entrecortado cuando sintió una hoja en la garganta.

—¿Dónde está Hakeswill? —le susurró la voz al oído, y de pronto Lowry supo que no era el coronel Kenny quien lo tenía agarrado con fuerza.

—No lo sé, señor —dijo Lowry, entonces empezó a gritar, pero el grito se interrumpió cuando la hoja se le hundió en el gaznate.

Una bala que se disparó baja cayó justo en la roca que protegía a Hakeswill y el sargento gimoteó, al tiempo que intentaba internarse aún más en la hendidura. Un cohete aterrizó a unos treinta pasos por detrás de él y empezó a girar sobre sí mismo, dando vueltas sobre la hierba, despidiendo chispas, hasta que finalmente se quedó encallado contra una roca y se extinguió con un despliegue de pequeñas llamas azules. Otra bala golpeó contra los gaviones, pero para entonces ya estaban todos bien apilados y el impacto del proyectil fue absorbido por la tierra apretada.

Se oyó un silbido proveniente del emplazamiento de la batería, luego sonaron dos más. Morris, aliviado por aquel sonido, llamó a los hombres que estaban a su derecha.

—¡Volvemos al camino! ¡Avisen a los demás! ¡Volvemos al camino! —¡Gracias a Dios que ya había pasado lo peor de aquella ordalía! Ahora se suponía que debía retirarse hacia la batería y prepararse para protegerla durante las horas de noche oscura que quedaban, pero Morris sabía que se iba a sentir mucho más seguro una vez estuviera detrás de los gaviones, igual que sabía que el cese de los trabajos probablemente persuadiría a los maharatta para que dejaran de disparar—. ¡No se alejen de mí! —les gritó a los miembros de su compañía—. ¡Deprisa!

El mensaje se transmitió a lo largo de la línea de piquetes y los soldados corrieron agachados hacia el lugar donde Morris esperaba. Chocaron unos contra otros al congregarse y luego permanecieron en cuclillas mientras Morris llamaba a Hakeswill.

—No está, señor —señaló finalmente el sargento Green.

—Cuente a los hombres, sargento —ordenó Morris.

El sargento Green numeró a los soldados.

—Faltan tres, señor —informó—. Hakeswill, Lowry y Kendrick.

—¡Malditos sean! —dijo Morris. Un cohete se alzó con un silbido de la torre de guardia y se agitó en la noche para dejar una caprichosa estela de humo bordeado con llamas, luego empezó a caer hacia la izquierda, a lo lejos, y se precipitó al barranco que bordeaba el istmo. La luz del tubo brilló por los abruptos precipicios al caer y finalmente se desvaneció a unos trescientos metros por debajo de Morris. Dos

cañones dispararon al mismo tiempo y sus balas se dirigieron contra los faroles falsos. Los faroles de la batería habían desaparecido, señal de que los zapadores habían terminado su trabajo.

—Lleve a los hombres a la batería —le ordenó Morris a Green—. ¿Garrard? Usted se queda conmigo.

Morris no quería llevar a cabo ninguna heroicidad, pero sabía que no podía informar de que sencillamente había perdido a tres hombres, de modo que se llevó al soldado Tom Garrard hacia el oeste a través del terreno revuelto por el que se había extendido la línea de piquetes. Llamaron a los soldados perdidos por su nombre, pero no hubo respuesta.

Fue Garrard el que tropezó con el primer cadáver.

—No sé quién es, señor, pero está muerto. Está todo ensangrentado.

Morris soltó una maldición y se agachó junto al cuerpo. El brillante paso de un cohete le dejó ver un cuello rajado y sangre derramada. También reveló que al hombre lo habían despojado de su casaca, que estaba tirada junto al cuerpo. Al ver la garganta abierta, Morris tuvo náuseas.

—Aquí hay otro, señor —dijo Garrard desde unos cuantos metros de distancia.

—¡Dios santo! —Morris se dio la vuelta para apartarse, deseando no vomitar, pero sentía la agria bilis en la garganta. Se estremeció y luego consiguió respirar hondo—. Nos vamos.

—¿Quiere que busque al otro, señor? —preguntó Garrard.

—¡Vamos! —Morris huyó. No quería quedarse en aquel oscuro osario.

Garrard le siguió.

Cesó el fuego de artillería. Un último cohete bordó chispas por encima de las estrellas y luego Gawilghur quedó sumida de nuevo en el silencio.

Hakeswill se hallaba encogido en su escondite y se estremecía con el ocasional destello de una granada que estallaba o un cohete que pasaba proyectando escabrosas sombras sobre la estrecha hendidura. Creyó oír gritar a Lowry, pero el sonido fue tan inesperado y duró tan poco que pensó que había sido cosa de los nervios. Entonces, por fortuna, oyó el silbido que indicaba que los zapadores habían terminado su trabajo y al cabo de un momento oyó también el mensaje que se transmitía por la línea. «¡Volvemos al camino! ¡Volvemos al camino!»

Los cañones y los cohetes seguían azotando la noche, por lo que Hakeswill permaneció donde estaba hasta que tuvo la sensación de que la furia de los disparos disminuía y entonces salió arrastrándose de su grieta y, sin levantarse, se escabulló hacia el este.

—¡Hakeswill! —lo llamó una voz desde allí cerca.

Se quedó inmóvil.

—¿Hakeswill? —insistió la voz.

Cierto instinto le dijo al sargento que había algo malo en la oscuridad, de manera que Hakeswill se agachó aún más. Oyó algo que se movía en la noche, el roce del cuero contra la piedra, el sonido de una respiración, pero el hombre no se acercó a Hakeswill que, petrificado, fue avanzando paso a paso lentamente. Su mano, que iba palpando el terreno que tenía por delante, se encontró de pronto con algo húmedo y pegajoso. Hakeswill se estremeció, se llevó los dedos a la nariz y olió a sangre.

—¡Dios! —exclamó entre dientes. Volvió a avanzar a tuestas, y en esa ocasión encontró un cadáver. Sus manos exploraron el rostro, la boca abierta, y luego encontraron la herida abierta en el cuello. Retiró la mano de golpe.

Tenía que tratarse de Lowry o de Kendrick, puesto que era más o menos por allí donde había dejado a los dos soldados, y si estaban muertos, o aunque sólo uno de ellos lo estuviera, significaba que la muerte del capitán Torrance no había sido ninguna pelea de enamorados. No es que Hakeswill hubiera creído en algún momento que lo fuera. Sabía quién había sido. El maldito Sharpe estaba vivo. El maldito Sharpe estaba dando caza a sus enemigos, de los que tres, o tal vez cuatro, ya estaban muertos. Y Hakeswill sabía que él iba a ser el siguiente.

—¡Hakeswill! —susurró la voz, pero ahora desde más lejos.

Un cañón disparó desde el fuerte y con su fogonazo Hakeswill vio una figura envuelta con un manto al norte. El hombre cruzaba la línea del horizonte, no muy lejos de Hakeswill, pero al menos se marchaba. ¡Sharpe! ¡Tenía que ser Sharpe! Ya Hakeswill lo invadió un terror que hizo que el rostro se le convulsionara y las manos le temblaran.

«¡Piensa, cabrón, piensa!», dijo para sus adentros.

Y surgió una respuesta, una dulce respuesta, tan evidente que se sorprendió de haber tardado tanto en encontrarla.

Sharpe estaba vivo, no se hallaba prisionero en Gawilghur, sino rondando el campamento británico, lo cual significaba que había un solo lugar al que Hakeswill podía ir para estar totalmente a salvo. Podía dirigirse a la fortaleza, y allí Sharpe nunca lo alcanzaría, puesto que el rumor que corría por el campamento era que el asalto a Gawilghur probablemente sería un asunto desesperado y sangriento. Algunos decían que era posible que fracasara, y aun cuando no fuera así, Hakeswill siempre podía fingir que lo habían hecho prisionero. Lo único que quería en aquel momento era alejarse de Sharpe, de manera que se desplazó sigilosamente hacia el sur, colina abajo, y al llegar al terreno más llano echó a correr hacia las entonces oscuras murallas del fuerte a través de las volutas de fétido humo de pólvora que empezaban a dispersarse.

Pasó corriendo junto al depósito, enfiló el camino de acceso y giró a la izquierda, donde la gran torre de entrada se alzaba imponente ante él en la oscuridad. Una vez

allí aporreó las sólidas puertas con tachones de hierro.

Nadie respondió.

Volvió a golpear las puertas valiéndose de la culata de su mosquete, muerto de miedo por si el sonido atraía a algún espanto vengador desde la oscuridad a sus espaldas, y de pronto se abrió un pequeño portillo en la puerta grande y la luz de las llamas inundó la noche.

—Soy un desertor —susurró Hakeswill—. ¡Estoy de vuestro lado!

Unas manos lo agarraron y lo hicieron entrar por la portezuela. Una antorcha humeante que ardía en lo alto del muro permitió que Hakeswill viera la larga y estrecha entrada, las oscuras murallas y los morenos rostros de los hombres que lo tenían prisionero.

—¡Estoy de vuestro lado! —gritó mientras el portillo se cerraba tras él y le arrebataban el mosquete—. ¡Estoy de vuestro lado!

Un hombre alto de facciones aguileñas bajó a grandes zancadas por el camino de piedra.

—¿Quién es usted? —preguntó en inglés.

—Soy alguien que está dispuesto a luchar por usted, señor. Dispuesto y capaz, señor. Un veterano, señor.

—Me llamo Manu Bappoo —dijo el hombre con una voz sibilante—, y estoy al mando aquí.

—Muy bien, señor. Quiero decir, *sahib*, muy bien. —Hakeswill inclinó la cabeza—. Hakeswill, señor, es mi nombre. Sargento Obadiah Hakeswill.

Manu Bappoo se quedó mirando fijamente al casaca roja. No le gustaban los desertores. Un soldado que abandonaba su bandera no era de fiar bajo ninguna otra, pero la noticia de que un soldado blanco había huido de las filas enemigas no podía hacer más que animar a su guarnición. Lo mejor sería dejar vivo a aquel hombre como testimonio de que la moral del enemigo se desmoronaba en vez de pegarle un tiro de inmediato.

—Llévelo ante el coronel Dodd —le ordenó a uno de sus hombres—. Devuélvale su fusil. Está de nuestro lado.

De manera que Hakeswill estaba dentro de Gawilghur y entre el enemigo. Pero estaba a salvo del terror que había convertido su vida en una súbita pesadilla. Estaba a salvo de Sharpe.

Capítulo 8

Los zapadores que habían emplazado los gaviones estaban demasiado excitados para irse a dormir y en lugar de eso se arremolinaban en torno a un par de fogatas humeantes. La intensidad de su risa aumentaba y descendía en el viento nocturno. El comandante Stokes, complacido con su trabajo, había sacado tres jarras de *arrack* como recompensa y las vasijas pasaban de mano en mano.

Sharpe observó la pequeña celebración y después, sin apartarse de las sombras del campamento de Syud Sevajee, se dirigió a una pequeña tienda en la que se despojó de las vestiduras indias que le habían prestado antes de deslizarse por debajo de la entrada. En la penumbra se topó con Clare, que no había podido dormir debido al ruido del bombardeo y después a las voces de los zapadores. Clare alzó una mano y notó la carne desnuda.

—¡Va sin ropa! —pareció alarmada.

—No del todo —dijo Sharpe, y entonces comprendió su miedo—. Tenía la ropa empapada —explicó—, de modo que me la quité. No querrá que moje la cama, ¿eh? Y todavía llevo puesta la camisa.

—¿Está lloviendo? No lo he oído.

—Era sangre —dijo él, rebuscó bajo la manta que le había tomado prestada a Syud Sevajee y encontró la bolsa de Torrance.

Clare oyó el sonido de las piedras.

—¿Qué es eso?

—Son sólo piedras —contestó él—, guijarros. —Metió en la bolsa las veinte gemas que había recuperado de Kendrick y Lowry, la volvió a guardar en lugar seguro bajo la manta y se tumbó. Dudaba que hubiera encontrado todas las piedras preciosas, pero le parecía que había recuperado la mayoría de ellas. Estaban sueltas en los bolsillos de los dos soldados, ni siquiera estaban escondidas en las costuras de sus casacas. Dios, se sentía cansado y su cuerpo todavía no se había recuperado de la pateada de Hakeswill. Le dolía respirar, las magulladuras aún le molestaban y seguía con un diente menos.

—¿Qué ocurrió ahí afuera? —preguntó Clare.

—Los ingenieros pusieron los gaviones en su lugar. Cuando se haga de día escarbarán la plataforma de artillería y construirán los polvorines, y mañana por la noche traerán los cañones.

—¿Qué le ha pasado a usted? —Clare rectificó su pregunta.

Sharpe se quedó callado unos momentos.

—Fui a ver a unos viejos amigos —dijo. Pero no había encontrado a Hakeswill, maldita fuera, y no había duda de que para entonces Hakeswill ya estaría alerta. De todos modos, ya llegaría la oportunidad. Sonrió al recordar la asustada voz de Morris.

El capitán era un bravucón con sus hombres y un pelota con sus superiores.

—¿Ha matado a alguien? —preguntó Clare.

—A dos hombres —admitió él—, pero tendrían que haber sido tres.

—¿Por qué?

El suspiró.

—Porque eran malas personas —dijo sencillamente, entonces reflexionó que la respuesta era cierta—. Y porque trataron de matarme —añadió—, y me robaron. Usted los conocía —siguió diciendo—. Kendrick y Lowry.

—Eran horribles —dijo Clare en voz baja—. Solían quedarse mirándome.

—No puede culparles por ello, señora.

Ella se quedó en silencio unos instantes. Las risas de los zapadores se iban apagando a medida que los soldados empezaban a retirarse a descansar. El viento soplaba en la entrada de la tienda y traía el olor a pólvora quemada proveniente del istmo rocoso donde había zonas de hierba que aún ardían alrededor de los tubos apagados de los misiles.

—Todo ha salido mal, ¿verdad? —dijo Clare.

—Se está arreglando —repuso Sharpe.

—Para usted —replicó ella.

Otra vez se quedó callada, y Sharpe sospechó que estaba llorando.

—La llevaré a Madras —le dijo.

—¿Y qué será de mí allí?

—Estará bien, muchacha. Le daré un par de mis guijarros mágicos.

—Lo que yo quiero —dijo ella en voz baja— es irme a casa. Pero no puedo permitírmelo.

—Cátese con un soldado —comentó Sharpe— y que la lleve a casa con él. — Pensó en Eli Lockhart, que había estado admirando a Clare de lejos. Se llevarían muy bien, pensó Sharpe.

Ella estaba llorando sin hacer ruido.

—Torrance dijo que me pagaría la vuelta a casa cuando yo hubiera saldado la deuda —dijo.

—¿Por qué iba a hacerla trabajar y pagar un pasaje para luego darle otro? —preguntó Sharpe—. Era un cabrón mentiroso.

—Parecía tan amable al principio...

—Somos todos así —dijo Sharpe—. Suaves como un guante la primera vez que conoces a una mujer, luego obtienes lo que quieres y eso cambia. No sé. Tal vez no sea así siempre.

—Charlie no era así —dijo Clare.

—¿Charlie? ¿Su marido?

—Siempre fue bueno conmigo.

Sharpe se recostó. La luz de las hogueras que se extinguían parpadeaba en la suelta trama de la tienda. Si llovía, pensó, la tela gotearía como un pimentero.

—Hay hombres buenos y hombres malos —dijo.

—¿Y usted qué es? —preguntó Clare.

—Creo que soy bueno —respondió él—, pero no lo sé. No paro de meterme en líos y sólo conozco una salida. Sé pelear. Eso puedo hacerlo bien.

—¿Es eso lo que quiere? ¿Pelear?

—¡Sabe Dios qué es lo que quiero! —Se rió en voz baja—. ¡Quería ser oficial más de lo que había deseado cualquier otra cosa en toda mi vida! Soñaba con ello, sí, lo soñaba. Lo deseaba tanto que me hacía daño y entonces el sueño se convirtió en realidad, eso me despertó y me pregunté por qué lo ansiaba tanto. —Hizo una pausa. Los caballos de Syud Sevajee daban suaves patadas en el suelo detrás de la tienda—. Hay algunos cabrones que tratan de convencerme para que deje el ejército. Para que venda mi oficialía, ¿lo ve? No me quieren.

—¿Por qué no?

—Porque me meo en su sopa, muchacha.

—Entonces, ¿se irá?

Él se encogió de hombros.

—No quiero hacerlo. —Pensó en ello—. Es como un club, una sociedad. En realidad no me quieren, de modo que me rechazan, y luego tengo que luchar para volver a ser aceptado. Pero, ¿por qué lo hago si no me quieren? No lo sé. Quizá sea distinto en los fusileros. Lo probaré de todas formas y así veré si ellos son diferentes.

—¿Quiere seguir luchando? —preguntó Clare.

—Es lo que se me da bien —contestó Sharpe—. Y disfruto con ello. Lo que quiero decir es que sé que no debería, pero no hay nada tan excitante como eso.

—¿Nada?

—Bueno, una cosa. —Sonrió en la oscuridad.

Se hizo un prolongado silencio y pensó que Clare se había quedado dormida, pero entonces volvió a hablar.

—¿Y qué me dice de su viuda francesa?

—Se ha ido —respondió Sharpe cansinamente.

—¿Se ha ido?

—Se largó, señora. Se llevó algún dinero mío y se marchó. Se fue a América, según me dijeron.

Clare volvió a quedarse tumbada en silencio.

—¿No le preocupa estar solo? —preguntó al cabo de un rato.

—No.

—A mí sí.

Sharpe se volvió hacia ella, se apoyó en un codo y le acarició el pelo. Ella se puso

tensa cuando la tocó, luego se relajó bajo la suave presión de su mano.

—No está sola, muchacha —dijo Sharpe—. Sólo si usted quiere. Estaba atrapada, eso es todo. Le pasa a todo el mundo. Pero ahora ya ha salido. Es libre. —Le acarició el cabello hasta el cuello y notó la cálida piel desnuda bajo su mano. Ella no se movió y él siguió acariciando suavemente, cada vez más abajo—. Está desnuda —dijo.

—Tenía calor —comentó ella en un hilo de voz.

—¿Qué es peor? —preguntó Sharpe—. ¿Tener calor o estar sola?

Le pareció que sonreía. No podía estar seguro en la oscuridad, pero le pareció que sonreía.

—Estar sola —respondió ella, en voz muy baja.

—Podemos ocuparnos de eso —dijo él, al tiempo que alzaba la delgada manta y se ponía a su lado.

Clare había dejado de llorar. Fuera, en algún lugar, cantó un gallo y los primeros rayos dorados del día rozaron los precipicios del este. Las hogueras que había en el rocoso cuello de tierra parpadearon y se apagaron, y el humo se dispersó en el aire como nubes de espesa niebla. Las cornetas sonaron desde el campamento principal, llamando a los casacas rojas para la formación matutina. Los piquetes nocturnos fueron relevados cuando el sol se alzó e inundó el mundo de luz.

Un mundo en el que Sharpe y Clare dormían.

—¿Abandonó a los soldados muertos? —gruñó Wellesley.

El capitán Morris parpadeó cuando una ráfaga de viento hizo que le entrara polvo en un ojo.

—Traté de traerlos —mintió—, pero estaba oscuro, señor. Muy oscuro. El coronel Kenny puede dar fe de ello, señor. Vino a visitarnos.

—¿Que fui a visitarles? —Kenny, alto, delgado e irascible, se hallaba de pie junto al general—. ¿Que fui a visitarles? —preguntó de nuevo alzando el tono, ultrajado.

—Anoche, señor —respondió Morris con quejumbrosa indignación—. En la línea de piquetes.

—No hice tal cosa. El sol se le ha subido a la cabeza. —Kenny le dirigió a Morris una mirada fulminante, sacó una caja de rapé del bolsillo y se puso un pellizco en la mano—. ¿Y quién diablos es usted, a todo esto? —añadió.

—Morris, señor, del 33.º.

—Pensaba que aquí no teníamos más que a escoceses y cipayos —le dijo Kenny a Wellesley.

—La compañía del capitán Morris escoltó un convoy hasta aquí —respondió Wellesley.

—Una compañía ligera, ¿eh? —comentó Kenny, al tiempo que echaba un vistazo a las charreteras de Morris—. Tal vez hasta resulten de utilidad. Me vendría bien otra

compañía en el grupo de asalto. —Inhaló el rapé, tapándose un agujero de la nariz y luego el otro—. Mis muchachos se animan —añadió— cuando ven morir a soldados blancos. —Kenny estaba al mando del primer batallón del II Regimiento de Madras.

—¿Qué tiene ahora mismo en su unidad de asalto? —preguntó Wellesley.

—Nueve compañías —respondió Kenny—. Los granaderos y otras dos de la Brigada Escocesa, las compañías de flanco de mi regimiento y cuatro más. Unos buenos muchachos todos ellos, pero me atrevería a decir que no les importaría compartir los honores con una compañía ligera inglesa.

—Y no dudo que usted agradecerá una oportunidad de asaltar una brecha, ¿no, Morris? —preguntó Wellesley con sequedad.

—Por supuesto, señor —dijo Morris, maldiciendo a Kenny en su fuero interno.

—Pero mientras tanto —siguió diciendo Wellesley con frialdad— traiga los cuerpos de sus hombres.

—Sí, señor.

—Hágalo ahora.

El sargento Green se llevó a media docena de soldados hacia el cuello de tierra, pero sólo encontraron dos cadáveres. Esperaban encontrar tres, pero el sargento Hakeswill había desaparecido. El enemigo, al ver las casacas rojas entre las rocas por encima del depósito, abrió fuego y las balas de mosquete dieron contra las piedras y rebotaron alzándose por los aires. Una bala alcanzó a Green en el talón de la bota. No le hirió el pie, pero el impacto le dolió y empezó a dar saltitos por la corta y seca hierba.

—Agarren a esos cabrones y arrástrenlos —dijo. Se estaba preguntando por qué el enemigo no disparaba su artillería y justo entonces un cañón descargó un bote de metralla contra su pelotón. Las balas pasaron silbando muy cerca de los soldados pero milagrosamente ninguno fue alcanzado. Entre varios agarraron a Kendrick y a Lowry de los pies y regresaron a toda prisa hacia la batería medio terminada donde aguardaba el capitán Morris. Ambos muertos tenían un tajo en el cuello.

Una vez a salvo detrás de los gaviones, los cadáveres fueron tratados con más decoro y fueron colocados sobre unas improvisadas camillas. El coronel Kenny interceptó a los camilleros para examinar los cuerpos, que ya empezaban a oler mal.

—Deben de haber enviado a una docena de degolladores desde el fuerte —supuso—. ¿Dice usted que ha desaparecido un sargento?

—Sí, señor —respondió Morris.

—Al pobre tipo deben de haberlo hecho prisionero. ¡Tenga cuidado esta noche, capitán! Probablemente lo intenten de nuevo. Y le aseguro, capitán, que si esta noche decido dar un paseo, no será por su línea de piquetes.

Aquella noche la Compañía Ligera del 33.º formó una barrera frente a las nuevas baterías, en aquella ocasión para proteger a los soldados que arrastraban los cañones.

Aquella noche había nervios, pues la compañía esperaba que unos degolladores maharatta llegaran silenciosamente por la oscuridad, pero no había ningún movimiento. El fuerte permanecía oscuro y en silencio. No disparó ningún cañón ni ningún cohete salió volando mientras las piezas de artillería británicas se transportaban a sus nuevos emplazamientos y las cargas de pólvora y balas de cañón se apilaban en los preparados polvorines recién construidos.

Entonces los artilleros esperaron.

El primer indicio de que amanecía fue una luminosidad grisácea por el este, seguida de los destellos de la reflejada luz del sol cuando los primeros rayos alanceaban el borde del mundo para rozar la cima de los precipicios orientales. Los muros de la fortaleza mostraban un color entre gris y negro. Los artilleros siguieron esperando. Una nube solitaria brillaba con una lívida luz rosácea en el horizonte. Sobre la fortaleza podía verse el humo que producían las fogatas en las que se preparaba la comida, así como las banderas, que pendían lacias en el aire sin viento. Las cornetas despertaron al campamento británico, que estaba situado a unos ochocientos metros por detrás de las baterías, donde los oficiales enfocaban el muro norte de Gawilghur con sus anteojos.

El trabajo del comandante Stokes ya estaba casi terminado. Había construido las baterías y ahora los artilleros tenían que deshacer los muros, pero primero Stokes quería estar seguro de que la brecha exterior se abriría en el lugar adecuado. Había sujetado un antejo a un trípode y en aquellos momentos lo iba moviendo lentamente de lado a lado, buscando las piedras cubiertas de líquenes que había justo a la derecha de un bastión en el centro de la muralla. El muro estaba ligeramente inclinado hacia atrás, pero él estaba seguro de haber visto un lugar donde las viejas piedras sobresalían y no estaban alineadas, y observó aquel punto mientras el sol salía y proyectaba un atisbo de sombra allí donde la mampostería no estaba del todo a plomo. Al final atornilló el soporte del antejo, apretándolo con fuerza de manera que el tubo no se moviera; entonces hizo llamar al jefe de pieza del dieciocho libras de la batería. En realidad aquella batería estaba a las órdenes de un comandante, pero él insistió en que fuera su sargento el que mirara por el catalejo.

—Ese es su objetivo —le dijo Stokes al sargento.

El sargento se inclinó hacia el antejo, después se enderezó para mirar por encima de él y luego volvió a inclinarse. Estaba mascando un pedazo de tabaco y le faltaban los dientes inferiores delanteros, por lo que la baba amarillenta le corría y chorreaba por la barbilla sin parar. Se puso derecho y a continuación volvió a inclinarse por tercera vez. El antejo era potente y lo único que podía ver en el círculo de la lente era una junta vertical entre dos piedras enormes. Dicha juntura se hallaba a cosa de un metro y veinte centímetros de la base de la muralla y, cuando cediera, el muro caería hacia delante cuesta abajo para formar la rampa de subida por la que los

atacantes podrían trepar.

—¿Justo en la juntura, señor? —preguntó el sargento con un acento de Northumbria tan marcado que Stokes al principio no lo entendió.

—En la parte inferior de la junta —dijo Stokes.

—Baja sí que está —comentó el sargento, y se inclinó para mirar de nuevo por el anteojo con los ojos entrecerrados—. Esa juntura está un poco abierta, ¿verdad?

—Sí —respondió Stokes.

El sargento soltó un gruñido. Durante un rato, según opinaba él, los golpes harían que las piedras se metieran hacia adentro cerrando el hueco, pero aumentaría la presión y al final el muro cedería cuando las martilleadas piedras se debilitaran.

—Ese cabrón reventará como si fuera un absceso —dijo el sargento alegremente, al tiempo que se enderezaba y se apartaba del anteojo. Regresó a su cañón y a gritos ordenó a sus hombres que realizaran unos mínimos ajustes en el timón. El mismo manejó la palanca del tornillo de elevación, aunque el cañón todavía estaba oculto por unos gaviones medio llenos que bloqueaban la tronera. Cada pocos segundos el sargento trepaba al timón para mirar por encima de los gaviones, luego ordenaba que el cañón se moviera un centímetro a la izquierda o un dedo a la derecha mientras realizaba otro caprichoso ajuste al tornillo. Lanzó hierba al aire para medir el viento y luego volvió a hacer girar el tornillo elevador para levantar el tubo una distancia minúscula—. Las balas están heladas —le explicó a Stokes—, de modo que lo estoy apuntando un poco alto. Tal vez media vuelta más. —Golpeó el tornillo con la base de la mano—. Perfecto —dijo.

Los *puckalees* llevaban agua, que vertían en unas grandes cubas de madera. El agua no solamente servía para aplacar la sed de los artilleros y mojar las esponjas que limpiaban los tubos entre disparo y disparo, sino que también era para refrescar las formidables armas. El sol iba ascendiendo, prometía ser un día abrasador, y si los enormes cañones no se mojaban con agua de vez en cuando podían recalentarse y hacer estallar las cargas de pólvora antes de tiempo. En aquellos momentos el sargento estaba eligiendo su munición y hacía rodar dos balas de dieciocho libras arriba y abajo por un trecho de tierra pelada para evaluar cuál de las dos tenía la esfera más perfecta.

—Ésa —dijo, y escupió el jugo del tabaco sobre el proyectil elegido.

La Compañía Ligera de Morris volvió a subir pesadamente por el camino en dirección al campamento donde dormirían. Stokes los vio pasar y pensó en Sharpe. Pobre Sharpe, pero al menos, desde dondequiera que estuviera preso en la fortaleza, oiría los cañones de asedio y sabría que los casacas rojas se estaban acercando. Si es que atravesaban la brecha, pensó Stokes con desánimo, o si es que conseguían cruzar el barranco central de la fortaleza. Trató de reprimir su pesimismo y se dijo que su trabajo consistía sencillamente en abrir la brecha, no en conseguir toda la victoria.

El proyectil escogido se echó por la boca del cañón y luego se atacó contra las bolsas de lona que contenían la pólvora. El sargento tomó un trozo de alambre que colgaba curvado de su cinturón y lo metió por el oído del cañón, perforando la bolsa de lona que había debajo, luego seleccionó un cebo, un junco lleno de pólvora finamente molida, y lo deslizó introduciéndolo en la carga de pólvora pero dejando que más o menos un centímetro del junco sobresaliera por encima del oído.

—Listo cuando usted lo esté, señor —le dijo al comandante al mando de la batería quien, a su vez, miró a Stokes.

Stokes se encogió de hombros.

—Me imagino que esperamos a que el coronel Stevenson dé su permiso.

Los artilleros de la segunda batería de brecha, situada a unos cincuenta metros al oeste de la primera, habían enfocado sus anteojos por encima de los gaviones para observar dónde caía la primera bala. La marca que dejara en el muro les indicaría dónde apuntar. Las dos baterías de enfilada también observaban. Su trabajo empezaría debidamente cuando se abriera la primera de las tres brechas, pero hasta entonces sus doce libras apuntarían a los cañones montados en las murallas de Gawilghur e intentarían descabalarlos o reducir a escombros sus troneras.

—Ese muro no aguantará mucho —opinó el comandante de la batería, que se llamaba Plummer. Estaba mirando las murallas con el antejo de Stokes.

—Lo abriremos hoy mismo —coincidió Stokes.

—Gracias a Dios que aquí no hay *glacis* —comentó Plummer.

—Gracias a Dios, ya lo creo —repitió Stokes en tono piadoso, pero él había estado pensando en aquella carencia y no estaba seguro de que fuera una bendición. Tal vez los maharatta comprendían que su verdadera defensa era el gran barranco central y por eso no ofrecían nada más que una defensa simbólica en el Fuerte Exterior. ¿Y cómo iban a cruzar ese barranco? Stokes temía que le pidieran una solución de ingeniería, pero, ¿qué podía hacer él? ¿Llenarlo de tierra? Eso llevaría meses.

Los negativos presentimientos de Stokes se vieron interrumpidos por un ayudante de campo al que había enviado el coronel Stevenson para preguntar por qué las baterías estaban silenciosas.

—Me imagino que éstas son sus órdenes para abrir fuego, Plummer —dijo Stokes.

—¡Descubran la pieza! —gritó Plummer.

Cuatro artilleros se encaramaron al bastión y sacaron a pulso los gaviones medio llenos de delante del cañón. El sargento miró a lo largo del tubo una última vez, asintió con la cabeza para sí mismo y se echó a un lado. Los demás artilleros se taparon los oídos con las manos.

—¡Puede disparar, Ned! —le gritó Plummer al sargento, que cogió un botafuego

ardiente de un barril de protección, alargó la mano por encima de la alta rueda del cañón y aplicó el fuego en el junco.

El cañón retrocedió con fuerza unos cinco metros bien buenos, en tanto que una acre humareda inundaba la batería. La bala pasó volando bajo y con un aullido atravesó el rocoso cuello de tierra para estrellarse con estruendo contra el muro del fuerte. Hubo una pausa. Los defensores corrían por las murallas. Stokes miraba detenidamente por el catalejo a la espera de que se dispersara el humo. Tardó un minuto entero en hacerlo, pero entonces vio que un pedazo de piedra del tamaño de un plato sopero había saltado de la pared.

—Cinco centímetros a la derecha, sargento —gritó en tono de censura.

—Debe de haber sido una ráfaga de viento, señor —dijo el sargento—, una maldita ráfaga de viento porque, ya me perdonará usted, pero no había ningún problema con la posición del cañón.

—Lo ha hecho bien —dijo Stokes con una sonrisa—, muy bien. —Hizo bocina con las manos y les gritó a los de la segunda batería de brecha—: ¡Ya tienen el blanco señalado! ¡Disparen! —Una bocanada de humo manó del muro de la fortaleza, seguida del estallido de un cañón y el aullido de la bala que pasó volando por encima. Stokes saltó a la batería agarrándose el sombrero—. Por lo visto los hemos despertado —comentó cuando dispararon otra docena de cañones mahratta. Las balas enemigas se estrellaron contra los gaviones o rebotaron caprichosamente por el suelo rocoso. Disparó la segunda batería británica y el estruendo de sus piezas resonó en la pared del precipicio para hacer saber al campamento, situado mucho más abajo, que el asedio de Gawilghur había empezado debidamente.

El soldado Tom Garrard de la Compañía Ligera del 33.º se había dado un paseo hasta el borde del precipicio para observar el bombardeo de la fortaleza. No es que hubiera mucho que ver aparte de la nube de humo que volvía a henchirse constantemente y que envolvía el rocoso cuello de tierra situado entre las baterías y la fortaleza, pero de vez en cuando un gran pedazo de piedra caía de los muros de Gawilghur. El fuego de las defensas era feroz, pero a Garrard le parecía que iba mal dirigido. Muchas de las balas rebotaban y pasaban por encima de las baterías o se enterraban en los enormes montones de gaviones de protección. Por otro lado, el fuego británico era lento y seguro. Las balas de dieciocho libras batían el muro y no se desperdiciaba ninguna. El cielo estaba despejado, el sol ascendía aún más y los cañones se estaban recalentando, de modo que cada dos disparos los artilleros vertían cubos de agua sobre los largos tubos. El metal silbaba y humeaba y los sudorosos *puckalees* se apresuraban por el camino hacia la batería con aún más odres de agua para rellenar las grandes cubas.

Garrard estaba sentado solo, pero se había fijado en que un indio harapiento lo

estaba observando. Él no le hizo caso, esperando que se iría, pero el indio se fue acercando poco a poco. Garrard cogió una piedra de la medida de un puño y empezó a lanzarla al aire y a recogerla con su mano derecha para insinuarle al hombre que debía irse, pero la amenaza de la piedra sólo sirvió para que el indio se acercara más aún.

—¡Lárgate! —gruñó Garrard.

—¡*Sahib* no! ¡Por favor!

—No tengo nada que valga la pena robar, no quiero comprar nada y no quiero follarme a tu hermana.

—En ese caso me follaré yo a la suya, *sahib*—dijo el indio, y Garrard se dio la vuelta, echó el brazo hacia atrás dispuesto a lanzar la piedra y entonces vio que el hombre de la túnica mugrienta se había quitado la sucia tela blanca que llevaba en la cabeza y le sonreía—. Se supone que no tiene que tirarles piedras a los oficiales, Tom —dijo Sharpe—. De todas formas yo siempre quise hacerlo, de modo que no puedo culparle por ello.

—¡Por todos los demonios! —Garrard soltó la piedra y le tendió la mano derecha—. ¡Dick Sharpe! —De pronto frenó la mano que tenía extendida—. ¿Tengo que llamarte «señor»?

—Por supuesto que no —dijo Sharpe, al tiempo que le estrechaba la mano a Garrard—. Tú y yo somos amigos desde hace tiempo, ¿no? Un fajín rojo no va a cambiar eso, Tom. ¿Cómo estás?

—He estado peor. ¿Y tú?

—He estado mejor.

Garrard frunció el ceño.

—¿No dijeron que te habían capturado?

—Me escapé, sí señor. Todavía no ha nacido el cabrón que pueda retenerme, Tom. Ni a ti tampoco. —Sharpe se sentó al lado de su amigo, un hombre con el que había marchado en las filas durante seis años—. Toma —le dio a Garrard un pedazo de carne seca.

—¿Qué es?

—Cabrito. Aunque sabe bien.

Se quedaron sentados mirando cómo trabajaban los artilleros. Los cañones más próximos estaban en las dos baterías de enfilada y los artilleros se valían de sus doce libras para derribar de forma sistemática los parapetos de las murallas por encima de la puerta de Gawilghur. Ya habían desmontado un par de cañones enemigos y en aquellos momentos estaban ocupados con las dos troneras siguientes. Un armón tirado por bueyes acababa de entregar más munición, pero, al abandonar la batería, la rueda del armón se había aflojado y había entonces cinco soldados de pie en torno a la inclinada rueda discutiendo la mejor manera de arreglarla. Garrard se sacó un trozo

de carne correosa de entre los dientes.

—Hay que sacar la rueda rota y poner una nueva —dijo con desdén—. No hace falta un comandante y dos tenientes para llegar a esa conclusión.

—Son oficiales, Tom —dijo Sharpe en tono de censura—, sólo tienen medio cerebro.

—Tú lo sabrás mejor que nadie —replicó Garrard con una sonrisa burlona—. Aunque esos cabrones han puesto un objetivo tentador. —Señaló hacia el otro lado del abismo que separaba la meseta del Fuerte Interior—. Allí hay un maldito cañón enorme. Tiene el mismo tamaño que una jodida carreta llena de heno. Esos cabrones llevan una hora yendo de aquí para allá alrededor de esa pieza.

Sharpe miró más allá del asediado Fuerte Exterior hacia los precipicios. Creyó ver un muro donde podría haber un cañón montado, pero no estaba seguro.

—Necesito un maldito antejo.

—Necesita un maldito uniforme.

—Ya estoy haciendo algo al respecto —dijo Sharpe con cierto misterio.

Garrard le dio un manotazo a una mosca.

—¿Y qué? ¿Cómo es?

—¿Cómo es el qué?

—Ser un zopenco de éstos.

Sharpe se encogió de hombros, lo pensó unos instantes y volvió a encogerse de hombros.

—No parece real. Bueno, sí lo parece. No lo sé —suspiró—. Lo que quiero decir es que lo deseaba, Tom, lo deseaba con todas mis fuerzas, pero debería haber sabido que esos cabrones no me querrían. Hay algunos que están bien. El comandante Stokes es un tipo estupendo, y hay otros. ¿Pero la mayoría? Sabe Dios. De todos modos no les gusto.

—Los tienes preocupados, eso es lo que pasa —dijo Garrard—. Si tú puedes convertirte en oficial, otros pueden hacer lo mismo. —Vio el descontento en el rostro de Sharpe—. Lamentas no seguir siendo sargento, ¿verdad?

—No —respondió Sharpe, y se sorprendió a sí mismo al decirlo con tanta firmeza—. Puedo hacer bien el trabajo, Tom.

—¿Y qué trabajo es ése, por el amor de Dios? ¿Quedarse sentado por ahí mientras nosotros nos encargamos de todo? ¿Tener un criado que te lustre las botas y te limpie el culo?

—No —dijo Sharpe, y señaló por encima el ensombrecido abismo hacia el Fuerte Interior—. Cuando entremos allí, Tom, nos van a hacer falta algunos tipos que sepan qué demonios están haciendo. Ese es el trabajo. Es dar una paliza de muerte al otro bando y mantener vivos a tus hombres, y eso yo puedo hacerlo.

Garrard parecía tener sus eludas.

—Si es que te dejan.

—Sí, si es que me dejan —coincidió Sharpe.

Se quedó sentado un rato en silencio, observando el distante emplazamiento de los cañones. Veía a algunos hombres, pero no estaba seguro de lo que estaban haciendo.

—¿Dónde está Hakeswill? —preguntó luego—. Ayer lo estuve buscando y el cabrón no estaba en la formación con el resto de vosotros.

—Capturado —dijo Garrard.

—¿Capturado?

—Eso es lo que dice Morris. Yo creo que el hijo de puta huyó. Sea como sea, ahora está en el fuerte.

—¿Crees que huyó?

—La otra noche asesinaron a dos de nuestros compañeros. Morris dice que fue el enemigo, aunque yo no vi a ninguno de esos cabrones, pero había un tipo rondando por ahí y diciendo que era un coronel de la compañía, lo que pasa es que no lo era. —Garrard se quedó mirando fijamente a Sharpe y una lenta sonrisa acudió a su rostro—. Fuiste tú, Dick.

—¿Yo? —preguntó Sharpe muy serio—. Me capturaron, Tom. Escapé ayer mismo.

—Y yo soy el jodido rey de Persia. Lowry y Kendrick tenían que arrestarte, ¿no?

—¿Fueron ellos los que murieron? —preguntó Sharpe en tono inocente.

Garrard se rió.

—Les está bien empleado. Eran unos hijos de puta, los dos. —Un enorme brote de humo apareció en las lejanas murallas que se alzaban en la cima de los precipicios. Al cabo de dos segundos el bramido del enorme cañón envolvió a Sharpe y a Garrard, en tanto que la sólida bala caía sobre el armón estancado justo por detrás de la batería de enfilada. El vehículo de madera se hizo añicos y los cinco hombres fueron arrojados al suelo, donde se sacudieron llenos de sangre durante unos segundos y luego se quedaron inmóviles. Los fragmentos de piedra y madera pasaron silbando junto a Sharpe—. ¡Demonios —exclamó Garrard con admiración—, cinco hombres de un solo disparo!

—Eso les enseñará a agachar la cabeza —comentó Sharpe. El sonido del enorme cañón había hecho que los soldados salieran de sus tiendas y se dirigieran hacia el borde de la meseta. Sharpe echó un vistazo a su alrededor y vio que el capitán Morris estaba entre ellos. El capitán iba en mangas de camisa y miraba fijamente hacia la gran nube de humo a través de un anteojo—. Dentro de un minuto me levantaré —dijo Sharpe— y vas a pegarme un puñetazo.

—¿Que voy a hacer qué? —preguntó Garrard.

—Vas a golpearme. Entonces me iré corriendo y tú saldrás en mi persecución,

pero no me alcanzarás.

Garrard le dirigió una mirada desconcertada a su amigo.

—¿Qué estás tramando, Dick?

Sharpe sonrió.

—No preguntes, Tom, hazlo y punto.

—Eres un maldito oficial, ¿no es cierto? —dijo Garrard devolviéndole la sonrisa—. No preguntes, hazlo y punto.

—¿Estás listo? —preguntó Sharpe.

—Siempre he querido cascar a un oficial.

—Pues levántate. —Se pusieron de pie—. Venga, pégame —dijo Sharpe—. He intentado robarte unos cartuchos, ¿de acuerdo? De modo que dame un puñetazo en el estómago.

—Demonios —dijo Garrard.

—¡Venga, hazlo!

Garrard le propinó un puñetazo desganado a Sharpe y éste le dio un empujón que lo hizo caer, entonces se dio la vuelta y echó a correr por el borde del precipicio. Garrard dio un grito, se puso en pie apresuradamente y empezó a perseguirlo. Algunos de los soldados que habían ido a buscar los cinco cuerpos se desviaron para interceptarlo, pero él los esquivó, viró a la izquierda y desapareció entre unos arbustos. El resto de los miembros de la Compañía Ligera del 33.º salieron tras él profiriendo gritos y chillidos, pero Sharpe les llevaba mucha ventaja e iba dando vueltas entrando y saliendo de los arbustos, dirigiéndose hacia el lugar donde tenía a uno de los caballos de Syud Sevajee sujeto a una estaca. Soltó la estaca, se encaramó a la silla y clavó los talones. Alguien le gritó un insulto, pero para entonces ya había dejado atrás el campamento y no había piquetes a caballo que pudieran perseguirlo.

Media hora más tarde Sharpe regresó trotando con un grupo de jinetes nativos que volvían de un reconocimiento. Se separó de ellos y desmontó al lado de su tienda, donde Ahmed lo estaba esperando. Mientras Sharpe y Garrard llevaban a cabo la diversión, el muchacho había estado robando y sonrió de oreja a oreja cuando Sharpe agachó la cabeza y se metió en la calurosa tienda.

—Tengo todas las cosas —dijo Ahmed con orgullo.

Se había llevado la casaca roja del capitán Morris, su fajín y el tahalí con su sable.

—Eres un buen chico —dijo Sharpe. Necesitaba una casaca roja, pues el coronel Stevenson había dado órdenes de que cualquier soldado que entrara en Gawilghur con los atacantes debía ir vestido de uniforme para que no pudieran confundirle con el enemigo. A los hombres de Syud Sevajee, que planeaban dar caza a Beny Singh, les habían proporcionado unas viejas y raídas guerreras de cipayo, algunas de ellas manchadas aún con la sangre de sus antiguos propietarios, pero ninguna de aquellas prendas le había ido bien a Sharpe. Incluso la casaca del capitán Morris le iría

estrecha, pero al menos ahora tenía un uniforme—. ¿Ningún problema? —le preguntó a Ahmed.

—Ninguno de esos cabrones me vio —dijo el muchacho orgullosamente. Su inglés mejoraba día a día, aunque a Sharpe le preocupaba el hecho de que no fuera precisamente el inglés del Rey. Ahmed volvió a sonreír cuando Sharpe le dio una moneda, que se metió entre sus vestiduras.

Sharpe se puso la casaca doblada en el brazo y se inclinó para salir de la tienda. Estaba buscando a Clare y la vio a unos cien metros de allí, caminando con un soldado alto que llevaba puesta una camisa, unos pantalones negros y unas botas con espuelas. Estaban en plena conversación y Sharpe sintió una curiosa punzada de celos al acercarse, pero entonces el soldado se dio la vuelta, puso mala cara ante el andrajoso aspecto de Sharpe y luego reconoció al hombre que había bajo el tocado. Sonrió.

—Señor Sharpe —dijo.

—Eli Lockhart —respondió Sharpe—, ¿qué demonios está haciendo aquí la caballería? —Agitó el dedo señalando el fuerte que se hallaba ribeteado de un humo blanco, mientras que sus defensores intentaban batir las baterías británicas—. Éste es un trabajo para soldados de verdad.

—Nuestro coronel convenció al general de que el señor Dodd podría intentar escapar. Es de la opinión que una docena de soldados de caballería podría cortar el paso.

—Dodd no va a salir corriendo —dijo Sharpe—. No tendrá espacio para sacar un caballo de allí.

—De modo que vamos a entrar con ustedes —dijo Lockhart—. Tenemos una disputa con el señor Dodd, ¿recuerda?

Clare parecía estar cohibida y alarmada, y Sharpe creyó que no quería que el sargento Lockhart supiera que había pasado el tiempo con el alférez Sharpe.

—Estaba buscando a la señora Wall —le explicó a Lockhart—. Si pudiera dedicarme unos minutos, señora.

Clare le dirigió una mirada agradecida a Sharpe.

—Por supuesto, señor Sharpe.

—Es esta chaqueta, ¿ve? —Desplegó la casaca de Morris—. Tiene las vistas y vueltas rojas y yo las necesito blancas. —Se quitó la tela que le cubría la cabeza—. Me preguntaba si podría servirle esto. Sé que está un poco roñosa y odio molestarla, señora, pero creo que mis habilidades de costura no son suficientes como para hacer vueltas, puños y cuellos.

—Y ya puestos podría quitarle la insignia de capitán, señora —le sugirió Lockhart a Clare—, y la divisa de los tiradores. No creo que el señor Sharpe quiera que el verdadero propietario de la casaca la reconozca.

—Preferiría que no lo hiciera —admitió Sharpe.

Clare cogió la casaca, le dirigió a Sharpe otra mirada agradecida y luego se dirigió a toda prisa hacia las tiendas de Sevajee. Lockhart se la quedó mirando mientras se alejaba.

—Hace tres años que esperaba una oportunidad para hablar con ella —dijo sorprendido.

—Y ya la ha encontrado, ¿eh?

Lockhart siguió mirándola.

—Es una mujer de aspecto excepcional.

—¿Ah, sí? La verdad es que no me había fijado —mintió Sharpe.

—Me ha dicho que ha sido usted muy amable con ella —dijo Lockhart.

—Bueno, traté de ayudarla, ya sabe como son estas cosas —repuso Sharpe, incómodo.

—Ese maldito Torrance se suicidó y ella no tenía adonde ir. Y usted la encontró, ¿eh? La mayoría de oficiales hubieran intentado aprovecharse de una mujer como ésta —dijo Lockhart.

—No soy un verdadero oficial, ¿no es cierto? —replicó Sharpe. Había visto la manera en que Clare miraba al alto soldado de caballería y ahora Lockhart había clavado la mirada en ella, de modo que Sharpe consideró que lo mejor era mantenerse al margen.

—Tenía una esposa —dijo Lockhart—, pero murió durante el viaje. Era una buena mujercita, sí señor.

—Lo siento —dijo Sharpe.

—Y la señora Wall —prosiguió Lockhart— perdió a su marido. —Viuda conoce a viudo. En cualquier momento, pensó Sharpe, saldría a relucir el destino—. Es cosa del destino —dijo Lockhart en tono de asombro.

—¿Y qué va a hacer respecto a ella? —le preguntó Sharpe.

—Dice que ahora no tiene un hogar como es debido —contestó Lockhart— aparte de la tienda que usted le dejó, y a mi coronel no le importará que me case.

—¿Se lo ha pedido?

—Más o menos —respondió Lockhart ruborizándose.

—¿Y le ha dicho que sí?

—Más o menos —repitió Lockhart aún más ruborizado.

—¡Demonios —exclamó Sharpe con admiración—, a esto se le llama rapidez!

—Los verdaderos soldados no esperan —dijo Lockhart, y frunció el ceño—. Oí rumores de que se lo había llevado el enemigo, ¿no?

—Me escapé —repuso Sharpe en tono distraído—. Esos cabrones se descuidaron. —Se dio la vuelta y observó cómo un cohete errante se elevaba hacia el cielo despejado dejando un montón de humo que se iba haciendo más espeso y a través del

cual, finalmente, cavó al suelo sin causar daños—. ¿De verdad se va a unir al ataque? —le preguntó a Lockhart.

—No en primera fila —respondió Lockhart—. No soy idiota. Pero el coronel Huddleston dice que podemos entrar y buscar a Dodd. De modo que esperaremos a que ustedes hagan el trabajo duro, muchachos, y luego los seguiremos.

—Ya me fijaré a ver si lo veo.

—Y nosotros no le perderemos de vista a usted —prometió Lockhart—. Pero mientras tanto iré a ver si alguien necesita que le enheben una aguja.

—Hágalo —dijo Sharpe. Y se quedó mirando cómo se alejaba el soldado de caballería y vio, al mismo tiempo, que a Ahmed lo habían desalojado de la tienda de Clare con las pocas pertenencias de Sharpe. El muchacho parecía indignado, pero Sharpe supuso que su exilio de la tienda no duraría mucho, puesto que seguramente Clare se mudaría a los aposentos del soldado de caballería antes de caer la noche. «Talán talán —pensó—, campanas de boda.» Tomó la bolsa con las piedras preciosas que le guardaba Ahmed y se fue a ver cómo los cañones desgastaban y batían el fuerte mientras le cosían el uniforme.

El joven jinete que se presentó ante la puerta del Fuerte Interior de Gawilghur era alto, arrogante y seguro de sí mismo. Iba vestido con una túnica de seda blanca atada con un cinturón de cuero rojo. Del cinturón colgaba una vaina con incrustaciones de piedras preciosas en la que llevaba un *tulwar* con guarnición de oro. El jinete no solicitó que se abrieran las puertas, más bien lo exigió. A decir verdad, no había ninguna buena razón para negarse a sus órdenes, dado que los soldados atravesaban continuamente el barranco entre los dos fuertes y los cobras de Dodd estaban acostumbrados a abrir y cerrar las puertas una veintena de veces al día, pero había algo en el porte de aquel joven que irritó a Gopal. De manera que mandó llamar al coronel Dodd.

Dodd llegó al cabo de unos momentos con el sargento inglés de los tics a su lado. El jinete se volvió hacia Dodd y le gritó que castigara a Gopal, pero Dodd se limitó a escupir y a continuación se dirigió a Hakeswill.

—¿Por qué iba alguien a salir por esta puerta a caballo? —preguntó.

—No sabría decirle, señor —respondió Hakeswill. El sargento iba vestido con una guerrera blanca y un fajín negro cruzado sobre ella como señal de rango, aunque no quedaba nada claro cuál era el rango que indicaba aquella banda.

—No hay ningún lugar donde ejercitar al caballo —dijo Dodd—, a menos que tenga intención de atravesar el Fuerte Exterior y cabalgar hasta el campamento inglés. Pregúntele qué se trae entre manos, Gopal.

El joven se negó a contestar. Dodd se encogió de hombros, desenfundó su pistola y apuntó con ella a la cabeza del jinete. Amartilló el arma y el sonido del martillo al

engranar resonó con intensidad en las murallas. El joven palideció y le gritó a Gopal.

—Dice, *sahib*, que va a hacerle un recado al *killadar* —le explicó Gopal a Dodd.

—¿Qué recado? —quiso saber Dodd. Estaba claro que el joven no quería contestar, pero el adusto rostro de Dodd y la pistola con que lo apuntaba lo persuadieron para sacar un paquete sellado de la bolsa que le colgaba del cinturón. Le mostró a Dodd el sello del *killadar*, pero a aquél no le convenció la cera roja con la impresión de una serpiente enroscada en una hoja de cuchillo—. ¿A quién va dirigido? —preguntó al tiempo que hacía un gesto para indicarle al joven que le diera la vuelta al paquete.

El jinete obedeció y Dodd vio que el envoltorio iba dirigido al oficial al mando del campamento británico. Lo debía de haber garabateado un administrativo poco familiarizado con la lengua inglesa, puesto que estaba pésimamente escrito, pero las palabras eran inconfundibles. Dodd dio un paso hacia delante y agarró la brida del caballo.

—Bájenlo de la silla, Gopal —ordenó Dodd—, reténganlo en el cuarto de guardia y mande a un hombre a buscar a Manu Bappoo.

El joven realizó un intento momentáneo de resistirse, incluso extrajo a medias su *tulwar* de la preciosa vaina, pero una docena de soldados de Dodd lo dominaron con facilidad. Dodd se alejó y subió las escaleras hacia la muralla, haciéndole señas a Hakeswill para que lo siguiera.

—Es evidente lo que está haciendo el *killadar* —gruñó Dodd—. Intenta hacer las paces.

—Yo creía que aquí no podían derrotarnos, señor —dijo Hakeswill con cierta alarma.

—No pueden —repuso Dodd—, pero Beny Singh es un cobarde. Piensa que la vida no tendría que ser nada más que mujeres, música y juegos.

Lo cual le pareció sencillamente espléndido a Obadiah Hakeswill, pero no dijo nada. Se había presentado ante Dodd como un soldado británico ofendido que consideraba que la guerra contra los maharatta era injusta.

—No tenemos nada que hacer aquí, señor —le había dicho—, no en territorio pagano. Les pertenece a los negros, ¿no es verdad? Y aquí no hay nada para un casaca roja.

Dodd no había creído ni una sola palabra de aquello. Se imaginaba que Hakeswill había huido del ejército británico para evitar problemas, pero difícilmente podía culpar al sargento por eso. El propio Dodd había hecho lo mismo, y no le importaban los motivos de Hakeswill, sólo que el sargento estaba dispuesto a luchar. Además, Dodd creía que sus soldados combatían mejor cuando recibían órdenes de hombres blancos.

—Los ingleses poseen una seriedad, sargento —le había dicho a Hakeswill—,

que proporciona recalzo a los nativos.

—¿Les proporciona qué, señor? —había preguntado Hakeswill.

Dodd había fruncido el ceño ante la cerrilidad del sargento.

—Usted no es escocés, ¿no?

—¡Por Dios, no, señor! No soy un maldito escocés, ni un galés. Soy inglés, señor, hasta la médula, señor. —Se le convulsionó el rostro—. Inglés, señor, y estoy orgulloso de serlo.

Así pues, Dodd le había dado a Hakeswill una casaca blanca y un fajín negro y luego lo había puesto a cargo de una compañía de sus Cobras.

—Si combate bien por mí aquí, sargento —le dijo a Hakeswill cuando los dos llegaron a lo alto del muro—, lo haré oficial.

—Combatiré, señor, no se preocupe, señor. Lucharé como un demonio, eso haré.

Y Dodd le creyó, porque si Hakeswill no combatía se arriesgaba a ser capturado por los británicos, y sólo Dios sabía a qué problemas se enfrentaría entonces. Aunque la verdad era que Dodd no veía cómo podían penetrar los británicos en el Fuerte Interior. Imaginaba que tomarían el Fuerte Exterior, puesto que tenían un acceso llano y sus cañones ya estaban abriendo las brechas, pero tendrían muchos más problemas a la hora de capturar el Fuerte Interior. Le mostró entonces ese problema a Hakeswill.

—Sólo hay una manera de entrar, sargento, y es a través de esta puerta. No pueden asaltar los muros, porque la pendiente del barranco es demasiado pronunciada. ¿Lo ve?

Hakeswill miró a su izquierda y vio que la muralla del Fuerte Interior estaba construida sobre una pendiente casi vertical. Nadie podía trepar por ahí con la esperanza de asaltar una muralla, ni aunque se hubiera abierto una brecha, lo cual significaba que Dodd tenía razón y que los atacantes tendrían que intentar echar abajo las cuatro puertas que bloqueaban la entrada, y dichas puertas estaban defendidas por las Cobras de Dodd.

—Y mis hombres nunca han conocido la derrota, sargento —dijo Dodd—. Han visto cómo derrotaban a otros, pero a ellos no los han vencido. Y aquí el enemigo está obligado a ganarnos. ¡Tienen que hacerlo! Pero no podrán. No podrán. —Se quedó callado, con los puños apretados apoyados en la banqueta. El sonido de los cañones era constante, pero el único indicio del bombardeo era el humo que, como si fuera niebla, se cernía sobre el extremo más alejado del Fuerte Exterior. Manu Bappoo, que estaba al mando allí, se dirigía entonces a toda prisa hacia el Fuerte Interior y Dodd observó al príncipe mientras éste ascendía por el escarpado sendero que llevaba a las puertas. Chirriaron los goznes y, una tras otra, las puertas se abrieron para dejar entrar a Manu Bappoo y a sus ayudantes de campo. Dodd sonrió mientras se desatrancaba la última puerta—. Vamos a hacer un poco de daño —dijo al tiempo que se volvía hacia las escaleras.

Manu Bappoo ya había abierto la carta que Gopal le había dado. Levantó la vista cuando Dodd se acercó.

—Léala —se limitó a decir, tendiéndole con brusquedad el papel doblado al coronel.

—¿Quiere rendirse? —preguntó Dodd, y cogió la carta.

—Usted léala —dijo Bappoo en tono grave.

La carta estaba escrita con poca fluidez, pero era inteligible. Beny Singh, como *killadar* de la fortaleza del raja de Berar en Gawilghur, se ofrecía a rendir el fuerte a los británicos con la única condición de que dejaran con vida a toda la guarnición y a las personas que dependían de ella. Nadie debía resultar herido, nadie sería encarcelado. Los británicos podían confiscar todo el armamento del fuerte pero tenían que permitir que los habitantes de Gawilghur se marcharan con todos los efectos personales que pudieran llevarse a pie o a caballo.

—¡Los británicos aceptarán, desde luego! —dijo Manu Bappoo—. ¡No quieren morir en las brechas!

—¿Beny Singh tiene autoridad para enviar esto? —preguntó Dodd.

Bappoo se encogió de hombros.

—Es *killadar*.

—Y usted es el general del ejército. Y el hermano del raja.

Bappoo levantó la vista al cielo entre los altos muros de la entrada.

—Con mi hermano nunca se sabe —dijo—. Tal vez quiera rendirse. Pero no me lo ha dicho. Quizá, si perdemos, podrá culparme a mí y decir que él siempre quiso ceder.

—¿Pero usted no cederá?

—¡Podemos ganar! —exclamó Bappoo con ardor, y se volvió hacia el palacio cuando Gopal anunció que se acercaba el *killadar* en persona.

Beny Singh debía de haber estado vigilando el avance de su mensajero desde el palacio, porque se acercaba entonces a toda prisa por el sendero y tras él iban sus esposas, concubinas e hijas. Bappoo caminó hacia él, seguido por Dodd y una veintena de sus soldados de casaca blanca. El *killadar* debió de creer que Bappoo se ablandaría al ver a las mujeres, pero el rostro del príncipe se endureció aún más.

—¡Si quiere rendirse —le gritó a Beny Singh— hable conmigo primero!

—Yo tengo autoridad aquí —chilló Beny Singh. Llevaba en brazos a su perrito faldero, que jadeaba por el calor con su pequeña lengua colgando.

—¡No tiene nada! —replicó Bappoo. Las mujeres, engalanadas con sus sedas y algodones, se apiñaron mientras los dos hombres se encontraban junto al foso de las serpientes.

—¡Los británicos están abriendo las brechas —protestó Beny Singh—, y mañana o pasado las atravesarán! ¡Nos matarán a todos! —anunció la profecía con un gemido

—. Mis hijas se convertirán en sus juguetes y mis mujeres en sus criadas. —Las mujeres se estremecieron.

—Los británicos morirán en las brechas —le replicó Bappoo.

—¡No hay modo de detenerlos! —insistió Beny Singh—. Son *djinns*.

De repente Bappoo empujó a Beny Singh hacia el agujero en la roca donde estaban las serpientes. El *killadar* lanzó un fuerte grito cuando tropezó y cayó hacia atrás, pero Bappoo había agarrado la túnica de seda amarilla de Beny Singh y la sujetaba con fuerza para que el *killadar* no cayera. Hakeswill se fue acercando sigilosamente al borde del hoyo y vio los huesos de mono. Entonces vio una forma curva y oscilante que se deslizaba por el suelo ensombrecido del foso y retrocedió rápidamente.

Beny Singh gimoteó.

—¡Soy el *killadar*! ¡Intento salvar vidas!

—Se supone que es un soldado —le dijo Bappoo con su voz sibilante— y su trabajo consiste en matar a los enemigos de mi hermano. —Las mujeres chillaron, imaginando que verían caer a su hombre al fondo del foso, pero Manu Bappoo seguía agarrando la seda con fuerza—. Y cuando los británicos mueran en las brechas —le dijo a Beny Singh—, y cuando sus supervivientes sean acosados hacia el sur por la llanura, ¿quién cree que se llevará el mérito de la victoria? ¡El *killadar* es más fuerte, él se lo llevará! ¿Va a desperdiciar toda esa gloria?

—Son *djinns* —dijo Beny Singh, luego miró de reojo a Obadiah Hakeswill, cuyo rostro era presa de los tics, y soltó un grito—. ¡Son *djinns*!

—Son hombres, igual de débiles que otros hombres —dijo Bappoo. Alargó la mano libre y cogió al perrito por el cogote. Beny Singh lloriqueó, pero no se resistió. El perro forcejeó para zafarse de Manu Bappoo—. Si vuelve a intentar rendir la fortaleza —le dijo Manu Bappoo— éste será su destino. —Dejó caer al perro. El animal soltó un gañido al caer al foso y aulló lastimeramente al golpear contra el suelo de roca. Se oyó un silbido, el ruido de unas patas que escarbaban, un último aullido y luego el silencio. Beny Singh profirió un grito de lástima por su perro antes de balbucir que preferiría dar a beber veneno a sus mujeres antes que arriesgarse a que fueran presa de los terribles sitiadores.

Manu Bappoo sacudió al desventurado *killadar*.

—¿Me ha entendido? —preguntó.

—¡Lo he entendido! —dijo Beny Singh con desesperación.

Manu Bappoo tiró del *killadar* y lo alejó del borde del foso.

—Se irá al palacio, Beny Singh —le ordenó—, y se quedará allí, y no mandará más mensajes al enemigo. —Apartó al *killadar* de un empujón y le dio la espalda—. ¿Coronel Dodd?

—¿*Sahib*?

—Una docena de sus hombres se asegurarán de que el *killadar* no mande ningún mensaje desde el palacio. Si lo hace, puede matar al mensajero.

Dodd sonrió.

—Por supuesto, *sahib*.

Bappoo regresó al asediado Fuerte Exterior, en tanto que el *killadar* volvía con el rabo entre las piernas al palacio que se hallaba en la cima sobre su lago cubierto de verdín. Dodd destacó a una docena de hombres para que montaran guardia a la entrada del palacio y luego regresó a la muralla para darle vueltas al asunto del barranco. Hakeswill lo siguió hasta allí.

—¿Por qué tiene tanto miedo el *killadar*, señor? ¿Sabe algo que nosotros no sabemos?

—Es un cobarde, sargento.

Pero Beny Singh le había contagiado el miedo a Hakeswill, que se imaginó a un vengativo Sharpe que regresaba de entre los muertos para perseguirlo por la pesadilla de una fortaleza caída.

—Esos cabrones no pueden entrar, señor, ¿no es cierto? —preguntó con preocupación.

Dodd reconoció el temor en Hakeswill, el mismo temor que él también sentía, el temor a la ignominia y la vergüenza de ser capturado de nuevo por los británicos y condenado por un implacable tribunal. Sonrió.

—Probablemente tomarán el Fuerte Exterior, sargento, porque son muy buenos, y porque nuestros viejos compañeros, en efecto, luchan como *djinns*, pero no podrán derrotarnos. Ni aunque los ayuden todos los poderes del mal, ni aunque nos asedien durante un año, ni aunque derrumben todos estos muros y destruyan las puertas y arrasen el palacio con fuego de cañón, porque aún tendrán que cruzar el barranco, y eso no puede hacerse. No puede hacerse.

«Y quien gobierna Gawilghur —pensó Dodd— reina en la India.»

Y en cuestión de una semana él sería allí el raja.

Las murallas de Gawilghur, tal como Stokes había supuesto, estaban en muy mal estado. Tardaron menos de un día en abrir la primera brecha, la del muro exterior. A media tarde el muro aún seguía en pie, aunque se había excavado una cueva en los polvorientos escombros allí donde Stokes había apuntado los cañones, pero de un modo totalmente repentino toda la muralla se vino abajo. Se deslizó por la corta pendiente en medio de una nube de polvo que poco a poco se fue asentando y reveló una empinada rampa de piedra revuelta que conducía al espacio entre los dos muros. Un bajo tramo de la cara trasera del muro aún sobrevivía, pero una hora de trabajo serviría para derrumbar esos restos.

Los artilleros apuntaron hacia otro sitio y empezaron las dos brechas en la más

elevada muralla interior, en tanto que las baterías de enfilada, que habían estado martilleando las troneras para desmontar los cañones enemigos, empezaron a disparar en diagonal hacia la primera brecha para disuadir a los defensores de construir obstáculos en lo alto de la rampa. Los cañones enemigos, los que habían sobrevivido, redoblaron sus esfuerzos para inutilizar las baterías británicas, pero sus disparos se malgastaban contra los gaviones o bien pasando por encima. El enorme cañón que tanto daño había infligido disparó tres veces más, pero sus balas chocaron inútilmente contra la pared del precipicio, tras lo cual los artilleros maharratta misteriosamente dejaron de intentarlo.

Al día siguiente se abrieron las dos brechas interiores y los grandes cañones se concentraron en ensanchar las tres aberturas que había en los muros. Las balas de dieciocho libras se estrellaban contra la piedra podrida y arrancaban el relleno del muro, que se añadía a las rampas. A última hora de la tarde estaba claro que las brechas ya eran lo bastante grandes, así que los artilleros pasaron a apuntar sus piezas contra los cañones enemigos que quedaban. Uno a uno fueron desmontados o sus troneras fueron hechas pedazos. Un constante velo de humo flotaba sobre el rocoso cuello de tierra y se sostenía en el aire, espeso y acre, agitándose cada vez que una bala lo atravesaba a toda velocidad. Los doce libras abrieron fuego de enfilada lanzando granadas contra las brechas, en tanto que el obús lanzaba más granadas por encima de los muros.

Los cañones británicos dispararon hasta bien entrado el anochecer y la respuesta del enemigo se fue debilitando minuto a minuto a medida que sus cañones quedaban destrozados o eran arrojados de las banquetas. Los recalentados cañones de los sitiadores no dejaron de disparar hasta que cayó la negra noche, pero incluso entonces no habría respiro para el enemigo. Era por la noche cuando los defensores podían convertir las brechas en trampas mortales. Podían enterrar minas en las rampas de piedra, cavar anchas trincheras en lo alto de las brechas o levantar nuevos muros tras las crudas aberturas recién practicadas, pero los británicos mantuvieron un cañón pesado disparando hasta el amanecer. Cargaban el dieciocho libras con botes de metralla y, tres veces cada hora, rociaban la zona de las brechas con una nube de balas de mosquete para disuadir a cualquier maharratta de que arriesgara la vida en las pendientes de escombros.

Pocos durmieron bien aquella noche. El estrépito del cañón parecía anormalmente alto y hasta en el campamento británico los soldados oían el traqueteo de las balas de mosquete al azotar las maltrechas murallas de Gawilghur. Y los soldados sabían que, por la mañana, les pedirían que se dirigieran hacia aquellas murallas, treparan por las abatidas rampas y se abrieran camino a la fuerza a través de las piedras hechas añicos. ¿Y qué les estaría esperando? Ellos imaginaban que, como mínimo, el enemigo habría montado cañones de banda a banda de las brechas para disparar sobre

la ruta de ataque. Se esperaban sangre, dolor y muerte.

—Nunca he estado en una brecha —le dijo Garrard a Sharpe. Los dos hombres estaban en las tiendas de Syud Sevajee y Sharpe le había dado a su viejo amigo una botella de *arrack*.

—Ni yo —dijo Sharpe.

—Dicen que es mala cosa.

—Eso dicen —coincidió Sharpe en tono sombrío. Supuestamente era la experiencia más terrible a la que se podía enfrentar un soldado.

Garrard bebió de la botella, le limpió la boca y se la pasó a Sharpe. Admiró la casaca de Sharpe a la luz de la pequeña fogata.

—Un pedazo de tela muy elegante, señor Sharpe.

Clare Wall le había puesto a la casaca unas vueltas y puños nuevos de color blanco y Sharpe había hecho todo lo posible para que la guerrera estuviera arrugada y polvorienta, pero aun así tenía aspecto de ser cara.

—No es más que una vieja guerrera, Tom —dijo, quitándole importancia.

—Es curioso, ¿no? El señor Morris perdió una casaca.

—¿Ah, sí? —preguntó Sharpe—. Debería ser más cuidadoso. —Le dio la botella a Garrard y se puso en pie—. Tengo que hacer un recado, Tom. —Le tendió la mano—. Te buscaré mañana.

—Yo también te buscaré, Dick.

Sharpe guió a Ahmed a través del campamento. Algunos hombres cantaban alrededor de sus fogatas, otros amolaban de manera obsesiva unas bayonetas que ya estaban bastante afiladas. Un soldado de caballería había montado una muela y una sucesión de criados de oficiales llevaban espadas y sables para que se les diera un siniestro filo. De la piedra salía una lluvia de chispas. Los zapadores estaban llevando a cabo su última tarea, construyendo escaleras con el bambú que se había traído de la llanura. El comandante Stokes supervisaba el trabajo y sus ojos se abrieron de alegría al ver acercarse a Sharpe a la luz de las hogueras.

—¡Richard! ¿Es usted? ¡Dios mío, sí que lo es! ¡Es increíble! ¡Y yo que creía que estaba encerrado en las mazmorras enemigas! ¿Se escapó?

Sharpe le estrechó la mano a Stokes.

—No me llevaron a Gawilghur. Unos jinetes me retuvieron —mintió—, pero al parecer no sabían qué hacer conmigo, de modo que los cabrones me dejaron ir.

—¡Estoy encantado, encantado!

Sharpe se dio la vuelta y miró las escaleras.

—No pensaba que mañana fuéramos a hacer una escalada.

—No vamos a hacerla —dijo Stokes—, pero nunca se sabe qué obstáculos hay que superar en el interior de una fortaleza. Es prudente llevar escaleras. —Miró detenidamente a Ahmed, que iba vestido con una de las casacas de cipayo que se le

habían proporcionado a Syud Sevajee. El chico llevaba la casaca roja con orgullo, aun cuando era una prenda pobre, gastada y manchada de sangre—. ¡Vaya! —Stokes admiró al chico—. ¡Pero si pareces un verdadero soldado! ¿No es verdad? —Ahmed se puso en posición de firmes, se echó el mosquete al hombro y realizó una elegante media vuelta. El comandante Stokes aplaudió—. Bien hecho, muchacho. Me temo que se ha perdido usted todo el alboroto, Sharpe.

—¿Alboroto?

—Su capitán Torrance murió. Según parece se pegó un tiro. Una manera terrible de irse de este mundo. Lo siento por su padre. Es un clérigo, ¿lo sabía? Pobre hombre, pobre hombre. ¿Le apetece un poco de té, Sharpe? ¿O necesita dormir?

—Un poco de té me gustaría, señor.

—Iremos a mi tienda —dijo Stokes, y marchó delante—. Por cierto, aún tengo su mochila. Puede llevársela.

—Preferiría que me la guardara un día más —dijo Sharpe—. Mañana voy a estar ocupado.

—¿Ocupado? —le preguntó Stokes.

—Voy a ir con las tropas de Kenny, señor.

—¡Por Dios! —exclamó Stokes. Se detuvo y frunció el ceño—. No tengo ninguna duda de que atravesaremos las brechas, Richard, porque son unas buenas brechas. Un poco empinadas, tal vez, pero las atravesaremos, aunque sólo Dios sabe lo que nos aguarda al otro lado. Y me temo que el Fuerte Interior pueda ser un obstáculo mucho mayor de lo que cualquiera de nosotros ha previsto. —Movié la cabeza de un lado a otro—. No me siento muy aplomado, Sharpe, la verdad es que no.

Sharpe no tenía ni idea de lo que significaba aplomado, aunque no dudaba que el hecho de que Stokes no se sintiera así era un mal augurio para el ataque.

—Tengo que entrar en el fuerte, señor, tengo que hacerlo. Pero me preguntaba si podría cuidar de Ahmed. —Agarró al chico por el hombro y lo empujó hacia delante—. El granuja se empeñará en venir conmigo —dijo Sharpe—, pero si usted no deja que se meta en líos tal vez sobreviva un día más.

—Puede ser mi ayudante —dijo Stokes alegremente—. Pero, Richard, ¿no puedo convencerlo para que usted también acepte el mismo empleo? ¿Tiene órdenes de acompañar a Kenny?

—No he recibido órdenes, señor, pero tengo que ir. Es un asunto personal.

—Será algo muy sangriento —le advirtió Stokes. Caminó hacia su tienda y gritó para llamar a su criado.

Sharpe empujó a Ahmed hacia la tienda de Stokes.

—Tú te quedas aquí, Ahmed, ¿me oyes? ¡Tú te quedas aquí!

—Yo vengo con usted —insistió Ahmed.

—Tú te quedas, maldita sea —replicó Sharpe. Le retorció la casaca roja a Ahmed

—. Ahora eres un soldado. Eso significa que recibes órdenes, ¿comprendes? Tú obedeces. Y yo te ordeno que te quedes aquí.

El niño puso mala cara pero pareció aceptar las órdenes, y Stokes le mostró un sitio donde podía dormir. Después los dos hombres hablaron o, mejor dicho, Sharpe escuchó mientras Stokes hablaba con gran entusiasmo de un excelente cuarzo que había descubierto en unas rocas que el fuego de respuesta de las baterías enemigas había roto. Al final el comandante empezó a bostezar. Sharpe se terminó el té, le deseó buenas noches y, tras cerciorarse de que Ahmed no le veía marchar, se escabulló adentrándose en la noche.

No podía dormir. Lamentó que Clare se hubiera ido con Eli Lockhart, aunque se alegraba por el soldado de caballería de que lo hubiera hecho, pero su ausencia hizo que Sharpe se sintiera solo. Fue andando hasta el borde del precipicio y se quedó mirando por encima del gran abismo hacia la fortaleza. Se veían unas cuantas luces en Gawilghur y más o menos cada veinte minutos el istmo rocoso quedaba iluminado por la monstruosa llamarada del cañón de dieciocho libras. Las balas repiqueteaban contra la piedra, luego reinaba el silencio, roto únicamente por unos distantes cantos, el chirriar de los insectos y el suave susurro del viento contra los precipicios. Una de las veces que disparó el gran cañón, Sharpe vio claramente los tres agujeros irregulares en los dos muros. ¿Y por qué estaba tan decidido a meterse en aquellas trampas mortales?, se preguntó. ¿Era por venganza? ¿Sólo para encontrar a Hakeswill y a Dodd? Podía esperar a que los atacantes realizaran su trabajo y luego entrar tranquilamente en el fuerte sin encontrar resistencia, pero sabía que no iba a elegir el camino fácil. Iría con los hombres de Kenny y se abriría camino a la fuerza hasta el interior de Gawilghur por ninguna otra razón que no fuera el orgullo. Estaba fracasando como oficial. El 74.º lo había rechazado y los Rifles aún no lo conocían, de manera que, si quería tener alguna posibilidad de éxito, Sharpe debía volver a Inglaterra con cierta reputación.

Por lo tanto al día siguiente tendría que combatir. O si no tendría que vender su oficialía y abandonar el ejército. Había pensado en ello, pero quería seguir llevando el uniforme. Le gustaba el ejército, sospechaba incluso que era bueno en ese marcial asunto de luchar contra los enemigos del rey. De modo que al día siguiente volvería a hacerlo, y así demostraría que era merecedor del fajín rojo y la espada.

Así pues, por la mañana, cuando los tambores redoblaran y los cañones enemigos atacaran con un estrépito aún mayor, Sharpe se dirigiría a Gawilghur.

Capítulo 9

Al amanecer había niebla en Deogaum, una niebla que flotaba entre los árboles tropicales, se encharcaba en los valles y cubría de gotas las tiendas.

—¿Hay algo invernal en el ambiente?, ¿no le parece? —comentó sir Arthur Wellesley a su ayudante de campo, Campbell.

—El termómetro marca veinticinco grados, señor —contestó el joven escocés con sequedad.

—No es más que un toque de invierno, Campbell, sólo una pincelada —dijo el general. Se hallaba de pie delante de su tienda, con una taza y un platillo en la mano, mirando a través de las volutas de niebla hacia el lugar por donde el sol naciente arrojaba una brillante luz sobre los elevados precipicios de Gawilghur. Detrás había un criado con la casaca, el sombrero y la espada de Wellesley, un segundo criado sujetaba su caballo, en tanto que un tercero esperaba para llevarse la taza y el plato—. ¿Cómo está Harness? —le preguntó el general a Campbell.

—Creo que ahora duerme la mayor parte del tiempo, señor —respondió Campbell. El coronel Harness había sido relevado del mando de su brigada. Lo habían encontrado despotricando por el campamento, exigiendo que sus Highlanders formaran en filas de cuatro y lo siguieran hacia el sur para luchar contra dragones, papistas y whigs.

—¿Duerme? —preguntó el general—. ¿Qué están haciendo los médicos? ¿Echándole ron por el gaznate?

—Me parece que es tintura de opio, señor, pero lo más probable es que la mezclen con ron.

—¡Pobre Harness! —dijo Wellesley con un gruñido, y sorbió su té. Desde muy por encima de él llegaba el sonido de un par de cañones de doce libras que se habían transportado hasta la cima de la colina cónica que se erguía al sur de la fortaleza. Wellesley sabía que aquellos cañones no iban a servir de nada, pero se había empeñado tercamente en que dispararan contra la puerta de la fortaleza que daba a la vasta llanura. Los artilleros le habían advertido al general que las piezas podrían resultar ineficaces, que iban a disparar desde demasiada distancia y demasiada altura, pero Wellesley había querido que la fortaleza supiera que el asalto podría acaecer por el sur, así como también por el istmo rocoso del norte, y por lo tanto había ordenado a los zapadores que arrastraran las dos armas cuesta arriba a través de la enmarañada jungla y que hicieran una batería en lo alto de la colina. Los cañones, disparando con la máxima elevación, sólo podían lanzar sus proyectiles contra la entrada sur de Gawilghur, pero cuando la bala llegaba a la puerta ya había agotado toda su fuerza y simplemente rebotaba y caía por la abrupta cuesta. Pero no se trataba de eso. De lo que se trataba era de hacer que parte de la guarnición permaneciera mirando hacia el

sur para que así no pudieran lanzar a todos los soldados contra el asalto a las brechas.

Todavía faltaban cinco horas para que se iniciara dicho asalto, porque antes de que el teniente coronel Kenny condujera a sus hombres contra las brechas, Wellesley quería que sus otros atacantes estuvieran en posición. Estos eran dos columnas de casacas rojas que ya en aquellos momentos ascendían por los dos caminos empinados que subían serpenteando por los enormes precipicios. El coronel Wallace, con su propio 74.º y un batallón de cipayos, se aproximaría a la puerta Sur, mientras que el 78.º y otro batallón de nativos remontarían el camino que conducía al barranco entre los fuertes. Era de suponer que ambas columnas se verían bajo un intenso fuego de artillería y ninguna de las dos podía esperar introducirse en la fortaleza, pero su tarea consistía únicamente en distraer a los defensores mientras los hombres de Kenny se dirigían hacia las brechas.

Wellesley apuró el té, torció el gesto por su sabor amargo y le tendió la taza y el plato al criado.

—Es hora de irse, Campbell.

—Sí, señor.

Wellesley había pensado en cabalgar hacia la llanura y entrar en la fortaleza detrás de Kenny, pero imaginó que su presencia no haría más que distraer a los soldados, que ya tenían bastantes problemas a los que enfrentarse sin tener que preocuparse por la aprobación de su comandante. En lugar de eso subiría a caballo por el abrupto camino del sur y se uniría a Wallace y al 74.º. Lo único que aquellos soldados podían esperar era que los otros atacantes entraran en el Fuerte Interior y abrieran la puerta Sur, o de lo contrario tendrían que marchar ignominiosamente colina abajo de vuelta a su campamento. Era todo o nada, pensó Wellesley. La victoria o la deshonra.

Montó, esperó a que se reunieran sus ayudantes de campo y rozó la ijada de su caballo con las espuelas. «Y ahora que Dios nos ayude —rogó—, que Dios nos ayude.»

El teniente coronel Kenny examinaba las brechas a través de un anteojo que había apoyado en una roca cerca de una de las baterías de brecha. Los cañones estaban disparando, pero él hizo caso omiso del enorme estrépito mientras miraba las rampas de piedra por las que sus hombres tenían que trepar.

—Son empinadas, ya lo creo —refunfuñó—, jodidamente empinadas.

—Las murallas están construidas en una pendiente —señaló el comandante Stokes—, por lo que las brechas son forzosamente empinadas.

—Y condenadamente difíciles de remontar —dijo Kenny.

—Pero son viables —declaró Stokes. Sabía que las brechas eran empinadas, y era por eso por lo que los cañones aún estaban disparando. No había ninguna esperanza

de hacer menos escarpadas las rampas, la ladera de la colina se encargaba de ello, pero al menos el continuo bombardeo daba la impresión a la infantería atacante de que los artilleros trataban de paliar las dificultades.

—Ha hecho agujeros en los muros —dijo Kenny—, eso no se lo discuto. Ha hecho unos buenos agujeros, pero eso no quiere decir que sean viables, Stokes. Son jodidamente empinados.

—Forzosamente —repitió Stokes con paciencia.

—No somos monos, ¿sabe usted? —se quejó Kenny.

—Creo que los encontrará viables, señor —dijo Stokes en tono conciliador. Sabía, y Kenny lo sabía también, que las brechas no podían mejorarse y que por lo tanto debían intentar escalarlas. Stokes se figuraba que las quejas de Kenny eran para disimular los nervios, y no podía culparlo por ello. El no hubiera querido llevar un mosquete o una espada y subir por aquellas escarpadas pendientes de piedra hacia cualesquiera horrores que el enemigo hubiera preparado en el otro lado.

Kenny lanzó un gruñido.

—Supongo que tendrán que bastar —rezongó al tiempo que plegaba el antejo de golpe. Se encogió cuando uno de los dieciocho libras tronó y llenó de humo toda la batería y luego se adentró en aquella nube acre dando grandes zancadas y llamando a gritos al comandante Plummer, el oficial artillero.

Plummer surgió de entre la humareda, sudoroso y manchado de pólvora.

—¿Señor?

—¿Continuará disparando sus piezas hasta que hayamos llegado a las brechas?

—Lo haré, señor.

—Eso tendría que evitar que levantaran sus malditas cabezas —dijo Kenny, y acto seguido rebuscó en el bolsillito del chaleco y sacó un reloj—. Yo tengo las nueve y diez minutos.

—Y ocho minutos —dijo Plummer.

—Son las nueve en punto —dijo Stokes, al tiempo que daba unos golpecitos a su reloj para ver si se habían atascado las manillas.

—Usaremos el mío —decretó Kenny— y avanzaremos cuando den las diez. Y recuerde, Plummer, siga disparando hasta que estemos allí. No sea prudente, no se detenga sólo porque estemos cerca de la cima. ¡Destroce a esos cabrones! ¡Destroce a esos cabrones! —Frunció el ceño al mirar a Ahmed, que estaba cerca de Stokes. El chico llevaba la casaca roja, que le venía muy grande, y Kenny pareció estar a punto de exigir una explicación por el extraño atuendo del muchacho, pero de repente se encogió de hombros y se alejó.

Se dirigió al lugar donde estaban sus hombres, agachados en el sendero que conducía a la puerta de la fortaleza. La disposición del terreno los resguardaba de los defensores, pero en cuanto avanzaran por encima de una pequeña elevación rocosa se

convertirían en objetivos. Entonces tendrían que recorrer unos trescientos metros de terreno abierto y cuando se acercaran a los rotos muros quedarían apretujados en el angosto espacio entre el depósito y el precipicio, donde podrían esperar que el fuego de los defensores fuera de lo más intenso. Después de aquello había que ascender hasta las brechas y hacia los horrores que pudieran aguardarles y que aún no veían.

Los soldados se sentaron, tratando de encontrar la más mínima sombra que ofrecieran arbustos o rocas. Muchos estaban medio borrachos, pues sus oficiales les habían proporcionado raciones extra de *arrack* y ron. Todos ellos se habían desprendido de sus mochilas, sólo llevaban sus mosquetes, la munición y las bayonetas. Unos cuantos, no muchos, rezaban. Un oficial de la Brigada Escocesa estaba de rodillas con la cabeza descubierta entre un grupo de sus soldados y Kenny, intrigado al verlo, viró bruscamente y se dirigió hacia los soldados arrodillados para oír que repetían en voz baja el salmo veintitrés. La mayor parte de los hombres permanecían sentados con la cabeza gacha, consumidos por sus pensamientos. Los oficiales forzaban la conversación.

Por detrás del millar de soldados de Kenny se hallaba una segunda fuerza de asalto, también compuesta de cipayos y escoceses, que seguiría a Kenny hacia la brecha. Si Kenny fracasaba, el segundo grupo de asalto intentaría llegar más lejos, pero si Kenny tenía éxito ellos asegurarían el Fuerte Exterior en tanto que las tropas de Kenny seguían adelante para atacar el Interior. En ambos grupos de asalto se incluían pequeños destacamentos de artilleros. Tenían órdenes de encontrar cualquier cañón utilizable que todavía hubiera en el Fuerte Exterior y volverlo contra los defensores del otro lado del barranco.

Un oficial que llevaba las vueltas blancas del 74.º avanzó con mucho cuidado por el sendero entre las tropas que aguardaban. El hombre llevaba un barato sable indio en la cintura y también portaba un mosquete y una cartuchera, lo cual era raro para un oficial. Kenny le dio el alto.

—¿Quién demonios es usted?

—Sharpe, señor.

A Kenny le sonaba aquel nombre.

—¿Es el soldado de Wellesley?

—Eso no lo sé, señor.

Kenny puso mala cara ante la evasiva.

—Usted estuvo en Assaye, ¿no?

—Sí, señor —admitió Sharpe.

La expresión de Kenny se suavizó. Había oído hablar de Sharpe y admiraba a un hombre valiente.

—Y dígame, ¿qué diablos está haciendo aquí, Sharpe? ¿Su regimiento está a kilómetros de distancia! Están subiendo por el camino de Deogaum.

—Me quedé aquí rezagado, señor —dijo Sharpe, decidiendo que no tenía sentido intentar ofrecer una explicación más extensa—, y no había tiempo para unirme al 74.º, señor, de manera que esperaba poder ir con mi vieja compañía. Son los soldados del capitán Morris, señor. —Hizo un gesto con la cabeza y señaló camino arriba, donde la Compañía Ligera del 33.º se hallaba reunida entre unas rocas—. Con su permiso, claro está, señor.

—Sin duda Morris se alegrará de contar con su ayuda, Sharpe —dijo Kenny—, como lo haría yo. —Estaba impresionado por el aspecto de Sharpe, pues el alférez era alto, aparentemente fuerte, y su rostro tenía una picara ferocidad. El coronel sabía que la mitad de las veces, en la brecha, la victoria o la derrota se reducían a la destreza y la fuerza de un soldado, y Sharpe daba la impresión de que sabía utilizar sus armas—. Buena suerte, Sharpe.

—Le deseo lo mejor, señor —le dijo Sharpe afectuosamente.

Siguió andando, el mosquete que le habían prestado le pesaba en el hombro. Eli Lockhart y Syud Sevajee estaban esperando con sus hombres entre los miembros del tercer grupo, los soldados que ocuparían el fuerte después de que las tropas de asalto hubieran realizado su trabajo, si es que los dos mil soldados que iban en cabeza lograban atravesar los muros. Se estaba propagando el rumor de que las brechas eran demasiado empinadas y que nadie podía llevar un arma y trepar por las rampas al mismo tiempo. Los hombres creían que tendrían que utilizar las manos para subir gateando por las pilas rocosas y que por lo tanto constituirían un blanco fácil para los defensores que estuvieran en lo alto de las brechas. Los artilleros, refunfuñaban ellos, deberían haber echado abajo más trozo de muralla, por no decir toda, y la prueba de aquella afirmación eran los continuos disparos de los cañones. ¿Por qué los artilleros iban a seguir batiendo los muros si las brechas ya eran practicables? Oían los golpes de las balas contra la piedra, el estrépito de los escombros que caían de vez en cuando, pero lo que no oían era ningún disparo proveniente de la fortaleza. Esos cabrones se estaban reservando el fuego para el asalto.

Sharpe avanzó poco a poco entre los cipayos que llevaban una de las escaleras de bambú del comandante Stokes. Los negros rostros le sonrieron y un hombre le ofreció a Sharpe una cantimplora que resultó contener un *arrack* muy especiado. Sharpe tomó un pequeño sorbo y luego hizo reír a los cipayos fingiendo estar asombrado por lo fuerte del licor.

—Es un material poco común, muchachos —dijo Sharpe, y siguió andando hacia sus antiguos compañeros. Ellos lo vieron acercarse con una mezcla de sorpresa, alegría y temor. La última vez que la Compañía Ligera del 33.º había visto a Sharpe, éste era sargento, y no mucho antes había sido un soldado raso atado al triángulo de castigo; ahora llevaba espada y fajín. Aunque se suponía que los oficiales que ascendían desde la tropa no tenían que servir con sus antiguas unidades, Sharpe tenía

amistades entre aquellos hombres y si iba a trepar por los escarpados escombros de las brechas de Gawilghur prefería hacerlo entre amigos.

El capitán Morris no era ningún amigo, y observó la llegada de Sharpe con aprensión. Sharpe fue directo al comandante de su antigua compañía.

—Me alegra verle, Charles —dijo, a sabiendas de que su utilización del nombre de pila irritaría a Morris—. Una mañana estupenda, ¿eh?

Morris miró a izquierda y derecha, como si buscara a alguien que pudiera ayudarle a enfrentarse a aquel advenedizo del pasado. A Morris nunca le había gustado Sharpe, de hecho había conspirado con Obadiah Hakeswill para hacer que lo azotaran con la esperanza de que el castigo acabara en muerte, pero Sharpe había sobrevivido y lo habían nombrado oficial. Y ahora el cabrón se tomaba demasiadas confianzas y Morris no podía hacer nada al respecto.

—Sharpe —logró decir.

—Se me ocurrió unirme a ustedes, Charles —dijo Sharpe con ligereza—. Me he quedado aquí rezagado y a Kenny le pareció que podría serle de utilidad.

—Por supuesto —respondió Morris, consciente de la mirada de sus hombres. A Morris le hubiera gustado decirle a Sharpe que se largara a la mierda, pero no podía cometer una descortesía semejante frente a sus hombres—. Todavía no le he felicitado —se obligó a decir.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Sharpe.

Morris se ruborizó.

—Felicidades.

—Gracias, Charles —repuso Sharpe, luego se dio la vuelta y miró a la compañía. La mayoría de soldados le sonrieron, pero algunos eludieron su mirada—. ¿No está el sargento Hakeswill? —preguntó Sharpe sin malicia.

—Fue capturado por el enemigo —respondió Morris. El capitán estaba mirando detenidamente la casaca de Sharpe, que no era lo bastante grande para él y que, de alguna manera, le resultaba familiar.

Sharpe vio que Morris fruncía el ceño mirando la guerrera.

—¿Le gusta la casaca? —le preguntó.

—¿Cómo dice? —preguntó Morris, confundido por sus sospechas y por la espontaneidad de Sharpe. El propio Morris llevaba un viejo uniforme afeado por unos remiendos de tela marrón.

—La compré después de Assaye —dijo Sharpe—. Usted no estuvo allí, ¿verdad?

—No.

—¿Ni en Argaum?

—No —respondió Morris, poniéndose un poco tenso. Le molestaba el hecho de que Sharpe hubiera sobrevivido a esas batallas y que ahora estuviera sugiriendo, por muy delicadamente que lo hiciera, que la experiencia lo situaba en una situación

aventajada. Lo cierto es que sí lo hacía, pero Morris no podía admitirlo, de la misma manera en que no podía admitir que envidiaba la reputación de Sharpe.

—Así pues, ¿cuáles son hoy sus órdenes? —preguntó Sharpe.

Morris no podía acostumbrarse a aquel Sharpe seguro de sí mismo que lo trataba como a un igual y estuvo tentado de no responder, pero la pregunta era razonable e indudablemente Sharpe era un oficial, aunque se tratara de un simple alférez.

—Una vez hayamos atravesado el primer muro —contestó Morris con tristeza—, Kenny va a atacar la brecha superior izquierda y quiere que nosotros acordonemos la brecha superior derecha.

—Parece una buena tarea matutina —comentó Sharpe en tono alegre, luego levantó la mano para saludar a Garrard—. ¿Cómo está, Tom?

—Encantado de que esté aquí, señor.

—No podía dejar que los críos os metierais en una brecha sin un poco de ayuda —dijo Sharpe, luego le tendió la mano al sargento Green—. Me alegro de verle, sargento.

—Encantado de verle, señor —dijo Green al tiempo que le estrechaba la mano a Sharpe—. ¡Oí que lo habían nombrado oficial y no me atrevía a creerlo!

—Ya sabe lo que dicen de la escoria, sargento —comentó Sharpe—, que siempre sale a flote, ¿eh? —Algunos soldados se rieron, sobre todo cuando Sharpe le dirigió una mirada a Morris, que de hecho había expresado esa misma opinión no mucho tiempo atrás. Hubo otros que pusieron mala cara, pues en la compañía había algunos que se sentían contrariados por la suerte de Sharpe.

—Siempre fue un cabrón afortunado, Sharpy —soltó uno de ellos, un hombre de tez morena llamado Crowley.

Sharpe pareció hacer caso omiso del comentario mientras recorría la compañía y saludaba a más de sus viejos amigos, pero cuando estuvo junto a Crowley, que estaba sentado en el suelo, se volvió de pronto, al tiempo que empujaba hacia fuera la parte de atrás de su mosquete, de manera que la pesada culata golpeó en la cabeza del soldado. Crowley soltó un grito y se dio la vuelta para encontrarse con que Sharpe estaba de pie ante él.

—La palabra, Crowley —le dijo Sharpe en tono amenazador—, es «señor».

Crowley cruzó su mirada con la de Sharpe, pero no pudo sostenérsela.

—Sí, señor —dijo mansamente.

—Lamento no haber tenido cuidado con el mosquete, Crowley —le dijo Sharpe.

Hubo una nueva explosión de carcajadas que hizo que Morris frunciera el entrecejo, pero no tenía ni idea de cómo tratar con Sharpe, de modo que no dijo nada. Watson, un soldado galés que había preferido unido al regimiento antes que enfrentarse a un Tribunal de Assize, sacudió el pulgar en dirección al fuerte.

—Dicen que las brechas son demasiado empinadas, señor Sharpe.

—Comparado con lo que vosotros los muchachos galeses trepáis cada día por las montañas eso no es nada —repuso Sharpe. Le había tomado prestado el anteojo a Stokes poco después del alba, había mirado hacia las brechas y no le había gustado demasiado lo que viera, pero aquel no era el momento de decir la verdad—. Vamos a darles un buen rapapolvo a esos hijos de puta, muchachos —dijo en cambio—. Ya he combatido dos veces contra esos mahratta y no tienen aguante. Parecen buenos, pero si avanzas hacia ellos con insistencia se dan la vuelta y echan a correr como liebres. Vosotros seguid adelante, muchachos, no dejéis de disparar y esos cabrones cederán.

Era el discurso que tendría que haberles dirigido Morris, y Sharpe ni siquiera sabía que iba a pronunciar nada parecido a un discurso cuando abrió la boca, pero las palabras habían acudido a ella sin que él supiera cómo. Y se alegraba, pues los soldados parecieron aliviados con su confianza, pero entonces hubo algunos que volvieron a ponerse nerviosos cuando vieron a un cipayo que subía por el sendero con una bandera británica en las manos. El coronel Kenny y sus ayudantes de campo caminaban detrás de aquel hombre, todos ellos con las espadas desenvainadas. El capitán Morris tomó un buen trago de su cantimplora y a Sharpe le llegó el aroma del ron.

Los cañones seguían disparando, desmenuzando los dos lados de las brechas y llenando la atmósfera de humo y polvo mientras trataban de allanar el escabroso acceso. Los soldados, que intuían que la orden de avanzar estaba a punto de darse, se pusieron en pie y sopesaron sus armas. Algunos de ellos tocaron las patas de conejo que llevaban ocultas en los bolsillos o cualquier otro pequeño amuleto que les proporcionara un mínimo agarre a la vida. Uno de los soldados vomitó, otro estaba temblando. El sudor les corría por la cara.

—Cuatro filas —dijo Morris.

—¡Formen en filas! ¡Venga, rápido! —exclamó bruscamente el sargento Green. Un proyectil de obús describió un arco por encima de las cabezas y luego cayó en picado en dirección al fuerte dejando una estela de humo de la mecha. Sharpe oyó explotar la granada y luego observó como otra la seguía. Un soldado salió disparado de las filas y se dirigió a las rocas, se bajó los pantalones y vació los intestinos. Todo el mundo fingió no darse cuenta hasta que les llegó el olor, entonces abuchearon al avergonzado soldado mientras éste regresaba a su sitio—. ¡Ya basta! —dijo Green.

Un tambor cipayo con un desfasado chacó en forma de tiara en la cabeza le dio un par de golpes a su caja en tanto que un gaitero de la Brigada Escocesa llenó la bolsa de su instrumento y se lo colocó debajo del codo. El coronel Kenny miraba su reloj. Los cañones seguían disparando y la humareda descendía flotando hacia los soldados que esperaban. El cipayo con la bandera estaba al frente de la columna en formación y Sharpe supuso que el enemigo debía de poder distinguir la brillante punta del estandarte por encima de la cresta rocosa.

Sharpe se sacó la bayoneta del cinturón y la encajó en el mosquete. No llevaba el sable que Ahmed le había robado a Morris porque sabía que el arma se podía identificar, de modo que lo que llevaba era un *tulwar* que le había prestado Syud Sevajee. No se fiaba de aquella arma. Había visto demasiadas espadas indias romperse en combate. Además, estaba acostumbrado al mosquete y la bayoneta.

—¡Calen bayonetas! —ordenó Morris, movido a ello al ver la hoja de Sharpe.

—Y reserven los disparos para cuando estén cerca de la brecha —añadió Sharpe—. Sólo cuentan con un disparo, muchachos, así que no lo desperdicien. No tendrán tiempo para recargar hasta que no se encuentren entre los dos muros.

Morris puso mala cara ante aquel consejo no solicitado, pero los soldados parecieron agradecerlo, del mismo modo en que agradecían no estar en las primeras filas de las tropas de Kenny. Aquel honor había recaído en la Compañía de Granaderos del 94.º que, por consiguiente, constituían el destacamento de asalto. Por norma general dicho destacamento, ese grupo de soldados que entraba primero en una brecha para hacer saltar las trampas enemigas y abatir a los primeros defensores, estaba compuesto por voluntarios, pero Kenny había decidido no utilizar un destacamento de asalto propiamente dicho. Quería llenar las brechas rápidamente y así arrollar las defensas valiéndose de la superioridad numérica y, por tanto, justo detrás de los granaderos de la Brigada Escocesa había dos compañías más de escoceses, luego venían los cipayos y los soldados de Morris. Con fuerza y rapidez, les había dicho Kenny, con fuerza y rapidez. «Dejen atrás a los heridos —había ordenado—, ustedes suban hasta las malditas brechas y empiecen a matar.»

El coronel echó un último vistazo a su reloj, cerró la tapa de golpe y se lo metió en un bolsillo. Respiró hondo, alzó su espada y gritó una sola palabra:

—¡Ahora!

Y la bandera avanzó por la cima y tras ella una oleada de soldados que se encaminaron a toda prisa hacia los muros.

Durante unos segundos la fortaleza estuvo silenciosa, luego se disparó el primer cohete. Chamuscó el aire en dirección a las tropas que avanzaban, dejando una espesa columna de humo a su paso, y luego dio un giro y se alzó hacia el cielo despejado.

Entonces empezaron los cañonazos.

El coronel William Dodd vio que el errático cohete daba un giro hacia el cielo, vacilaba en medio de un creciente tumulto de su propio humo y luego caía. Los cañones de Manu Bappoo empezaron a disparar y Dodd supo, aunque el imponente Fuerte Exterior no le dejaba ver más allá, que se avecinaba el ataque británico.

—¡Gopal! —llamó a su segundo al mando.

—¿*Sahib*?

—Cierre las puertas.

—¿*Sahib*? —Gopal frunció el ceño ante el coronel. Se había acordado con Manu Bappoo que las cuatro puertas que bloqueaban la entrada al Fuerte Interior se dejarían abiertas para que así los defensores del Fuerte Exterior pudieran emprender una rápida retirada si fuera necesario. Dodd incluso había apostado una compañía para que montara guardia en la primera puerta para asegurarse de que ningún perseguidor británico pudiera entrar tras los hombres de Manu Bappoo, ¿y ahora proponía que se tenían que cerrar las puertas?—. ¿Quiere que las cierre, *sahib*? —preguntó Gopal, que no sabía si lo había oído mal.

—Ciérrelas, atránquelas y olvídense de ellas —dijo Dodd alegremente—, y haga volver a entrar en el fuerte a la sección. Tengo otro trabajo para ellos.

—Pero, *sahib*, si...

—¡Ya me ha oído, *jemadar*! ¡Muévase!

Gopal salió corriendo para hacer lo que le decía Dodd, en tanto que el coronel caminó a lo largo de la banqueta que bordeaba la entrada para cerciorarse de que se obedecían sus órdenes. Observó, satisfecho, que a las tropas que vigilaban la puerta exterior las hacían entrar de nuevo en la fortaleza y que luego, una a una, las cuatro enormes puertas se cerraron. Las grandes trancas, que tenían todas el mismo grosor que el muslo de un hombre, se dejaron caer en sus soportes de metal. En aquellos momentos el Fuerte Exterior estaba aislado. Si Manu Bappoo repelía a los británicos, entonces simplemente sería cuestión de volver a abrir las puertas, pero si perdía, o si huía, entonces se encontraría atrapado entre las cobras de Dodd y el avance de los británicos.

Dodd caminó hacia el centro de una banqueta y una vez allí trepó a una tronera para poder hablar con tantos soldados suyos como pudiera.

—Verán que he cerrado las puertas —gritó—, ¡y van a permanecer cerradas! No se abrirán si no es con mi permiso expreso. ¡Ni aunque todos los marajás de la India estén ahí afuera exigiendo entrar! Las puertas se quedan cerradas. ¿Lo han entendido?

Los soldados de casaca blanca, o al menos los pocos que hablaban algo de inglés, asintieron con la cabeza, mientras a los demás se les traducían las órdenes de Dodd. Ninguno de ellos mostró mucho interés en aquella decisión. Confiaban en su coronel, y si él quería que las puertas se mantuvieran cerradas, pues que así fuera.

Dodd vio que el humo se espesaba en el extremo más alejado del Fuerte Exterior. Allí se estaba librando una denodada batalla, pero no tenía nada que ver con él. Él sólo empezaría a luchar cuando los británicos atacaran por el barranco, pero sus ataques no lograrían nada. La única manera de entrar en el Fuerte Interior era a través de las puertas, y eso era imposible. Podría ser que los británicos echaran abajo la primera puerta a cañonazos, pero en cuanto atravesaran su arco descubrirían que la entrada torcía bruscamente hacia la izquierda, de modo que su cañón no podría disparar por el pasadizo para derribar las otras tres puertas. Tendrían que abrirse

camino a la fuerza por el estrecho pasaje, tratar de destruir las sucesivas puertas a hachazos y mientras tanto sus soldados los masacrarían desde los muros que flanqueaban el paso.

—¿*Sahib*? —le gritó Gopal, y Dodd se dio la vuelta para ver que el *jemadar* señalaba, hacia el camino que conducía al palacio. Beny Singh había aparecido en el camino acompañado de un criado que llevaba un parasol para proteger al *killadar* del sol ardiente.

—¡Hágalo subir, *jemadar*! —le contestó también con un grito.

La buena ejecución de su táctica le produjo a Dodd un calmado júbilo. A Manu Bappoo le había cortado el camino para ponerse a salvo, por lo que sólo quedaba Beny Singh como rival de su supremacía. Dodd estuvo tentado de matar al *killadar* allí mismo, pero el asesinato hubiera sido presenciado por miembros de la guarnición que todavía eran leales a Beny Singh, de manera que, en lugar de eso, Dodd saludó al *killadar* con una respetuosa inclinación.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Beny Singh. Su respiración era agitada debido al esfuerzo de encaramarse a la banqueta, luego soltó un grito consternado porque los cañones del muro meridional del Fuerte Exterior, los cañones que dominaban el barranco, abrieron fuego de repente y arrojaron unos goterones de humo blanco grisáceo.

—Me temo, *sahib* —dijo Dodd—, que el enemigo está arrollando el fuerte.

—¿Que están haciendo qué? —El *killadar*, que iba ataviado para la batalla con una limpia túnica de color blanco con una faja roja de la que pendía una vaina con incrustaciones de piedras preciosas, pareció horrorizado. Observó cómo la humareda se extendía por el barranco. Estaba desconcertado porque no estaba nada claro contra qué disparaban los cañones más próximos—. ¡Pero si el enemigo no puede entrar aquí!

—Se acercan otros soldados británicos, *sahib* —dijo Dodd, y señaló hacia la nube de humo que flotaba sobre el barranco. Los cañones del lado izquierdo del Fuerte Exterior, la mayoría de ellos unos pequeños cañones de tres y cinco libras, apuntaban hacia el oeste, lo cual significaba que las tropas británicas debían de estar aproximándose por el empinado camino que llegaba desde la llanura. Dodd todavía no alcanzaba a ver a aquellas tropas, pero el fuego de artillería del Fuerte Exterior constituía una elocuente prueba de su presencia—. Debe de haber casacas rojas acercándose al barranco —explicó Dodd—, y en ningún momento previmos que los británicos podrían realizar un ataque en más de un lugar. —Dodd dijo la mentira con soltura—. Estoy seguro de que también tienen a soldados acercándose por el camino del sur.

—Así es —confirmó el *killadar*.

Dodd se estremeció, como si aquella noticia lo llenara de desesperanza.

—Haremos lo que esté en nuestras manos —prometió—, pero no puedo defenderlo todo al mismo tiempo. Me temo que los británicos conseguirán la victoria esta jornada. —Volvió a hacerle una reverencia al *killadar*—. Lo siento mucho, *sahib*. Pero puede ganarse una reputación inmortal si se une al combate. Puede que hoy perdamos la batalla, pero en años venideros la gente entonará canciones sobre el desafío de Beny Singh. ¿Y qué mejor manera de morir para un soldado, *sahib*, que con una espada en la mano y sus enemigos muertos a sus pies?

Beny Singh palideció al pensarlo.

—¡Mis hijas! —dijo con voz ronca.

—Lamentablemente —repuso Dodd en tono grave—, se convertirán en juguetes para los soldados. Pero no debería preocuparse, *sahib*. Según mi experiencia, las chicas más guapas normalmente encuentran a un soldado que las defienda. Por regla general se trata de un hombre grandote, ordinario y con carácter, pero evita que otros violen a su mujer, excepto sus amigos, claro, a los que se les permiten algunas libertades. Estoy seguro de que sus esposas e hijas encontrarán a hombres ansiosos por protegerlas.

Beny Singh huyó de las palabras tranquilizadoras de Dodd. Este sonrió cuando el *killadar* salió corriendo, luego se dio la vuelta y caminó hacia Hakeswill, que se hallaba apostado en el bastión que había sobre la más interior de las puertas. Al sargento se le había proporcionado una espada para acompañar a su fajín negro. Se puso firme de golpe cuando Dodd se le acercó.

—Descanse, señor Hakeswill —dijo Dodd. Hakeswill se relajó un poco. Le gustaba que lo llamaran «señor», de alguna manera parecía apropiado. Si ese cabrón insignificante de Sharpe podía ser un señor y llevar una espada, él también—. Dentro de unos minutos tendré un trabajo para usted, señor Hakeswill —le dijo Dodd.

—Será un honor para mí, señor —contestó Hakeswill.

Dodd observó al *killadar* que subía por el sendero en dirección al palacio con paso apresurado.

—Nuestro honrado comandante —dijo con sarcasmo— lleva malas noticias al palacio. Debemos dar tiempo a que dichas noticias arraiguen allí.

—¿Malas noticias, señor?

—Cree que vamos a perder —explicó Dodd.

—Rezo para que no sea así, señor.

—Yo también, señor Hakeswill, yo también. ¡Con fervor! —Dodd se volvió para mirar a los artilleros del Fuerte Exterior, vio los raquíticos que eran sus pequeños cañones y le pareció que un fuego como aquél no contendría a los casacas rojas por mucho tiempo. Los británicos estarían en el barranco en cuestión de media hora, tal vez menos—. Dentro de diez minutos, señor Hakeswill, conducirá a su compañía hasta el palacio y les ordenará a los guardias árabes que vengan y defiendan los

muros.

A Hakeswill se le convulsionó el rostro.

—Le ruego que me perdone, señor, pero no hablo su idioma pagano, señor.

—No le hace falta saber el idioma. Tiene un mosquete, utilícelo. Y si alguien cuestiona su autoridad, señor Hakeswill, tiene usted mi permiso para dispararle.

—¿Disparar, señor? Sí, señor. Será un placer, señor.

—A cualquiera, señor Hakeswill.

Los tics volvieron a sacudir el rostro de Hakeswill.

—Ese gordo gilipollas, señor, el que estaba aquí hace un momento con el bigote rizado...

—¿El *killadar*? si le discute...

—Le pego un tiro a ese cabrón, señor.

—Exactamente. —Dodd sonrió. Había mirado en el interior de Hakeswill y había descubierto que era negro como el carbón y perfecto para sus propósitos—. Hágalo por mí, Hakeswill, y lo ascenderé oficialmente a capitán de las Cobras. Su *havildar* habla un poco de inglés, ¿verdad?

—Una especie de inglés, señor —dijo Hakeswill.

—Asegúrese de que lo entienda. Los guardias del palacio tienen que ser enviados a los muros.

—Lo serán, señor, o de lo contrario pueden darse por muertos.

—Muy bien —dijo Dodd—. Pero aguarde diez minutos.

—Lo haré, señor. Y que tenga un buen día, señor. —Hakeswill saludó, dio media vuelta y bajó de las murallas con paso decidido.

Dodd se volvió de nuevo hacia el Fuerte Exterior. Los misiles salían ardientes de la nube de humo sobre la cual aún pendía la bandera de Manu Bappoo. Débilmente, de forma apenas perceptible, Dodd oyó los gritos de los soldados, pero el sonido estaba quedando ahogado por el rugido de los cañones, que inquietaba a los monos de pelaje gris plateado que había en el barranco. Las bestias alzaban sus rostros negros y desconcertados hacia los soldados situados en lo alto de los muros del Fuerte Interior como si pudieran encontrar una respuesta al ruido y el hedor que consumían el día.

Un día que, según la manera de pensar de Dodd, estaba yendo perfectamente.

La Compañía Ligera del 33.º había permanecido a la espera un poco retirados a un lado del camino y el capitán Morris se quedó allí deliberadamente, dejando que pasaran casi todas las tropas de asalto de Kenny antes de hacer salir a sus hombres de las rocas. De este modo se aseguró de estar en la retaguardia del asalto, posición que ofrecía la mayor seguridad.

En cuanto Morris hizo avanzar a sus hombres por el camino de acceso al fuerte, se rezagó a propósito y se quedó detrás de un grupo de cipayos que llevaban una

escalera para que así su avance se viera obstruido. Caminaba a la cabeza de sus soldados, pero se daba la vuelta repetidamente.

—¡Mantengan las filas, sargento! —le dijo bruscamente a Green más de una vez.

Sharpe caminaba al lado de la compañía, refrenando su larga zancada para adecuarla al lento paso marcado por Morris. En un momento llegaron a la pequeña cima del camino, pero entonces la fortaleza quedó a la vista y Sharpe no pudo hacer otra cosa que mirar con sobrecogimiento la intensidad del fuego que parecía manar de las maltrechas murallas.

Los cañones más grandes de los maharatta habían sido desmontados, pero poseían una miríada de piezas más pequeñas, algunas de ellas un poco más grandes que trabucos, y en aquellos momentos dichas armas tronaban, expelían y escupían sus llamaradas en dirección a las tropas que avanzaban, por lo que los negros muros estaban medio ocultos tras los retazos de humo que salían despedidos de todas las troneras. Los cohetes se sumaban a la confusión. Algunos se alzaban por los aires con un silbido, pero otros se dirigían con una chamusquina hacia los soldados que avanzaban, y se abrían paso, ardientes, entre las filas.

La compañía que iba en cabeza todavía no había llegado a la brecha exterior, pero se apresuraba a meterse en el estrecho espacio que había entre el precipicio, al este, y el depósito, al oeste. Las filas se comprimían y los soldados se empujaban, y entonces el fuego de artillería pareció concentrarse en aquellos hombres y Sharpe tuvo la impresión de que la sangre empañaba la atmósfera cuando las balas cayeron sobre su objetivo a una distancia de tan sólo unos cien metros. A ambos lados de la brecha había unos enormes bastiones circulares cuyas cúspides estaban ribeteadas por unas llamas perpetuas, mientras los defensores se turnaban para hacer estallar sus mosquetes contra la concentración de atacantes. Los cañones británicos no habían dejado de disparar y sus descargas hacían salir despedidas ráfagas de polvo y piedra de la brecha o bien batían contra las troneras en un esfuerzo por amortiguar el fuego enemigo.

Un ayudante de campo llegó corriendo camino abajo.

—¡Deprisa! —gritó—. ¡Deprisa!

Morris no hizo ningún esfuerzo por apresurar su paso. Los escoceses que iban en cabeza ya habían rebasado el depósito y en aquellos momentos trepaban por la suave cuesta en dirección a los muros, pero dicha cuesta se iba haciendo cada vez más empinada a medida que se aproximaba a la brecha. El hombre que llevaba la bandera iba delante, luego quedó envuelto por los Highlanders que corrían para llegar a las piedras. Kenny iba al frente, espada en mano. De pronto los mosquetes refulgieron desde lo alto de la brecha, que ocultaron con el humo, y entonces una bala de dieciocho libras agitó la humareda y levantó una carretada de piedra entre la cual revoloteó un mosquete enemigo. Sharpe aceleró el paso. Sentía una especie de furia

en su interior y se preguntó si sería miedo, pero también se sentía ansioso y excitado, pues no quería perderse el combate.

Podía ver la contienda con claridad suficiente, pues la brecha se hallaba en lo alto del camino de acceso, y los escoceses, que subían valiéndose de las manos, eran claramente visibles. Los artilleros británicos seguían disparando, lanzando las balas de cañón a tan sólo unos centímetros por encima de las cabezas de los escoceses para mantener la cima de la brecha despejada de enemigos. Entonces, súbitamente, los cañones dejaron de disparar y los casacas rojas treparon para adentrarse en la polvareda que flotaba espesa por encima de las destrozadas piedras. Una concentración de árabes subía por la pendiente interior de la brecha, acercándose para enfrentarse a los escoceses, y las cimitarras y las bayonetas entrechocaron. El polvo de las piedras tornó rosado el color rojo de las casacas de los atacantes. El coronel Kenny estaba en la primera fila a horcajadas sobre un pedazo de mampostería, al tiempo que paraba el golpe de una cimitarra. Lanzó una estocada que le perforó el cuello a un enemigo y siguió adelante, hacia abajo, consciente de que había cruzado la cima y ajeno a los foganazos de los mosquetes que atronaban por encima de él desde el muro superior. Los artilleros británicos, sus armas recargadas, empezaron a disparar contra aquel muro más elevado e hicieron retroceder de la banqueta a los defensores. Los escoceses embistieron con sus bayonetas, extrajeron las hojas de los muertos empujándolos con el pie, pasaron por encima de los cadáveres y siguieron a Kenny hacia el espacio entre las murallas.

—¡Por aquí! —gritó Kenny—. ¡Por aquí! —Condujo al tumulto de soldados hacia la izquierda, hacia el lugar donde aguardaba la brecha interior cuya pendiente se agitaba cada vez que caía una bala de cañón. Algunos árabes que huían de la enmarañada furia de los escoceses murieron cuando intentaron trepar a la brecha interior y fueron alcanzados por las balas de cañón. La sangre salpicó el muro, embadurnó la rampa y luego el polvo la emblanqueció.

Kenny miró hacia atrás para cerciorarse de que la columna lo seguía de cerca.

—Que no se queden atrás —le gritó a un ayudante de campo que estaba de pie en lo alto de la primera brecha—. ¡Que no se queden atrás! —Kenny escupió el polvo que tenía en la boca y luego ordenó a los escoceses a voz en cuello que iniciaran el ascenso a la segunda brecha.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —instaban a la columna los ayudantes de campo de Kenny que todavía se encontraban en el exterior de los muros. Las últimas filas del grupo de asalto del coronel se estaban desplegando y el segundo grupo se acercaba por detrás—. ¡Cierren filas! —les exhortaban los ayudantes de campo a los rezagados—. ¡Cierren filas!

Morris apretó el paso a regañadientes. Los cipayos que transportaban las escaleras bajaban corriendo por la ligera pendiente que conducía al estrecho espacio junto al

depósito hacia el que apuntaban los cañones enemigos. A lo largo de todas las murallas de Gawilghur el humo salía disparado, las llamas expelidas y los cohetes volando en medio de volutas de humo y chorros de chispas. Se disparaban hasta flechas. Una de ellas repiqueteó contra una roca y luego cayó rodando sobre la hierba.

En aquellos momentos los escoceses trepaban por la brecha interior y un torrente de soldados desaparecía por encima de la cúspide rocosa de la brecha exterior. No había minas que esperaran a los atacantes y no se había colocado ningún cañón de banda a banda de la brecha para acribillarlos cuando atravesaran el muro en tropel. Los cipayos subían gateando por las piedras.

—¡Deprisa! —gritaban los edecanes—. ¡Deprisa!

Sharpe bajó corriendo por la pendiente hacia el depósito. La cantimplora y el morral le iban golpeando en la cintura y el sudor le caía por la cara.

—¡Afloje el paso! —le gritó Morris, pero Sharpe hizo caso omiso de su llamada. La compañía empezó a separarse cuando los soldados más impacientes apretaron el paso para alcanzar a Sharpe y los otros se entretenían con Morris—. ¡Afloje el paso, maldita sea! —le volvió a gritar Morris a Sharpe.

—¡Sigan adelante! —gritaban los ayudantes de campo de Kenny. Dos de ellos estaban apostados junto al depósito y por gestos indicaban a los soldados que siguieran avanzando. Las balas de las baterías de brecha pasaban volando por encima de sus cabezas con un ruido parecido al que harían unos enormes toneles rodando por un suelo de tablas y luego se estrellaban con un chasquido contra el muro superior. Allí ondeaba una bandera verde y roja. Sharpe vio a un árabe que apuntaba un mosquete, pero de repente el humo se lo tapó. Una bala de cañón pequeña alcanzó a un cipayo, lo echó hacia atrás y manchó el camino rocoso de sangre y tripas. Sharpe saltó por encima de aquel cuerpo despatarrado y vio que había llegado al depósito. El nivel del agua era bajo y tenía una capa de verdín. Dos escoceses y un cipayo yacían sobre el lodo endurecido por el sol y su sangre se filtraba por las grietas de la orilla. Una bala de mosquete golpeó contra el barro y luego otra bala de cañón pequeña azotó la retaguardia de la compañía de Morris y derribó a dos soldados.

—¡Déjenlos! —vociferó un ayudante de campo—. ¡Déjenlos!

Un cohete estalló en pedazos cerca de la cabeza de Sharpe y lo envolvió en humo y chispas. Un soldado herido, con una pierna destrozada, retrocedía arrastrándose a un lado del camino. Otro, al que le salía sangre del vientre, se desplomó en el barro y bebió a lengüetazos de aquella agua asquerosa.

Sharpe, medio asfixiado por la espesa humareda, subía dando traspiés por el terreno en pendiente. Allí había unas grandes balas de cañón de color negro, las de los cañonazos que habían abierto la primera brecha. Los cuerpos de dos casacas rojas habían sido arrojados a un lado y otros tres se sacudían y gritaban pidiendo ayuda,

pero Kenny había apostado allí a otro ayudante de campo para que hiciera avanzar a las tropas. El polvo se levantaba del suelo allí donde caían las balas de mosquete y entonces Sharpe llegó a la brecha propiamente dicha, casi perdió el equilibrio al trepar por la rampa y luego lo empujaron por detrás. Los soldados se daban empujones al subir por las piedras, trepaban, se aupaban con una mano mientras que con la otra agarraban el mosquete. Sharpe apoyó la mano encima de una mancha de sangre. Los escombros polvorientos casi estaban demasiado calientes para tocarlos y la rampa era mucho más larga de lo que Sharpe había previsto. Los hombres gritaban con voz ronca mientras trepaban y las balas seguían cayendo con un ruido sordo. Una flecha se clavó y se estremeció en la culata de un mosquete. Un cohete se estrelló con estrépito contra la riada de soldados, los cuales se separaron momentáneamente cuando la carcasa, que se había encajado entre una roca y una bala de cañón, empezó a soltar intensas llamaradas. Alguien arrojó sin miramientos a un escocés muerto sobre el misil que silbaba y los soldados agolpados siguieron trepando por encima del cadáver.

Una vez en la cima los atacantes torcieron a la izquierda y bajaron corriendo por el interior de la brecha hasta la seca hierba que separaba los dos muros. En la brecha de la izquierda tenía lugar un combate y los soldados se estaban amontonando, pero Sharpe vio que los escoceses, lenta y gradualmente, ascendían por la pendiente. ¡Por Dios, pensó, pero si ya casi estaban dentro! Los cañones británicos habían dejado de disparar por miedo a alcanzar a sus propios hombres.

Sharpe giró a la derecha y se fue hacia la segunda brecha interior, que era la que la compañía de Morris tenía que acordonar. Muy por encima de él, desde la banqueta del muro interior, los defensores se asomaban para disparar hacia el espacio que había entre las murallas. Sharpe parecía estar corriendo a través de una lluvia de balas que, como por arte de magia, no lo tocaban. El humo lo envolvía, entonces vio frente a él las piedras rotas de la brecha, se subió a ellas de un salto y empezó a trepar.

—¡Estoy contigo, Dick! —le gritó Garrard justo por detrás de él, entonces apareció un hombre en medio de la humareda, por encima de Sharpe, y tiró una viga de madera.

La viga golpeó a Sharpe en el pecho y lo arrojó hacia atrás sobre Garrard, que se aferró a él, y ambos cayeron sobre las piedras. Sharpe soltó una maldición cuando una descarga cerrada de fuego de mosquete cayó sobre ellos desde la cima de la brecha. Con él había un puñado de hombres, seis o siete quizá, pero ninguno parecía haber sido alcanzado. Se agacharon tras él, esperando órdenes.

—¡No avancen más! —gritó Morris—. ¡No avancen más!

—Que le jodan —dijo Sharpe, y recogió su mosquete. En aquel preciso momento los cañones británicos, al ver que esa brecha seguía ocupada por los mahatta, abrieron fuego otra vez y las balas golpearon contra las piedras a tan sólo unos

palmas por encima de la cabeza de Sharpe. Una bala de dieciocho libras alcanzó a uno de los defensores en pleno vientre y a Sharpe le dio la impresión de que el hombre sencillamente se desintegraba en una lluvia roja. Sharpe se agachó cuando la sangre cayó por las piedras y corrió en forma de pequeños torrentes junto a él y a Garrard.

—¡Por Dios! —exclamó Sharpe. Otra bala chocó contra la brecha y el golpe del proyectil sonó fuerte como un trueno. Los fragmentos de piedra pasaron volando junto a Sharpe, que parecía no estar respirando otra cosa que polvo caliente.

—¡No avancen más! —ordenó Morris—. ¡Aquí! ¡A mí! ¡Vuelvan a formar! ¡Vuelvan a formar! —Estaba agachado bajo el muro interior, a salvo de los defensores que había en la brecha, aunque por encima de él, en la banqueta intacta, los soldados árabes seguían asomándose para disparar directamente hacia abajo—. ¡Sharpe! ¡Venga aquí! —ordenó Morris.

—¡Adelante! —gritó Sharpe. A la mierda Morris, y a la mierda todos los otros oficiales que decían que se le podía poner una silla de carreras a un caballo de tiro pero que la bestia no correría—. ¡Adelante! —volvió a gritar, al tiempo que trepaba por las piedras, y de pronto había más soldados a su derecha, pero eran escoceses, y vio que los hombres que encabezaban el segundo grupo de asalto habían llegado a la fortaleza. Un teniente pelirrojo iba en cabeza, empuñando un *claymore*.

El teniente subía por el centro de la brecha, en tanto que Sharpe intentaba ascender por su lado más empinado. Los Highlanders rebasaron a Sharpe, gritándole al enemigo, y la visión de sus casacas rojas hizo que los artilleros británicos dejaran de disparar, por lo que la cima de la brecha se llenó inmediatamente de hombres con túnicas que empuñaban unas espadas cunas con hojas tan gruesas como cuchillas de carnicero. Las espadas entrechocaron, los mosquetes retumbaron y el teniente pelirrojo se sacudió como una anguila clavada en un arpón cuando una cimitarra le rajó el vientre. Se dio la vuelta y cayó hacia Sharpe, soltando su *claymore*. En aquellos momentos una línea de defensores disparaba desde la brecha en tanto que un enorme árabe, que al parecer de Sharpe mediría más de dos metros, se hallaba en el centro con una cimitarra manchada de rojo y retaba a cualquier soldado a que lo desafiara. Dos lo hicieron, y a ambos rechazó en medio de una lluvia de sangre.

—¡Compañía Ligera! —gritó Sharpe—. ¡Abran fuego sobre esos bastardos! ¡Fuego!

Unos cuantos mosquetes dispararon con un estallido por detrás de él y pareció que la hilera de defensores retrocedía tambaleándose, pero volvieron a cerrar filas, reunidos por el enorme tipo de la cimitarra manchada de sangre. Sharpe tenía la mano izquierda en el borde de la pared rota y la utilizó para trepar, luego rodó para apartarse cuando los árabes que estaban más cerca se dieron la vuelta y le dispararon. Las balas pasaron como un latigazo y un pedazo de relleno ardiendo alcanzó a Sharpe

en la mejilla. Se soltó de la pared y cayó hacia atrás, al tiempo que un hombre sonriente intentaba acuchillarlo con una bayoneta. ¡Qué brecha más empinada, por Dios! Tenía la mejilla quemada y se le había chamuscado la casaca nueva. Los escoceses volvieron a intentarlo y subieron en tropel por el centro de la brecha para verse enfrentados a una línea de bayonetas árabes. Llegaron más árabes provenientes del interior de la fortaleza y volcaron una descarga de fuego de mosquete por la pared de la rampa. Sharpe apuntó con su mosquete al árabe alto y apretó el gatillo. El arma le golpeó el hombro, pero cuando el humo se aclaró vio que el hombre grandote seguía de pie y combatiendo. Los árabes estaban ganando, se apiñaban ejerciendo presión sobre la pared de la brecha y entonando un grito de guerra espeluznante al tiempo que mataban. Un hombre embistió con la bayoneta a Sharpe, él la paró con la suya, pero entonces un enemigo le agarró el mosquete por la boca y tiró de él hacia arriba. Sharpe soltó una maldición, aunque logró sujetarlo, pero al ver que una cimitarra hendía el aire hacia él tuvo que soltar el mosquete y volvió a caer de espaldas.

—¡Hijos de puta! —exclamó, y entonces vio el *claymore* del teniente escocés muerto tirado en las piedras. Lo cogió y arremetió contra los tobillos de los árabes situados por encima de él, la hoja alcanzó el objetivo y derribó a un hombre, y los escoceses ya volvían a la carga contra la brecha, trepando por encima de sus muertos y profiriendo un salvaje grito de odio igualado por las exclamaciones de victoria de los árabes.

Sharpe volvió a trepar. Mantuvo el equilibrio sobre las empinadas piedras y arremetió con el *claymore* haciendo retroceder al enemigo. Ascendió dos o tres palmos más, envuelto en un humo amargo, y llegó a un punto donde pudo asirse al muro en el borde de la brecha. Lo único que podía hacer entonces era agarrarse a la piedra con la mano izquierda y lanzar estocadas y tajos con la espada. Hizo retroceder a algunos soldados, pero entonces el árabe grandote lo vio y cruzó la brecha, al tiempo que les bramaba a sus compañeros que dejaran la muerte del casaca roja para su cimitarra. Alzó la espada por encima de la cabeza, como un ejecutor que afina la puntería, y Sharpe perdió el equilibrio.

—¡Empújame, Tom! —gritó, y Garrard le puso una mano en el trasero a Sharpe y lo empujó hacia arriba justo cuando la cimitarra empezaba a descender, pero Sharpe se había soltado de la pared y había alargado la mano izquierda, que se aferró por detrás al tobillo del árabe. Tiró con fuerza y el hombre lanzó un grito alarmado cuando los pies se deslizaron por debajo de él y cayó contra el flanco de la brecha con un fuerte golpe—. ¡Mátenlo! —bramó Sharpe, y media docena de casacas rojas atacaron al hombre caído con las bayonetas, mientras que Sharpe arremetía contra los árabes que acudían al rescate del grandullón. Su *claymore* chocó contra las cimitarras y el sonido de las hojas era como el de martillos de herrero golpeando los yunques. El

hombre grandote se retorció y agitaba mientras las bayonetas se clavaban una y otra vez en la túnica. Los escoceses estaban de vuelta, empujando y arremolinándose en el centro, y Sharpe se obligó a ascender un poco más. Garrard ya estaba a su lado y los dos se hallaban a tan sólo un paso de la cima de la brecha—. ¡Cabrones! ¡Cabrones! —Sharpe propinaba cortes y estocadas, jadeando, pero las túnicas de los árabes parecían absorber los golpes; entonces, de pronto, casi milagrosamente, retrocedieron ante él. Un mosquete disparó desde el interior de la fortaleza, uno de los árabes se desplomó sobre la rampa interior de la brecha y Sharpe se dio cuenta de que los soldados que se habían abierto camino por la brecha de la izquierda debían de haber dado la vuelta para atacar aquella brecha desde el interior—. ¡Adelante! —rugió, y por fin llegó a la cima, rodeado de escoceses y soldados de la Compañía Ligera, que irrumpieron en el Fuerte Exterior donde una compañía de la Brigada Escocesa esperaba para darles la bienvenida. Los defensores huían hacia la puerta del sur que les conduciría al refugio del Fuerte Exterior.

—¡Dios! —dijo Tom Garrard, al tiempo que se inclinaba para recuperar el aliento.

—¿Estás herido? —preguntó Sharpe.

Garrard dijo que no con la cabeza.

—¡Dios! —repitió. Algunos artilleros enemigos que habían permanecido junto a sus armas hasta el último minuto bajaron de un salto de la banqueta, esquivaron a los cansados casacas rojas desperdigados en el interior del muro y huyeron en dirección sur. La mayoría de los escoceses y cipayos no tenían resuello suficiente como para perseguirlos y se contentaron con efectuar unos cuantos disparos de mosquete. Había un perro que ladraba como un loco hasta que un cipayo lo hizo callar de una patada.

Sharpe se detuvo. De repente todo parecía tranquilo. Los grandes cañones estaban por fin en silencio y los únicos mosquetes que disparaban eran los de los mahratta que defendían la torre de entrada. Unos cuantos cañones pequeños disparaban hacia el sur, pero Sharpe no los veía ni se imaginaba cuál era su objetivo. A su derecha se hallaba la parte más alta del fuerte y en la baja cima no había nada más que pradera seca y unos cuantos árboles espinosos. Allí no se habían congregado los defensores. A su izquierda vio a los hombres de Kenny que asaltaban la torre de entrada. Se precipitaron por las escaleras que conducían al parapeto donde un puñado de árabes resistía, aunque no tenían ninguna oportunidad, puesto que más de un centenar de casacas rojas se habían agrupado entonces bajo el muro y disparaban hacia la banqueta. Las túnicas de los defensores se tiñeron de rojo. En aquellos momentos estaban atrapados entre las balas de mosquete y las bayonetas de los soldados que subían por las escaleras, y si bien algunos intentaron rendirse, acabaron todos muertos. Los demás mahratta habían huido, se habían marchado por el terreno alto del centro del Fuerte Exterior hacia el barranco en dirección al fuerte más grande del

otro lado.

En una tronera del muro había una cuba, Sharpe se encaramó a allí y descubrió, tal como había esperado, que el barril contenía agua para los cañones entonces abandonados. Eran cañones muy pequeños, la mayoría de ellos montados sobre unos trípodes de hierro, pero habían infligido un duro castigo a los soldados apiñados a lo largo del acceso al fuerte. Se habían echado a un lado los muertos y heridos para dejar paso a la riada de soldados que se acercaba a las brechas. El comandante Stokes se contaba entre ellos, con Ahmed a su lado, y Sharpe los saludó con la mano, aunque ellos no le rieron. Hundió las manos en el agua, se echó un poco en la cara y el pelo, y luego se inclinó para beber. Estaba asquerosa, sabía a agua estancada y los restos de pólvora la amargaban, pero tenía una sed de muerte.

Sonó una ovación cuando los hombres del coronel Kenny enarbolaron la bandera británica sobre la capturada puerta Delhi. Un ayudante de campo plegaba la bandera de Manu Bappoo para llevarla de vuelta a Gran Bretaña. Un pelotón de soldados escoceses desatrancó la enorme puerta interior y luego la exterior para dejar que entraran aún más casacas rojas en el fuerte que con tanta rapidez había caído. Los soldados, exhaustos, se dejaron caer a la sombra del muro, pero los oficiales de Kenny les gritaban eme encontraran sus unidades, cargaran sus mosquetes y avanzaran hacia el sur.

—Creo que nuestras órdenes son montar guardia en la brecha —sugirió Morris cuando Sharpe bajó de un salto de la banqueta.

—Seguimos adelante —repuso Sharpe ferozmente.

—Nosotros...

—Nosotros seguimos adelante, señor —dijo Sharpe, que le confirió al «señor» un brutal desprecio.

—¡Muévanse, muévanse, muévanse! —le gritó un comandante a Morris—. ¡El trabajo aún no está hecho! ¡Muévanse! —agitó la mano señalando hacia el sur.

—Sargento Green —dijo Morris a regañadientes—, reúna a los hombres.

Sharpe caminó colina arriba, dirigiéndose al punto más alto del fuerte, y una vez allí miró hacia el sur. Bajo él el terreno caía en declive, con suavidad al principio y abruptamente después, hasta que desaparecía en un barranco rocoso sumido en las sombras. La otra vertiente estaba iluminada por el sol. Era una subida empinada hasta un muro sin brecha que tenía en el extremo oriental una sólida torre de entrada, mucho mayor que la que acababa de ser capturada, y aquella distante torre de entrada se hallaba plagada de soldados. Algunos de ellos llevaban casacas blancas y Sharpe conocía a esos hombres. Ya había luchado antes contra ellos.

—¡Joder! —dijo en voz baja.

—¿Qué pasa?

Sharpe se dio la vuelta y vio que Garrard lo había seguido.

—Lo veo puñeteramente difícil, Tom.

Garrard se quedó mirando el Fuerte Interior. Desde allí veía el palacio, los jardines y las defensas, y de pronto dichas defensas quedaron tapadas por el humo cuando los cañones del otro lado del barranco abrieron fuego sobre los casacas rojas que en aquellos momentos se desplegaban por el Fuerte Exterior. El proyectil pasó junto a Sharpe y Garrard con un aullido.

—¡Joder! —volvió a decir Sharpe. Acababa de abrirse camino a la fuerza por una brecha para contribuir a la captura de un fuerte sólo para encontrarse con que el verdadero trabajo de la jornada apenas había empezado.

Manu Bappoo había albergado la esperanza de defender las brechas concentrando sus mejores combatientes, los Leones de Alá, en sus cimas, pero aquella esperanza se había visto frustrada por los cañones británicos que no habían dejado de disparar contra las brechas hasta que los casacas rojas estuvieron casi en lo alto de las rampas.

Ningún defensor podía esperar quedarse en la brecha y seguir vivo, no hasta que los cañones dejaron de disparar, y para entonces los soldados que encabezaban el ataque ya estaban casi en la cima, por lo que a los Leones de Alá se les había negado de este modo la ventaja de hallarse en un terreno más elevado.

Atacantes y defensores se habían enfrentado en medio del polvo y el humo en lo alto de la brecha y allí había prevalecido la mayor estatura y fuerza de los escoceses. Manu Bappoo les había bramado a sus hombres, había luchado en su primera fila y había recibido una herida en el hombro, pero sus árabes se habían retirado. Habían retrocedido hacia las brechas superiores y allí los casacas rojas, ayudados por sus implacables cañonazos, se habían vuelto a imponer, y Manu Bappoo supo que el Fuerte Exterior estaba perdido. No era una gran pérdida en sí misma. En el Fuerte Exterior no se almacenaba nada valioso, simplemente se trataba de una elaborada defensa para retrasar a los atacantes que se acercaran al barranco, pero a Bappoo le irritó la rapidez de la victoria británica. Durante un rato maldijo a los casacas rojas e intentó volver a formar a sus hombres para defender la torre de entrada, pero en aquellos momentos los británicos ya irrumpían por las brechas, los artilleros de las murallas abandonaban sus armas y Bappoo supo que había llegado la hora de retirarse a la fortaleza del Fuerte Interior.

—¡Retrocedan! —gritó—. ¡Retrocedan! —Su túnica blanca estaba empapada con su propia sangre, pero la herida estaba en el hombro izquierdo y todavía podía blandir el *tulwar* con guarnición de oro que le había regalado su hermano—. ¡Retrocedan!

Los defensores se retiraron rápidamente y los atacantes parecían demasiado agotados para perseguirlos. Bappoo esperó hasta el último instante y entonces retrocedió andando de espaldas, dándole la cara al enemigo y retándolo a que se acercara a matarlo, pero ellos se limitaron a mirarlo mientras se alejaba. Sabía que en

un momento volverían a organizarse y avanzarían hacia el barranco, pero para entonces él y sus tropas ya estarían encerrados y a salvo en el interior de la fortaleza más grande.

Lo último que vio Bappoo en la puerta Delhi fue una bandera enemiga que se izaba hasta lo alto del mástil en el que había ondeado su propia bandera, luego descendió por la empinada cuesta y su guardaespaldas lo empujó a través de la puerta sur. Allí el sendero descendía en diagonal por la empinada ladera del barranco antes de torcer con una curva muy cerrada y ascender hacia el Fuerte Interior. Los primeros de sus hombres ya estaban subiendo por ese otro lado del sendero. Los artilleros del muro sur, que habían intentado detener a los casacas rojas que se acercaban por el camino de la llanura, abandonaron entonces sus pequeñas piezas y se sumaron a la retirada. Bappoo no tuvo más remedio que seguirles con lágrimas en los ojos. No importaba que la batalla no estuviera perdida, la rapidez de la derrota lo había humillado.

—Dese prisa, *sahib* —le dijo uno de sus edecanes.

—Los británicos no nos siguen —repuso Bappoo con cansancio—, todavía no.

—Esos británicos, sí —dijo el edecán, y señaló hacia el oeste donde el camino de la llanura subía hacia el barranco. Y allí, en la curva donde el camino desaparecía por el flanco de la empinada cuesta, había una compañía de casacas rojas. Llevaban faldas escocesas y Bappoo los recordaba de Argaum. Si aquellos soldados se apresuraban podían cortarles la retirada, de manera que aceleró el paso.

Hasta que no llegó al fondo del barranco no cayó en la cuenta de que algo iba mal. Los grupos de soldados que iban en cabeza habían llegado al Fuerte Interior, pero en lugar de entrar por la puerta en tropel se arremolinaban más abajo en la pendiente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Las puertas están cerradas, *sahib* —respondió asombrado su ayudante de campo.

—Se abrirán en cualquier momento —dijo Bappoo, y se dio la vuelta cuando una bala de mosquete pasó silbando desde la pendiente que tenía a sus espaldas. Los británicos que habían capturado el Fuerte Exterior finalmente habían avanzado hasta el borde del barranco y vieron por debajo de ellos a la concentración de enemigos que se batían en retirada, de manera que empezaron a disparar—. ¡Deprisa! —gritó Bappoo, y sus hombres siguieron empujando cuesta arriba, pero las puertas no se abrían.

El fuego británico se intensificó. Los casacas rojas ya estaban alineados en la cima y vertían el fuego de sus mosquetes sobre el barranco. Las balas rebotaban en las piedras y caían sobre el agolpamiento de hombres. Se les empezó a contagiar el pánico y Bappoo les gritó que mantuvieran la calma y devolvieran los disparos, en

tanto que él se abría camino a empujones entre la multitud para descubrir por qué estaban cerradas las puertas del Fuerte.

—¡Dodd! —gritó mientras se acercaba—. ¡Dodd!

El rostro del coronel Dodd apareció por encima de la muralla. Tenía un aspecto muy tranquilo, aunque no dijo nada.

—¡Abra la puerta! —exclamó Bappoo con enojo.

La respuesta de Dodd fue llevarse el rifle al hombro.

Bappoo se quedó mirando la boca del arma. Sabía que tenía que echar a correr o dar la vuelta y alejarse, pero el horror del destino hizo que se quedara plantado en el sendero.

—¿Dodd? —dijo con perplejidad, y entonces el rifle quedó oculto tras el humo de su descarga.

La bala alcanzó a Bappoo en el esternón, lo hizo añicos y los pedazos de hueso se le clavaron en el corazón. El Príncipe tomó aire dos veces, estremeciéndose, y murió.

Sus hombres profirieron un enorme lamento cuando se extendió la noticia de la muerte de su Príncipe y entonces, incapaces de soportar el fuego que caía sobre ellos desde el Fuerte Exterior y privados del acceso al Interior, huyeron en dirección oeste hacia el camino que descendía hasta la llanura.

Pero el camino estaba bloqueado. Los Highlanders del 78.º se aproximaban a su cima y vieron aparecer a un enorme y aterrorizado tumulto que se dirigía hacia ellos. Durante su prolongado ascenso los escoceses habían aguantado el fuego de artillería del Fuerte Exterior, pero para entonces aquellos cañones ya habían sido abandonados. A su derecha los precipicios se alzaban hacia el Fuerte Interior, en tanto que a su izquierda había un despeñadero sobre un desfiladero de vértigo.

En el camino sólo había espacio para doce hombres uno al lado del otro, pero el coronel Chalmers, al mando del 78.º, sabía que era espacio suficiente. Formó a la media compañía que iba en cabeza en tres filas, con los soldados de la primera fila arrodillados.

—Dispararán por filas —dijo en tono calmado.

Los despavoridos defensores corrieron hacia los Highlanders de falda escocesa, que aguardaron hasta que todos sus disparos pudieran matar.

—¡Primera fila, disparen! —dijo Chalmers.

Los mosquetes abrieron fuego y las tres filas dispararon una tras otra arremetiendo con una constante descarga contra los fugitivos que se aproximaban. Algunos trataron de darse la vuelta y retroceder, pero el agolpamiento que había a sus espaldas era demasiado grande, y mientras el fuego incesante seguía cayendo sobre ellos, a sus espaldas los casacas rojas bajaban del Fuerte Exterior para atacar su retaguardia.

Los primeros soldados saltaron por el precipicio y sus terribles gritos se apagaron

al precipitarse sobre las distantes rocas del fondo. El camino estaba lleno de cuerpos y la sangre corría por él.

—¡Avancen veinte pasos! —ordenó Chalmers.

Los Highlanders marcharon, se detuvieron, se arrodillaron y empezaron a disparar de nuevo. Los supervivientes de Bappoo, traicionados por Dodd, estaban atrapados entre dos fuerzas. Se hallaban encallados en un infierno por encima del vacío, una carnicería en las altas colinas. Se oían los gritos de los hombres que caían para encontrar la muerte a lo lejos bajo sus pies y los disparos no cesaban. No cesaron hasta que ya no quedaron más que unos cuantos hombres que temblaban aterrorizados, agachados en un camino que apestaba con el hedor de la sangre, y luego los casacas rojas avanzaron con las bayonetas.

El Fuerte Exterior había caído y su guarnición había sido masacrada.

Y William Dodd, renegado, era Señor de Gawilghur.

Capítulo 10

El señor Hakeswill no estaba seguro de si era un teniente a ojos de William Dodd, pero sabía que era señor y vagamente se percató de que podía ser mucho más que eso. William Dodd iba a ganar y su victoria lo convertiría en soberano de Gawilghur y tirano del extenso territorio que se podía ver desde sus elevadas almenas. Por consiguiente, el señor Hakeswill, como único oficial blanco de Dodd, tenía buenas perspectivas de sacar provecho de la victoria y, mientras se aproximaba al palacio en la cúspide de Gawilghur, Hakeswill ya se imaginaba un futuro limitado únicamente por los confines de su fantasía. Podría ser raja, decidió.

—Tendré un harén —dijo en voz alta, lo cual le valió una mirada preocupada por parte de su *havildar*—. Tendré un harén para mí solo. *Bibbis* vestidas de seda, pero sólo cuando haga frío, ¿eh? El resto del tiempo tendrán que ir desnudas tal como su madre las trajo al mundo. —Se rió, se rascó los piojos de la entrepierna y a continuación arremetió con su espada contra uno de los pavos reales que decoraban los jardines del palacio—. Estos pájaros traen mala suerte —le dijo Hakeswill al *havildar* mientras el pájaro huía en medio de un revoloteo de brillantes plumas cortadas—. Traen mala suerte. Tienen mal de ojo, ya lo creo. ¿Sabe lo que se debería hacer con un pavo real? Asarlo, al muy cabrón. Asarlo y servirlo con patatas. Hecho así queda muy bien.

—Sí, *sahib* —dijo el *havildar* con nerviosismo. No estaba seguro de que le gustara ese nuevo oficial blanco cuyo rostro se crispaba de forma tan compulsiva, pero el coronel Dodd lo había nombrado y, por lo que al *havildar* concernía, el coronel no podía equivocarse.

—Hace meses que no pruebo una patata —dijo Hakeswill con añoranza—. Es comida cristiana, ¿lo ve? Nos hace blancos.

—Sí, *sahib*.

—Y no seré *sahib*, ¿verdad? Su alteza, eso es lo que seré. Su condenada alteza con una cama llena de *bibbis* desnudas. —Los ti es agitaron su rostro, a la vez que se le ocurría una brillante idea—. Podría tener a Sharpy como criado. Aunque primero le cortarías las pelotas. ¡Chas, chas! —Subió saltando con entusiasmo por unas escaleras de piedra, ajeno al sonido de la artillería que había abierto fuego en el barranco al norte del Fuerte Interior. Dos guardias árabes se movieron para cerrarle el paso, pero Hakeswill les gritó—: ¡A las murallas, escoria! ¡Ya basta de escaquearse! Ya no vigiláis el orinal real, sino que tenéis que ser soldados. ¡Así que largaos!

El *havildar* ordenó a los dos hombres que se fueran y, aunque eran reacios a abandonar sus puestos, se sintieron intimidados por la cantidad de bayonetas que tenían frente a ellos. Así pues, al igual que los guardias que estaban en la puerta del jardín, huyeron.

—Ahora vayamos a buscar al hombrecillo gordo —dijo Hakeswill— y hagámosle una sangría.

—Debemos darnos prisa, *sahib* —dijo el *havildar*; al tiempo que echaba un vistazo hacia atrás y miraba el muro por encima del barranco donde los artilleros se habían puesto de pronto a trabajar.

—Las tareas de Dios no pueden hacerse con prisas —respondió Hakeswill, y tiró de una de las puertas de celosía que conducían al palacio— y el coronel Dodd se morirá de viejo entre estas murallas, hijito. No hay ser viviente que pueda atravesar esa entrada, y mucho menos una panda de jodidos escoceses. A la mierda esta puerta. —Levantó el pie derecho y echó abajo la celosía a golpes de bota.

Hakeswill había esperado encontrarse un palacio cargado de oro, engalanado con sedas y enlosado con mármol pulido, pero Gawilghur siempre había sido únicamente un refugio veraniego, y Berar nunca había poseído las mismas riquezas que otros estados indios, por lo que los suelos eran de piedra común y corriente, las paredes estaban pintadas con cal y las cortinas eran de algodón. En el vestíbulo había algunos magníficos muebles de ébano con incrustaciones de marfil, pero a Hakeswill no le interesaban sillas como aquéllas, sólo las piedras preciosas, y no vio ninguna. Había dos tarros de bronce y una escupidera de hierro junto a unas paredes en las que las lagartijas aguardaban inmóviles, mientras que el lugar de honor lo ocupaban un atizador dorado, unas tenacillas y una pala para el fuego, fabricados en Birmingham, colocados en un soporte dentro de una hornacina y privados desde hacía tiempo de una chimenea. En el vestíbulo no había guardias, de hecho no se veía a nadie, y en el palacio parecía reinar el silencio excepto por unos débiles gemidos y sonidos de ahogo que provenían de una puerta encortinada que había en el extremo más alejado del vestíbulo. El ruido de los cañones se oía amortiguado. Hakeswill levantó su espada y se dirigió poco a poco hacia la cortina. Sus hombres lo siguieron despacio, con las bayonetas preparadas y escudriñando con la mirada la más pequeña de las sombras.

Hakeswill apartó la cortina con la hoja y dio un grito ahogado.

El *killadar*, con un *tulwar* colgando del costado y un pequeño escudo redondo sujeto a su brazo izquierdo, se quedó mirando a Hakeswill por encima de los cuerpos de sus mujeres, hijas y concubinas. En el suelo había dieciocho mujeres. La mayoría estaban inmóviles, pero algunas todavía se retorcían mientras el lento dolor del veneno llevaba a cabo sus horrores. El *killadar* estaba llorando.

—No podía dejarlas para los ingleses —dijo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Hakeswill.

—Prefirió que murieran antes que las deshonraran —tradujo el *havildar*.

—Joder —se limitó a decir Hakeswill. Bajó los escalones y se acercó a donde yacían las mujeres. A las que estaban muertas les salía una baba verdosa de la boca y

sus ojos vidriosos estaban fijos en las flores de loto pintadas en el techo, en tanto que las vivas se sacudían de forma espasmódica. Las tazas de las que habían bebido el veneno estaban sobre el suelo embaldosado—. Aquí hay unas *bibbis* estupendas —dijo Hakeswill en tono compungido—. ¡Qué desperdicio! —Se quedó mirando a una niña que no tendría más de seis o siete años. Llevaba una piedra preciosa alrededor del cuello y Hakeswill se agachó, agarró el colgante y rompió la cadena—. Un jodido desperdicio —dijo indignado, y utilizó la hoja de la espada para levantarle el sari a una mujer moribunda. Levantó la seda hasta su cintura y movió la cabeza—. ¡Mira esto! —exclamó—. ¡Pero mira esto! ¡Vaya un jodido desperdicio!

El *killadar* soltó un rugido de furia, desenvainó el *tulwar* y bajó corriendo los escalones para apartar a Hakeswill de sus mujeres. Hakeswill, alarmado, retrocedió, pero de repente se acordó que iba a ser raja y que no podía demostrar timidez delante del *havildar* y sus soldados, de modo que avanzó de nuevo y arremetió propinando una torpe estocada con su espada. Puede que el movimiento fuera torpe, pero también fue afortunado, pues el *killadar* había tropezado con uno de los cuerpos y se tambaleaba hacia delante, sacudiendo el *tulwar* mientras que intentaba recuperar el equilibrio, y la punta de la hoja de Hakeswill le rasgó la garganta, con lo que una lluvia de sangre cayó a borbotones sobre las muertas y moribundas. El *killadar* se desplomó dando boqueadas. Le temblaron las piernas cuando trató de blandir el *tulwar* para propinarle un golpe a Hakeswill, pero se le iban las fuerzas y el inglés ya estaba encima de él.

—¡Eres un *djinn*! —gruñó el *killadar* con voz ronca.

La espada se clavó en el cuello de Beny Singh.

—No estoy borracho, cabrón —dijo Hakeswill indignado—. ¡Hace tres años que no he visto ni una gota de leche materna! —Hizo girar la hoja de la espada, fascinado por la manera en que la sangre salía pulsátil junto al acero. Se quedó mirando hasta que al final la sangre no fue más que un hilo y entonces liberó la hoja de un tirón—. Éste ya se ha ido —dijo Hakeswill—. Otro jodido pagano que se ha ido al infierno, ¿eh?

El *havildar* miraba, horrorizado a Beny Singh y a los cadáveres empapados con su sangre.

—¡No se quede ahí parado, pedazo de pasmarote! —exclamó Hakeswill con brusquedad—. ¡Volvamos a las murallas!

—¿A las murallas, *sahib*?

—¡Deprisa! Se está librando una batalla, ¿o es que no se ha dado cuenta? ¡Vamos! ¡Márchese! Llévase a la compañía e informe al coronel Dodd de que este gordo cabrón está muerto. Dígale que estaré de vuelta en uno o dos minutos. ¡Y ahora lárguese! ¡Rápido!

El *havildar* obedeció y se llevó a sus hombres de vuelta por el vestíbulo y salieron

a la luz del sol emborronada por el humo que se alzaba del barranco. Hakeswill, solo en el palacio, se agachó para hacer su trabajo. Todas las muertas llevaban alhajas. No eran gemas grandes, no como el enorme rubí que el sultán Tippoo había llevado en su tocado, pero había perlas y esmeraldas, zafiros y pequeños diamantes, todo ello engarzado en oro, y Hakeswill se puso a hurgar entre las sedas ensangrentadas para recuperar aquellos pedacitos de riqueza. Se metió las piedras en los bolsillos, donde se sumaron a las gemas que le había quitado a Sharpe y entonces, cuando hubo registrado y desvalijado todos los cadáveres, deambuló por el palacio gruñéndoles a los criados y amenazando a los pinches mientras revolvía las habitaciones más pequeñas. El resto de los defensores podían luchar; el señor Hakeswill se estaba haciendo rico.

El combate en el barranco era entonces una despiadada masacre. La guarnición del Fuerte Exterior estaba atrapada entre los soldados que habían capturado su fortaleza y los Highlanders de falda escocesa que avanzaban por el estrecho camino, y no había ninguna posibilidad de escapar excepto por el precipicio, y aquellos que lo hacían o que eran empujados por la aterrorizada masa de gente caían sobre las ensombrecidas rocas de abajo. Los soldados del coronel Chalmers avanzaban con las bayonetas y conducían a los fugitivos hacia los hombres de Kenny, que los recibían con más bayonetas. Un millar de soldados habían guarnecido el Fuerte Exterior y ahora aquellos hombres estaban muertos o condenados, pero unos siete mil defensores más aguardaban dentro del Fuerte Interior y el coronel Kenny estaba ansioso por atacarlos. Trató de ordenar a los soldados en filas, tirando de ellos para apartarlos de la carnicería y gritándoles a los artilleros que buscaran un cañón enemigo en las murallas capturadas que pudiera arrastrarse y situarse frente a la sólida puerta del Fuerte Interior, pero los casacas rojas tenían un objetivo más fácil en los amontonados fugitivos y mataban con entusiasmo al enemigo indefenso. Los cañones del Fuerte Interior no habían dejado de disparar contra los atacantes y los cohetes caían al barranco para aumentar la asfixiante niebla del humo de la pólvora.

La carnicería no podía perdurar. Los derrotados defensores arrojaron sus armas y cayeron de rodillas, y poco a poco los oficiales británicos pusieron fin a la masacre. Los Highlanders de Chalmers avanzaron por el camino, que entonces estaba resbaladizo por la sangre, conduciendo a los pocos prisioneros delante de ellos. Los árabes heridos cojeaban o se arrastraban. A los supervivientes los despojaron de las armas que les quedaban y los mandaron de vuelta al Fuerte Exterior bajo la vigilancia de una guardia de cipayos, y a cada paso del camino sufrieron el fuego que llameaba y restallaba desde el Fuerte Interior. Finalmente, exhaustos, se los llevaron a través de la puerta Delhi y les dijeron que esperaran junto al depósito. Los sedientos prisioneros se arrojaron al agua cubierta de verdín y algunos de ellos, al ver que los

guardias cipayos eran poco numerosos, se escabulleron hacia el norte. Eran fugitivos desarmados y sin mando que no suponían ninguna amenaza para el campamento británico, el cual estaba vigilado por medio batallón de cipayos de Madras.

La falda septentrional del barranco, la que daba al Fuerte Interior todavía por conquistar, se hallaba entonces plagada de unos tres mil casacas rojas, la mayoría de los cuales no hacían nada aparte de sentarse en cualquier sombra que pudieran encontrar y quejarse de que los *puckalees* no les hubieran traído agua. De vez en cuando un soldado disparaba un mosquete hacia el otro lado del barranco, pero a aquella distancia las balas iban donde querían y el fuego enemigo, que había sido intenso durante la masacre en el camino oeste, disminuyó paulatinamente mientras los dos bandos esperaban a que empezara la verdadera contienda.

Sharpe se hallaba a medio camino barranco abajo, sentado bajo un árbol raquítico en el que los restos de una flor roja caían secos y descoloridos. Una tribu de monos de pelaje plateado y cara negra había huido de la irrupción de los soldados en el rocoso desfiladero y en aquellos momentos las bestias, agrupadas por detrás de Sharpe, farfullaban y gritaban. Tom Garrard y una docena de soldados de la Compañía Ligera del 33.º se habían reunido en torno a Sharpe, en tanto que el resto de la compañía estaba más abajo del barranco entre unas rocas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Garrard.

—Ahora unos cuantos pobres desgraciados tendrán que atravesar esa puerta —respondió Sharpe.

—¿Tú no?

—Kenny nos llamará cuando nos necesite —respondió Sharpe, al tiempo que señalaba con la cabeza al enjuto coronel que finalmente había organizado un grupo de asalto al pie del sendero que ascendía en pendiente hacia la puerta—. Y lo hará, Tom, puedes estar seguro. No va a ser fácil atravesar esa puerta. —Se tocó la marca de la quemadura que tenía en la mejilla—. ¡Cómo duele esto, cono!

—Ponte un poco de mantequilla —dijo Garrard.

—¿Y de dónde saco yo ahora la puñetera mantequilla? —preguntó Sharpe. Se protegió los ojos de la luz del sol y los entrecerró para mirar hacia las complejas fortificaciones sobre la enorme puerta tratando de divisar a Dodd o a Hakeswill, pero aunque distinguía las casacas blancas de las Cobras, no vio a ningún hombre blanco en las murallas—. Va a ser un combate largo, Tom —comentó.

Los artilleros británicos habían conseguido traer un cañón de cinco libras enemigo hasta el borde del barranco. La visión de aquella pieza provocó un aluvión de fuego proveniente del Fuerte Interior, cuya torre de entrada quedó envuelta en una humareda cuando las balas atravesaron el barranco con un silbido para caer alrededor de la amenazadora arma. De alguna manera sobrevivió. Los artilleros atacaron el cañón, lo apuntaron y después dispararon una bala que rebotó justo debajo de la

puerta, dio en la madera pero cayó hacia atrás.

Los defensores seguían disparando, pero el humo que hacían les ocultaba el objetivo y el pequeño cañón capturado se había situado tras una enorme roca baja que servía como improvisado parapeto. Los artilleros elevaron unos centímetros el tubo y su siguiente disparo dio justo en el centro de la puerta y rompió un madero. Cada uno de los sucesivos disparos astilló más madera y fue recibido por una irónica ovación por parte de los casacas rojas que observaban desde el otro lado del barranco. La puerta se estaba echando abajo tablón a tablón y al final una bala chocó contra la tranca y los maderos medio destrozados se combaron en los goznes.

El coronel Kenny estaba reuniendo a sus tropas de asalto al pie del barranco. Eran los mismos soldados que habían entrado primero en las brechas del Fuerte Exterior y sus rostros estaban manchados de polvo, sudor y quemaduras de pólvora. Observaban la destrucción de la primera puerta del Fuerte Interior y sabían que tendrían que ascender por el sendero y entrar bajo fuego enemigo en cuanto el cañón hubiera hecho su trabajo. Kenny mandó llamar a un ayudante de campo.

—¿Conoce a Plummer? —le preguntó al hombre.

—¿El artillero mayor, señor?

—Búsquelo —dijo Kenny—, o a cualquier otro oficial artillero. Dígales que tal vez nos haga falla una pieza ligera arriba en la puerta. —Señaló con la espada enrojecida la torre de entrada del Fuerte Interior—. El pasadizo no es recto —le explicó al edecán—. Atravesaremos la puerta y torceremos a la izquierda en un ángulo cenado. Si nuestros hombres no pueden encargarse de las otras puertas con las hachas necesitaremos un cañón para hacerlas volar en pedazos.

El ayudante de campo volvió a trepar hacia el Fuerte Exterior en busca de un artillero. Kenny habló con sus soldados y les explicó que en cuanto atravesaran la destrozada puerta se encontrarían frente a otra y que la infantería tenía que disparar hacia arriba, contra las banquetas que flanqueaban el paso, para proteger a los hacheros, los cuales intentarían abrirse camino a través de los sucesivos obstáculos.

—Si nuestro fuego es lo suficientemente intenso —dijo Kenny— el enemigo se refugiará. No llevará mucho tiempo. —Miró a los soldados de las hachas, unos zapadores grandotes que llevaban todos ellos unas herramientas de hoja grande que se habían amolado hasta proporcionarles un siniestro filo.

Kenny se dio la vuelta y observó el efecto de las balas de cinco libras. La tranca de la puerta había sido alcanzada de lleno, pero la puerta aún aguantaba. Un proyectil mal dirigido chocó con estrépito contra la piedra al lado de la puerta y levantó una polvareda, luego una corrección de la pieza mandó una bala que volvió a dar en la tranca, el grueso madero se rompió y los restos de la puerta cayeron hacia adentro.

—¡Adelante! —gritó Kenny—. ¡Adelante!

Cuatrocientos casacas rojas siguieron al coronel por el estrecho camino que

llevaba al Fuerte Interior. No podían correr para atacar puesto que la pendiente era empinada; sólo podían caminar con dificultad bajo la furia de las descargas de Dodd. Cañones, misiles y mosquetes arremetían cuesta abajo y abrían huecos en las filas de Kenny.

—¡Dispárenles! —les gritó un oficial situado en la vertiente norte del barranco a los casacas rojas que observaban, y los soldados cargaron sus mosquetes y dispararon contra la torre de entrada oculta por el humo. Aunque no hicieran gran cosa, aquellos disparos realizados al azar evitarían que los defensores levantaran la cabeza. Se había traído otro cañón del Fuerte Exterior que sumó entonces sus pequeñas balas a la furia que batía de forma audible contra las fortificaciones de la torre de entrada. Dichas fortificaciones estaban cubiertas por el humo de la pólvora que manaba de los cañones y los mosquetes de los defensores, y era precisamente aquel humo el que protegía a los hombres de Kenny mientras se apresuraban a remontar los últimos metros hacia la puerta rota—. ¡Protejan a los zapadores! —gritó Kenny, y entonces, espada en mano, trepó por encima de los maderos rotos y condujo a sus atacantes por el pasadizo de entrada.

Kenny se encontró frente a un muro de piedra. Ya se lo esperaba, pero aun así quedó asombrado por la estrechez del pasadizo que torcía bruscamente a su izquierda para luego ascender abruptamente hacia la segunda puerta intacta.

—¡Ahí está! —gritó, y llevó a una oleada de soldados por el camino empedrado hacia los maderos tachonados de hierro.

Y se desató el infierno.

Las banquetas situadas por encima del pasadizo de entrada se hallaban protegidas por el alto muro de la muralla exterior y los soldados de Dodd, aunque podían oír las balas de mosquete golpear contra las piedras, estaban a salvo del intenso fuego que atravesaba el profundo barranco. Pero los casacas rojas que había bajo ellos, los hombres que seguían al coronel Kenny por el pasadizo, no tenían protección. Disparos de mosquete, piedras y cohetes cayeron sobre un estrecho espacio de tan sólo unos veinticinco pasos de largo por ocho de ancho. Los hacheros que iban en cabeza fueron los primeros en morir, abatidos por las balas. La sangre salpicó las paredes y llegó muy alto. De alguna manera el coronel Kenny sobrevivió a la salva inicial, luego un pedazo de piedra le dio en el hombro y lo tiró al suelo. Un cohete pasó junto a su rostro y le chamuscó la mejilla, pero se puso en pie y, blandiendo la espada con la mano entumecida, les gritó a sus soldados que siguieran adelante. Nadie lo oyó. El estrépito inundaba aquel angosto espacio lleno de una humareda asfixiante en el que morían los soldados y estallaban los cohetes. Una bala de mosquete alcanzó a Kenny en la cadera, él se dio la vuelta y estuvo a punto de caerse, pero se obligó a ponerse en pie y, con la sangre corriéndole por sus blancos bombachos, siguió adelante cojeando. Entonces otra bala de mosquete le surcó la

espalda y lo arrojó hacia delante. Se arrastró por las piedras que la sangre hacía resbaladizas con la espada todavía en la mano y se estremeció cuando una tercera bala lo alcanzó en la espalda. Aún consiguió llegar a la segunda puerta y se irguió para golpearla con su espada, pero entonces una última bala de mosquete le partió la cabeza y lo dejó muerto al frente de sus hombres. Más balas acribillaron su cadáver.

Los supervivientes de Kenny intentaron hacer frente a los disparos. Trataron de subir la pendiente hacia la segunda puerta, pero el fuego mortífero no cesaba y los muertos constituían una barrera para los vivos. Algunos soldados realizaron un intento de disparar hacia sus torturadores en la banqueta, pero el sol estaba alto y apuntaban hacia una luz cegadora, y los casacas rojas pronto empezaron a retroceder por el pasadizo. El aluvión de disparos que caía desde lo alto no amainaba. Hacía trizas a los escoceses, rebotaba entre los muros, alcanzaba a los vivos, a los muertos y a los moribundos, mientras que los cohetes, que se encendían y se arrojaban hacia abajo, chisporroteaban como enormes cometas entre las paredes de piedra y llenaban el espacio de un humo nauseabundo. Los muertos sufrían las quemaduras de las llamas de los misiles que hacían estallar sus cartucheras para propulsar goterones de sangre contra los negros muros, pero el humo ocultaba a los supervivientes, quienes, a su abrigo, retrocedieron a trompicones hacia la colina que había afuera de la fortaleza. Dejaron un pasadizo de paredes de piedra plagado de muertos y moribundos, que chorreaba sangre, apestaba a humo y resonaba con los quejidos de los heridos.

—¡Alto el fuego! —gritó el coronel Dodd—. ¡Alto el fuego!

Poco a poco se fue despejando la humareda y Dodd bajó la vista hacia un degolladero en el que se movían unos cuantos cuerpos.

—Volverán pronto —advirtió Dodd a sus Cobras—. ¡Traigan más piedras, asegúrense de que sus mosquetes estén cargados! ¡Más cohetes! —Les dio unas palmaditas en el hombro a sus soldados para felicitarles. Ellos le sonrieron, complacidos con su trabajo. Era como matar ratas en un tonel. Ni un solo Cobra había sido alcanzado, el primer asalto enemigo había fallado y los demás, Dodd estaba seguro de ello, terminarían de la misma forma. El Señor de Gawilghur estaba consiguiendo su primera victoria.

El comandante Stokes había encontrado a Sharpe poco antes de que Kenny iniciara su asalto, y a los dos hombres se les habían unido primero Syud Sevajee y sus seguidores y luego la docena de soldados de caballería que acompañaban a Eli Lockhart. Todos ellos, Stokes, Sevajee y Lockhart, habían entrado en el Fuerte Exterior en cuanto hubo terminado el combate por las brechas y en aquellos momentos estaban mirando el fracaso del asalto de Kenny. Los supervivientes del ataque estaban agachados a pocos metros de la rota entrada en la que bullía el humo,

y Sharpe vio que se estaban armando de valor para cargar de nuevo.

—Pobres desgraciados —dijo.

—En este asunto no hay alternativa —comentó Stokes en tono sombrío—. Es la única manera de entrar.

—Eso no es una entrada, señor —repuso Sharpe con adustez—, eso es un camino rápido hacía una tumba poco profunda.

—Arrollarlos —dijo Stokes—, es la única manera de hacerlo. Arrollándolos.

—¿Y enviar a más soldados para que los maten? —preguntó Sharpe con enojo.

—Se puede llevar un cañón hasta ese lado —sugirió Stokes— y derribar las puertas una tras otra. Es la única manera de abrir este lugar, Sharpe.

El fuego de cobertura que había estallado por el barranco se apagó cuando fue evidente que el primer ataque había fracasado y aquella tregua animó a los defensores a dirigirse a las troneras exteriores y desde allí disparar a los estancados atacantes.

—¡Dispárenles! —gritó un oficial desde el lecho del barranco, y de nuevo los mosquetes llamearon por el desfiladero y las balas repiquetearon contra los muros.

El comandante Stokes había enfocado con su anteojo la puerta donde la espesa humareda se había disipado por fin.

—Nada bueno —admitió—. Da a una pared lisa.

—¿Que hace qué, señor? —preguntó Eli Lockhart. El sargento de caballería miraba horrorizado el espanto del otro lado del barranco, agradecido tal vez de que a la caballería nunca se le pidiera irrumpir en semejantes trampas mortales.

—El pasadizo tuerce a un lado —dijo Stokes—. No podemos disparar en línea recta desde la entrada. Tendrán que arrastrar un cañón hasta el arco.

—No lo conseguirán —dijo Sharpe. Cualquier cañón situado en el arco exterior recibiría toda la furia del fuego enemigo y aquellos defensores estaban protegidos por el gran muro exterior. La única manera que Sharpe veía de entrar en la fortaleza era derribar completamente la torre de entrada, y eso llevaría días de intenso fuego de artillería.

—Las puertas del infierno —comentó Stokes en voz baja sin dejar de mirar a través de su catalejo a los cuerpos que se habían quedado en el interior del arco.

—¿Me presta el anteojo, señor? —le preguntó Sharpe.

—Por supuesto. —Stokes limpió el ocular con el dobladillo de su casaca—. Aunque no es una bonita vista.

Sharpe tomó el catalejo y lo enfocó hacia el otro lado del barranco. Le echó un vistazo superficial a la torre de entrada y luego fue desplazando poco a poco la lente a lo largo del muro que se extendía hacia el oeste desde la asediada puerta. El muro no era muy alto, tal vez tuviera unos tres o cuatro metros, mucho más bajo que las grandes murallas en torno a la torre de entrada, y sus troneras no parecían estar demasiado guarnecidas. Pero aquello no era ni mucho menos sorprendente, puesto

que el muro se alzaba en lo alto de un precipicio. Las defensas que tenían delante no eran el muro y su puñado de defensores, sino la rocosa escarpadura que descendía hacia el barranco.

Stokes se dio cuenta de adonde apuntaba Sharpe el catalejo.

—Por ahí no se puede entrar, Richard.

Sharpe no dijo nada. Tenía la mirada fija en un sitio en el que los hierbajos y pequeños arbustos serpenteaban hacia lo alto del precipicio. Desplazó el anteojo desde el lecho del barranco hasta la base del muro, inspeccionando cada centímetro, y le pareció que por allí sí se podía trepar. Costaría bastante, pues la pendiente era peligrosa, pero si había espacio para que se alojaran las matas también podría subir un hombre, y en lo alto había una diminuta zona de hierba entre el precipicio y el muro. Se apartó el anteojo del ojo.

—¿Alguien ha visto una escalera?

—Ahí atrás. —Fue Ahmed el que respondió.

—¿Dónde, chico?

—Ahí arriba. —El muchacho árabe señaló al Fuerte Exterior—. En el suelo —dijo.

Sharpe se dio la vuelta y miró a Lockhart.

—¿Pueden ir a buscarme una escalera, muchachos?

—¿En qué está pensando? —inquirió Lockhart.

—En una manera de entrar —dijo Sharpe—, una maldita manera de entrar. —Le dio el anteojo a Stokes—. Tráigame una escalera, sargento —dijo—, y ya arreglaré yo a esos cabrones como es debido. ¿Ahmed? Enséñale al sargento Lockhart dónde viste la escalera.

—Me quedo con usted —respondió el chico tercamente.

—Ni hablar. —Sharpe le dio unas palmaditas en la cabeza al muchacho preguntándose qué pensaba Ahmed de la carnicería infligida a sus compatriotas en el barranco, pero afortunadamente el chico no parecía afectado—. Ve a ayudar al sargento —le dijo a Ahmed.

Ahmed guió a los soldados de caballería colina arriba.

—¿Qué está haciendo, Richard? —preguntó Stokes.

—Podemos trepar por el muro —dijo Sharpe, al tiempo que señalaba hacia el reguero de hierbajos y matorrales que ascendía serpenteando por el otro lado del barranco—. Usted no, señor, pero una compañía ligera puede hacerlo. Subir por el barranco, llevar una escalera y cruzar el muro.

Stokes enfocó el anteojo y examinó el precipicio que tenían enfrente durante un largo rato.

—Tal vez conseguiría subir —dijo con recelo—, pero entonces ¿qué?

Sharpe sonrió.

—Atacaríamos la torre de entrada por detrás, señor.

—¿Una compañía?

—Allí adonde puede ir una compañía, señor, otra puede seguirla. En cuanto vean que estamos ahí arriba acudirán más soldados. —Todavía llevaba el enorme *claymore*, que era demasiado grande para encajar en la vaina de su espada prestada, así que se deshizo de aquella vaina y se metió el *claymore* en el cinturón. Le gustaba aquella espada. Era pesada, de hoja recta y brutal, no era un arma para un trabajo delicado, sino una asesina. Algo para darle confianza a un soldado—. Usted quédese aquí, señor —le dijo a Stokes—, y cuide de Ahmed por mí. A ese granuja le encantaría entrar en combate, pero en cuanto a pelear se refiere tiene el mismo sentido común que un piojo y seguro que lo matan. ¡Tom! —le gritó a Garrard, y le hizo señas para que él y el resto de la Compañía Ligera del 33.º lo siguieran hasta el lugar en el que Morris se refugiaba entre las rocas—. Cuando Eli regrese con la escalera, señor —añadió dirigiéndose a Stokes—, dígale que baje.

Sharpe bajó corriendo por la empinada vertiente del barranco y se adentró en las sombras hediondas de humo donde Morris estaba sentado bajo un árbol y disfrutaba de una comida con pan, ternera salada y el licor que le quedara en la cantimplora.

—No tengo suficiente comida para usted, Sharpe —le dijo Morris.

—No tengo hambre —mintió Sharpe.

—Vaya manera de sudar la suya —se quejó Morris—. ¿Por qué no busca un poco de sombra? No podemos hacer nada hasta que los artilleros derriben esa maldita torre de entrada.

—Sí que podemos hacer algo —dijo Sharpe.

Morris le dirigió una mirada escéptica a Sharpe.

—Yo no he recibido órdenes, alférez.

—Lo necesito a usted y a la Compañía Ligera, señor —dijo Sharpe con respeto—. Hay una manera de subir por la pared del barranco, señor, y si logramos llevar una escalera hasta allí entonces podremos cruzar el muro y darles a esos cabrones por detrás.

Morris se llevó la cantimplora a la boca, la inclinó, bebió y luego se limpió los labios.

—Si usted, veinte como usted, el arcángel Gabriel y todos los jodidos santos me pidieran que trepara por el barranco, Sharpe, les diría que no. ¡Y ahora deje de intentar ser un maldito héroe, hombre, por Dios! Déjelo en manos de los pobres desgraciados que tienen órdenes y lárguese. —Agitó la mano.

—Señor —le rogó Sharpe—, ¡podemos hacerlo! He mandado a buscar una escalera.

—¡No! —lo interrumpió Morris en voz alta, con lo que atrajo la atención del resto de la compañía—. No le voy a dar mi compañía, Sharpe. ¡Por el amor de Dios, si ni

siquiera es un verdadero oficial! ¡No es más que un sargento henchido! Un jodido alférez que se ha crecido y, permítame que se lo recuerde, señor Sharpe, que tiene prohibido por el reglamento militar servir en este regimiento. Ahora márchese y déjeme en paz.

—Ya me imaginé que diría eso, Charles —dijo Sharpe en tono compungido.

—¡Y deje de llamarme Charles! —estalló Morris—. Usted y yo no somos amigos. Y tenga la bondad de obedecer mi orden de dejarme en paz, ¿o es que no se ha dado cuenta de que le supero en rango?

—Me he dado cuenta, señor —dijo Sharpe con humildad, y empezó a darse la vuelta, pero de pronto se volvió otra vez y agarró a Morris de la casaca. Lo arrastró hacia las rocas tan deprisa que por un momento el capitán fue incapaz de resistirse. En cuanto estuvieron entre las rocas Sharpe soltó la remendada guerrera y le pegó un puñetazo en el estómago a Morris—. Esto es por los azotes que me dio, cabrón —le dijo.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, Sharpe? —le preguntó Morris, al tiempo que arrastraba el trasero por el suelo para retroceder a toda prisa.

Sharpe le pegó una patada en el pecho, se inclinó, tiró de él para levantarlo y le volvió a pegar con el puño en la mandíbula. Morris dio un chillido de dolor y luego soltó un grito ahogado cuando Sharpe le propinó un revés en la mejilla, después lo golpeó de nuevo. Un grupo de soldados los habían seguido hasta allí y miraban con unos ojos como platos. Morris se volvió para dirigirse a ellos, pero Sharpe lo golpeó una vez más, los ojos del capitán se volvieron vidriosos, se bamboleó y se desplomó. Sharpe se inclinó sobre él.

—Puede que me supere en rango —dijo—, pero es un pedazo de mierda, Charlie, y siempre lo fue. Y ahora, ¿puedo llevarme a la compañía?

—No —contestó Morris a través de la sangre que tenía en los labios.

—Gracias, señor —dijo Sharpe, le estampó la bota en la cabeza a Morris con fuerza y la hizo chocar con una piedra. Morris soltó una exclamación entrecortada, se atragantó y luego quedó inmóvil mientras la respiración le raspaba la garganta.

Sharpe volvió a propinarle un puntapié en la cabeza a Morris, esta vez sólo por gusto, y se dio la vuelta sonriendo.

—¿Dónde está el sargento Green?

—Aquí, señor. —Green, que parecía preocupado, se abrió paso a empujones entre los soldados que miraban—. Estoy aquí, señor —dijo al tiempo que observaba asombrado al inmóvil Morris.

—El capitán Morris ha comido algo que le ha sentado mal —explicó Sharpe—, pero antes de ponerse enfermo expresó su deseo de que asumiera el mando de la compañía temporalmente.

El sargento Green miró al maltrecho y ensangrentado capitán, luego volvió a

mirar a Sharpe.

—¿Algo que ha comido, señor?

—¿Es usted médico, sargento? ¿Acaso lleva usted un penacho negro en el sombrero?

—No, señor.

—Entonces deje de cuestionar lo que digo. Haga formar a la compañía, los mosquetes cargados, las bayonetas sin calar. —Green titubeó—. ¡Hágalo, sargento! —exclamó Sharpe con un rugido que sobresaltó a los soldados que estaban allí mirando.

—¡Sí, señor! —se apresuró a decir Green, al tiempo que retrocedía.

Sharpe esperó hasta que la compañía estuvo formada en sus cuatro filas. Muchos de los soldados lo miraban con recelo, pero no podían desafiar su autoridad, no cuando el sargento Green la había aceptado.

—Son una compañía ligera —dijo Sharpe—, y eso significa que pueden llegar allí donde otros soldados no pueden. Eso los convierte en una élite. ¿Saben lo que quiere decir? Quiere decir que ustedes son los mejores de todo el maldito ejército y en este preciso momento el ejército necesita de sus mejores hombres. Les necesita a ustedes. De modo que dentro de un minuto treparemos por ahí —señaló al barranco—, cruzaremos el muro y combatiremos al enemigo. Será una tarea difícil durante un rato, pero nada que no esté al alcance de una buena compañía ligera. —Miró a su izquierda y vio que Eli Lockhart bajaba a la cabeza de sus hombres por la ladera del barranco con una de las escaleras de bambú que se habían desechado—. Yo iré delante —les dijo a la compañía— y el sargento Green irá el último. Si alguien se niega a trepar, sargento, tiene que pegarle un tiro a ese cabrón.

—¿Tengo que hacerlo, señor? —preguntó Green, nervioso.

—En la cabeza —respondió Sharpe.

El comandante Stokes había seguido a Lockhart y en aquellos momentos se acercaba a Sharpe.

—Yo organizaré un poco de fuego de cobertura, Sharpe —dijo.

—Eso será de gran ayuda, señor. Y no es que estos soldados necesiten mucha. Son la Compañía Ligera del 33.º. Lo mejor del ejército.

—Estoy seguro de que así es —dijo Stokes sonriendo a los setenta hombres que, al ver que el comandante estaba con Sharpe, supusieron que el alférez sí tenía autoridad para hacer lo que se proponía.

Lockhart, con su casaca azul y amarilla, esperaba con la escalera.

—¿Dónde la quiere, señor Sharpe?

—Allí —contestó Sharpe—. Nos la pasará cuando hayamos llegado arriba. ¡Sargento Green! ¡Mande a los hombres por filas! ¡La primera fila primero! —Se dirigió hacia la pared del barranco y levantó la mirada hacia la ruta escogida. Desde

allí parecía más empinada y mucho más alta de lo que le había parecido cuando miraba por el antejo, pero siguió pensando que se podía escalar. No veía el muro del Fuerte Interior, pero eso era bueno, puesto que los defensores tampoco podrían verlo. De todos modos era condenadamente abrupto. Lo bastante abrupto como para que una cabra montes se lo pensara, sin embargo, si no seguía adelante lo acusarían de golpear a un oficial superior, de manera que no tenía más alternativa que hacerse el héroe.

Así que se echó un buen escupitajo en sus magulladas manos, miró hacia arriba una última vez y acto seguido empezó a trepar.

El segundo asalto contra la torre de entrada del Fuerte Interior no resultó mucho mejor que el primero. Una concentración de soldados profiriendo alaridos cargaron a través de los restos de la puerta destrozada, se toparon con los muertos y heridos al torcer por el pasadizo y entonces empezó de nuevo la matanza. Una lluvia de proyectiles, cohetes y disparos de mosquete convirtió el angosto y empinado pasadizo en un osario. Uno de los hacheros consiguió llegar a la segunda puerta y se puso de pie por encima del cuerpo quemado del coronel Kenny para hundir la hoja en la madera, pero inmediatamente fue alcanzado por tres balas de mosquete y cayó de espaldas, dejando el hacha incrustada en la madera oscura. Nadie más se acercó a la puerta, y un comandante, horrorizado ante aquella carnicería, hizo retroceder a los soldados.

—La próxima vez —les gritó— designaremos a unos grupos de tiradores para que proporcionen cobertura. ¡Sargento! Quiero una docena de soldados.

—Necesitamos un cañón, señor —respondió el sargento con cruda franqueza.

—Dicen que ya hay uno en camino. —El ayudante de campo al que Kenny había mandado a buscar un cañón había regresado con el grupo de asalto—. Aunque dicen que tardará un poco —añadió sin explicar que el oficial artillero había declarado que al menos les llevaría un par de horas transportar el cañón y la munición desde el otro lado del barranco.

El comandante sacudió la cabeza.

—Lo intentaremos sin el cañón —dijo.

—Que Dios nos ayude —comentó el sargento entre dientes.

El coronel Dodd había observado con atención cómo los atacantes se alejaban renqueando. No pudo evitar sonreír. Aquello era muy simple, tal como había previsto. Manu Bappoo estaba muerto y el *havildar* había regresado del palacio con la grata noticia del asesinato de Beny Singh, lo cual significaba que Gawilghur tenía un nuevo comandante. Bajó la mirada hacia los casacas rojas muertos y moribundos que yacían entre las pequeñas y parpadeantes llamas azules de los cohetes, que ya habían perdido su impulso.

—Han aprendido la lección, Gopal —le dijo a su *jemadar*—, por lo que la próxima vez intentarán acallarnos disparando mayores descargas contra las banquetas. Arrojen cohetes, eso impedirá que apunten bien.

—Cohetes, *sahib*.

—Montones de cohetes —dijo Dodd. Les dio de nuevo palmaditas en la espalda a sus soldados. Estos tenían el rostro chamuscado por las explosiones de la pólvora en las cazoletas de sus mosquetes, estaban sedientos y acalorados, pero estaban ganando y lo sabían. Eran sus Cobras, unos soldados tan bien entrenados como cualesquiera en la India, y estarían en el corazón de un ejército que Dodd desataría desde aquella fortaleza para dominar los territorios a los que los británicos deberían renunciar cuando su ejército del sur fuera abatido.

—¿Por qué no abandonan? —le preguntó Gopal a Dodd. Uno de los centinelas de los muros había informado que los ensangrentados atacantes estaban formando para volver al ataque.

—Porque son hombres valientes, *jemadar* —respondió Dodd—, pero también estúpidos.

El feroz fuego de mosquete había empezado de nuevo desde el otro lado del barranco, señal de que no tardaría en haber un nuevo ataque en aquella entrada que la sangre había hecho resbaladiza. Dodd desenfundó la pistola, comprobó que estuviera cargada y regresó para observar el próximo fracaso. Ya podían ir viniendo, pensó, pues cuantos más murieran allí, menos quedarían para causarle problemas cuando persiguiera a los restos del ejército derrotado hacia el sur por la Meseta Deccan.

—¡Prepárense! —gritó. Unas mechas de combustión lenta ardían en la banqueta y sus hombres se agacharon junto a ellas con los cohetes, esperando para encender las mechas de éstos y arrojar las terribles armas al lugar de la matanza.

Se oyó una desafiante aclamación y los casacas rojas volvieron a la masacre.

La pared del precipicio era mucho más empinada de lo que Sharpe había previsto, aunque no era de mera roca escarpada, sino que eran más bien una serie de grietas en las que habían arraigado las plantas, y vio que podía subir valiéndose de los afloramientos pedregosos y de los gruesos tallos de los arbustos más grandes. Necesitaba las dos manos. Tom Garrard iba detrás y más de una vez Sharpe le pisó las manos a su amigo.

—Lo siento, Tom.

—Tú sigue —jadeó Garrard.

Fue más sencillo tras los primeros tres metros, puesto que la pared seguía en pendiente e incluso había espacio para dos o tres hombres juntos de pie en un saliente cubierto de hierbajos. Sharpe gritó pidiendo la escalera y los soldados de caballería se la hicieron llegar. El bambú era ligero, Sharpe se enganchó el primer travesaño en el

hombro derecho y continuó trepando, siguiendo una recortada línea de rocas y arbustos que le permitía afirmar el pie. Le seguía una fila de casacas rojas con los mosquetes en bandolera. A la izquierda de Sharpe había más arbustos que impedían que lo vieran desde los muros, pero en cuanto hubo trepado unos seis metros los arbustos se terminaron y rezó para que todos los defensores tuvieran la mirada fija en la asediada torre de entrada y no en el precipicio de ahí abajo. Ascendió los últimos metros, maldiciendo la escalera que parecía engancharse en cualquier protuberancia. La luz del sol se refractaba en la piedra y el sudor corría por su cuerpo. Llegó a la cima resollando, y a partir de ahí no había más que un empinado terreno abierto entre él y la base de la muralla. Tenían que recorrer quince metros por un terreno agreste cubierto de hierba y habrían llegado al muro.

Se agachó en el borde del precipicio para esperar a que los demás soldados lo alcanzaran. Todavía no les había visto nadie desde las murallas. Tom Garrard se dejó caer a su lado.

—Cuando avancemos, Tom —dijo Sharpe—, correremos como alma que lleva el diablo. Directos al muro. Una vez allí, apoyamos la escalera, trepamos como ratas y saltamos por el jodido borde. Diles a los muchachos que pasen deprisa. Esos cabrones del otro lado van a intentar matarnos antes de que nos lleguen refuerzos, de modo que nos van a hacer falta muchos mosquetes para rechazar a esos hijos de puta.

Garrard miró detenidamente las troneras.

—Ahí no hay nadie.

—Hay unos cuantos —dijo Sharpe—, pero no están prestando mucha atención. Están amodorrados —añadió, y gracias a Dios por ello, pensó, porque un puñado de defensores con los mosquetes cargados podrían detenerlo de golpe y matarlo. Y muerto es como mejor estaría después de haber golpeado a Morris, a menos que pudiera atravesar las murallas y abrir las puertas. Escudriñó las almenas con la mirada, mientras que por el borde del precipicio iban subiendo más soldados. Supuso que aquel muro estaría poco guarnecido, contaría con poco más que una línea de piquetes, puesto que nadie habría previsto que se pudiera escalar el precipicio. Pero supuso también que en cuanto aparecieran los casacas rojas los defensores reforzarían rápidamente el lugar amenazado.

Garrard le sonrió a Sharpe.

—¿Le pegaste a Morris?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Hará que te formen un consejo de guerra.

—Si ganamos aquí no —dijo Sharpe—. Si abrimos esas puertas, Tom, seremos unos jodidos héroes.

—¿Y si no?

—Estaremos muertos —respondió Sharpe de manera cortante, entonces se volvió

y vio que Eli Lockhart subía gateando hasta la hierba—. ¿Qué demonios hace usted aquí? —inquirió Sharpe.

—Me perdí —contestó Lockhart, y levantó un mosquete que le había cogido a un soldado que estaba más abajo—. Algunos de sus chicos no tienen muchas ganas de ser héroes, de modo que mis muchachos y yo lo compensamos.

Y no eran únicamente los soldados de caballería de Lockhart los que estaban trepando, sino también algunos Highlanders de falda escocesa y cipayos que habían visto a la Compañía Ligera escalando el precipicio y decidieron unirse a ellos. Cuantos más, mejor, decidió Sharpe. Contó cabezas y vio que tenía treinta hombres y que venían más. Era hora de ponerse en marcha, pues el enemigo no estaría dormido mucho tiempo.

—Tenemos que pasar al otro lado del muro con rapidez —les dijo a todos ellos—, y en cuanto hayamos pasado formaremos en dos filas.

Se puso en pie, levantó la escalera por encima de la cabeza sosteniéndola con ambas manos y echó a correr por el empinado terreno cubierto de hierba. Las botas que llevaba, unas que Syud Sevajee había desechado, tenían la suela lisa y resbalaban sobre la hierba, pero él siguió adelante a trompicones y corrió aún más cuando oyó un grito ofendido desde lo alto. Sabía lo que iba a venir después y todavía estaba a unos nueve metros de las murallas, un blanco seguro; entonces oyó el estallido del mosquete y vio que por delante de él la hierba se aplanaba cuando los gases del cañón descendieron como un azote. El humo se arremolinó en torno a él, pero la bala había golpeado contra uno de los gruesos palos verticales de la escalera, a continuación disparó otro mosquete y vio saltar unas briznas de césped.

—¡Dispárenles! —rugió el comandante Stokes desde el fondo del barranco—. ¡Dispárenles!

Un centenar de casacas rojas y cipayos abrieron fuego contra los muros. Sharpe oyó el repiqueteo de los proyectiles de los mosquetes contra la piedra, entonces ya estaba prácticamente debajo del muro, dejó caer el extremo de la escalera que tenía delante, lo apretó bien contra la hierba y levantó el otro extremo para llevarlo hacia el muro. Una maldita escalada, pensó. Una brecha y una escalada, todo en un día, se sacó el *claymore* del cinturón y empujó a Garrard para apartarlo del pie de la escalera.

—Yo primero —gruñó, y empezó a subir. Los travesaños eran flexibles y tuvo la terrible idea de que tal vez se rompieran en cuanto los primeros hombres hubieran usado la escalera, entonces habría un puñado de soldados atrapados dentro de la fortaleza, donde serían abatidos por los mahratta, pero no había tiempo para pararse a pensar en aquel temor, sólo para seguir trepando. Las balas de mosquete martilleaban las piedras a izquierda y derecha en un torrente de fuego que había hecho que los defensores se alejaran del parapeto, pero en cualquier momento Sharpe estaría solo ahí arriba. Lanzó un rugido de desafío, llegó a lo alto de la escalera y extendió la

mano libre para agarrarse de la piedra. Se aupó a la cañonera. Se detuvo un momento para intentar tomar conciencia de lo que había más allá, pero Garrard le dio un empujón y no tuvo otra alternativa que saltar al otro lado.

¡No había banquetta! Dios, pensó, y saltó. No fue un salto muy alto, tal vez unos dos metros y medio o tres metros, pues el terreno era más elevado en el lado interior del muro. Cayó tumbado en la hierba y una bala de mosquete pasó silbando junto a su espalda. Rodó, se puso en pie y vio que los defensores contaban con unas bajas plataformas de madera que habían estado utilizando para atisbar por encima del muro. En aquellos momentos los mentados defensores corrían hacia él, pero eran pocos, muy pocos, y Sharpe ya tenía a cinco casacas rojas en su lado de la pared, y venían aún más. Pero también venían más enemigos, algunos por el oeste y más por el este.

—¡Tom! Encárgate de esos hombres —Sharpe señaló hacia el oeste, luego se volvió hacia el otro lado y tiró de tres soldados para que formaran una rudimentaria línea—. ¡Apunten! —gritó. Los mosquetes se alzaron hasta los hombros—. Apunten bajo, muchachos —dijo—. ¡Fuego!

Los mosquetes chasquearon y humearon. Un mahratta resbaló en la hierba. Los demás se dieron la vuelta y echaron a correr, horrorizados ante la riada de soldados que salvaban entonces el muro. Era una curiosa mezcla de tiradores ingleses, infantería de las Highlands, cipayos, soldados de caballería e incluso algunos de los seguidores de Syud Sevajee con las casacas rojas que les habían prestado.

—¡Dos filas! —gritó Sharpe—. ¡Venga, deprisa! ¡Dos filas! ¡Tom! ¿Qué está ocurriendo a mis espaldas?

—Esos cabrones se han ido, señor.

—¡Dos filas! —volvió a vociferar Sharpe. Desde allí no podía ver la torre de entrada porque en el interior de las murallas la colina sobresalía y le ocultaba las fortificaciones, pero el enemigo estaba formando a unos doscientos pasos hacia el este. Los defensores del muro, con guerreras de color marrón, se estaban uniendo a una compañía de Cobras de casaca blanca que debían de estar en reserva, y esos hombres tenían que ser derrotados antes de que Sharpe pudiera tener alguna esperanza de avanzar hacia la torre de entrada. Echó un vistazo colina arriba y allí no vio nada excepto un edificio medio escondido entre unos árboles en los que parloteaban los monos. Allí no había defensores, gracias a Dios, de manera que podía hacer caso omiso de su flanco derecho.

Un sargento escocés había dado empujones y tirones a los soldados hasta formarlos en dos filas.

—¡Carguen! —dijo Sharpe, aunque la mayoría ya llevaban las armas cargadas—. ¿Sargento?

—¿Señor?

—Avance siguiendo el muro. Que nadie dispare hasta que yo lo diga. ¿Sargento Green? —llamó Sharpe, y esperó—. ¡Sargento Green! —Al parecer el sargento Green todavía no había trepado la muralla, o tal vez ni siquiera había escalado por el precipicio—. ¡Sargento Green! —volvió a bramar Sharpe.

—¿Para qué lo necesita? —gritó una voz.

Era un capitán escocés. ¡Por Dios!, pensó Sharpe, ¡pero si había un superior!

—¡Para que haga avanzar al siguiente grupo!

—Ya lo haré yo —dijo el escocés—. ¡Usted siga!

—¡Adelante! —gritó Sharpe.

—¡Por el centro! —exclamó el sargento—. ¡Marchen!

Fue un avance irregular. Los soldados no contaban con los encargados de cerrar las filas y se desplegaron, pero a Sharpe no le preocupaba demasiado. La cuestión era aproximarse al enemigo. Aquél siempre había sido el consejo de McCandless. Acércate y empieza a matar, porque a larga distancia sólo existe esta jodida opción, si bien el coronel escocés nunca hubiera utilizado esa palabra. «Esto va por usted, McCandless —pensó Sharpe—, va por usted», y se le ocurrió que aquélla era la primera vez que había conducido unas tropas a una batalla formal, línea contra línea, mosquetes contra mosquetes. Estaba nervioso, y más nervioso aún por el hecho de que estaba dirigiendo a una compañía improvisada a plena vista de los miles de casacas rojas que se hallaban en la vertiente norte del barranco. Era como estar atrapado en el escenario en un teatro lleno; si perdía, pensó, lo sabría todo el ejército. Miró al oficial enemigo, un hombre alto de rostro moreno y largo bigote. Parecía calmado y sus hombres marchaban en tres filas apretadas. Estaban bien entrenados, pensó Sharpe, pero nadie había dicho nunca que William Dodd no supiera cómo poner rápidamente en forma a la tropa.

Las Cobras se detuvieron cuando las dos unidades estuvieron a unos cien pasos de distancia. Ellos apuntaron sus mosquetes y Sharpe vio que sus hombres titubeaban.

—¡Sigán adelante! —ordenó—. ¡Sigán adelante!

—¡Ya lo han oído! —bramó el sargento escocés—. ¡Sigán adelante!

Sharpe iba en el flanco derecho de su línea. Echó un vistazo atrás y vio que más soldados corrían para alcanzarles, sacudiendo el equipo mientras avanzaban a trompicones por el terreno desigual. «¡Por Dios —pensó Sharpe—, pero si estoy dentro! ¡Estamos dentro!» Y entonces las Cobras dispararon.

Y Sharpe, alférez y mayoral, tenía una batalla en sus manos.

Los casacas rojas asaltaron la torre de entrada por tercera vez y aquel intento fue encabezado por dos pelotones que avanzaron pegados a la pared a ambos lados del pasadizo y dirigieron sus mosquetes hacia arriba para abrir fuego contra los

defensores de la banqueta de enfrente. La táctica pareció funcionar, puesto que lanzaron su primera descarga y, bajo su protección, un tercer pelotón constituido por hacheros se abalanzó por encima de los muertos y moribundos y ascendió a toda prisa por el empinado camino de piedra hacia la segunda puerta.

Entonces empezaron a caer cohetes encendidos desde lo alto. Golpeaban contra los cuerpos y luego cobraban vida envueltos en llamas y rebotaban como locos por aquel limitado espacio. Arremetieron contra los dos pelotones de mosquetes, ardieron entre los hacheros, asfixiaron a los soldados con su humareda, los quemaron con las llamas y estallaron para esparcir más sangre y vísceras en aquella carnicería. Los hacheros ni siquiera llegaron a la puerta. Unos murieron bajo el fuego de mosquete que siguió a los misiles, y los demás, heridos, intentaron regresar arrastrándose a través del espeso humo. Desde las banquetas que flanqueaban el pasadizo las rocas se precipitaban hacia abajo sumiendo en el honor a muertos y vivos y haciéndolos puré. Los supervivientes huyeron, de nuevo derrotados.

—¡Ya basta! —les gritó el coronel Dodd a sus hombres—. ¡Basta! —Bajó la mirada hacia aquel recinto de piedra. Parecía algo sacado directamente del infierno, un lugar donde unas cosas rotas se movían en medio de la sangre bajo una hedionda cortina de humo. Las carcasas de los cohetes aún ardían. Los heridos gritaban pidiendo una ayuda que no llegaba y Dodd sintió que lo invadía la euforia. Era aún más fácil de lo que se había atrevido a esperar.

—¡*Sahib!* —dijo Gopal en tono apremiante—. ¿*Sahib?*

—¿Qué?

—¡Mire, *sahib!* —Gopal señalaba hacia el oeste. Había humo y se oía el traqueteo de un combate con mosquetes. El ruido y la humareda provenían de algún punto más allá de la curva que describía la colina, de modo que Dodd no veía lo que estaba sucediendo, pero lo que oía bastó para convencerlo de que había estallado un combate considerable a unos cuatrocientos metros de distancia, y tal vez aquello no hubiera importado de no ser porque el humo y el estrépito provenían del interior de las murallas.

—¡Por Dios! —exclamó Dodd—. Averigüe qué está ocurriendo, Gopal. ¡Rápido! —No podía perder. No debía perder—. ¿Dónde está el señor Hakeswill? —gritó, pues quería que el desertor asumiera las responsabilidades de Gopal en la banqueta, pero el sargento de los tics se había esfumado. Los disparos de mosquete continuaron, pero por debajo de Dodd sólo había gemidos y el olor a carne quemada. Miró fijamente hacia el oeste. Si esos malditos casacas rojas habían cruzado el muro necesitaría más infantería para echarlos de allí y acordonar el lugar por el que habían penetrado en el Fuerte Interior, fuera cual fuera—. ¡*Havildar!* —Llamó al hombre que había acompañado a Hakeswill al palacio—. Diríjase a la puerta Sur y dígales que manden aquí a un batallón. ¡Rápido!

—*Sahib* —dijo el hombre, y echó a correr.

Dodd se dio cuenta de que temblaba ligeramente. Era sólo un pequeño temblor de la mano derecha que contuvo agarrando la empuñadura de oro en forma de elefante de su espada. No había necesidad de dejarse llevar por el pánico, se dijo, todo estaba bajo control, pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que de allí no habría escapatoria. Desde que había desertado del servicio británico, en todos los combates se había cerciorado de tener una ruta por la que pudiera emprender la retirada, pero no había forma de salir de aquella elevada fortaleza en su prominente risco. Tenía que ganar, o de lo contrario tenía que morir. Observó la humareda del oeste. En aquellos momentos los disparos eran constantes, lo cual sugería que dentro del fuerte había un considerable número de enemigos. Le tembló la mano, pero en esa ocasión no se dio cuenta, puesto que, por primera vez desde hacía semanas, el señor de Gawilghur empezaba a temer la derrota.

La descarga cerrada que disparó la compañía de Cobras de casaca blanca estalló en dirección a los soldados de Sharpe, pero como éstos se hallaban más desperdigados de lo que era habitual, la mayoría de las balas se echaron a perder por los huecos entre las filas. Cayeron algunos soldados y los demás se pararon de repente de forma instintiva, pero Sharpe les gritó que siguieran adelante. El humo ocultaba al enemigo, pero Sharpe sabía que estaría recargando.

—Cierre las filas, sargento —gritó.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —vociferó el sargento de los escoceses. Miró a Sharpe, pues se temía que éste estaba llevando a la compañía demasiado cerca del enemigo. La distancia se había acortado ya a unos sesenta metros.

Sharpe sólo podía ver a uno de los indios a través del humo. Era el que flanqueaba la primera fila, un hombre pequeño que había mordido su cartucho y estaba echando la pólvora por la boca de su mosquete. Sharpe vio que la bala entraba y la baqueta se preparaba para introducirse en el cañón.

—¡Alto! —exclamó.

—¡Alto! —repitió el sargento.

—¡Apunten armas!

Los mosquetes se alzaron a los hombros de los soldados. Sharpe calculaba que tenía unos sesenta hombres en las dos filas, menos que en las tres filas del enemigo, pero suficientes. No paraban de llegar más soldados que acudían corriendo desde la escalera.

—Apunten bajo —dijo—. ¡Fuego!

La descarga cayó sobre las cobras, que aún estaban cargando. Los soldados de Sharpe empezaron también a cargar, trabajando con rapidez, temerosos de la próxima descarga enemiga.

Sharpe vio que el enemigo alzaba sus mosquetes. Sus soldados se hallaban medio ocultos por el humo de sus propios disparos.

—¡Al suelo! —gritó. No sabía que iba a dar la orden hasta que se escuchó a sí mismo, pero de pronto pareció lo más sensato—. ¡Tírense al suelo! —bramó—. ¡Rápido! —Él también se dejó caer, aunque sólo apoyó una rodilla en el suelo, y al cabo de un instante el enemigo disparó y su descarga pasó silbando por encima de la postrada compañía. Sharpe había retrasado el proceso de carga de sus hombres, pero los había mantenido con vida. Había llegado el momento de entrar a matar—. ¡Recarguen! —gritó, y los soldados se pusieron de pie. Aquella vez Sharpe no miró al enemigo, pues no quería que su ritmo lo influyera. Alzó el *claymore*, reconfortado por el peso de la hoja.

—¡Prepárense para un ataque! —gritó. Sus hombres empujaban las baquetas para meterlas de nuevo en los aros del mosquete y entonces sacaron las bayonetas y las hicieron girar para encajarlas en las bocas ennegrecidas. Los soldados de caballería de Eli Lockhart, algunos de los cuales sólo llevaban pistolas, desenvainaron los sables.

—¡Apunten armas! —exclamó Sharpe, y los mosquetes volvieron a subir a los hombros. Entonces sí que miró al enemigo y vio que la mayoría estaban aún atacando los proyectiles.

—¡Fuego! —Los mosquetes estallaron y los pedazos de relleno salieron tras las balas y sus pequeñas llamas bailaron sobre la hierba—. ¡A la carga! —gritó Sharpe, y salió delante por el flanco derecho con el *claymore* en la mano—. ¡A la carga! —volvió a gritar, y los miembros de su pequeña compañía, intuyendo que sólo disponían de unos cuantos segundos antes de que los mosquetes enemigos estuvieran cargados, corrieron con él.

Entonces Sharpe oyó un retumbo de mosquetería a su derecha y vio que el capitán escocés había formado a una veintena de hombres en el flanco y había lanzado una descarga que alcanzó a las Cobras antes de que el ataque de Sharpe salvara la distancia hasta ellos.

—¡Mátenlos! —rugió Sharpe. El miedo lo azotaba en su interior, miedo a que hubiera atacado a destiempo y a que el enemigo tuviera una descarga preparada unos metros antes de que los casacas rojas alcanzaran su objetivo, pero ahora ya estaba metido en ello y corrió con toda la rapidez de la que fue capaz para caer sobre las filas de soldados de casaca blanca antes de que acaecieran los disparos.

El *havildar* al mando de la compañía de las cobras había quedado horrorizado al ver que los casacas rojas cargaban contra ellos. Tendría que haber disparado, pero en lugar de eso ordenó a sus hombres que calaran también sus bayonetas, de modo que el enemigo aún estaba enroscando las espadas en los mosquetes cuando los primeros casacas rojas irrumpieron a través de la humareda. Sharpe arremetió con su pesada

espada contra la primera fila, notó que se hundía y se deslizaba contra un hueso, liberó la hoja, lanzó una estocada, le dio una patada a un soldado y de pronto Eli Lockhart estaba a su lado, propinando cortes con su sable y dos Highlanders estaban acuchillando con las bayonetas. Sharpe blandía la espada con las dos manos y luchaba con una ira encendida producto del nerviosismo que lo había asaltado durante la carga. Un cipayo atrapó al *havildar* de las Cobras, hizo un amago con la bayoneta, paró el contraataque del *tulwar* y luego apuñaló al enemigo en el vientre. Los casacas blancas habían echado a correr, huyendo de vuelta a la agitada humareda que se alzaba desde la torre de entrada situada más allá del resalte de la colina. Tom Garrard, con la bayoneta ensangrentada hasta la empuñadura, le dio una patada a un hombre herido que intentaba apuntar su mosquete. Otros soldados se agacharon para registrar a los muertos y moribundos.

El capitán escocés se acercó desde el flanco. Llevaba las hombreras de una compañía ligera.

—No sabía que el 74.º estuviera aquí arriba —le dijo a Sharpe a modo de saludo—, ¿o es el 33.º? —Miró la casaca de Sharpe y éste vio que las vueltas recién cosidas por Clare se habían roto durante la escalada dejando al descubierto la vieja tela roja que había debajo.

—Soy una oveja descarriada, señor —dijo Sharpe.

—Una oveja descarriada realmente bienvenida —comentó el capitán al tiempo que le tendía la mano—. Archibald Campbell, Brigada Escocesa. Traje a mi compañía hasta aquí por si acaso se aburrían.

—Richard Sharpe, 74.º —dijo Sharpe, y le estrechó la mano a Campbell—, y encantado de verle, señor. —De repente a Sharpe le entraron ganas de reír. Las tropas con las que había atravesado las defensas del Fuerte Interior eran una mezcla desigual de indios y británicos, soldados de caballería y de infantería. Había Highlanders de falda escocesa del 78.º, algunos de los hombres de Campbell del 94.º, tal vez la mitad de la Compañía Ligera del 33.º y un buen número de cipayos.

Campbell había subido a una de las bajas plataformas de madera que habían permitido a los defensores atisbar por encima del parapeto, y desde aquella posición estratégica miró hacia la torre de entrada que se hallaba a unos cuatrocientos metros en dirección este.

—¿Está usted pensando lo mismo que yo, señor Sharpe? —preguntó.

—Estoy pensando que tendríamos que tomar la torre de entrada —respondió Sharpe— y abrir las puertas.

—Yo también. —Se apartó para dejarle espacio a Sharpe en la pequeña plataforma—. No hay duda de que pronto intentarán desalojarnos, ¿eh? Será mejor que nos demos prisa.

Sharpe miró hacia la torre de entrada, donde una gran mancha de humo se alzaba

por encima de las murallas plagadas de Cobras de casaca blanca. Un tramo de escaleras poco empinadas llevaba desde el interior de la fortaleza a la banqueta y las puertas no podrían abrirse hasta que no se echara al enemigo de dicha banqueta.

—Si yo tomo la banqueta —le sugirió a Campbell—, ¿usted puede abrir las puertas?

—Parece una justa división del trabajo —dijo Campbell, al tiempo que descendía de un salto de la plataforma. Había perdido el sombrero y una mata de cabello negro rizado le caía sobre su delgado rostro. Le dirigió una sonrisa a Sharpe—. Yo me llevaré a mi compañía y usted puede quedarse con el resto, ¿vale? —Campbell subió por la colina a grandes zancadas, al tiempo que le gritaba a su propia Compañía Ligera para que formaran en una columna de tres filas.

Sharpe bajó de la plataforma detrás de Campbell, llamó a los soldados que quedaban y los formó en línea.

—El capitán Campbell va a abrir las puertas desde dentro —les explicó—, y nosotros vamos a hacerlo posible echando a esos cabrones de los parapetos. Hay un buen trecho hasta la puerta, pero tenemos que llegar allí deprisa. Y cuando lleguemos, lo primero que haremos será disparar una descarga contra la banqueta. Eliminaremos a unos cuantos hijos de puta antes de subir a ella. Carguen los mosquetes ahora. ¡Sargento Green!

Green, con el rostro colorado por el esfuerzo de la escalada por el barranco y la carrera para reunirse con Sharpe, dio un paso adelante.

—Estoy aquí, señor, y, señor...

—Numere a veinte hombres, Green —le ordenó Sharpe al sargento que jadeaba—. Ustedes se quedarán abajo y proporcionarán fuego de cobertura mientras nosotros subimos por las escaleras, ¿entendido?

—¿Veinte hombres, señor? Sí, señor, lo haría, señor, sólo que está el señor Morris, señor —Green parecía incómodo.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Sharpe.

—Se ha recuperado, señor. Su barriga, señor, ha mejorado —Green consiguió aguantar la risa mientras le comunicaba las noticias—, y dijo que no iba a trepar nadie más por el precipicio, señor, y me envió a buscar a los soldados que habían subido para que volvieran a bajar. Por eso estoy aquí, señor.

—No, no está aquí por eso —replicó Sharpe—. Usted está aquí para numerar a veinte hombres que nos proporcionarán fuego de cobertura al resto.

Green vaciló, miró a Sharpe a la cara y luego asintió con un movimiento de la cabeza.

—¡Tiene razón, señor! Veinte hombres, fuego de cobertura.

—Gracias, sargento —dijo Sharpe. Así pues, Morris había recuperado la consciencia y probablemente ya estaba causando problemas, pero Sharpe no podía

preocuparse por eso. Miró a sus soldados. Ya eran unos setenta u ochenta y aún había más escoceses y cipayos que seguían llegando por el precipicio y pasaban desde el otro lado del muro. Aguardó a que todos hubieran cargado los mosquetes y las baquetas estuvieran colocadas de nuevo en sus aros—. Síganme, muchachos, y cuando llegemos allí maten a esos hijos de puta. ¡Ahora! —Se dio la vuelta de cara al este—. ¡Vamos!

—¡Paso redoblado! —gritó Campbell a su compañía—. ¡Adelante!

El zorro estaba en el gallinero. Las plumas volarían por los aires.

Capítulo 11

El 74.º, que subía por el camino que iba desde la llanura a la puerta Sur de Gawilghur, oyó la distante mosquetería. El sonido era como el de un bosquecillo de espinos ardiendo, unos traqueteos y estallidos que aumentaban progresivamente y luego volvían a debilitarse. En ocasiones daba la impresión de que iba a apagarse del todo, pero entonces, justo cuando los soldados sudorosos pensaban que la batalla debía de haberse terminado, volvía a repiquetear con furia e intensidad una vez más. El 74.º no podía hacer nada para ayudar. Se encontraban aún a casi cien metros por debajo de la fortaleza y a partir de entonces iban a estar al alcance de los mortíferos cañones montados en las murallas de Gawilghur que daban al sur. Aquellos cañones ya llevaban más de una hora disparándole al 74.º, pero la distancia había sido larga y el ángulo descendente pronunciado, por lo que ni una sola bala había alcanzado su objetivo. Si el 74.º hubiera contado con su propia artillería hubiesen podido devolver el fuego, pero la pendiente era demasiado acentuada como para que un cañón pudiera disparar con eficacia. Los artilleros habrían tenido que situar sus cañones en una empinada rampa ascendente y todos los disparos hubieran amenazado con volcar las piezas. El 74.º no podía avanzar más, no sin sufrir bajas innecesarias, de manera que Wellesley les dio el alto. Si los defensores de los muros del sur parecían pocos tal vez contemplara la posibilidad de una escalada, pero los cipayos que transportaban las escaleras habían quedado muy rezagados respecto a las tropas que iban en cabeza y por lo tanto aún no podía considerarse un ataque semejante. El general tampoco esperaba realmente intentar un asalto como aquél, pues desde un primer momento la tarea del 74.º había consistido en hacer que algunos de los defensores del fuerte no se movieran de las murallas del sur mientras que el verdadero ataque se producía en el norte. Al menos aquel propósito se estaba cumpliendo, porque los muros que daban a la empinada cuesta del sur parecían estar abarrotados de defensores.

Sir Arthur Wellesley desmontó de su caballo y subió a una posición ventajosa desde la que pudiera ver bien la fortaleza. El coronel Wallace y un puñado de ayudantes de campo lo siguieron y los oficiales se colocaron junto a unas rocas desde las que intentaron dilucidar qué significaba el ruido de la batalla.

—No hay cañones —dijo Wellesley después de ladear la cabeza hacia el distante sonido.

—¿No hay cañones, señor? —preguntó un ayudante de campo.

—No se oye fuego de artillería —explicó el coronel Wallace—, lo cual sin duda significa que se ha tomado el Fuerte Exterior.

—¿Pero no el Interior? —preguntó el edecán.

Sir Arthur ni siquiera se molestó en contestar. Por supuesto que no se había tomado el Fuerte Interior, de lo contrario los sonidos del combate se habrían apagado

del todo y los fugitivos estarían saliendo en tropel por la puerta Sur hacia los mosquetes del 74.º. Y por alguna razón, a pesar de sus recelos, Wellesley se había atrevido a esperar que el asalto de Kenny barrierá las dos murallas y que cuando el 74.º llegara a lo alto del camino los triunfantes casacas rojas ya habrían abierto la gran puerta Sur. En lugar de eso, una bandera de color verde y oro pendía de la torre de entrada que estaba repleta de los mosquetes de sus defensores.

Wellesley lamentó entonces no haber cabalgado hasta la meseta y no haber seguido a los hombres de Kenny a través de las brechas. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? No tenía manera de llegar a la meseta a menos que recorriera todo el trecho de vuelta a la llanura y luego volviera a subir por el camino recién abierto, una distancia de más de treinta kilómetros. Sólo podía aguardar y no perder la esperanza.

—¿Hará avanzar a sus tiradores, coronel? —le sugirió a Wallace. No es que los tiradores del 74.º pudieran esperar conseguir mucho, pero al menos su presencia confirmaría la amenaza contra los muros del sur y los defensores tendrían que quedarse allí clavados—. Pero despléguelos —le aconsejó Wellesley—, despléguelos bien. —Si desperdigaba a la Compañía Ligera por la peligrosa loma los protegería de los disparos de los cañones.

Al otro lado de las murallas del sur, mucho más allá, una columna de humo emborronaba el cielo de gris. El sonido de los disparos crecía y decrecía, amortiguado por el aire caliente que rielaba por encima de los negros muros del fuerte. Wellesley se movió inquieto y rogó para que hubiera valido la pena arriesgarse y que sus casacas rojas, sólo Dios sabía cómo, hubieran encontrado una manera de entrar en aquel fuerte que nunca antes había caído.

—¡Dispárenles! —rugió el comandante Stokes dirigiéndose a los soldados que estaban en la vertiente norte del barranco—. ¡Dispárenles! —Otros oficiales retomaron el grito y los hombres que habían estado observando el combate desde el otro lado del barranco cargaron sus fusiles y empezaron a acribillar la torre de entrada con balas de mosquete.

Stokes había vuelto a trepar por la pared norte del barranco para así poder ver el otro lado del muro más alejado, y en aquellos momentos observaba cómo los dos pequeños grupos de casacas rojas avanzaban de forma irregular por la ladera. Había una columna a lo lejos, en tanto que los soldados más próximos estaban formados en línea, y ambos grupos avanzaban hacia la torre de entrada fuertemente guarnecida que acababa de rechazar otro ataque británico a través de la puerta rota. Aquellos defensores apuntarían entonces con sus mosquetes a los nuevos atacantes y por eso Stokes les rugió a sus hombres que dispararan hacia el otro lado del barranco. La distancia era terriblemente larga, pero cualquier distracción sería de ayuda. Los artilleros que habían echado abajo la puerta disparaban contra los parapetos y sus

proyectiles hacían saltar trozos de piedra.

—¡Adelante, venga, adelante! —le exhortó Stokes a Sharpe—. ¡Adelante!

El capitán Morris, con la boca hinchada y sangrando, un morado que le ennegrecía un ojo y otro que le desfiguraba la frente, subió por la ladera tambaleándose.

—¡Comandante Stokes! —llamó con petulancia—. Comandante Stokes.

Stokes se volvió hacia él. Su primera reacción fue pensar que Morris debía de haber resultado herido al intentar atravesar el muro, y decidió que tal vez hubiera juzgado mal a ese hombre que, al fin y al cabo, no era un cobarde.

—¿Necesita un cirujano, capitán?

—¡Ese condenado de Sharpe! ¡Me pegó! ¡Me pegó! Me robó la compañía. Quiero formular una acusación.

—¿Le pegó? —preguntó Stokes, desconcertado.

—¡Me robó la compañía! —clamó Morris con indignación—. ¡Le ordené que se largara y él me golpeó! Se lo estoy contando, señor, porque usted es un oficial superior. Puede hablar con algunos de mis soldados, señor, y escuchar su versión. Algunos de ellos presenciaron la agresión y espero que usted me apoye, señor, con la demanda.

A Stokes le entraron ganas de reír. ¡De modo que así fue como Sharpe había encontrado a los soldados!

—Creo que es mejor que se olvide de presentar cargos contra el señor Sharpe —dijo el ingeniero.

—¿Que me olvide de presentar cargos? —exclamó Morris—. ¡No lo haré! ¡Destrozaré a ese cabrón!

—Lo dudo —comentó Stokes.

—¡Me pegó! —protestó Morris—. ¡Me agredió!

—Tonterías —dijo Stokes con brusquedad—. Se cayó. Yo lo vi. Tropezó y se fue al suelo. Y eso es precisamente lo que alegaré ante cualquier consejo de guerra. No es que vaya a celebrarse ninguno. Usted sencillamente se cayó, hombre, ¡y ahora sufre ideas delirantes! ¿Tal vez le haya dado un poco el sol, capitán? Debería tener cuidado, de lo contrario acabará como el pobre Harness. Lo embarcaremos rumbo a su casa y terminará sus días en un manicomio con unas cadenas alrededor de los tobillos.

—¡Señor! ¡Protesto! —dijo Morris.

—Protesta demasiado, capitán —replicó Stokes—. Tropezó, y eso es lo que testificaré si es usted lo bastante tonto como para presentar una acusación. Hasta mi chico vio cómo tropezaba usted. ¿No es así, Ahmed? —Stokes se volvió para que Ahmed lo confirmara, pero el muchacho se había esfumado—. ¡Oh, Dios! —dijo Stokes, y miró colina abajo buscando al chico.

Pero intuyó que ya era demasiado tarde.

Los primeros cien metros del avance de Sharpe fueron bastante fáciles, puesto que el terreno endurecido por el sol era abierto y sus hombres seguían estando fuera del alcance de visión de la torre de entrada. Los pocos defensores que habían guarnecido el muro por encima del barranco habían huido, pero en cuanto los casacas rojas coronaron la ladera de la colina y se vieron frente a la torre de entrada, empezó la mosquetería enemiga.

—¡Sigán corriendo! —gritó Sharpe, aunque a duras penas se le podía llamar correr. Se tambaleaban y andaban a trompicones, las vainas y los morrales iban dando golpes y sacudidas, el sol caía implacable y del árido suelo se levantaban volutas de polvo cuando las balas de los mosquetes enemigos chocaban contra él. Sharpe era vagamente consciente de una cacofonía de disparos de mosquete que provenía de su izquierda y del fuego de los casacas rojas que había al otro lado del barranco. Sin embargo, los defensores de la torre de entrada estaban protegidos por el parapeto exterior y unos cuantos de ellos le estaban dando la vuelta a pulso a un cañón para hacer frente al nuevo ataque—. ¡Sigán corriendo! —bramó Sharpe, y la respiración le raspaba la garganta. ¡Por Dios que estaba sediento! Sediento, hambriento y nervioso. La torre de entrada se hallaba velada por la humareda que provocaban sus defensores al disparar sus mosquetes contra el inesperado ataque que tenía lugar desde el oeste.

Sharpe vio a más defensores a su derecha, a lo lejos, pero aquéllos no disparaban, en realidad ni siquiera estaban formados en filas. En lugar de eso se amontonaban junto a un bajo muro que parecía bordear unos jardines y observaban abúlicos la confrontación. Más allá se alzaba un edificio, medio oculto entre los árboles. ¡El palacio era enorme! Dentro del vasto recinto del Fuerte Interior se extendía una cima tras otra y había un millar de sitios en los que el enemigo podía reunir una fuerza que atacara el flanco abierto de la derecha de Sharpe, pero él no se atrevió a preocuparse por dicha posibilidad. Lo único que importaba en aquellos momentos era llegar a la torre de guardia, matar a sus defensores y dejar así que un torrente de casacas rojas irrumpiera en la fortaleza.

El cañón disparó desde la torre de entrada. La bala cayó sobre el suelo seco a unos cincuenta metros por delante de Sharpe y rebotó por encima de su cabeza. El humo del cañón se extendió frente al parapeto e impidió la puntería a los defensores, por lo que Sharpe bendijo a los artilleros y rezó para que la humareda persistiera. Tenía una punzada en el costado y las costillas todavía le dolían horrores por la pateada que le había propinado Hakeswill, pero sabía que habían sorprendido al enemigo, y un enemigo sorprendido ya estaba medio derrotado.

La humareda se fue aclarando, pero los mosquetes de los defensores volvieron a estallar haciendo reaparecer el humo. Sharpe se dio la vuelta para gritarles a sus

soldados.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —Estaba cruzando una extensión de terreno en la que algunos miembros de la guarnición habían construido unas patéticas barracas con ramas delgadas apoyadas contra unos árboles medio muertos y cubiertas de arpillera. Las cenizas mostraban el lugar donde habían ardido las hogueras. Era un vertedero. Había una cureña de hierro que se estaba oxidando, un abrevadero de piedra partido en dos y los restos de un torno de madera que el sol había blanqueado hasta darle un color hueso. Una pequeña serpiente marrón se alejó de él retorciéndose. Una mujer tan delgada como la serpiente y que llevaba un bebé en brazos salió huyendo de uno de aquellos refugios. Un gato le bufó desde otro de ellos. Sharpe iba evitando los pequeños árboles, levantando polvo, respirando polvo. Una bala de mosquete levantó una voluta de cenizas de una hoguera, otra rebotó en la cureña oxidada con un ruido metálico.

Sharpe parpadeó bajo el sudor que le escocía en los ojos y vio que el muro interior del pasadizo de entrada se hallaba bordeado de soldados con casaca blanca. Dicho muro tenía una longitud de unos cien pasos bien buenos y se llegaba a su banqueta trepando por el tramo de escaleras de piedra que subía hasta allí desde la puerta situada más al interior. Campbell y sus hombres corrían hacia aquella puerta y Sharpe iba entonces junto a ellos. Tendría que abrirse camino a la fuerza por las escaleras y sabía que iba a ser imposible, que había demasiados defensores, y se estremeció cuando el cañón volvió a disparar, sólo que aquella vez escupió una carga de metralla que levantó una tormenta de tolvánicas en torno a los soldados de Sharpe que iban en cabeza.

—¡Alto! —gritó—. ¡Alto! ¡Formen en línea! —Estaba cerca del muro, jodidamente cerca, a no más de cuarenta pasos—. ¡Apunten armas! —bramó, y los soldados alzaron sus mosquetes para apuntar a lo alto del muro. El humo todavía ocultaba media muralla, aunque la otra mitad se hallaba despejada y los defensores disparaban con rapidez. Un escocés se tambaleó hacia atrás y un cipayo se dobló en dos silenciosamente y se agarró el vientre, que le sangraba. Un perrito les dirigió unos ladridos agudos a los soldados. El humo de la boca del cañón se estaba aclarando—. Tienen una descarga —gritó Sharpe—, luego atacaremos. ¿Sargento Green? No quiero que sus hombres disparen ahora. Esperen a que hayamos llegado a lo alto de las escaleras y entonces proporcionemos fuego de cobertura. —Sharpe quería arremeter con su bota contra el maldito perro, pero se obligó a mostrarse calmado mientras caminaba por delante de la línea—. ¡Apunten bien, muchachos, apunten bien! Quiero ese muro despejado. —Se colocó en un espacio entre dos filas—. ¡Fuego!

Aquella única descarga flameó hacia lo alto del muro y Sharpe corrió inmediatamente hacia las escaleras sin esperar a ver el efecto de los disparos.

Campbell ya estaba en la puerta interior y alzaba la pesada tranca. Tenía a una docena de hombres listos para entrar en el pasadizo, mientras que el resto de su compañía se hallaba vuelta hacia el interior del fuerte para rechazar a cualquier miembro de la guarnición que pudiera bajar desde los edificios de la colina.

Sharpe subió las escaleras de dos en dos. «Esto es una jodida locura —pensó—. Un suicidio en un punto conflictivo. Tendría que haberme quedado en el barranco.» El sol se refractaba en las piedras, por lo que era como estar en un horno. Había soldados con él, aunque no podía distinguir quiénes eran porque sólo era consciente de la parte alta de las escaleras y de los hombres de blanco que se daban la vuelta para hacerle frente con las bayonetas, y entonces la primera descarga de Green cayó sobre ellos, uno de aquellos soldados rodó hacia un lado y una lluvia de sangre salió despedida de su cuero cabelludo, los demás se encogieron de forma instintiva ante la descarga y Sharpe ya estaba allí, arremetiendo con el *claymore* que describió un amplio golpe directo y rebotó en el cráneo del hombre herido para empujar luego a un segundo individuo por encima del desprotegido borde del muro y hacerlo caer al pasadizo.

Justo allí donde la puerta interior se estaba abriendo, raspando la piedra y chirriando en sus enormes goznes mientras los soldados de Campbell empujaban sus gigantescas hojas.

Una bayoneta arremetió contra Sharpe y le enganchó la casaca, él golpeó al hombre en la cabeza con la empuñadura de su *claymore* y luego empujó la rodilla hacia arriba. Lockhart estaba a su lado, combatiendo con ferocidad despiadada, y su sable salpicaba gotas de sangre con cada corte o estocada.

—¡Por allí! —les gritó Lockhart a sus hombres, y una media docena de soldados de caballería corrieron por encima del arco para desafiar a los defensores del adarve exterior. Tom Garrard se acercó por la derecha de Sharpe y clavaba la bayoneta hacia delante con golpes cortos y disciplinados. Más soldados subieron corriendo por las escaleras y ejercieron presión sobre los que estaban delante, de modo que a Sharpe, a Lockhart y a Garrard los empujaron contra el enemigo, que se había quedado sin espacio para utilizar sus bayonetas. El apiñamiento de los soldados también protegió a Sharpe de los mosquetes enemigos. Acometía con su pesada espada y se valía de su estatura para dominar a los indios que proferían un agudo y lastimero grito de guerra. Una bayoneta alcanzó a Sharpe en la cadera, notó que el acero tocaba el hueso y golpeó la empuñadura de su *claymore* contra la cabeza de su atacante, con lo que le arrugó el chacó, luego volvió a darle y lo tiró al suelo. La bayoneta se cayó y Sharpe pasó por encima del hombre, que había quedado aturdido, para arremeter contra otro de sus compañeros. Un mosquete estalló cerca de él y notó el calor de la llama del cañón en su mejilla quemada. Los defensores estaban densamente apiñados, demasiado como para poder avanzar, incluso cuando los atacaba con la espada

haciéndola descender con ambas manos.

—¡Arrójenlos por el jodido borde! —gritó Lockhart, y el alto soldado de caballería propinó un golpe con su sable que por poco no le dio a Sharpe, pero la silbante hoja hizo que el enemigo retrocediera frenéticamente y dos de ellos, atrapados en el borde de la banqueta, lanzaron un grito y cayeron, y allí fueron golpeados hasta morir por las culatas de los mosquetes de los Highlanders de Campbell. El propio Campbell estaba corriendo hacia la siguiente puerta. Había dos puertas más que desatranca y entonces el camino quedaría abierto, pero las cobras abarrotaban los muros y Dodd les gritaba que dispararan contra la concentración de soldados, tanto atacantes como defensores, para que así pudieran rechazar a ese puñado de insolentes casacas rojas que habían dado la vuelta a su retaguardia.

Entonces, los atacantes que estaban en el exterior del fuerte y que habían perdido las esperanzas de realizar otro ataque sobre aquel pasadizo, que apestaba a sangre y humo y en el que tantos soldados habían muerto, oyeron el combate en los muros y regresaron, invadiendo las sombras del arco y apuntando desde allí hacia las banquetas. Los mosquetes abrieron fuego, llegaron más soldados y las Cobras fueron atacados por delante y por abajo.

—¡Cohetes! —gritó Dodd, y algunos de sus hombres encendieron los proyectiles y los arrojaron al pasadizo, pero estaban nerviosos por los atacantes que se acercaban por lo alto de los muros. Aquellos atacantes eran hombres grandotes, enloquecidos por la batalla y que, a golpes de espada y bayoneta, se abrían camino gruñendo a lo largo de la muralla. Los soldados del sargento Green disparaban desde abajo, eliminando a algunos defensores y obligando a otros a agacharse.

—¡Disparen hacia el otro lado! ¡Disparen hacia el otro lado! —El capitán Campbell, desde el interior el pasadizo, había visto que los defensores se apiñaban frente a los soldados que atacaban por lo alto de los muros, y en aquel momento hacía bocina con las manos y les gritaba a los soldados que se hallaban detrás de las primeras filas de atacantes—: ¡Disparen hacia el otro lado! —Señaló para indicarles que debían dirigir sus disparos por encima del pasadizo para que cayeran sobre los defensores del muro de enfrente, y los soldados, que lo entendieron, cargaron sus mosquetes. Llevó unos cuantos segundos pero al final empezó el fuego cruzado y la presión que había delante de Sharpe cedió. Dio un amplio revés con la enorme espada que casi cercenó la cabeza a un hombre, giró la hoja, la clavó en un vientre, volvió a girarla y de pronto las Cobras empezaron a retroceder, aterrorizados ante aquellas hojas ensangrentadas.

Se abrió la segunda puerta. Campbell fue el primero en atravesarla y ya quedaba tan sólo una. Su sargento había llevado a una veintena de hombres al pasadizo y aquellos escoceses empezaron a disparar contra los muros. Las Cobras se estaban derrumbando porque bajo ellos tenían casacas rojas a ambos lados y había más

abriéndose camino a cuchilladas por la muralla, y los defensores se hallaban inmovilizados en un pequeño espacio sin poder ir a ningún sitio. Los únicos escalones que conducían a la banqueta de la torre de entrada estaban en manos de los casacas rojas y los soldados de Dodd sólo podían saltar o rendirse. Un gaitero había empezado a tocar y el son demencial de su instrumento confirió una nueva furia a los atacantes que se acercaban a los restos de las Cobras de Dodd. Los casacas rojas proferían un terrible grito de guerra que era una mezcla de ira, locura y auténtico terror. Las vueltas blancas de Sharpe, hechas jirones, estaban entonces tan empapadas de sangre que parecía que llevara otra vez la casaca ribeteada de rojo del 33.º. Tenía el brazo cansado, su cadera era una gran llaga dolorida y el muro aún no estaba despejado. Una bala de mosquete le pegó un tirón en la manga, otra le abanicó la cabeza descubierta y entonces Sharpe le gruñó al enemigo y arremetió de nuevo. Campbell sacó la última de las trancas de su soporte, sus hombres empujaron la puerta y los atacantes que habían venido desde el exterior del fuerte tiraron de ella, en tanto que bajo el arco exterior, en la ladera por encima del barranco, un oficial indicó por señas a todas las tropas que esperaban que se dirigieran hacia el norte.

Se oyó una ovación y un torrente de casacas rojas bajaron corriendo al barranco y subieron por el sendero hacia el Fuerte Interior. Olían el botín y las mujeres. Las puertas estaban abiertas. La fortaleza del cielo había caído.

Dodd era el último hombre que quedaba en el muro donde estaba Sharpe. Sabía que estaba vencido, pero no era ningún cobarde y avanzó, espada en mano, entonces reconoció al soldado ensangrentado que tenía enfrente.

—Sargento Sharpe —dijo, y levantó su espada de guarnición de oro en un saludo irónico. Una vez había intentado convencer a Sharpe para que se uniera a él en las Cobras, y Sharpe había estado tentado de hacerlo, pero el destino lo había mantenido unido a su casaca roja y lo había llevado a aquel último encuentro en las murallas de Gawilghur.

—Ahora soy el señor Sharpe, cabrón —respondió Sharpe, y con un gesto de la mano les indicó a Garrard y a Lockhart que retrocedieran. Entonces dio un salto hacia delante, al tiempo que propinaba un golpe con su *claymore*, pero Dodd lo paró fácilmente y arremetió contra él, con lo que le atravesó la casaca e hizo que la punta de la espada rebotara contra una costilla. Dodd retrocedió, apartó el *claymore* y arremetió de nuevo, y en esta ocasión la hoja le hizo un corte en la mejilla derecha a Sharpe que le abrió la carne hasta el hueso al lado del ojo.

—Marcado para toda la vida —dijo Dodd—, aunque me temo que no será una vida muy larga, señor Sharpe. —Dodd le tiró otra estocada y Sharpe la paró a la desesperada, desviando la hoja más por suerte que por pericia, y supo que era hombre muerto, pues Dodd era un espadachín demasiado bueno. McCandless le había advertido al respecto. Puede que Dodd fuera un traidor, pero era un soldado, y uno de

los buenos.

Dodd se dio cuenta de la repentina cautela de Sharpe y sonrió.

—Hicieron de usted un oficial, ¿eh? No sabía que el ejército británico tuviera tanto sentido común. —Avanzó de nuevo, con la espada baja, invitando a un ataque por parte de Sharpe, pero en aquel momento un casaca roja pasó corriendo junto a éste, blandiendo un sable, y Dodd retrocedió a toda prisa, sorprendido por la súbita carga, aunque la paró con una destreza instintiva. La fuerza de la parada hizo perder el equilibrio al casaca roja y Dodd, que seguía sonriendo, arremetió sin esfuerzo y le ensartó el cuello al soldado. Era Ahmed, y Sharpe, al reconocer al muchacho, rugió con furia y se abalanzó contra Dodd, que echó la espada hacia atrás, la punta goteando sangre, y desvió el salvaje golpe del *claymore*, hizo girar su hoja bajo él y estaba a punto de clavar el fino acero en el vientre de Sharpe cuando estalló una pistola, Dodd salió despedido hacia atrás con fuerza y la sangre apareció en su hombro derecho. El brazo con el que sujetaba la espada, entumecido por el disparo, le quedó colgando.

Sharpe fue andando hacia él y vio el miedo en los ojos de Dodd.

—Esto es por McCandless —dijo, y le dio una patada en la entrepierna al renegado. Dodd soltó un grito ahogado y se dobló en dos—. Y esto es por Ahmed —dijo Sharpe, y alzó el *claymore* hasta que su pesada hoja raspó el cuello de Dodd, y luego, todavía sujetando la espada con ambas manos, la echó hacia atrás con fuerza y el acero cortó tendón, músculo y garganta. La banqueta quedó inundada de sangre y Dodd se desplomó. Eli Lockhart, con la larga pistola de caballería todavía humeante en su mano, apartó poco a poco a Sharpe para cerciorarse de que Dodd estaba muerto. Sharpe se agachó junto a Ahmed, pero el chico estaba agonizando. La sangre le burbujeaba en la garganta mientras intentaba respirar. Levantó la vista hacia el rostro de Sharpe, pero no había reconocimiento en su mirada. Su pequeño cuerpo se sacudió frenéticamente y luego se quedó inmóvil. Se había ido a su paraíso.

—Maldito imbécil estúpido —dijo Sharpe mientras se le deslizaban unas lágrimas que diluyeron la sangre que le salía de la mejilla—. Maldito imbécil.

Lockhart utilizó su sable para cortar las cuerdas que sostenían la bandera por encima de la torre de guardia y un rugido de triunfo sonó en el barranco cuando la bandera bajó. Entonces Lockhart ayudó a Sharpe a quitarle la casaca roja a Ahmed y, a falta de una bandera británica que enarbolar, izaron la guerrera descolorida y manchada de sangre en lo alto del mástil. Gawilghur había sucumbido.

Sharpe se limpió las lágrimas y la sangre de la cara con el puño de su casaca. Lockhart le sonreía y Sharpe se obligó a esbozar también una sonrisa a cambio.

—Lo hicimos, Eli.

—Ya lo creo que lo hicimos. —Lockhart le tendió una mano a Sharpe y éste se la estrechó.

—Gracias —le dijo Sharpe con fervor, y luego le soltó la mano al soldado de caballería y le dio una patada al cadáver de Dodd—. Vigile este cuerpo, Eli. Vale una fortuna.

—¿Éste es Dodd?

—Éste es el cabrón. Este cadáver vale setecientas guineas para usted y para Clare.

—Para usted y para mí, señor —dijo Lockhart. El sargento tenía el mismo aspecto andrajoso y ensangrentado que Sharpe. Su casaca azul estaba rota y manchada de sangre—. Compartiremos la recompensa —dijo—, usted y yo, señor.

—No —repuso Sharpe—, es todo suyo. Yo sólo quería ver muerto a este hijo de puta. Para mí es recompensa suficiente. —La sangre le manaba de la mejilla y se sumaba a la que ya tenía en su casaca. Se volvió hacia Garrard, que estaba apoyado en el parapeto tratando de recuperar el aliento—. Cuida del chico por mí, Tom.

Garrard, al ver que Ahmed estaba muerto, frunció el ceño con desconcierto.

—Voy a darle un entierro como es debido —explicó Sharpe. Se dio la vuelta y caminó por el muro en el que los exhaustos casacas rojas descansaban entre las Cobras muertos y moribundos, en tanto que, bajo ellos, en el pasadizo que Campbell había abierto, una riada de soldados entraba en el fuerte sin encontrar resistencia.

—¿Adonde vas? —le gritó Garrard a Sharpe.

Sharpe no respondió. Se limitó a seguir caminando. Tenía otro enemigo al que buscar y una recompensa aún mayor que ganar.

Se dio caza y se mató a los defensores. Se los mataba incluso cuando intentaban rendirse, pues su fortaleza había resistido y aquél era el destino de las guarniciones que se mostraban desafiantes. Los casacas rojas, enloquecidos por la sangre, alimentados de ron y *arrack*, deambularon por la extensa fortaleza con las bayonetas y la avaricia afiladas. Había muy poco botín, pero muchas mujeres, así que empezaron los gritos.

Algunos defensores, conocedores de la geografía de Gawilghur, se escabulleron hacia las partes del perímetro donde no había ningún muro que diera al exterior y unos senderos peligrosamente estrechos descendían por los precipicios. Bajaban por la roca como hormigas para dirigirse al olvido. Algunos se escondieron, conscientes de que la ira de los atacantes no tardaría en agotarse. Aquellos que no pudieron escapar ni encontrar un lugar en el que ocultarse murieron.

Las moscas zumbaban por el palacio, donde los muertos ya empezaban a heder con el calor. Los oficiales recorrían las habitaciones, maravillándose de su pobreza. Habían esperado encontrarse otra mansión como el palacio del sultán Tippoo, un brillante tesoro de piedras preciosas, oro, seda y marfil, pero el raja de Berar nunca había sido rico. Algunos descubrieron los sótanos y se fijaron en el enorme arsenal, aunque estaban más interesados en los toneles llenos de dinero, pero cuando vieron

que las monedas eran todas de cobre escupieron indignados. Una compañía de cipayos encontró una bandeja de plata que cortaron con las bayonetas. Syud Sevajee había encontrado a su enemigo, al asesino de su padre, pero Beny Singh ya estaba muerto y poco más podía hacer Sevajee aparte de escupirle a su cadáver.

Por debajo del palacio los casacas rojas chapoteaban en el lago y saciaban su sed. Algunos de ellos se habían despojado de sus guerreras coloradas y las habían colgado en los árboles, y un hombre andrajoso, que se había escabullido del palacio sin que lo vieran, robó una de las casacas y se la puso antes de dirigirse cojeando hacia la torre de entrada recién capturada. Era un hombre blanco vestido con un par de pantalones sucios y una camisa harapienta y que llevaba una casaca blanca y un fajín negro liados bajo un brazo. Tenía el pelo lacio, la piel mugrienta y el rostro se le convulsionaba mientras recorría el sendero arrastrando los pies. Nadie se fijó en él, pues tenía el mismo aspecto que cualquier otro casaca roja que hubiera encontrado su pedacito de botín, así pues Obadiah Hakeswill se dirigió sigilosamente hacia el norte con una fortuna en piedras preciosas oculta en sus raídas vestiduras. Calculaba que lo único que tenía que hacer era atravesar la puerta, cruzar el Fuerte Exterior y luego echaría a correr. ¿Hacia dónde? No lo sabía. Correría y ya está. Ahora era rico, pero aun así tendría que robar un caballo. En el campamento habría un montón de caballos de los oficiales y quizá tuviera suerte y encontrara la montura de alguien que hubiera muerto de manera que la pérdida no se advirtiera hasta al cabo de unos días. Entonces cabalgaría hacia el sur, en dirección a Madras. Allí podría vender las gemas, comprarse una ropa adecuada y convertirse en un caballero. El caballero Obadiah Hakeswill. Y luego se iría a casa. Regresaría a su Inglaterra natal. Sería un caballero rico allí.

Hizo caso omiso de los casacas rojas. Los cabrones habían ganado, y eso no era justo. Podría haber sido raja, pero al menos era tan rico como cualquier raja, así que bajó furtivamente por el sendero polvoriento y la torre de entrada ya no se encontraba muy lejos. Por delante de él había un oficial con un *claymore* desenvainado de pie junto al pozo de las serpientes y miraba el horror que éste contenía, entonces se dio la vuelta y caminó hacia Hakeswill. El oficial no llevaba sombrero y tenía el rostro ensangrentado, y Obadiah se apartó renqueando del sendero rezando para que no se fijara en él. El oficial pasó tranquilamente junto a Hakeswill, que musitó una silenciosa plegaria de agradecimiento, viró bruscamente y regresó al camino. En la puerta quedaba tan sólo un goteo de soldados que la atravesaban y la mayoría de ellos estaban demasiado concentrados en unirse al saqueo como para preocuparse de un hombre solo que iba cojeando en dirección contraria. Hakeswill sonrió, se iba a escapar. Sería un caballero.

Entonces notó el pinchazo de la punta de una espada en la columna vertebral y Hakeswill se quedó paralizado.

—Hace días que le busco, Obadiah —dijo una odiada voz, y Hakeswill se dio la vuelta para mirar a la cara a Sharpe. Su rostro estaba medio oculto por la sangre, y ésa era la razón por la que no había reconocido al oficial que estaba junto al pozo de las serpientes.

—Estaba prisionero —dijo Hakeswill quejumbrosamente—, prisionero.

—Es un jodido mentiroso.

—Por el amor de Dios, ayúdeme. —Obadiah fingió no reconocer a Sharpe, fingió estar loco. Tembló y gimió, dejó que la baba le cayera de la boca y se retorció las manos en actitud sumisa—. Me encerraron —dijo—, esos cabrones paganos me encerraron. Hace días que no veo la luz del sol.

Sharpe se inclinó hacia delante y agarró la casaca que Hakeswill llevaba liada bajo el brazo. Hakeswill se puso rígido y Sharpe sonrió al ver el destello de furia en la mirada del sargento.

—¿Quiere que le devuelva la casaca, Obadiah? Pues pelee conmigo para recuperarla.

—Estaba prisionero —insistió Hakeswill, que ya no gimió como si estuviera loco. Sharpe desplegó la casaca de una sacudida.

—Entonces, ¿por qué es blanca esta casaca, Obadiah?

Es un maldito mentiroso. —Palpó los bolsillos de la guerrera, notó los duros bultos y supo que sus piedras preciosas estaban a salvo de nuevo. A Hakeswill le brillaron los ojos con una terrible ira frustrada—. Vamos, Obadiah —dijo Sharpe—, luce conmigo.

—Estaba prisionero —repitió Hakeswill, al tiempo que miraba a su derecha con la esperanza de poder escaparse, pues aunque perdiera las gemas de la casaca, llevaba otras en los pantalones. Además, se acababa de dar cuenta de que Sharpe tenía una herida en la cadera. Tal vez Sharpe no podía correr. «Pues echa a correr ahora», se dijo a sí mismo, y entonces la cara de la hoja del *claymore* le dio con fuerza en la cabeza. Soltó un grito pero luego se quedó callado cuando la punta de la espada le pinchó el cuello.

—Usted me vendió a Jama, ¿no es cierto? —dijo Sharpe—. Pero fue un error, Obadiah, porque les di una paliza tremenda a sus *jettis*. Ahora voy a hacerlo con usted. Pero antes quítese la ropa.

—¡A mí no puede hacerme esto! —gritó Hakeswill con la esperanza de atraer la atención. Se le convulsionó el rostro—. ¡No puede hacerlo! ¡Va contra el reglamento, eso es!

—Desnúdese, Obadiah —ordenó Sharpe.

—¡Hay reglas! ¡Normas! ¡Lo dicen las Escrituras!

La punta del *claymore* se clavó en la garganta de Hakeswill e hizo sangrar la cicatriz que le había quedado al joven Obadiah cuando habían intentado ahorcarlo. El

dolor acalló al sargento y Sharpe sonrió.

—Dejé a Morris medio muerto a golpes, sargento, de modo que, ¿cree que me preocupa que haya reglas que digan que no debo tocarle? Y ahora tiene que elegir. Puede desnudarse o puede dejar que yo le quite la ropa a su cadáver. Cualquiera de las dos cosas, me da igual. No me importa si me cuelgan por su jodido asesinato. Habrá valido la pena. De modo que cierre el maldito pico y quítese la puta ropa.

Hakeswill buscó ayuda con la mirada pero no había nadie a la vista, la punta de la espada se retorció en su piel rota y farfulló que iba a desnudarse, buscó a tientas el cinturón de cuerda de los pantalones y se arrancó los botones de la camisa.

—¡No me mate! —gritó—. ¡A mí no se me puede matar! ¡No puedo morir! —Se despojó de la camisa, se quitó las botas de un tirón y se bajó los pantalones.

—Ahora los trapos que lleva en los pies —dijo Sharpe.

Hakeswill se sentó, deslió las mugrientas tiras de tela y quedó blanco y desnudo bajo aquel sol terrible. Sharpe utilizó la punta de la espada para hacer un montón con las ropas. Las registraría, sacaría las piedras preciosas y luego las dejaría allí.

—En pie, Obadiah —dijo, animando al hombre desnudo con la enrojecida punta del arma.

—¡No puedo morir, Sharpy! —alegó Hakeswill mientras los tics le sacudían el rostro—. ¡No puedo! ¡Usted lo intentó! Los tigres no me comieron y el elefante no me mató. ¿Sabe por qué? ¡Porque no puedo morir! Tengo un ángel, lo tengo, mi propio ángel que cuida de mí. —Pronunció esas palabras a voz en cuello, en tanto que la punta de la espada lo obligaba a retroceder, y, como iba descalzo, tuvo que hacerlo bailando entre las rocas, que estaban muy calientes—. No puede matarme. El ángel cuida de mí. Es Madre, Sharpy, ella es el ángel, es Madre, toda blanca y brillante. ¡No, Sharpy, no! ¡No puedo morir! —La espada arremetió contra su vientre, Hakeswill dio un brinco hacia atrás y volvió a saltar cuando la punta golpeó en sus esqueléticas costillas—. ¡Intentaron ahorcarme pero no pudieron! —declaró—. Oscilé, bailé y la cuerda no me mató, ¡y aquí estoy! —Entonces Hakeswill lanzó un grito, la espada había arremetido una última vez y él había retrocedido de un salto para evitar la estocada, pero aquella vez no había piedra tras él, sólo el vacío, y chilló mientras caía en las sombras del pozo de las serpientes.

Volvió a chillar cuando chocó contra el suelo de piedra con un golpe sordo.

—¡No puedo morir! —gritó triunfalmente, y alzó la vista hacia la oscura figura de su enemigo—. ¡No puedo morir! —exclamó de nuevo Hakeswill, y entonces algo sinuoso e impreciso osciló a su izquierda y no tuvo tiempo de preocuparse por Sharpe. Lanzó un bramido cuando se percató de las serpientes que habían clavado en él su plana y dura mirada—. ¡Sharpy! —vociferó—. ¡Sharpy!

Pero Sharpe se había ido a recoger el montón de harapos.

Y Hakeswill estaba solo con las serpientes.

Wellesley oyó los distantes vítores, pero no pudo distinguir si eran sus propios soldados los que lo celebraban o era el enemigo el que armaba aquel alboroto. La nube de humo que se había cernido espesa y constante al otro lado de la fortaleza se desvaneció.

Él esperó.

Los defensores de la muralla sur seguían combatiendo. Disparaban sus cañones contra la línea de tiradores del 74.º que, como estaban bien desplegados y protegidos por las rocas de la abrupta ladera, sobrevivieron al esporádico cañoneo. El humo de los cañones flotaba junto a las murallas. Wellesley miró el reloj. Las cuatro. Si el fuerte no había caído no tardaría en ser demasiado tarde. Se haría de noche y tendría que retirarse ignominiosamente a la llanura de abajo. El traqueteo intermitente de los mosquetes que provenía del norte le indicó que aún estaba ocurriendo algo, pero no sabía si se trataba de soldados que saqueaban o del ruido de los defensores al disparar contra los atacantes vencidos.

Entonces los cañones de la muralla sur quedaron en silencio. La humareda que habían provocado persistió unos momentos y después se la llevó el cálido viento. Wellesley aguardó, esperando que los cañones volvieran a disparar, pero permanecieron en silencio.

—Tal vez hayan huido —dijo. La bandera verde y dorada todavía pendía por encima de la torre de entrada, pero Wellesley no veía allí a ningún defensor.

—Si la fortaleza ha caído, señor —señaló Wallace—, ¿por qué no salen corriendo por esta puerta?

—Porque saben que estamos aquí —respondió Wellesley, y sacó el catalejo. Se había traído el nuevo por error, el que tenía intención de darle a Sharpe y que tenía grabada la fecha de Assaye, se lo puso en el ojo y examinó la muralla sur. Las troneras estaban vacías. Los cañones seguían allí, se veían sus bocas ennegrecidas, pero no había nadie—. Creo que tendríamos que avanzar, Wallace —dijo Wellesley, al tiempo que plegaba el catalejo de golpe.

—Podría ser una trampa, señor.

—Vamos a avanzar —repuso Wellesley con firmeza.

El 74.º marchó con las banderas ondeando, acompañado por el redoble de los tambores y el sonido de las gaitas. Un batallón de cipayos lo seguía y los dos regimientos ofrecían una espléndida visión mientras trepaban por el último tramo del empinado camino, pero la gran puerta Sur de Gawilghur seguía cerrada ante ellos. Wellesley se adelantó con su caballo, esperando a medias que los defensores les dieran una sorpresa y aparecieran en los muros, pero en cambio fue un casaca roja el que apareció de pronto allí y a Wellesley le dio un vuelco el corazón del alivio. Podía navegar de vuelta a Inglaterra con otra victoria en el bolsillo.

El casaca roja que había en el muro cortó la driza de la bandera y Wellesley observó mientras la enseña de color verde y dorado descendía agitándose en el aire. Entonces el casaca roja se dio la vuelta y le lanzó un grito a alguien del interior de la fortaleza.

Wellesley espoleó su caballo. En el preciso momento en que él y sus ayudantes de campo penetraron en la sombra de la torre de entrada las enormes puertas empezaron a abrirse. Unos casacas rojas de sucio aspecto, con el rostro manchado y una amplia sonrisa, tiraban de ellas. Justo bajo el arco había un oficial que alzó su espada a modo de saludo cuando vio acercarse al general.

Wellesley le devolvió el saludo. El oficial estaba empapado de sangre y el general esperó que aquello no fuera un reflejo de las bajas del ejército. Entonces reconoció a aquel hombre.

—¿Señor Sharpe? —Pareció desconcertado.

—Bienvenido a Gawilghur, señor —dijo Sharpe.

—Creía que lo habían capturado.

—Escapé, señor. Conseguí unirme al ataque.

—Ya veo. —Wellesley miró hacia delante. El fuerte era un hervidero de casacas rojas exultantes y supo que no sería posible restablecer el orden antes de anoecer —. Debería ir a ver a un cirujano, señor Sharpe. Me temo que va a quedarle una cicatriz en la cara. —Se acordó del antejo, pero decidió que se lo daría a Sharpe más tarde, de modo que, con una seca inclinación de la cabeza, siguió adelante con su caballo.

Sharpe se quedó allí de pie, mirando cómo entraba el 74.º. No lo habían querido porque no era un caballero. Pero por Dios que era un soldado y había abierto el fuerte para ellos. Cruzó la mirada con Urquhart, éste miró la sangre que Sharpe tenía en la cara y las costras que se endurecían en la espada de Sharpe y luego apartó la vista.

—Buenas tardes, Urquhart —dijo Sharpe en voz alta.

Urquhart espoleó a su caballo.

—Buenas tardes, sargento Colquhoun —dijo Sharpe.

Colquhoun siguió marchando obstinadamente.

Sharpe sonrió. Había demostrado lo que fuera que se había propuesto demostrar, ¿y qué era eso? Que era un soldado, pero él siempre lo había sabido. Era un soldado y seguiría siéndolo, y si ello significaba llevar una casaca verde en lugar de una roja, que así fuera. Pero era un soldado y lo había demostrado en la acalorada y encarnizada batalla de Gawilghur. Se trataba del refugio del cielo, el fuerte que no podía caer, y ahora era la fortaleza de Sharpe.

Nota histórica

No he hecho justicia al 94.º, conocido en ocasiones como la Brigada Escocesa, ni a su Compañía Ligera, la cual estaba dirigida por el capitán Campbell, puesto que fueron ellos, y no Sharpe, los que encontraron la ruta por la pared del barranco y luego a través de las murallas del Fuerte Interior en Gawilghur, los que después asaltaron la torre de entrada desde dentro y los que, abriendo la sucesión de puertas, permitieron que el resto de fuerzas atacantes entrara en la fortaleza. Los héroes de ficción les quitan el mérito a otros hombres y confío en que los escoceses perdonarán a Sharpe. El capitán Campbell cuya iniciativa acabó con la defensa de Gawilghur no era el mismo Campbell que sirvió como uno de los ayudantes de campo de Wellesley (y que había sido el héroe en Ahmednuggur).

La Compañía Ligera del 33.º no se hallaba en Gawilghur; en realidad, la única infantería británica que había allí eran unos regimientos escoceses, los mismos escoceses que forzaron la ruta del ejército de Scindia en Assaye y que sufrieron el mayor número de bajas en el ataque árabe en Argaum. La guerra de Wellesley contra los mahratta, que terminó en total victoria en Gawilghur, fue por lo tanto ganada por cipayos de Madras y Highlanders escoceses, y fue una victoria extraordinaria.

La batalla de Assaye, descrita en *El triunfo de Sharpe*, fue el combate que destruyó la cohesión de la Confederación Mahratta. Scindia, el más poderoso de los príncipes, quedó tan afectado por la derrota que hizo un llamado a la paz, en tanto que las tropas del raja de Berar, abandonadas por sus aliados, siguieron luchando. Indudablemente su mejor estrategia hubiera sido una inmediata retirada a Gawilghur, pero Manu Bappoo debió de decidir que podía parar a los británicos y por lo tanto resolvió resistir en Argaum. La batalla transcurrió de forma muy parecida a como se describe en esta novela: empezó con una aparente ventaja por parte de los mahratta cuando los cipayos situados a la derecha de la línea de Wellesley fueron presa del pánico, pero el general los calmó, los hizo volver y entonces lanzó a su línea hacia la victoria. Los escoceses fueron sus tropas de choque, al igual que lo habían sido en Assaye, y ellos destruyeron al regimiento árabe que era lo mejor de la infantería de Bappoo. No había Cobras en el ejército de Bappoo, y aunque William Dodd existió y fue un renegado fugitivo del ejército de la Compañía de las Indias Orientales, no hay constancia de que hubiera servido a Berar. Los supervivientes de Argaum se retiraron hacia el norte a Gawilghur.

Gawilghur sigue siendo una fortaleza sumamente impresionante que se extiende por su vasto promontorio por encima de la meseta Deccan. Actualmente está desierta y después del 15 de diciembre de 1803 no volvió a utilizarse como fortaleza. El fuerte fue devuelto a los mahratta cuando hicieron las paces con los británicos y aquéllos nunca repararon las brechas, que todavía están allí y, aunque se encuentran cubiertas

de maleza, todavía se puede trepar por ellas. En Europa no quedan brechas como éstas y fue instructivo descubrir lo empinadas que son y lo mucho que cuesta subir por ellas aun sin ir cargado con un mosquete o una espada. El enorme cañón de hierro que mató a cinco de los atacantes de un solo disparo sigue en su emplazamiento en el Fuerte Interior, aunque su cureña hace mucho tiempo que se ha deteriorado y los graffiti han estropeado su tubo. La mayor parte de los edificios del Fuerte Interior han desaparecido o la vegetación los ha hecho invisibles. Lamentablemente, no hay ningún pozo de serpientes. Las principales torres de entrada siguen intactas, sin las puertas, y el visitante no puede evitar maravillarse de la valentía suicida de los hombres que treparon por el barranco para entrar en la tortuosa trampa mortal de la puerta norte del Fuerte Interior. Seguramente su recompensa hubiera sido la derrota si Campbell y su Compañía Ligera no hubiesen encontrado un camino por la pared del barranco y, con la ayuda de una escalera, no hubiesen trepado el muro y atacado así las puertas desde el interior. Para entonces, Beny Singh, el *killadar*, ya había envenenado a sus mujeres, amantes e hijas. Al igual que Manu Bappoo, murió con la espada en la mano. Es casi seguro que Manu Bappoo murió en las brechas y no en el barranco como dice la novela, aunque fue allí donde murieron la mayoría de sus soldados, atrapados entre los atacantes que habían capturado el Fuerte Exterior y el 78.º que ascendía por el camino desde la llanura. Tendrían que haber encontrado refugio dentro del Fuerte Interior y reforzado sus defensas, pero, por razones que nunca se han explicado, las puertas del Fuerte Interior se cerraron rápidamente para impedir la entrada a los supervivientes de la guarnición del Fuerte Exterior.

Elizabeth Longford, en *Wellington, The Years of the Sword*, cita al difunto Jac Weller diciendo de Gawilghur que «tres compañías de boy scouts razonablemente efectivas armadas con piedras podrían haber contenido a un número de soldados profesionales varias veces superior». Cuesta no estar de acuerdo. Manu Bappoo y Beny Singh no hicieron ningún esfuerzo por proteger las murallas del Fuerte Exterior con un *glacis*, lo cual supuso su principal error, pues su verdadera fortaleza era el Fuerte Interior, y éste cayó con demasiada rapidez. Se supone que los defensores estaban absolutamente desmoralizados y las pocas bajas británicas (unas 150), la mayoría de las cuales fueron de soldados que resultaron muertos y heridos en el asalto a la torre de entrada, son testimonio de la rapidez de la victoria. Una «lista de bajas» de ciento cincuenta parece muy reducida, y lo es, pero ello no debería ocultar el horror de la lucha por la torre de entrada del Fuerte Interior donde murió Kenny. Dicha contienda tuvo lugar en un espacio muy pequeño y durante unos breves momentos debió de haber sido igual de espantosa que, digamos, la lucha por las brechas de Badajoz nueve años después. La escalada de Campbell por el precipicio salvó un gran número de vidas y felizmente truncó un horrible combate. De hecho, la victoria fue tan rápida y se obtuvo a tan bajo precio que una reciente biografía del

Duque de Wellington (en 1803 todavía era sir Arthur Wellesley) le concede menos de tres líneas al asedio, pero para el casaca roja que ascendió sudoroso por la colina hacia la meseta, y del que se esperaba que llevara su fusil y bayoneta al otro lado del istmo rocoso hacia las brechas de las murallas dobles, fue un lugar importante y su victoria extraordinaria.

La verdadera importancia de Gawilghur se vio años después. Sir Arthur Wellesley había presenciado el asalto a la brecha de Seringapatam, había escalado las murallas de Ahmednuggur y había barrido las grandes defensas de Gawilghur. En Portugal y España, enfrentado a unas defensas aún mayores guarnecidas por resueltos soldados franceses, se dice que subestimó las dificultades del asedio al dejarse llevar por la complacencia debido a la facilidad de sus victorias en la India. Puede que hubiera algo de verdad en ello, y en Ciudad Rodrigo, Badajoz, Burgos y San Sebastián sufrió terribles bajas. Lo que yo creo es que, más que subestimar la capacidad de las defensas para resistirlo, lo que hizo fue sobrestimar la capacidad de las tropas británicas para atravesar dichas defensas y, asombrosamente, en general estuvieron a la altura de lo que él esperaba. Y fueron los escoceses quienes cumplieron con aquellas elevadas expectativas: los escoceses que utilizaron cuatro escaleras para capturar una ciudad en Ahmednuggur y una para hacer caer la gran fortaleza de Gawilghur. Su valentía ayudó a disimular el hecho de que los asedios suponían un trabajo terrible, tan terrible que las tropas, pese a los deseos de sus comandantes, consideraban una fortaleza capturada como de su propiedad, para destruir y violar a su antojo. Ésa era su venganza por los horrores que los defensores les habían infligido, y sin duda hubo una enorme matanza dentro de Gawilghur una vez obtenida la victoria. Muchos de los defensores debieron de escapar bajando por los abruptos precipicios, pero quizá la mitad de los siete mil u ocho mil murieron en una orgía de venganza.

Y después el lugar quedó olvidado. Los mahratta fueron derrotados y una vez más la India cayó bajo influencia o dominio británico. Pero sir Arthur Wellesley había terminado sus asuntos en la India, era hora de zarpar de vuelta a casa y buscar un ascenso luchando contra el enemigo más próximo y peligroso: Francia. Pasarán cuatro años antes de que navegue de Inglaterra a Portugal hacia la campaña que lo elevará al ducado. Sharpe también volverá a casa, a una casaca verde en lugar de roja, y él también zarpará hacia Portugal y desde allí marchará hacia Francia, pero le esperan una o dos trampas por el camino antes de llegar a la península.

Así pues, Sharpe marchará de nuevo.